

ARTEMIS FOWL

EL ÚLTIMO GUARDIÁN



EOIN COLFER

Lectulandia

Opal Koboi, la peor enemiga de Artemis Fowl, ha abierto la puerta de los Berserkers, un ejército de guerreros mágicos encerrados en las entrañas de la Tierra y sedientos de venganza. Con su apoyo y la ayuda de los poderes mágicos Opal ha decidido destruir por completo a la raza humana.

Pero Artemis no se deja intimidar: debe salvar a sus hermanos y combatir los planes de su enemiga y sus mágicos aliados. Artemis se enfrenta a ellos contrarreloj, consciente de que su propia vida está en peligro...

Lectulandia

Eoin Colfer

Artemis Fowl: El último guardián

Artemis Fowl - 8

ePub r1.0

OZN 26.04.14

Título original: *Artemis Fowl and the Last Guardian*

Eoin Colfer, 2012

Traducción: Ana Alcaina Pérez

Retoque de cubierta: Orhi

Editor digital: OZN

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para todos los fans de Fowl que me han acompañado
durante el viaje por los Elementos del Subsuelo.
Gracias a todos



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



ARTEMIS
FOWL

EL ÚLTIMO GUARDIÁN

EOIN COLFER

PRÓLOGO

ÉRIÚ, PRESENTE

LOS BERSERKERS formaban una espiral por debajo de la piedra rúnica, trazando un profundo remolino, muy hondo, en las entrañas de la Tierra, con las botas hacia fuera y la cabeza hacia dentro, tal como exigía el hechizo. Naturalmente, después de diez mil años bajo tierra, ya no eran botas ni cabezas propiamente dichas, sino que únicamente el plasma de magia negra les mantenía la conciencia intacta, e incluso eso se estaba desvaneciendo poco a poco, contaminando el terreno, haciendo retoñar unos extraños brotes de plantas que infectaban a los animales con insospechada virulencia. Quizá después de una docena de lunas llenas a lo sumo, los berserkers habrían desaparecido por completo y su última chispa de poder se filtraría por los distintos sustratos.

«No todos hemos desaparecido todavía —pensó Oro de Danu, capitán de los berserkers—. Estamos listos para aprovechar nuestro momento de gloria cuando se presente y para sembrar el caos entre la raza humana».

Lanzó ese pensamiento al vórtice y le llenó de orgullo sentir como el resto de sus guerreros mágicos le devolvían el eco del mismo sentimiento.

«Su voluntad está impregnada del mismo entusiasmo que antaño impregnaba sus espadas —pensó—. Pese a estar muertos y enterrados, la llama de la sed de sangre arde viva en nuestras almas».

Era el odio a la raza humana lo que mantenía viva la llama, eso y la magia negra del hechicero Bruin Fadda. Más de la mitad de su ejército de guerreros había perecido ya, arrastrados al más allá, pero aún quedaban cinco de ellos para cumplir con su deber llegado el caso.

«Recordad vuestras órdenes —les había dicho el hechicero élfico tantos y tantos siglos atrás, mientras el barro seguía recubriéndoles las carnes—. Recordad a aquellos que han muerto y a los humanos que los asesinaron».

Oro lo recordaba muy bien, nunca lo olvidaría. Como nunca podría olvidar la sensación que los crujidos de las piedras y la tierra provocaban sobre su piel moribunda.

«Lo recordaremos. Lo recordaremos todo —envió a la espiral—. Lo recordaremos y regresaremos».

El pensamiento fue descendiendo en círculos y luego retumbó de nuevo hacia arriba desde el sepulcro de guerreros muertos, ansiosos por ser liberados de su tumba y ver el sol una vez más.

CAPÍTULO 1: UNA SITUACIÓN COMPLEJA JERBAL ARGON

UNA SITUACIÓN COMPLEJA JERBAL ARGON DE LAS NOTAS DE CAMPO DEL DOCTOR JERBAL ARGON HERMANDAD DE PSICÓLOGOS



1. ARTEMÍS Fowl, que antes se autoproclamaba «cerebro criminal adolescente», ahora prefiere el término «joven genio». Por lo visto, ha cambiado. (Nota personal: ejem).

2. Durante estos últimos seis meses, Artemis ha estado acudiendo a sesiones semanales de terapia en mi clínica de Ciudad Refugio, en su intento de recuperarse de un episodio grave de Complejo de Atlantis, trastorno psicológico que desarrolló a consecuencia de sus experimentos con la magia de las criaturas. (Le está bien empleado, por bobo y por Fangoso).

3. Que no se me olvide enviar la exorbitante factura de la terapia a la Policía de los Elementos del Subsuelo.

4. Artemis parece haberse curado, y en un tiempo récord, además. ¿Hay alguna probabilidad de que, efectivamente, así sea? ¿Será posible?

5. Discutir mi teoría de la relatividad con Artemis. Podría componer un capítulo muy interesante de mi nuevo libro: *Artimañas Artemis: cómo saber más que el Sabelotodo*. (A los editores les encanta el título. Ya están oyendo el ruidito de la caja registradora).

6. Pedir más analgésicos para mi cadera dolorida.

7. Emitir el informe de alta para Artemis. Última sesión hoy.

CONSULTA DEL DOCTOR ARGON, CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO

Artemis Fowl estaba cada vez más impaciente. El doctor Argon llegaba tarde. Esa última sesión era igual de inútil que la media docena de sesiones anteriores. ¡Pero si ya estaba completamente curado! Es más, llevaba curado nada menos que desde la semana dieciocho. Su prodigioso intelecto había acelerado el proceso y no tenía por qué estar ahí de brazos cruzados por el capricho de un gnomo psiquiatra.

Al principio, Artemis empezó a pasearse arriba y abajo por la consulta, negándose a dejarse tranquilizar por la cascada de agua de la pared, con el juego de colores de sus suaves luces ambientales. Luego se metió un momento en la cabina de oxígeno,

aunque le pareció que lo tranquilizaba un pelín demasiado.

«Menuda sobredosis de oxígeno...», pensó, saliendo precipitadamente del espacio acristalado.

Al fin, la puerta emitió un sonido sibilante y se abrió deslizándose para dejar entrar a su propia consulta al doctor Jerbal. El gnomo achaparrado avanzó renqueando hacia su sillón, se desplomó sobre las múltiples y acogedoras almohadillas, y se puso a toquetear los controles del reposabrazos hasta que la bolsa de gel que tenía bajo la cadera derecha empezó a emitir un brillo tenue.

—Aaah... —exclamó—. Esta cadera me está matando. Si quieres que te diga la verdad, nada me alivia. Absolutamente nada. Le gente cree que sabe lo que es el dolor, pero no tienen ni idea.

—Llega tarde —lo reprendió Artemis en un gnómico fluido, sin rastro de simpatía en la voz.

Argon soltó un nuevo suspiro de alivio mientras empezaba a notar el efecto de la almohadilla de calor sobre la cadera.

—Siempre con prisas, ¿eh, Fangosillo? ¿Por qué no te has tomado una bocanada de oxígeno o te has puesto a meditar junto a la cascada de la pared? Hasta los monjes Hey-Hey recitan sus oraciones junto a esa cascada.

—Yo no soy ningún duende sacerdote, doctor. Lo que hagan o dejen de hacer los monjes Hey-Hey después del primer gong, me trae completamente sin cuidado. ¿Podemos proseguir con mi recuperación? ¿O acaso prefiere seguir haciéndome perder el tiempo?

Argon lanzó un resoplido y luego inclinó su voluminoso cuerpo hacia delante, sobre la mesa, y abrió una simcarpeta que tenía delante.

—¿Cómo es que cuanto más cuerdo estás, más impertinente te vuelves, Artemis?

Artemis cruzó las piernas y su lenguaje corporal se relajó por primera vez.

—Tanta ira reprimida, doctor... ¿De dónde cree usted que le viene?

—Centrémonos en tu actitud, ¿quieres, Artemis? —Argon sacó un montón de tarjetitas de la carpeta—. Vamos a ver. Ahora te enseñaré unas manchas de tinta y quiero que me digas qué es lo que te sugieren las formas.

Artemis protestó con un gemido exageradamente largo y teatral.

—¡Manchas de tinta! Por favor... Mi esperanza de vida es considerablemente más corta que la suya, doctor. Prefiero no malgastar un tiempo muy valioso haciendo inútiles pseudo-tests. Ya puestos, más nos valdría leer hojas de té rojo o ponernos a adivinar el futuro en las entrañas de un pavo, como los arúspices.

—Las manchas de tinta son indicadores muy fiables de la salud mental del paciente —replicó Argon—. Está más que probado y comprobado.

—Probado por psiquiatras para psiquiatras —se burló Artemis.

Argon puso una tarjeta encima de la mesa dando un golpetazo.

—¿Qué es lo que ves en esta tarjeta?

—Veo una mancha de tinta —dijo Artemis.

—Sí, pero ¿qué te sugiere la mancha?

Artemis sonrió con una altanería insufrible.

—Veo la tarjeta número quinientos treinta y cuatro.

—¿Cómo dices?

—La tarjeta número quinientos treinta y cuatro —repitió Artemis—. De una serie de seiscientas tarjetas estándar de manchas de tinta. Las he ido memorizando a lo largo de nuestras sesiones. Ni siquiera se molesta en barajarlas.

Argon comprobó el número que había en el reverso de la tarjeta: 534. Por supuesto.

—Que sepas cuál es el número de la tarjeta no es responder a la pregunta. ¿Qué es lo que ves?

Artemis dejó que le temblara el labio.

—Veo un hacha chorreando sangre. También veo a un niño asustado y a una elfa vestida con la piel de un trol.

—¿De verdad? —Ahora Argon mostraba interés.

—No. La verdad es que no. Veo un edificio que parece seguro, tal vez una casa familiar, con cuatro ventanas. Una mascota fiel y un camino que sale de la puerta para perderse a lo lejos. Creo que, si consulta su manual, esta respuesta concuerda con lo que se consideran parámetros normales o sanos.

A Argon no le hacía falta consultar ningún manual. El Fangoso tenía razón, como de costumbre. Tal vez había llegado el momento de deslumbrar a Artemis con su nueva teoría. No formaba parte del programa, pero quizá así se ganaría su respeto.

—¿Has oído hablar de la teoría de la relatividad?

Artemis pestañeó, incrédulo.

—¿Está de broma? Doctor, he viajado a través del tiempo. Creo que sé unas cuantas cosas sobre la relatividad.

—No. No es a esa teoría a la que me refiero. Mi teoría de la relatividad postula que todo lo mágico está interrelacionado e influido por antiguos hechizos o lugares clave mágicos.

Artemis se frotó la mandíbula.

—Interesante, pero creo que convendrá conmigo en que sería mejor llamarla la teoría de la «interconectividad».

—Eso no importa —dijo Argon, restándole importancia al comentario—. He estado documentándome y resulta que los Fowl han sido el azote de las criaturas mágicas durante miles de años. Muchos antepasados tuyos han intentado hacerse con el oro de las criaturas desde tiempos inmemoriales, aunque tú eres el único que lo ha conseguido.

Artemis se incorporó de golpe: aquello sí que era interesante.

—Y yo nunca llegué a saber nada de esto porque vosotros os encargasteis de hacerles una limpieza de memoria a todos mis ancestros.

—Exactamente —contestó Argon, entusiasmado al ver que por fin había captado toda la atención del joven humano—. Cuando solo era un muchacho, tu padre ya consiguió reducir y maniar a un enano que llegó atraído hasta vuestra mansión.

—Bien hecho. Pero ¿por qué iba a sentirse atraído un enano hacia nuestra mansión? —preguntó Artemis, extrañado.

—Porque allí, la magia residual es algo fuera de lo común. Algo ocurrió en la mansión Fowl en el pasado. Algo muy, muy importante, hablando en términos mágicos.

—Y ese poder residual nos imbuje ciertas ideas en la cabeza y empuja a toda la familia Fowl a creer en la magia —murmuró Artemis, casi hablando para sí.

—¡Exacto! Es el dilema del huevo o el goblin: ¿qué fue antes? ¿Pensaste primero en la magia y luego la buscaste? ¿O fue la magia la que te hizo buscar lo mágico?

Artemis tomó unas notas en su smartphone.

—Y sobre ese acontecimiento mágico tan importante... ¿No podría ser un poco más específico?

Argon se encogió de hombros.

—Nuestros archivos no se remontan tan atrás en el tiempo. Yo diría que estamos hablando de cuando los seres mágicos vivían en la superficie, hace más de diez mil años.

Artemis se levantó con aire imponente frente al gnomo achaparrado. Se sentía en deuda con el doctor por su teoría de la «relatividad», algo que sin duda iba a requerir una investigación un poco más profunda.

—Doctor Argon, ¿era usted patizambo cuando era niño?

Argon se quedó tan sorprendido que dio una respuesta sincera a una pregunta personal, algo insólito en un psiquiatra.

—Sí, sí que lo era.

—¿Y tenía que llevar esos zapatos ortopédicos con suela de plataforma?

Argon estaba intrigado. Hacía siglos que no había pensado en aquellos zapatos horribles; es más, se había olvidado de ellos por completo hasta ese preciso momento.

—Solo uno, el del pie derecho.

Artemis asintió con gesto cómplice, y Argon se sintió como si se hubieran invertido los papeles y el paciente fuese él.

—Yo diría que esos zapatos ayudaron a que el pie se colocara en la posición correcta, pero su fémur quedó ligeramente desviado en el proceso. Un simple soporte ortopédico resolvería su problema de cadera. —Artemis se sacó una servilleta doblada del bolsillo—. Le he diseñado uno yo mismo estos días, mientras me hacía

esperar para la visita estas últimas sesiones. Potrillo debería poder fabricárselo. Puede haber un margen de error de unos pocos milímetros en mis cálculos de sus dimensiones, así que será mejor que le tomen las medidas exactas. —Colocó diez dedos planos sobre la mesa—. ¿Puedo irme ya? ¿He cumplido con mi obligación?

El doctor asintió con aire sombrío, pensando que seguramente omitiría aquella sesión de su libro registro. Observó a Artemis mientras este atravesaba la habitación en dos zancadas y desaparecía agachándose por la puerta.

Argon examinó el boceto de la servilleta. Su instinto le decía que Artemis tenía razón con respecto a su cadera.

«O ese chico es la criatura más cuerda sobre la faz de la Tierra —se dijo—, o está tan perturbado que nuestros tests no consiguen siquiera arañar en la superficie».

Argon extrajo un sello de goma del cajón de su mesa y estampó la palabra RECUPERADO en enormes letras rojas en la cubierta del expediente de Artemis.

«Eso espero —pensó—. Eso espero...».

El guardaespaldas de Artemis, Mayordomo, esperaba a su protegido al otro lado de la puerta de la consulta del doctor Argon, sentado en un gigantesco sillón, regalo del centauro Potrillo, asesor técnico de la Policía de los Elementos del Subsuelo.

—No soporto verte sentado ahí, encogido en una silla enana de duende —le había dicho Potrillo—. Es una ofensa para mis ojos. Pareces un mono de feria.

—Muy bien —le había dicho Mayordomo con su tono grave—. Acepto el regalo, aunque solo sea para que conserves la vista.

En realidad, se había llevado una enorme alegría de poder sentarse en una silla decente, midiendo como medía más de metro noventa y cinco en una ciudad hecha para retacos de poco más de tres palmos.

El guardaespaldas se levantó y estiró los brazos, colocando las palmas planas contra el techo, que medía el doble de lo normal según los estándares de las criaturas mágicas. Por suerte, Argon sentía una debilidad especial por las cosas grandes y desmedidas, porque de no ser así, Mayordomo ni siquiera se habría podido poner completamente de pie en el interior de aquella clínica. En su opinión, aquel edificio, con sus techos abovedados, la tapicería con reflejos dorados y las puertas correderas de estilo retro y hechas de simmadera, se parecía más a un monasterio en el que los monjes habían hecho voto de riqueza que a un centro médico. Tan solo los láseres desinfectantes para manos que colgaban de las paredes y el trasiego de las apresuradas elfas enfermeras que pasaban de vez en cuando por allí indicaban que, en efecto, aquel lugar era una clínica.

«Cómo me alegro de que este servicio de escolta en concreto se acabe de una vez», era lo que, a lo largo de las dos semanas anteriores, había estado pensando Mayordomo al menos una vez cada cuarto de hora. Le habían asignado incontables misiones en sitios peligrosos, pero estar enclaustrado en una ciudad pegada a la parte

inferior de la corteza terrestre le provocaba una sensación de claustrofobia que no había sentido jamás.

Artemis salió de la consulta de Argon, con su sonrisilla de suficiencia aún más acentuada que de costumbre. Cuando Mayordomo vio su expresión, supo de inmediato que su jefe volvía a estar en plena posesión de sus facultades mentales y que un certificado médico lo declaraba oficialmente curado de su Complejo de Atlantis.

«Por fin se acabó lo de contar palabras constantemente. Se acabó el miedo irracional al número cuatro. Se acabaron las paranoias y los delirios. Menos mal...».

Se lo preguntó de todos modos, para cerciorarse.

—Bueno, Artemis, ¿cómo estamos?

Artemis se abrochó los botones de la americana azul marino.

—Estamos bien, Mayordomo. Es decir, yo, Artemis Fowl II, estoy recuperado al cien por cien, lo que equivale a decir que el rendimiento de mi cerebro es cinco veces superior al de la media. O lo que es lo mismo, soy como uno coma cinco Mozarts. O como tres cuartos de Da Vinci.

—¿Solo tres cuartos? Me parece que estás siendo muy modesto...

—Efectivamente —dijo Artemis, sonriendo—. Lo estoy siendo.

Mayordomo relajó los hombros con alivio: un ego desmedido, aplastante seguridad en sí mismo... Definitivamente, Artemis volvía a ser el mismo de siempre.

—Muy bien. Ahora vamos a recoger a nuestra acompañante y pongámonos en marcha, ¿de acuerdo? Quiero volver a sentir el sol en la cara; el sol de verdad, y no esas lámparas de rayos UVA que tienen aquí abajo.

Artemis sintió una punzada de compasión por su guardaespaldas, una emoción que había estado experimentando cada vez más a lo largo de los meses anteriores. A Mayordomo ya le costaba lo suyo pasar desapercibido entre los humanos, pero allí abajo, no habría llamado más la atención ni siquiera disfrazándose de payaso y haciendo malabares con bolas de fuego.

—Me parece una idea excelente —convino Artemis—. Recogeremos a nuestra amiga y nos marcharemos. ¿Dónde está Holly?

Mayordomo señaló con el dedo pasillo abajo.

—Donde siempre. Con el clon.

La capitana Holly Canija, miembro del departamento de Reconocimiento de la Policía de los Elementos del Subsuelo, se quedó mirando fijamente a la cara de su archienemiga y solo sintió lástima. Naturalmente, si hubiese estado mirando a la auténtica Opal Koboi y no a su versión clónica, puede que la lástima no hubiese ocupado el último lugar en su lista de emociones, pero desde luego, sí se habría clasificado muy por debajo de «rabia» y de «profunda antipatía rayana en el odio». Sin embargo, aquella era un clon, una réplica creada de antemano para que la

duendecilla megalómana pudiese tener una doble y así poder eludir la custodia policial en la Clínica J. Argon si la PES lograba encarcelarla algún día, cosa que efectivamente, acabó sucediendo.

Holly sentía lástima de la clon, porque era una criatura patética y estúpida que ni siquiera había pedido ser creada. La clonación era una práctica prohibida tanto por motivos religiosos como por el hecho más obvio de que sin una fuerza vital ni un alma que los impulse, los clones estaban condenados a una vida corta y marcada por los fallos en la actividad cerebral y el fracaso multiorgánico. Aquella clon en concreto había sobrevivido la mayor parte de sus días en una incubadora, batallando duramente por cada soplo de aliento desde que la habían extraído de la crisálida en la que se había desarrollado.

—Ya no queda mucho, pequeña —susurró Holly, tocando la frente de la susodicha criatura a través de los guantes estériles incorporados a las paredes de cristal de la incubadora.

Holly no sabía con seguridad por qué había empezado a visitar a la clon. Tal vez se debía a que Argon le había dicho que nunca había ido a verla nadie.

«No sabe de dónde viene. No tiene amigos».

Al menos, ahora tenía dos amigos. Artemis había tomado la costumbre de acompañar a Holly en sus visitas y muchas veces se quedaba sentado a su lado sin decir nada, lo cual no era nada propio de él.

La denominación oficial de la clon era Experimento No Autorizado Núm. 14, pero uno de los graciosillos de la clínica le había puesto el sobrenombre de Nopal Pita, un juego de palabras muy cruel con el nombre Opal y las palabras «no palpita», en alusión a su estado semicomatoso. Fuese cruel o no, el apodo había cuajado, y ahora hasta la propia Holly lo empleaba, aunque con ternura.

Argon le había asegurado que la Experimento No Autorizado Núm. 14 no tenía facultades mentales, pero Holly estaba convencida de que, a veces, los ojos blanquecinos de Nopal reaccionaban cuando ella la visitaba. ¿Era posible que la clon la reconociese?

Holly examinó las delicadas facciones de Nopal y se acordó inevitablemente de quien le había donado sus genes a la clon.

«Esa duendecilla es veneno puro —pensó con amargura—. Todo lo que toca se estropea y muere».

Artemis entró en la habitación y, situándose junto a Holly, le apoyó con delicadeza una mano en el hombro.

—Todos se equivocan con respecto a Nopal —dijo Holly—. No es verdad que no sienta cosas. Siente y comprende.

Artemis se arrodilló.

—Lo sé. La semana pasada le enseñé una cosa. Mira. —Colocó la mano en el

crystal, y empezó a tamborilear una secuencia con los dedos, despacio, componiendo un ritmo—. Es un ejercicio desarrollado por el doctor Parnassus, de Cuba. Lo utiliza para generar una respuesta en niños recién nacidos, incluso en chimpancés.

Artemis siguió tamborileando y, muy despacio, Nopal respondió y acercó la mano con gran esfuerzo hacia la del chico, golpeando el cristal con torpeza en un intento de copiar su ritmo.

—¿Lo ves? —exclamó Artemis—. Es inteligencia.

Holly le dio un golpecito cariñoso con el hombro, su versión de un abrazo.

—Ya sabía yo que tarde o temprano tu cerebritito acabaría sirviendo de algo.

La insignia de bellotas en miniatura que Holly llevaba en el pecho de su mono de la PES empezó a vibrar y la capitana se tocó el pendiente de tecnología inalámbrica para aceptar la llamada. Con solo un rápido vistazo a su ordenador de pulsera supo que quien la llamaba era Potrillo, el asesor técnico de la PES, y que el centauro había clasificado la llamada como urgente.

—¿Qué ocurre, Potrillo? Estoy en la clínica, haciendo de canguro de Artemis.

La voz de Potrillo llegaba con absoluta claridad a través de la red inalámbrica de Ciudad Refugio.

—Necesito que vuelvas a la Jefatura ahora mismo. Y trae al Fangoso.

El centauro parecía histérico, pero lo cierto es que para Potrillo cualquier cosa era siempre un drama, como que no le subiese el soufflé de zanahorias, por ejemplo.

—No es así como funcionan las cosas, Potrillo. Los asesores no dan órdenes a las capitanas de la PES.

—Uno de nuestros satélites ha captado imágenes de Kobi. Son imágenes en tiempo real —explicó el asesor técnico.

—Vamos para allá enseguida —dijo Holly y cortó la comunicación.

Recogieron a Mayordomo en el pasillo. Artemis, Holly y Mayordomo eran tres compañeros que se habían enfrentado juntos a rebeliones, conspiraciones y auténticas luchas sin cuartel y que habían elaborado su propio manual de gestión de crisis y situaciones de riesgo.

Mayordomo advirtió que Holly estaba seria y pensativa.

—¿Problemas?

Holly siguió andando por el pasillo, obligando a los otros dos a seguirla.

—Opal —contestó.

Mayordomo torció el gesto.

—¿La han visto?

—Nos han llegado unas imágenes a través del satélite.

—¿Origen? —preguntó el guardaespaldas.

—Desconocido.

Siguieron avanzando rápidamente por el retropasillo en dirección al patio de la

clínica. Mayordomo se adelantó y les aguantó la puerta de bisagras, un modelo antiguo con una vidriera de colores en la que se veía a un médico atento y cortés tranquilizando a un paciente desconsolado.

—¿Es que vamos a coger el Palo? —preguntó el guardaespaldas, dando a entender que no tenía ningunas ganas de coger aquel «palo».

Holly cruzó la puerta.

—Lo siento, grandullón, pero hoy toca el Palo.

Artemis no estaba demasiado familiarizado con el transporte público, fuese humano o mágico, de manera que preguntó:

—¿Qué es el palo?

El Palo era el nombre popular para una serie de cintas transportadoras que se distribuían en líneas paralelas por toda la red de edificios de Ciudad Refugio. Era un medio de transporte antiguo y seguro de una época mucho menos acelerada que funcionaba como esos sistemas de pasarelas automáticas que se ven en los aeropuertos humanos, donde el usuario puede subirse y bajarse a voluntad. Las plataformas estaban por toda la ciudad, y lo único que tenía que hacer el pasajero era subirse a una de las cintas y agarrarse a una de las barras de fibra de carbono que brotaban de ella, de ahí el nombre de «el Palo».

Por supuesto, Artemis y Mayordomo ya habían visto antes el Palo, pero al primero jamás se le había pasado por la cabeza utilizar un medio de transporte tan indigno, de manera que nunca se había molestado en averiguar su nombre. Artemis sabía que, con su famosa falta de coordinación, cualquier tentativa de montarse alegremente en la cinta acabaría en una caída espectacular y humillante. Para Mayordomo, el problema no era de coordinación ni de falta de ella, sino que sabía que, con su tamaño, iba a ser muy difícil que en el ancho reducido de la cinta transportadora fuesen a caberle los pies siquiera.

—Ah, sí —dijo Artemis—. El Palo. ¿Y no sería más rápido un taxi ecológico?

—No —contestó Holly, mientras apremiaba a Artemis a que subiera por la rampa que conducía a la plataforma, luego lo empujó apoyando las puntas de los dedos en los riñones en el momento preciso, de manera que se incorporó a la cinta sin darse cuenta y su mano aterrizó encima de la empuñadura bulbosa de uno de los palos.

—¡Anda! —exclamó Artemis. Era la tercera ocasión en su vida en que empleaba una expresión tan coloquial—. Lo he conseguido. No me he caído.

—Siguiente parada, las Olimpiadas —dijo Holly, que se había subido a la cinta detrás de él—. Vamos, guardaespaldas —animó a Mayordomo, volviéndose a mirarlo—. Tu protegido se dirige a un túnel.

La mirada que Mayordomo le lanzó a la elfa habría asustado a un minotauro. Holly era una buena amiga, pero sus bromitas podían ser insoportables. El gigante se subió de puntillas a la cinta, apretujó sus enormes pies en una esquinita y flexionó las

rodillas para sujetarse a la minúscula barra. De perfil, parecía la bailarina más voluminosa del mundo intentando arrancar una florecilla del suelo.

Holly habría llegado a sonreír si no fuese porque tenía a Opal Koboí rondándole por la cabeza.

La cinta del Palo transportó a sus pasajeros de la clínica Argon por el borde de una *piazza* de estilo italiano hacia un túnel bajo perforado con láser en un lecho de roca sólida. Las criaturas mágicas que almorzaban al aire libre se quedaron paralizadas, con los tenedores llenos de ensalada suspendidos en el aire, mientras el estrambótico trío desfilaba por delante de ellas.

No era extraño ver a una agente vestida con el traje de la PES desfilando sobre la cinta transportadora, pero un humano larguirucho vestido como un enterrador y un hombretón gigante del tamaño de un trol y con el pelo rapado eran un espectáculo muy poco habitual.

El túnel apenas medía un metro de altura, de modo que Mayordomo se vio obligado a tumbarse boca abajo hasta ocupar tres secciones de la cinta, aplastando de paso las empuñaduras de los palos. Tenía la nariz a escasos centímetros de la pared del túnel, y se fijó en los bonitos grabados con imágenes que describían episodios de la historia de las criaturas.

«Así que los seres mágicos pueden descubrir cosas sobre su pasado y su herencia cultural cada vez que pasan por aquí. Qué maravilla», pensó Mayordomo; sin embargo, reprimió su sentimiento de admiración, pues hacía mucho tiempo que había disciplinado a su cerebro para que se concentrara en su labor de guardaespaldas y no malgastara neuronas maravillándose cuando estaba en el mundo subterráneo.

«Guárdate eso para cuando te jubiles —pensó—. Entonces podrás recrearte en el pasado y admirar el arte como es debido».

La Jefatura de Policía estaba en la cima adoquinada de una colina en la que los maestros artesanos habían labrado la insignia en forma de bellota de la Policía de los Elementos del Subsuelo. Para los agentes de la PES, aquello era un esfuerzo completamente inútil, pues no tenían por costumbre asomarse a las ventanas de la cuarta planta y maravillarse por la manera en que la luz solar sintética se derramaba sobre cada uno de los adoquines bañados en oro, iluminando y haciendo destellar todo el conjunto.

Aquel día en particular, era como si todos los ocupantes de la cuarta planta hubiesen salido rodando de sus respectivos cubículos, como piedras redondas sobre una superficie inclinada, y estaban todos reunidos formando piña en la sala de situaciones de emergencia, contigua al despacho/laboratorio de Potrillo.

Holly se fue directamente al lugar menos abarrotado y se abrió paso a codazos entre la muchedumbre, cuyo silencio no presagiaba nada bueno. Mayordomo se limitó a aclararse la garganta, una sola vez, y la multitud se disolvió como si una

fuerza magnética los empujase a repeler a aquel gigante humano. Artemis entró entonces en la sala y se encontró al comandante Camorra Kelp y a Potrillo de pie ante una pantalla que ocupaba la totalidad de la pared, siguiendo embobados el desarrollo de los acontecimientos.

Potrillo oyó los gritos ahogados que provocaba la presencia de Mayordomo allá por donde pasaba en Refugio y se volvió a mirar.

—Que los cuatros estén contigo —le susurró el centauro a Artemis, saludándolo con la misma bromita con que lo había recibido durante los seis meses anteriores.

—Ya estoy curado, como bien sabes —respondió Artemis—. ¿Qué pasa aquí?

Holly encontró un hueco al lado de Camorra Kelp quien, con el paso de los años, parecía estar metamorfoseándose en su antiguo jefe, el comandante Julius Remo. El comandante Camorra mostraba siempre una actitud tan belicosa que había adoptado el nombre de «Camorra» tras su graduación y había llegado al extremo de intentar detener a un trol por tirar un papel al suelo, razón por la cual llevaba aquel parche de piel artificial en la punta de la nariz que, desde un ángulo concreto, brillaba en potente amarillo.

—Veo que te has cortado el pelo, patrón —le dijo Holly—. Remo lo llevaba justo igual.

El comandante Kelp no apartó los ojos de la pantalla. Holly estaba bromeando porque estaba nerviosa, y Camorra lo sabía. La elfa tenía motivos para estar nerviosa. En realidad, lo natural habría sido que tuviese un miedo pavoroso, dada la gravedad de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

—Mira el espectáculo, capitana —dijo muy serio—. Se explica por sí solo.

En la pantalla había tres figuras, un prisionero de rodillas y sus dos captores, pero Holly no localizó a Opal Koboi de inmediato porque estaba buscando a la duendecilla entre los miembros de la pareja que había de pie. Entonces se dio cuenta de que Opal era la prisionera.

—Esto es un truco —dijo la elfa—. Tiene que serlo.

El comandante Kelp se encogió de hombros. «Espera y observa».

Artemis se acercó a la pantalla, examinando la imagen con más atención.

—¿Estáis seguros de que la retransmisión es en directo?

—Son imágenes en vivo —contestó Potrillo—. Aunque supongo que también podrían estar enviándonos imágenes grabadas.

—¿De dónde vienen?

Potrillo examinó meticulosamente el localizador de su pantalla. La señal provenía de un satélite mágico situado sobre Sudáfrica y de ahí seguía hacia Miami para luego distribuirse por un centenar de sitios distintos, como el garabato de un niño furioso.

—Secuestraron un satélite y reenviaron la señal a través de una serie de escudos. Podría ser cualquier parte del mundo.

—El sol está en su cenit —reflexionó Artemis en voz alta—. Yo diría, por la longitud de las sombras, que es mediodía. Eso si las imágenes son en directo.

—Y eso reduce las posibilidades solo a una cuarta parte del planeta, casi nada —señaló Potrillo con mordacidad.

Los murmullos en la sala se hicieron más bulliciosos cuando, en la pantalla, uno de los dos voluminosos gnomos que había detrás de Opal sacó una pistola automática humana; el arma cromada parecía un cañón en sus dedos minúsculos.

Fue como si la temperatura de la sala hubiese bajado de golpe varios grados.

—Necesito silencio —exigió Artemis—. Que salgan todos de aquí.

Cualquier otro día, Camorra Kelp le habría contestado a Artemis que él no tenía ninguna autoridad para desalojar una habitación, y hasta habría invitado a más agentes a la abarrotada sala solo para demostrar que tenía razón, pero aquel no era un día cualquiera.

—¡Fuera todo el mundo! —ordenó a los agentes reunidos—. Holly, Potrillo y Fangoso, vosotros quedaos donde estáis.

—Me parece que yo también me quedaré —dijo Mayordomo, protegiéndose la coronilla con la mano para no quemarse con la lámpara.

Nadie se opuso.

Por lo general, los agentes de la PES se marchaban enfurruñados y a regañadientes, comportándose como machitos heridos en su orgullo cuando alguien les ordenaba que se fueran, pero esta vez corrieron apresurados hasta el monitor más cercano: no estaban dispuestos a perderse ni un segundo de lo que ocurría.

Potrillo cerró la puerta tras ellos con la pezuña y luego activó las ventanas tintadas para que no hubiese ningún tipo de distracción procedente del otro lado. Los otros cuatro permanecieron formando un semicírculo irregular delante de la pantalla de la pared, contemplando lo que, a todas luces, iban a ser los últimos minutos de la vida de Opal Koboi. De una de las varias Opal Koboi, en cualquier caso.

En la pantalla aparecían dos gnomos con máscaras faciales protectoras que podían programarse para que el portador de la máscara se pareciese a cualquiera. Esas dos caretas en concreto eran las de los gatitos Pip y Kip, los populares personajes de los dibujos animados de la PPTV, pero se podía reconocer a los gnomos de todos modos por su figura regordeta, su torso barrigudo y sus brazos hinchados. Estaban de pie frente a una anodina pared gris, plantados con aire imponente sobre la minúscula duendecilla, que estaba arrodillada en las huellas de neumáticos que un vehículo había dejado en el barro, con el agua lamiéndole las perneras del pantalón de su chándal de diseño. Opal estaba maniatada y amordazada, y parecía verdaderamente aterrorizada.

El gnomo de la pistola habló a través del distorsionador de voz que llevaba en la máscara, de manera que, al hacerlo, su voz era la de Pip el gatito.

—Lo diré bien clarito —dijo con un maullido, y por alguna razón, la voz del dibujo animado hizo que sonase aún más peligroso—: Nosotros tenemos a una Opal y vosotros tenéis a la otra. Liberad a vuestra Opal y nosotros no mataremos a esta. Teníais veinte minutos, ahora tenéis quince.

Pip el gatito empuñó su pistola.

Mayordomo dio una palmada a Holly en el hombro.

—¿Acaba de decir que...?

—Sí. Quince minutos o matan a Opal.

Mayordomo se colocó un transmisorintérprete en el oído. Aquello era demasiado importante para confiar en sus conocimientos básicos de gnómico.

Camorra Kelp estaba incrédulo.

—¿Qué clase de trato es ese? ¿Dadnos a una terrorista o matamos a una terrorista?

—No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras asesinan a alguien delante de nuestros ojos —dijo Holly.

—Claro que no —convino Potrillo—, no somos humanos.

Artemis carraspeó.

—Lo siento, Artemis —prosiguió el centauro—, pero es que vosotros los humanos sois una raza muy sanguinaria. Sí, ya sé que nosotros hemos traído al mundo a alguna que otra duendecilla chiflada y ambiciosa, pero por lo general, las criaturas somos seres muy pacíficos, razón por la cual seguramente vivimos aquí abajo, para empezar.

En ese momento, Camorra Kelp soltó un auténtico gruñido, una de sus maniobras para reafirmar su condición de líder y algo que no podían hacer demasiadas criaturas mágicas, sobre todo cuando apenas llegaban al metro de estatura con lo que parecían unas botas con alzas (Artemis estaba seguro de que lo eran). Sin embargo, el gruñido de Camorra sonó lo bastante convincente para poner fin inmediatamente a la discusión.

—¡A concentrarse todos! —gritó—. Necesito soluciones. No podemos dejar en libertad a Opal Koboi bajo ningún concepto, pero tampoco podemos permitir que la maten.

El ordenador había buscado toda la información sobre Koboi y había decidido ejecutar el archivo en un ordenador auxiliar por si alguien necesitaba que le refrescasen la memoria.

OPAL KOBOI. Duendecilla con certificado oficial de genio, empresaria e inventora. Organizó el golpe y la rebelión de los goblins. Se clonó a sí misma para eludir la cárcel e intentó llevar a los humanos hasta Ciudad Refugio. Responsable del asesinato del comandante Julius Remo. Se implantó la glándula pituitaria humana para segregara la hormona del crecimiento (posteriormente le fue extraída). Una

versión más joven de Opal siguió a la capitana Canija desde el pasado y en la actualidad anda suelta en el espacio temporal del presente. Se da por sentado que tratará de liberar a su otro yo encarcelado y regresar a su propio espacio temporal. Opal se encuentra en la extraña tesitura, sin precedentes, de ocupar el primer y el segundo lugar de la lista de la PES de los delincuentes más peligrosos. Está clasificada como muy inteligente, motivada y psicótica.

«Es una maniobra muy audaz, Opal —pensó Artemis—. Y con repercusiones potencialmente catastróficas».

Más que verla, percibió la presencia de Holly a la altura de su codo.

—¿Tú que crees, Artemis?

El joven arrugó la frente.

—Mi primera impresión es que es un farol, pero los planes de Opal siempre tienen en cuenta las primeras impresiones.

—Podría ser todo una farsa. ¿Y si esos goblins le disparan con balas de fogeo?

Artemis negó con la cabeza.

—No, con eso solo conseguiría que nos horrorizásemos momentáneamente. Opal ha planeado esto para salir ganando pase lo que pase. Si la liberáis, entonces quedará libre. Y si la Opal más joven muere, entonces... Entonces ¿qué?

Mayordomo intervino en ese preciso instante.

—Hoy en día se puede hacer cualquier cosa con los efectos especiales. ¿Y si lo han programado para que, a través del ordenador, veamos en la pantalla una simulación de cómo le vuelan la cabeza?

Artemis se sintió decepcionado con la teoría de su guardaespaldas, que creía haber descartado ya.

—No, Mayordomo. Piénsalo. Una vez más: no gana nada con eso.

Potrillo soltó un bufido.

—En cualquier caso, si la matan, no tardaremos en descubrir si todo esto va en serio o no.

Artemis se rió con desgana.

—Eso es verdad. Entonces lo sabremos seguro.

Mayordomo soltó un gruñido. Esa era una de aquellas veces en las que Artemis y Potrillo compartían una información basada supuestamente en hechos «científicos» y daban por sentado que todos los demás presentes también la conocían. Los momentos como ese eran los que típicamente sacaban a Holly de sus casillas.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —exclamó la elfa—. ¿Qué es lo que sabremos? ¿Cómo sabremos lo que sea que haya que saber?

Artemis la miró perplejo, como si acabara de despertar de un sueño.

—¿Lo dices en serio, Holly? ¿Tienes dos versiones de un mismo individuo ocupando una misma línea temporal y no eres consciente de las implicaciones que

tiene eso?

En la pantalla, los gnomos estaban inmóviles como estatuas detrás de la temblorosa duendecilla. El que iba armado, Pip, comprobaba la hora en su reloj de pulsera de vez en cuando, retirándose la manga unos centímetros con el cañón de la pistola, pero, por lo demás, ambos esperaban pacientemente. Opal miraba con ojos suplicantes, con la mirada fija en el objetivo de la cámara, mientras unos gruesos lagrimones le rodaban por las mejillas, centelleantes bajo la luz del sol. Su pelo parecía más fino que de costumbre y lo llevaba sucio. Su chándal de Juicy Couture (comprado sin duda en la sección de ropa infantil de algunos almacenes exclusivos) estaba desgarrado en algunas partes, con los bordes manchados de sangre. Las imágenes eran en alta definición y tan nítidas que era como estar mirando a través de una ventana. Si aquella amenaza era falsa, resultaba evidente que la joven Opal no lo sabía.

Camorra dio un golpe en la mesa, un gesto típico de Julius Remo que había adoptado.

—¿Implicaciones? ¿Qué implicaciones? Dímelo.

—Para que quede claro —dijo Artemis—: ¿Quiere que le diga lo que significa la palabra «implicaciones» o quiere saber cuáles son esas implicaciones?

Holly dio un codazo a Artemis en la cadera para que fuese al grano.

—Artemis, vamos un poco mal de tiempo, no sé si lo sabes...

—Muy bien, Holly. El problema es el siguiente...

—Por favor —interrumpió Potrillo—, deja que lo explique yo. Este es mi terreno y lo expondré de forma sencilla y breve, lo prometo.

—Adelante, entonces —contestó Camorra, famoso por su debilidad por todo lo que fuese sencillo y breve.

Holly se echó a reír, con una carcajada seca y desdeñosa. Le parecía increíble que todos siguiesen comportándose como siempre, como si tal cosa, cuando había una vida en juego.

«Nos hemos vuelto insensibles, como los humanos», pensó.

Independientemente de los delitos que había cometido, Opal seguía siendo una persona. En otros tiempos más oscuros, Holly había fantaseado con la idea de atrapar a la duendecilla y hacer que cayera sobre ella todo el peso de la justicia de los Fangosos, pero esos tiempos formaban parte del pasado.

Potrillo se retiró de la frente un mechón de pelo exageradamente repeinado.

—Todas las criaturas están hechas de energía —empezó a explicar con la voz típicamente pomposa que utilizaba en ocasiones como aquella, cuando quería dar a entender que la información que estaba proporcionando era de suma importancia—. Cuando esos seres mueren, su energía se disuelve lentamente y regresa a la tierra. —Hizo una pausa dramática—. Pero ¿qué ocurre cuando una anomalía cuántica

cuestiona de repente la totalidad de la existencia de una criatura?

Camorra lanzó las manos hacia arriba con exasperación.

—¡Vaya! Sencillo y breve, ¿recuerdas?

Potrillo reformuló sus palabras.

—Vale. Si la joven Opal muere, la vieja Opal no puede seguir existiendo.

Camorra aún tardó un segundo, pero lo captó.

—Entonces ¿será como en las películas? ¿Desaparecerá entre chisporroteos y todos nos quedaremos alucinados un momento y luego nos olvidaremos de ella?

Potrillo soltó una risita burlona.

—Esa es una de las teorías.

—¿Cuál es la otra teoría?

El centauro se puso pálido de repente y cedió la palabra a Artemis, algo muy raro en él.

—¿Por qué no explicas tú esa parte? —dijo Potrillo—. Yo solo he apuntado lo que podría pasar. Ahora tengo que empezar a hacer unas cuantas llamadas.

Artemis asintió.

—La otra teoría fue postulada por primera vez por vuestro propio profesor Bahjee hace más de cinco siglos. Bahjee cree que si el flujo de tiempo se ve contaminado con la llegada de una versión más joven de un mismo ser y esa versión más joven muere posteriormente, la versión en el tiempo presente de dicho ser liberará toda su energía de forma espontánea y violenta. No solo eso, sino que todo cuanto exista gracias a la Opal más joven también hará combustión.

«Violenta» y «combustión» eran dos términos que el comandante Kelp entendía perfectamente.

—¿Liberar toda su energía? ¿Con cuánta violencia, exactamente?

Artemis se encogió de hombros.

—Eso depende del objeto o del ser. La materia se transforma instantáneamente en energía. Se liberará una enorme fuerza explosiva. Podríamos estar hablando incluso de una fisión nuclear.

Holly sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Has dicho fisión? ¿Una fisión nuclear?

—Básicamente, sí —contestó Artemis—. En el caso de los seres vivos. Los objetos inanimados deberían provocar menos daños.

—¿Y dices que estallará cualquier cosa que Opal haya hecho o haya contribuido a crear?

—No. Solo las cosas en las que haya ejercido algún tipo de influencia a lo largo de los últimos cinco años de nuestra línea temporal, entre sus dos edades, aunque seguramente habrá alguna que otra onda temporal a uno y otro lado.

—¿Estás hablando de todas las armas de su empresa que siguen utilizándose? —

preguntó Holly.

—Y de los satélites —añadió Camorra—. Y de la mitad de los vehículos de la ciudad...

—Solo es una teoría —señaló Artemis—. Aún existe una teoría más que sugiere que no ocurrirá nada de nada, aparte del hecho de que morirá una persona, eso seguro. La física supera a la física cuántica, y las cosas siguen con toda normalidad.

Holly se descubrió con la cara completamente roja de rabia y furia.

—Hablas como si Opal ya estuviese muerta.

Artemis no estaba seguro de qué decir.

—Estamos al borde de un abismo, Holly. Dentro de muy poco, es posible que todos nosotros estemos muertos. Necesito distanciarme emocionalmente de todo esto.

Potrillo levantó la vista de los mandos de su ordenador.

—¿Qué te parecen los porcentajes, Fangoso?

—¿Porcentajes?

—Teóricamente.

—Ah, ya te entiendo. ¿En términos de probabilidad de las explosiones?

—Exacto.

Artemis se quedó pensativo un momento.

—Teniendo en cuenta todos los elementos, yo diría que la probabilidad es de un noventa por ciento. Si tuviera que apostar y hubiese alguien dispuesto a aceptar esta apuesta, pondría mi última moneda de oro a que sucederá.

Camorra se paseaba arriba y abajo por la pequeña sala.

—Tenemos que poner a Opal en libertad. Hay que soltarla inmediatamente.

Ahora era Holly la que tenía dudas.

—Vamos a pensarlo un poco más, Camorra.

El comandante se volvió hacia ella.

—¿Es que no has oído lo que ha dicho el humano? ¡Una fisión! No podemos dejar que se produzca una fisión bajo tierra.

—Estoy de acuerdo, pero podría ser una trampa.

—La alternativa es demasiado terrible. La soltamos y luego la perseguimos. Ponme con Atlantis. Necesito hablar con el responsable de Profundis. ¿Sigue siendo Vinyáya?

Artemis habló en voz baja, pero con el tono autoritario que había hecho de él un líder natural desde la edad de diez años.

—Es demasiado tarde para liberar a Opal. Lo único que podemos hacer es salvar su vida. Eso es lo que tenía planeado desde el principio.

—¿Salvar su vida? —exclamó Camorra—. Pero si todavía tenemos... —El comandante Kelp comprobó el reloj con la cuenta atrás—. Diez minutos.

Artemis dio unas palmaditas a Holly en el hombro y luego se alejó de ella.

—Si la burocracia mágica se parece en algo a la humana, no conseguiréis subir a Opal en una lanzadera en ese tiempo. Lo que sí podéis hacer es trasladarla al núcleo del reactor.

Kelp no había aprendido todavía a callarse y dejar que Artemis se explicara, así que no dejaba de formular preguntas, haciendo que se retrasase todo el proceso y se perdiesen unos segundos muy valiosos.

—¿El núcleo del reactor? ¿Qué núcleo del reactor?

Artemis levantó un dedo.

—Una pregunta más, comandante, y me veré obligado a ordenar a Mayordomo que lo amordace.

Kelp estuvo a punto de echar a Artemis de allí o de detenerlo por desacato a la autoridad, pero la situación era extremadamente grave, y si había alguna posibilidad de que aquel humano pudiese ayudar de algún modo...

Apretó los puños con fuerza, hasta que le crujieron los dedos.

—Está bien. Habla.

—La prisión de Profundis se abastece de energía procedente de un reactor de fisión nuclear natural que se encuentra en una mina de uranio situada en un lecho de granito similar al que hay en Oklo, Gabón —dijo Artemis, recordando los datos de memoria—. La Compañía de Energía de las criaturas recoge la energía en pequeñas naves modulares colocadas en el uranio. Dichas naves están construidas con una mezcla de conocimientos científicos y mágicos de forma que sean capaces de soportar una explosión nuclear moderada. Esto se enseña en todas las escuelas de por aquí abajo. Todos los seres mágicos presentes en esta habitación saben esto, ¿verdad?

Todos hicieron un movimiento afirmativo con la cabeza. Técnicamente, así era, puesto que en ese momento ya lo sabían.

—Si logramos meter a Opal en el interior de una de esas naves modulares antes de que acabe el plazo de tiempo, la explosión al menos será limitada y, en teoría, si la rociamos con suficiente espuma antirradiación, puede incluso que Opal conserve su integridad física. Aunque yo no apostararía mi última moneda de oro, dicho sea de paso. Por lo visto, Opal está dispuesta a correr el riesgo.

Camorra sintió la tentación de hincarle un dedo a Artemis en el pecho, pero, muy sabiamente, se contuvo.

—¿Estás diciendo que todo esto forma parte de un elaborado plan de Opal para escapar de la prisión?

—Por supuesto —le respondió Artemis—. Y no es tan elaborado. Opal os está obligando a sacarla de su celda. La alternativa es la destrucción total de Atlantis y de todos sus habitantes, algo impensable para todo el mundo salvo para la propia Opal.

Potrillo ya había sacado los planos de la prisión.

—El núcleo del reactor está a menos de cien metros por debajo de la celda de

Opal. Voy a ponerme en contacto con el director de la prisión ahora mismo.

Holly sabía que Artemis era un genio y que no había nadie más cualificado que él para adelantarse a las intenciones de los secuestradores, pero, aun así, seguían teniendo otras opciones.

Miró a las figuras que aparecían en la pantalla y sintió un escalofrío al ver lo tranquilos que parecían los gnomos, teniendo en cuenta lo que estaban a punto de hacer. Con la espalda encorvada, parecían un par de adolescentes pasotas y desganados, sin apenas mirar a su prisionera y haciéndose los gallitos con sus habilidades, sin mostrarse nada avergonzados por tener que llevar aquellas máscaras de personajes de dibujos animados, unas máscaras inteligentes que «leían» sus rostros y mostraban las emociones correspondientes con el exagerado estilo de los dibujos. Las máscaras inteligentes eran muy populares entre los aficionados a los karaokes, porque así podían parecer igualitos que sus ídolos además de intentar berrear como ellos.

«A lo mejor no saben exactamente qué es lo que está en juego —pensó Holly—. A lo mejor no se enteran de nada y están en la inopia, igual que estaba yo hace solo diez segundos».

—¿Pueden oírnos? —le preguntó a Potrillo.

—Sí pueden, pero nosotros no hemos respondido todavía. Solo hace falta apretar el botón.

Naturalmente aquello era solo una forma de hablar, una herencia del pasado, porque allí no había ningún botón, solo un sensor en la pantalla táctil.

—¡Espera, capitana! —le ordenó Camorra.

—Soy una negociadora con mucha experiencia, señor —repuso Holly, con la esperanza de que el tono respetuoso de su voz le hiciese conseguir lo que quería—. Y en cierta ocasión... —Lanzó a Artemis una mirada culpable, lamentando tener que jugar aquella carta—. En cierta ocasión yo también fui una rehén, así que sé cómo funcionan estas cosas. Déjeme hablar con ellos.

Artemis asintió, animándola a hacerlo, y Holly supo que había entendido cuál era su estrategia.

—La capitana Canija tiene razón, comandante —dijo—. Holly tiene un don natural para la comunicación. Aquella vez consiguió convencerme incluso a mí.

—Hazlo —accedió Camorra con un gruñido—. Potrillo, tú sigue intentando ponerte en contacto con Atlantis. Y convoca una reunión del Consejo: tenemos que empezar a evacuar las dos ciudades ahora mismo.

A pesar de que no se veían sus verdaderas caras, en ese momento las expresiones de dibujos de los gnomos eran de soberano aburrimiento. Se les notaba en la inclinación de la cabeza y el ángulo de las rodillas. Tal vez, en el fondo, todo aquello no era tan emocionante como ellos esperaban. Al fin y al cabo, no podían ver a su público, y

nadie había respondido a sus amenazas. Lo que había comenzado como un acto revolucionario empezaba a parecerse cada vez más a un par de gnomos grandotes comportándose como dos abusaenanos y metiéndose con una pobre duendecilla indefensa.

Pip movió el arma en dirección a Kip, y el significado de aquel gesto estaba muy claro: «¿Por qué no le pegamos un tiro ahora mismo?».

Holly activó el micrófono con un movimiento de la mano.

—Hola, ahí abajo. Os habla la capitana Holly Canija de la PES. ¿Me oís?

Los gnomos se despertaron de inmediato y Pip llegó incluso a lanzar un silbido, que a través del distorsionador de voz sonó como una pedorreta.

—Hola, capitana Canija. Hemos oído hablar de ti. He visto fotos. No estás nada mal, capitana.

Holly contuvo una respuesta sarcástica. Nunca había que poner a prueba el sentido del humor de un secuestrador.

—Gracias por el cumplido, Pip. ¿Puedo llamarte Pip?

—Tú, Holly Canija, puedes llamarme lo que quieras cuando quieras —soltó Pip, y extendió la mano que tenía libre hacia su compinche para estrechar los nudillos.

Holly no se lo podía creer. Aquellos dos estaban a punto de destruir el mundo de las criaturas mágicas y se ponían a hacer el tonto y soltar ocurrencias como dos goblins en una fiesta de bolas de fuego.

—Está bien, Pip —continuó Holly con voz serena—. ¿En qué podemos ayudaros?

Pip miró a su compañero con gesto apesadumbrado y negó con la cabeza.

—¿Por qué las guapas siempre son las más tontas? —Se volvió a la cámara—. Ya sabes en qué podéis ayudarnos. Ya os lo hemos dicho: liberad a Opal Koboï o el modelo más joven se va a tener que echar una larga siesta. Y con eso quiero decir que recibirá un tiro en la cabeza.

—Tenéis que darnos más tiempo. Vamos, Pip. ¿Una hora más? Hazlo por mí, ¿quieres?

Pip se rascó la cabeza con el cañón del arma, haciendo como que se lo pensaba.

—Eres muy mona, Holly..., pero no tanto. Si te doy otra hora de margen, me localizarás y me soltarás una parada de tiempo en la cabeza sin darme cuenta. No, gracias, capitana. Tenéis diez minutos. Yo que tú, abriría la puerta de esa celda o iría llamando al enterrador.

—Es que esa clase de cosas llevan su tiempo, Pip —insistió Holly, repitiendo su nombre para tratar de establecer un vínculo más personal—. Se tardan tres días en pagar una multa de aparcamiento.

Pip se encogió de hombros.

—Eso no es problema mío, nena. Y puedes pasarte todo el día llamándome Pip si

quieres, que eso no nos va a convertir en amiguitos del alma ni nada que se le parezca. No es mi verdadero nombre.

Artemis desactivó el micrófono.

—Ese es listo, Holly. No juegues con él, dile la verdad y ya está.

Holly asintió y activó el micrófono de nuevo.

—Está bien, como te llames, te lo diré bien clarito: hay muchas posibilidades de que si disparáis a Opal, aquí abajo suframos varias explosiones importantes. Morirá mucha gente inocente.

Pip meneó el arma con indiferencia.

—Ah, sí, las leyes cuánticas. Nosotros sabemos mucho de eso, ¿verdad, Kip?

—Las leyes cuánticas —repitió Kip—. Claro que sabemos mucho de eso.

—¿Y no os importa que mueran criaturas mágicas que no han hecho nada malo en su vida, gnomos que podrían incluso ser miembros de vuestra familia?

Pip arqueó las cejas de tal manera que le asomaban por encima de la máscara.

—¿A ti te cae bien alguien de tu familia, Kip?

—Yo no tengo familia. Soy huérfano.

—¡Anda! ¡Yo también!

Y mientras ellos dos bromeaban, Opal se estremecía en el suelo, tratando de hablar a través de la mordaza. Potrillo realizaría después un análisis de voz de aquellos murmullos amortiguados, si es que llegaba a haber un después, a pesar de que no hacía falta ser un genio para deducir que estaba suplicando por su vida.

—Tiene que haber algo que necesites... —sugirió Holly.

—Sí, sí que hay algo —respondió Pip—. ¿Me das tu código? Me encantaría quedar contigo para tomarnos un simcafé cuando todo esto acabe. Aunque, claro, puede que eso sea dentro de mucho tiempo, ahora que lo pienso, con Ciudad Refugio completamente destruida y en ruinas...

Potrillo proyectó un mensaje de texto en la pantalla en ese momento:

«Están trasladando a Opal».

Holly pestañeó para mostrarle que lo había entendido y luego prosiguió con la negociación.

—Te voy a explicar la situación, Pip. Nos quedan nueve minutos. Es imposible sacar a alguien de Atlantis en nueve minutos. Materialmente imposible. Hay que ponerse los trajes, pasar a la fase de descompresión tal vez y atravesar todos los conductos hasta mar abierto. No hay tiempo suficiente con nueve minutos.

Las contestaciones graciosillas de Pip eran cada vez más difíciles de soportar.

—Bueno, pues entonces supongo que se mojará mucha gente... Una fisión puede abrir un agujero alucinante en el escudo.

Holly estalló.

—¿Es que no os importa nadie? ¿No os preocupa provocar un genocidio?

Pip y Kip se echaron a reír a carcajadas.

—Es una sensación horrible, la de impotencia, ¿verdad que sí? —dijo Pip—. Aunque hay sensaciones mucho peores... como la de ahogarse, por ejemplo.

—O morir aplastado por el desplome de un edificio —añadió Kip.

Holly golpeó la consola con los diminutos puños.

«Estos dos me sacan de quicio».

Pip se acercó a la cámara de manera que su máscara inundaba la pantalla.

—Si no recibo una llamada de Opal Koboi en los próximos minutos diciéndome que va a bordo de una lanzadera de camino a la superficie, le pegaré un tiro a esta duendecilla. Creedme.

Potrillo apoyó la cabeza en las manos.

—Y pensar que de pequeño me encantaban los dibujos de Pip y Kip...

CAPÍTULO 2: MATAR EL PASADO

PROFUNDÍS, ATLANTIS



CUANDO los guardias entraron a buscarla, Opal Koboï estaba haciendo un intento inútil por levitar. Era algo que había sido capaz de hacer desde muy temprana edad, antes de que la senda de la vida criminal que ella misma había elegido despojara de magia todas sus sinapsis cerebrales, las diminutas conexiones entre las neuronas en las que, según la mayoría de los expertos, se originaba la magia. Su poder podría haberse regenerado de no haber sido por la glándula pituitaria que se había injertado brevemente en el hipotálamo. La levitación era un arte complicado, sobre todo para las duendecillas con poderes limitados, y por lo general, un estado que solo alcanzaban los monjes Hey-Hey del Tercer Balcón, pero Opal lo había conseguido cuando aún iba en pañales, la primera señal para sus padres de que su hija era un poco especial.

«Increíble —pensó—. Quería ser humana. Tarde o temprano encontraré a algún culpable a quien responsabilizar de ese error. El centauro, Potrillo... él fue el culpable. Espero con toda mi alma que muera en la explosión».

Los labios de Opal dibujaron una sonrisa de autocomplacencia. Durante una época, había matado las horas en la monótona prisión ideando trampas mortales cada vez más elaboradas para acabar con la vida de su némesis, el centauro, pero en ese momento se contentaba con dejar que Potrillo muriera junto al resto en las explosiones inminentes. Sí, claro, también había planeado una pequeña sorpresa para la mujer del cuadrúpedo; sin embargo, aquello no era más que un plan insignificante y para el que en realidad no había invertido mucho tiempo.

«Es un indicador de lo lejos que he llegado —pensó Opal—. En cierto modo, he madurado. Se ha levantado el velo y he visto mi verdadero destino».

Durante una época, Opal había sido, simplemente, una despiadada duendecilla dedicada en cuerpo y alma a los negocios y con algún que otro trastorno relacionado con la figura del padre, pero en algún momento, durante los años de experimentación prohibida, había permitido que la magia negra se apoderase de su alma y deformase los deseos más íntimos de su corazón de tal manera que no tenía suficiente con que la idolatrasen en su propia ciudad: necesitaba que el mundo entero se arrojase a sus pies, y estaba dispuesta a arriesgarlo todo y a sacrificar a quien fuese necesario con tal de ver cumplidos sus deseos.

«Esta vez todo será distinto, porque tendré de mi parte a temibles guerreros, sometidos a mi voluntad. Guerreros ancestrales capaces de morir por mí».

Opal se aclaró la mente y envió una sonda para comunicarse con su otro yo. Lo

único que recibió como respuesta fue un estremecimiento de auténtico terror.

«Lo sabe —se dijo—. Pobrecilla».

El momento de compasión por su yo más joven no duró mucho, porque Opal la prisionera había aprendido a no vivir en el pasado.

«Solo estoy matando un simple recuerdo —pensó—. Eso es todo».

Lo cual era una manera muy cómoda y práctica de plantearlo.

La puerta de su celda pasó del estado sólido al gaseoso y a Opal no le sorprendió ver al director de la prisión, Tarpon Vinyáya, un burócrata incompetente e influenciable que nunca había pasado una sola noche fuera, bajo la luna, asomándose con nerviosismo a la puerta de la celda, flanqueado por dos guardias megaduendecillos.

—Director —dijo Opal, al tiempo que abandonaba su intento de levitación—, ¿ha llegado mi indulto?

Tarpon no tenía tiempo para chácharas.

—Vamos a trasladarte, Koboi. No hay tiempo para preguntas, acompáñanos. —Hizo una seña a los guardias—. Envolvedla, chicos.

Los megaduendecillos entraron rápidamente en la habitación e inmovilizaron los brazos de Opal colocándoselos a los lados, sin decir palabra. Los megaduendecillos eran una raza autóctona de Atlantis, donde la rara mezcla del entorno presurizado y el filtro de algas habían hecho que se desarrollaran en volumen de forma constante a lo largo de los años. Lo que los megaduendecillos ganaban en músculo, sin embargo, solían perderlo en cerebro, y eso los convertía en los guardias de prisión ideales, sin ningún respeto por cualquiera más pequeño que ellos y que no fuese quien firmara sus nóminas a fin de mes.

Antes de que Opal tuviera tiempo de abrir la boca para protestar, los duendes ya le habían colocado un traje con forro antirradiación y le habían rodeado el torso con tres cuerdas muy resistentes.

El director soltó el aire, como si hubiese estado conteniendo la respiración hasta entonces, temiéndose que Opal, de alguna manera, fuera a soltarse y reducir a los guardias, cosa que había estado esperando en realidad.

—Bien, muy bien —dijo, secándose la frente con un pañuelo—. Llevadla al sótano. No toquéis ninguno de los tubos y tratad de evitar respirar si es posible.

Los duendes levantaron a la prisionera como si fuera una alfombra enrollada y salieron de la celda, atravesaron el estrecho puente que la unía con el edificio principal de la prisión y se metieron en el ascensor de servicio.

Opal sonrió tras el pesado revestimiento de plomo de su casco.

«Desde luego, este es el día en que todas las Opal Koboi de este mundo son llevadas a cuevas por unos chicos fornidos».

Le envió una sonrisa telepática a su yo más joven en la superficie.

«Lo siento por ti, hermana».

El cubo del ascensor descendió con un destello por un centenar de metros de arenisca blanda hasta llegar a una pequeña sala compuesta en su totalidad por material hiperdenso, extraído de la corteza de una estrella de neutrones.

Opal adivinó que habían llegado al lugar y se rió al acordarse de un gnomo estúpido de su instituto que había preguntado de qué estaban hechas las estrellas de neutrones.

«Pues de neutrones, chico, ¿de qué va a ser? —le había espetado el profesor Leguminoso—. ¡De neutrones! La clave está en el nombre».

La sala ostentaba el récord de ser el espacio construido más caro por metro cuadrado de todo el planeta, a pesar de que parecía una sala de calderas de hormigón. A un lado estaba la puerta del ascensor, mientras que al otro se veía lo que parecían cuatro tubos de misiles, y en el medio había un enano extremadamente gruñón.

—Me tomáis el pelo, ¿verdad? —exclamó, empujando la barriga hacia fuera en actitud claramente desafiante.

Los megaduendes dejaron a Opal en el suelo gris.

—Seguimos órdenes, compañero —declaró uno—. Métela en el tubo.

El enano negó con la cabeza con tozudez.

—No pienso meter a nadie en ningún tubo. Esas cosas están hechas para meter barras.

—Pues, según tengo entendido —dijo el segundo duende, muy orgulloso de sí mismo por haber recordado la información que estaba a punto de proporcionar—, uno de esos reactores no ha sido repostado todavía, así que fijo que el tubo está vacío.

—Muy bien, listillo —repuso el enano, cuyo nombre era Kolin Ozkopy—, pero, aun así, quiero saber por qué las consecuencias de no meter a una persona en un tubo son peores que las consecuencias de hacerlo.

Cualquier megaduendecillo tardaría varios minutos en asimilar una frase tan larga; por suerte, se ahorraron la vergüenza de tener que pedir que les repitiera la frase cuando sonó el teléfono de Kolin.

—Un segundo —pidió, y comprobó el identificador de llamada—. Es el director de la prisión.

Kolin respondió el teléfono con un saludo militar.

—Hola. Al habla el ingeniero Ozkopy.

Ozkopy se quedó escuchando un buen rato, intercalando tres «ajá» con dos «¡D'Arvit!», antes de guardar el teléfono.

—Vaya... —dijo, tocando el traje de radiación con la punta del pie—. Creo que será mejor que la metas en el tubo.

JEFATURA DE POLICÍA, CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO

Pip agitó el teléfono delante de la cámara.

—¿Vosotros oís algo? Porque yo no oigo nada. Nadie está llamando a este número, y tengo cinco barras. Cobertura planetaria al cien por cien. ¡Pero si hasta una vez recibí una llamada en una nave espacial!

Holly activó el sensor del micrófono.

—Vamos todo lo rápido posible. Opal Koboï se encuentra en el puerto de lanzaderas en este preciso momento. Solo necesitamos otros diez minutos.

Pip puso voz cantarina.

—«No digas mentiras para escurrir el bulto. No digas patrañas o acabarás en el trullo».

Potrillo se sorprendió a sí mismo tarareando la canción. Era la canción más famosa de Pip y Kip. Holly lo fulminó con la mirada.

—Perdón —murmuró.

A Artemis se le estaba agotando la paciencia.

—Todo esto es inútil y, francamente, vergonzoso. No tienen ninguna intención de liberar a Opal. Deberíamos dar la orden de evacuar ahora mismo, al menos a los puertos de lanzaderas, que están contruidos para resistir las erupciones de magma.

Potrillo no estaba de acuerdo.

—Aquí estamos seguros. El peligro real está en Atlantis, que es donde se halla la otra Opal. Tú has dicho, y yo estoy de acuerdo, que las explosiones graves, las explosiones teóricas, solo ocurren con seres vivos.

—Las explosiones teóricas solo son teóricas hasta que se comprueba la teoría —repuso Artemis—. Y con tantas... —Se interrumpió en mitad de la frase, algo muy poco habitual en él, puesto que si había algo que no soportaba, eran las frases mal dichas y la mala educación. Su tono de piel, pálido ya de por sí, se puso blanco como la porcelana, y Artemis se dio un golpe con la mano en la frente—. Tonto. Qué tonto he sido... Potrillo, los dos somos unos imbéciles. No esperaba mucha perspicacia por parte de la PES, desde luego, pero viniendo de ti...

Holly reconoció aquel tono de voz; ya lo había oído otras veces en anteriores aventuras, por lo general, justo antes de que las cosas salieran catastróficamente mal.

—¿Qué pasa? —preguntó, temerosa de oír la respuesta, que seguramente sería terrible.

—Sí —convino Potrillo, que siempre tenía tiempo para sentirse insultado—. ¿Puede saberse por qué soy un imbécil?

Artemis apuntó diagonalmente con el dedo índice hacia el sudeste, en la dirección aproximada de la clínica de J. Argon, de donde habían venido.

—La cabina de oxígeno me ha confundido los sentidos —explicó—. El clon. Nopal. Es un ser vivo. Si ella explota, podría desencadenar una reacción nuclear.

Potrillo accedió a los archivos del clon en la página web de Argon, navegando a

una velocidad vertiginosa para obtener los detalles sobre la paciente.

—No. Creo que todo irá bien. Opal recogió su propio ADN antes de que la línea del tiempo se dividiera.

Artemis estaba enfadado consigo mismo de todos modos por haberse olvidado momentáneamente del clon.

—Ya llevábamos un buen rato dándole vueltas al problema hasta que caí en la importancia del clon —dijo—. Si Nopal hubiese sido creada más tarde, la lentitud de mi cerebro podría haber costado muchas vidas.

—Todavía hay muchas vidas en juego —señaló Potrillo—. Necesitamos salvar cuantas más mejor.

El centauro abrió una cubierta de plexiglás de la pared y presionó el botón rojo que había debajo. Al instante, una serie de sirenas de evacuación empezaron a sonar por toda la ciudad. El extraño sonido se propagó como si fuera el lamento de una madre al recibir las malas noticias de sus peores pesadillas.

Potrillo se mordió una uña.

—No podemos esperar a la aprobación del Consejo, no hay tiempo —le dijo a Camorra Kelp—. La mayoría debería poder llegar a los puertos de las lanzaderas, pero necesitamos preparar los equipos de reanimación de emergencia.

Mayordomo no estaba muy contento con la idea de perder a Artemis.

—Nadie está en riesgo de muerte inminente...

Su protegido no parecía demasiado preocupado.

—Bueno, técnicamente, todos estamos en riesgo de muerte inminente...

—¡Cállate, Artemis! —le soltó Mayordomo, lo que iba en contra de sus costumbres y de su propia ética profesional—. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti, y una vez más, has vuelto a ponerme en una situación en la que ni mi fuerza muscular ni mis habilidades cuentan para nada.

—Eso no es justo —contestó el joven genio—. Me parece a mí que no se me puede echar la culpa de la última ocurrencia de Opal.

El rostro de Mayordomo se puso mucho más rojo de lo que Artemis recordaba haber visto en su vida.

—Pues a mí me parece que sí se te puede echar la culpa, así que te culpo. Todavía no nos hemos recuperado de las consecuencias de tu última hazaña, y aquí estamos, metidos hasta el cuello en otra.

Artemis parecía más sorprendido por aquel arrebató que por la situación de «riesgo de muerte inminente».

—Mayordomo, no tenía idea de que tuvieras un sentimiento de frustración tan grande.

El guardaespaldas se frotó la cabeza, rapada al cero.

—Ni yo —admitió—, pero es que en los últimos años ha sido una cosa detrás de

otra. Que si los goblins, que si el viaje en el tiempo, que si los demonios... Y ahora, este lugar, donde todo es tan... tan... pequeño. —Tomó una profunda bocanada de aire—. Vale, ya está, ya lo he dicho. Lo he soltado. Y ahora ya estoy bien. Así que pongámonos en marcha, ¿de acuerdo? ¿Cuál es el plan de acción?

—Continuar con la evacuación —contestó Artemis—. Nada de seguir dando alas a ese par de idiotas, los secuestradores: ellos ya tienen sus instrucciones. Habrá que bajar las compuertas para que colaboren y absorban parte de las ondas de choque.

—Ya nos hemos encargado de la estrategia, humano —dijo Camorra Kelp—. La población entera puede estar en los puntos convenidos dentro de cinco minutos.

Artemis se paseaba arriba y abajo con aire pensativo.

—Dile a tu gente que tiren sus armas a los conductos de magma. Que no cojan nada que pueda estar hecho con tecnología Koboi, teléfonos, juegos... lo que sea.

—Todas las armas Koboi fueron retiradas hace tiempo —dijo Holly—, pero puede que algunas de las Neutrinos más viejas tengan todavía un chip o dos.

Camorra Kelp tuvo el detalle de poner cara de culpable.

—*Algunas* de las armas Koboi fueron retiradas..., pero no todas —aclaró—. Por los recortes de presupuesto, ya sabéis cómo son estas cosas...

Pip interrumpió los preparativos dando unos golpecitos al objetivo de la cámara.

—Eh, gente de la PES... Me va a salir barba de tanto esperar. Que alguien diga algo, lo que sea. Decidnos más mentiras, no nos importa.

Artemis arrugó la frente con enfado. No le hacía ni pizca de gracia aquella actitud tan frívola cuando había tantas vidas en juego. Señaló al micrófono.

—¿Puedo?

Camorra apenas levantó la vista de sus llamadas de emergencia e hizo un gesto ambiguo con la mano, abierto a cualquier interpretación. Artemis decidió interpretarlo como una respuesta afirmativa.

Se acercó a la pantalla.

—Escuchadme, sanguijuelas. Os habla Artemis Fowl. Habréis oído hablar de mí.

Pip sonrió y su máscara copió la expresión.

—Ooh, pero si es Artemis Fowl... El niño prodigio. Ya lo creo que hemos oído hablar de ti, ¿verdad, Kip?

Kip asintió, echándose a bailar.

—Artemis Fowl, el muchacho irlandés que perseguía a los duendes. ¡Ya lo creo que sí! Aquí hasta el menos pintado ha oído hablar de ese sabelotodo.

«Estos dos son tontos —pensó Artemis—. Son tontos y hablan demasiado, así que tengo que poder saber explotar ese defecto».

Probó una artimaña de las suyas.

—Creía haberos dicho que leyeseis vuestras exigencias y que no dijerais nada más.

La cara de Pip era, literalmente, un poema enmascarado.

—¿Qué tú nos dijiste...?

Artemis endureció el tono de voz.

—Mis instrucciones para vosotros dos, par de idiotas, eran que leyeseis las exigencias, que esperaseis a que se acabara el tiempo y que luego disparaseis a la duendecilla. No recuerdo haber dicho nada sobre intercambiar insultos.

La máscara de Pip frunció el entrecejo. ¿Cómo sabía Artemis Fowl sus instrucciones?

—¿Tus instrucciones? Nosotros no seguimos tus órdenes.

—Ah, ¿no? ¿Estás seguro? Explícame, entonces, cómo sé yo cuáles son exactamente vuestras instrucciones, al pie de la letra.

El software de la máscara de Pip fue incapaz de plasmar el ritmo vertiginoso del cambio de expresión y se quedó momentáneamente paralizado.

—Yo... ah... Yo no...

—Y dime cómo sé la frecuencia exacta que debía sintonizar para comunicarme con vosotros.

—¿Es que no estás en la Jefatura de Policía?

—Por supuesto que no, idiota. Estoy en el punto de encuentro, esperando a Opal.

Artemis sintió como se le aceleraba el corazón y esperó un segundo a que su mente consciente alcanzara a su subconsciente y le dijera lo que sus ojos reconocían en la pantalla.

Había algo allí al fondo.

Algo que le resultaba familiar.

El muro que había detrás de Pip y Kip era de un gris anodino, revestido con un tosco acabado de yeso. Un acabado común para las paredes de las granjas de todo el mundo. Había paredes como esa alrededor de toda la finca de los Fowl.

Bumbum.

Otra vez los latidos acelerados de su corazón.

Artemis se concentró en la pared. Era de un gris pizarra, salvo por la telaraña de grietas irregulares que surcaba la superficie de yeso.

Le vino a la mente el recuerdo de sí mismo a los seis años, paseando por la propiedad de los Fowl con su padre. Mientras pasaban junto a la pared del granero de los pastos del nivel superior, el joven Artemis apuntó a la pared y comentó: «¿Lo ves, padre? Esas grietas forman el mapa de Croacia, antiguamente parte de los imperios romano, otomano y austrohúngaro. ¿Sabías que Croacia declaró su independencia de Yugoslavia en 1991?».

Allí estaba. En la pared detrás de Pip y Kip. Un mapa de Croacia, aunque en ese momento el Artemis de quince años advirtió que la costa de Dalmacia estaba resquebrajada.

«Están en la mansión Fowl», dedujo.

«¿Por qué?».

Y en ese preciso instante, afloró el recuerdo de las palabras que le había dicho el doctor Argon: «Porque allí la magia residual es algo fuera de lo común. Algo ocurrió en la mansión Fowl en el pasado. Algo muy, muy importante, hablando en términos mágicos».

Artemis decidió seguir su corazonada.

—Estoy en la finca de los Fowl, esperando a Opal —dijo.

—¿Tú también estás en la mansión Fowl? —le espetó Kip, y eso hizo que Pip se volviera en el acto y le disparara directamente al corazón.

El gnomo salió despedido hacia la pared, y al estrellarse contra ella arrancó varias nubes de polvo del yeso. Un fino reguero de sangre le brotó del agujero en el pecho y le resbaló despacio, con la misma vulgaridad que un hilo de pintura chorreando de un frasco. La expresión de su cara, del gato de los dibujos animados, parecía cómicamente sorprendida, y cuando el calor se extinguió de su rostro, los píxeles se apagaron y dejaron un signo amarillo de interrogación.

La súbita muerte impresionó mucho a Artemis, pero la frase anterior lo había sorprendido aún más.

No se había equivocado en ninguna de sus dos suposiciones: no solo era Opal la que estaba detrás de todo aquello, sino que el punto de encuentro era la mansión Fowl.

¿Por qué? ¿Qué había pasado allí?

Pip gritó a la pantalla:

—¿Has visto lo que has hecho, humano? Si es que eres humano. Si es que de verdad eres Artemis Fowl. No importa lo que sepas, ahora ya es demasiado tarde.

Pip presionó el cañón aún humeante contra la cabeza de Opal y esta se apartó cuando el metal le quemó la piel, suplicando por su vida a través de la cinta que le tapaba la boca. Estaba claro que Pip se moría de ganas de apretar el gatillo, pero no podía.

«Tiene instrucciones muy concretas —pensó Artemis—. Debe esperar hasta que se agote el tiempo previsto. De lo contrario, no sabría con seguridad si Opal se encuentra a salvo en el núcleo del reactor».

Artemis desactivó el micrófono y ya se dirigía a la puerta cuando Holly lo agarró del brazo.

—No hay tiempo —dijo, adivinando que se dirigía a su propia casa.

—Tengo que intentar salvar a mi familia de la siguiente fase del plan de Opal —replicó Artemis con brusquedad—. Todavía quedan cinco minutos. Si consigo llegar a un conducto de erupción de magma, podríamos adelantarnos a las explosiones en la superficie.

El comandante Kelp sopesó sus opciones rápidamente. Podía ordenar a Artemis que permaneciese bajo tierra, pero sería estratégicamente ventajoso tener a alguien que pudiera seguir los movimientos de Opal Koboi si esta se las arreglaba para escapar de Atlantis.

—Adelante —le dijo—. La capitana Canija os conducirá a ti y a Mayordomo a la superficie a bordo de una nave. Permaneced en contacto si...

No terminó la frase, pero todos los presentes adivinaron lo que iba a decir.

«Permaneced en contacto si... si es que queda algo con lo que permanecer en contacto aquí abajo».

CAPÍTULO 3: FUEGO Y AZUFRE

PROFUNDIS, ATLANTIS



A OPAL no le entusiasmaba la idea de que la metieran dentro del tubo así, a lo bruto, empujándola hacia dentro con una barra de punta roma, pero una vez abajo, en el interior del revestimiento de neutrones, se sintió muy cómoda, protegida por una capa muy esponjosa de espuma antirradiación.

«Soy como una oruga en su crisálida —pensó, un poco molesta, eso sí, por el áspero material del que estaba hecho su traje antirradiación—. Estoy a punto de transformarme en una diosa. A punto de alcanzar mi destino. Inclinaos ante mí, mortales, o soportad vuestra propia ceguera».

Pero entonces pensó: «¿“Soportad vuestra propia ceguera”? ¿No me estaré pasando?».

En algún rincón de su cerebro, Opal albergaba la inquietante duda de que había cometido un terrible error al poner en marcha aquel plan. Era la maniobra más radical que había hecho en su vida y miles de criaturas mágicas y humanos morirían. Peor aún: ella misma podría dejar de existir o transformarse en una especie de mutante del tiempo. Sin embargo, Opal había zanjado aquellas preocupaciones simplemente negándose en pensar en ellas. Sabía que era una solución infantil, pero estaba convencida en un noventa por ciento de que había sido elegida cósmicamente para ser el primer Ser Cuántico.

La alternativa era demasiado aborrecible para ser contemplada siquiera: ella, Opal Koboï, obligada a vivir el resto del resto de sus días como una delincuente común en Profundis, un objeto de burla y el hazmerreír de todos. Protagonista de todos los cuentos infantiles con moraleja y sujeto de estudio para trabajos y proyectos escolares. Un chimpancé en un zoológico para que los seres mágicos de Atlantis se la quedaran mirando embobados con los ojos abiertos como platos. Era infinitamente preferible matarlos a todos e incluso morir ella, desde luego. Aunque no es que ella fuese a morir. El tubo contendría su energía y, con la concentración suficiente, se convertiría en una versión nuclear de sí misma.

«Siento que mi propio destino está en mis manos. De un momento a otro, ya mismo...».

CIUDAD REFUGIO

Artemis, Mayordomo y Holly tomaron el ascensor exprés hacia el puerto de

lanzaderas de la mismísima Jefatura de Policía, conectado a una corriente de magma del centro de la Tierra, que abastecía de energía a buena parte de la ciudad a través de unas tuberías geotérmicas. Artemis no hablaba con los otros, sino que se limitaba a murmurar para sí mismo y a golpetear la pared de acero del ascensor con los nudillos. Holly sintió un gran alivio al comprobar que el golpeteo no seguía ningún ritmo específico, a no ser, por supuesto, que el ritmo fuese demasiado complejo para que ella lo percibiera. No sería la primera vez que el patrón de pensamiento y los razonamientos de Artemis se le escapaban.

El ascensor era espacioso para los parámetros de la PES, de forma que Mayordomo contaba con espacio suficiente para poder mantenerse completamente erguido, a pesar de que aún se golpeaba la coronilla contra el techo de la cápsula cada vez que había un bache.

Artemis habló al fin.

—Si conseguimos subirnos a la lanzadera antes de que expire el plazo, tendremos una posibilidad real de llegar a los conductos de magma.

Había utilizado la palabra «plazo», pero sus compañeros sabían que se refería a un asesinato en toda regla. Pip le dispararía a Opal cuando acabara el tiempo, ninguno lo dudaba. A partir de entonces se desencadenarían las consecuencias de ese asesinato, fuesen las que fuesen, y su única posibilidad de sobrevivir residía en el interior de una cápsula de titanio diseñada para soportar una inmersión total en una chimenea de magma.

El ascensor se detuvo con un silbido sobre los pistones automáticos y las puertas se abrieron al estruendo de los distintos ruidos que caracterizan el caos más absoluto. El puerto de lanzaderas estaba repleto de criaturas frenéticas que avanzaban a golpe de codo para pasar a través de los controles de seguridad, sin hacer ningún caso de los protocolos habituales para el examen de rayos X y saltándose las barreras y los torniquetes. Los duendecillos volaban a una altura ilegal, rozando con las alas la iluminación del conducto. Los gnomos se apiñaban en formaciones de baloncruje, intentando abrirse camino a través de las filas de agentes antidisturbios de la PES.

—Se están olvidando de las instrucciones —murmuró Holly—. El pánico no ayuda en absoluto.

Artemis miró con tristeza a la multitud. Ya había visto algo parecido una vez en el aeropuerto de JFK, cuando la estrella de un *reality* de la televisión había aparecido en la puerta de llegadas.

—No vamos a conseguirlo. No sin hacer daño a alguien.

Mayordomo cogió a sus compañeros y se los subió a uno en cada hombro.

—¡Ja! Ya lo creo que lo conseguiremos —exclamó, andando con paso decidido hacia la multitud.

La actitud de Pip había cambiado desde que había disparado a su compañero. Se

habían acabado las bromitas y la pose despreocupada, ahora estaba siguiendo sus instrucciones al pie de la letra: esperar a que sonara la alarma del teléfono y luego disparar a la duendecilla.

«Ese mequetrefe de Fowl... Todo eso de antes era un farol, ¿verdad? Ahora ya no puede hacer nada. Seguramente, ni siquiera era Fowl».

Pip decidió en ese momento que nunca le contaría a nadie lo que había sucedido allí ese día. El silencio era sinónimo de seguridad, mientras que las palabras no harían más que unirse hasta formar una soga que acabaría ahorcándolo.

«Ella no puede enterarse, nunca».

Pero Pip sabía que bastaría con que lo mirase una sola vez a los ojos para que lo supiese todo. Por un segundo pensó en echar a correr, en olvidarse de aquel plan maquiavélico tan sumamente enrevesado y volver a ser un gnomo normal.

«No puedo hacerlo. Me encontraría. Me encontraría y me haría cosas terribles. Además, no sé muy bien por qué, pero no deseo librarme de ella ni de su influencia...».

No había nada que hacer: seguiría las órdenes que no había desobedecido todavía.

«A lo mejor, si la mato, me perdonará».

Pip preparó el percutor del arma y la presionó contra la parte posterior de la cabeza de Opal.

ATLANTIS

En el interior del reactor, a Opal le bullía la cabeza de entusiasmo. No podía faltar mucho. Debía de estar a punto de llegar el momento. Había estado contando los segundos, pero el accidentado trayecto en el ascensor la había desorientado un poco.

«Estoy lista —pensó—, lista para dar el siguiente paso».

«¡Apriétalo! —exclamó, transmitiendo la orden mentalmente, sabiendo que su yo más joven oiría el pensamiento y le entraría el pánico—. Aprieta el gatillo».

JEFATURA DE POLICÍA

Potrillo sintió que su tupé cedía al peso de la sudoración constante y le caía sobre la frente, tratando de recordar cuál había sido su comentario de despedida para su mujer, Caballina, al salir de casa esa mañana.

«Creo que le he dicho que la quiero. Siempre se lo digo. Pero ¿se lo he dicho esta mañana? ¿Lo he hecho?».

En ese momento le parecía muy importante.

«Caballina está en las afueras. No corre ninguna clase de peligro. Bien. Menos

mal...».

El centauro no se creía ni sus propios pensamientos. Si era Opal la que estaba detrás de todo aquello, lo más probable era que todavía quedaran sorpresas inesperadas que aquel plan descabellado no había revelado todavía.

«Opal Koboi no hace planes: escribe óperas enteras».

Por primera vez en su vida, Potrillo se horrorizó al sorprenderse a sí mismo contemplando la posibilidad de que hubiese otro ser mágico un poco más inteligente que él.

JEFATURA DE POLICÍA, PUERTO DE LANZADERAS

> Mayordomo avanzó a través de la multitud, pisando y escogiendo sus pasos con mucho cuidado. Su aparición en el puerto de lanzaderas solo sirvió para intensificar el nivel de pánico, pero eso ya no tenía remedio. Si querían llegar a la lanzadera a tiempo, algunas criaturas mágicas tendrían que sufrir unas molestias pasajeras. Los elfos se arremolinaban alrededor de sus rodillas como peces limpiadores, varios pinchándolo con porras eléctricas y un par de ellos rociándolo con spray repelente de feromonas, sustancia que Mayordomo descubrió, para su disgusto, que le contraía instantáneamente los senos nasales.

Cuando llegaron al torniquete de seguridad, el gigantesco guardaespaldas se limitó a saltar por encima de él, dejando a la asustada muchedumbre pululando al otro lado. Mayordomo tuvo el buen tino de plantar a Holly delante del escáner de retina para poder pasar sin activar las medidas de seguridad de la terminal.

Holly llamó a un duendecillo al que reconoció en el control de seguridad.

—Oye, Chix, ¿está abierto nuestro conducto?

Chix Verbil había sido compañero de Holly en una de sus aventuras y si todavía seguía vivo era gracias a que la elfa había cargado con su maltrecho cuerpo para salvarlo de la muerte.

—Hummm... sí. El comandante Kelp nos ha dicho que abriésemos uno. ¿Estás bien, Capitana?

Holly se bajó del hombro descomunal de Mayordomo y aterrizó echando chispas con los talones de las botas.

—Muy bien.

—Un medio de transporte un poco raro, ¿no? —comentó Chix, al tiempo que echaba a volar, nervioso, y se quedaba suspendido a tres palmos del suelo; su reflejo brillaba en el suelo de acero pulido, como un duendecillo atrapado en otra dimensión.

—No te preocupes, Chix —dijo Holly, dando unas palmaditas en la pierna de Mayordomo—. Es inofensivo. A menos que huela el miedo.

El guardaespaldas olisqueó el aire, como si percibiera un ligero aroma de terror.

Chix se elevó unos centímetros en el aire, agitando a toda velocidad las alas, tan borrosas como las alas de un colibrí. Pulsó unas teclas de su ordenador de pulsera con dedos sudorosos.

—Vale. Ya está todo listo para que salgáis. El equipo de tierra ya ha revisado todos los sistemas de apoyo y reanimación de emergencia. Y, de paso, os hemos dejado un cubo de plasma fresco, así que tendréis para unas cuantas décadas. Las compuertas se sellarán dentro de menos de dos minutos, de manera que, si estuviera en tu lugar, me pondría en marcha ahora mismo y me llevaría a esos dos Fangosos... digo, humanos, conmigo.

Mayordomo decidió que sería más rápido dejar que Artemis siguiera aupado sobre su hombro hasta que estuvieran dentro de la lanzadera, porque, con las prisas, era más que probable que se tropezase con algún enano. El guardaespaldas salió al trote por el tubo de metal que conectaba el puesto del control de seguridad con el puerto de despegue.

Potrillo se las había arreglado para conseguir que el Consejo aprobara una orden de remodelación del puerto para que Mayordomo pudiera caminar bajo el techo sin tener que agacharse. La lanzadera en sí era, en realidad, un vehículo todoterreno que el departamento de Asuntos Criminales había confiscado a un traficante de atún, y habían eliminado la fila de asientos de en medio para que el guardaespaldas pudiera estirar las piernas en la parte de atrás. La parte favorita de Mayordomo de sus visitas al subsuelo era ir a bordo del todoterreno.

«¡Un todoterreno! —había exclamado Potrillo con un resoplido—. Como si hubiese en todo Refugio muchos tipos de terreno. Esos cacharros no hacen más que chupar plasma y están hechos para fanfarrones que lo único que quieren es ir fardando de coche por ahí».

Aunque eso no le había impedido ordenar con mucho gusto que le hiciesen unas modificaciones para que el vehículo se pareciera a un moderno Humvee norteamericano y pudiera dar cabida a dos humanos en la parte trasera. Y como Artemis era uno de esos humanos, Potrillo no pudo evitar hacerse un poco el fanfarrón y añadir un par o tres de extras dentro del reducido espacio, detalles y accesorios que ni siquiera se encontraban en las sondas de Marte: asientos de gel, treinta y dos altavoces, televisión HD y en 3D, y para Holly, un oxirrefuerzo y un cortador láser en forma de diablillo soplando un cuerno alargado, que servía de adorno para el capó. Por eso la lanzadera se llamaba *Cupido de Plata*. Era un nombre demasiado cursi para el gusto de Artemis, así que Holly lo llamaba así cada vez que podía, solo para chincharlo.

El todoterreno detectó la presencia de la elfa y le mandó un mensaje a su ordenador de pulsera preguntándole si debía abrir las puertas y arrancar en modo automático. Sin tiempo que perder, Holly dio su confirmación al instante y las puertas

en forma de alas de murciélago se desplazaron silenciosamente hacia arriba, justo a tiempo para que Mayordomo depositara a Artemis en el asiento trasero como si fuera un saco lleno de cachorros. Holly se deslizó en el único asiento delantero, en el morro de la aeronave, y la encajó en los raíles de las vías de salida antes de que las puertas se sellaran.

Artemis y Mayordomo se reclinaron hacia atrás y dejaron que los cinturones de seguridad automáticos les atravesaran los hombros y el pecho para insertarse con comodidad en sendas ranuras sensibles a los cambios de presión.

Los dedos de Artemis fruncieron la tela de sus pantalones a la altura de la rodilla. El avance por los raíles de salida era exasperantemente lento. Al final del túnel de roca revestido de paneles metálicos vieron la abertura del conducto en sí, una media luna brillante que se abría como las mismísimas puertas del infierno.

—Holly —dijo, sin separar los dientes—, por favor, acelera un poco.

Holly apartó las manos enguantadas del volante.

—Todavía estamos sobre los raíles de despegue, Artemis. Todo es automático.

La cara de Potrillo se materializó en el monitor superior del parabrisas.

—Lo siento, Artemis —dijo—. Lo siento muchísimo, de verdad. Se nos ha agotado el tiempo.

—¡No! —exclamó Artemis, forcejeando con el cinturón de seguridad—. Aún quedan quince segundos. Doce al menos.

Potrillo bajó la mirada hacia el panel de instrumentos que tenía ante sí.

—Tenemos que cerrar ya las compuertas para asegurarnos de que sobrevivan todos los que se encuentran en el interior de los túneles. Lo siento mucho, Artemis.

El todoterreno dio una sacudida y se paró en seco al detenerse el corte de suministro eléctrico que alimentaba los raíles de despegue.

—Podemos conseguirlo —aseguró Artemis, con una voz que anunciaba que estaba al borde de un ataque de pánico.

Unos metros más adelante, la boca del infierno empezó a cerrarse mientras los gigantescos engranajes, obra de la forja de los enanos, hacían bajar por el conducto las persianas de un metro de grosor.

Artemis apretó el hombro de su amiga.

—¿Holly? Por favor...

La elfa puso cara de exasperación y cambió los controles a modo manual.

—¡D'Arvit! —exclamó y pisó el acelerador hasta el suelo.

El todoterreno dio un salto hacia delante, liberándose del carril guía, y accionó las luces giratorias y las sirenas de alarma.

En la pantalla, Potrillo se frotaba los párpados con los dedos índices.

—Sí, sí, cómo no... La capitana Canija haciéndose la intrépida una vez más. Que levante la mano el que esté sorprendido. ¿Nadie?

Holly intentó hacer caso omiso del centauro y concentrarse en conseguir que la aeronave atravesara la rendija que quedaba entre las compuertas entreabiertas, cada vez más estrecha.

«Por lo general, suelo reservar esta clase de proezas para el final de una aventura —pensó—, como parte del momento culminante del tercer acto. Pues vaya, sí que empezamos pronto esta vez...».

La lanzadera rechinó al rozar el suelo del túnel y la fricción provocó sendas estelas de chispas que rebotaban contra la pared. Holly se colocó las gafas de control y ajustó automáticamente la visión al curioso enfoque doble necesario para enviar órdenes en forma de parpadeo a los sensores que llevaban sus gafas y poder mirar a la vez lo que tenía delante.

—Por los pelos —comentó—. Si lo conseguimos, será por los pelos. —Y entonces, justo antes de perder la conexión, añadió—: Buena suerte, Potrillo. Ten cuidado.

El centauro golpeó la pantalla con dos dedos.

—Buena suerte a todos nosotros.

Holly arañó unos pocos centímetros extra desinflando las almohadillas de suspensión del *Cupido* y el todoterreno pasó por debajo de las compuertas medio segundo antes de que bajaran y se cerraran por completo, y se zambulló en picado en la chimenea de lava natural. Abajo, el núcleo de la Tierra escupía columnas de magma de diez kilómetros de ancho, creando unas corrientes ascendentes de fuego que impactaron contra la chamuscada parte inferior de la pequeña lanzadera y la catapultaron en una espiral hacia la superficie.

Holly accionó los estabilizadores y dejó que el reposacabezas le abrazara el cuello y el cráneo.

—Agarraos fuerte —dijo—. Va a ser un viajecito memorable.

Cuando sonó la alarma de su teléfono, Pip dio un bote del susto, como si no la hubiese estado esperando, como si no hubiese estado contando los segundos. A pesar de todo, ahora que el momento había llegado al fin, parecía genuinamente sorprendido. Dispararle a Kip le había quitado todo su aplomo y su chulería anteriores, y su lenguaje corporal era claramente el de alguien que no tenía ningunas ganas de asesinar a nadie.

Trató de recuperar parte de su espíritu arrogante anterior blandiendo la pistola y mirando a la cámara con una sonrisa amenazadora, pero era difícil presentar el asesinato de una duendecilla que parecía apenas una niña como cualquier otra cosa.

—Ya os lo advertí —le dijo a la cámara—. Vosotros sois los responsables, no yo.

En la Jefatura de Policía, el comandante Kelp activó el micrófono.

—Te encontraré —gruñó, furioso—. Aunque tarde un millar de años, te juro que te encontraré y te encerraré de por vida.

Curiosamente, aquello hasta pareció animar a Pip.

—¿Tú? ¿Encontrarme? Tendrás que perdonarme si no me echo a temblar con tus amenazas, polizonte, pero conozco a alguien que me asusta mucho más que tú.

Y sin añadir una sola palabra más, descerrajó un tiro en la cabeza a Opal.

La duendecilla cayó de bruces contra el suelo como si la hubieran golpeado por detrás con una pala. El impacto de la bala la arrojó hacia abajo con ímpetu, pero apenas perdió sangre a consecuencia del golpe, salvo por un hilillo que le manaba de la oreja, casi como si se hubiera caído de la bicicleta en el patio del colegio.

En la Jefatura de Policía, el normalmente bullicioso centro de operaciones se hallaba sumido en un profundo silencio, mientras todo el personal aguardaba las repercusiones del asesinato que acababan de presenciar. ¿Cuál de las teorías cuánticas resultaría ser la correcta? Tal vez, al final, no pasara nada, aparte de la muerte de una duendecilla.

—Vale —dijo Camorra Kelp después de una pausa larga y significativa—. Todavía estamos aquí. ¿Cuánto falta para poder considerar que estamos fuera de peligro?

Potrillo estaba a punto de ejecutar unos cálculos en el ordenador cuando la pantalla de la pared empezó a resquebrajarse de forma espontánea, derramando un gas verde por toda la sala.

—Sujetaos fuerte a algo —aconsejó el centauro—. Se avecina el caos.

ATLANTIS

Opal Koboí sintió como se moría, y fue una sensación curiosa, como una mezcla de angustia y ansiedad crecientes en su interior.

«Así que esto es una experiencia traumática... —pensó—. Estoy segura de que la superaré».

La amarga sensación enseguida fue sustituida por un entusiasmo efervescente mientras acariciaba con expectación la idea de aquello en lo que estaba a punto de convertirse.

«Me estoy transformando por fin. Emergiendo de mi crisálida como la criatura más poderosa del planeta. Nada se interpondrá en mi camino».

Todo aquello era muy melodramático, pero Opal decidió que, teniendo en cuenta las circunstancias, quienquiera que algún día fuese el encargado de escribir su biografía lo entendería.

A la duendecilla en ningún momento se le pasó por la cabeza que su teoría de la paradoja del tiempo pudiese ser una teoría completamente errónea, como tampoco la posibilidad de que fuese a acabar sus días encerrada y olvidada en el interior de un reactor nuclear tras haber asesinado a su única aliada verdadera.

«Siento una especie de hormigueo —pensó—. Ya empieza».

El hormigueo se convirtió en una incómoda sensación de ardor en la base del cráneo, una quemazón que se le extendió rápidamente por toda la cabeza con presión abrasadora. Opal ya no podía pensar en futuras conquistas cuando todo su ser se convirtió, de pronto, en miedo y dolor.

«He cometido un error —pensó, desesperada—. No hay recompensa que merezca ni un solo segundo más de este dolor».

Opal se removió violentamente en el interior de su traje antirradiación, luchando contra la suave presión de la espuma, que le limitaba cualquier movimiento. La sensación de pánico se propagó por todo su sistema nervioso y fue incrementando la intensidad desde algo simplemente insoportable hasta algo completamente inconcebible. Los escasos restos de cordura que le quedaban a Opal saltaron hechos trizas como las amarras de un velero en pleno huracán.

En sus castigadas terminaciones nerviosas, Opal sintió como su magia regresaba para hacerse dueña del dolor y someterlo a su voluntad. La enloquecida y vengativa duendecilla luchó por reprimir su propia energía y no quedar completamente destruida por su propio poder, que en ese preciso instante seguía liberándose mientras los electrones cambiaban de órbita y los núcleos se dividían espontáneamente. Su cuerpo fue pasando de una fase a la siguiente hasta convertirse en energía pura, una energía que pulverizó el traje antirradiación y abrasó la capa de espuma semiderretida formando agujeros en ella para, acto seguido, rebotar contra las paredes de neutrones de la cámara y de vuelta hacia la maltrecha conciencia de Opal.

«Ahora —pensó—. Ahora empezará el verdadero disfrute, mientras me reconstruyo a mi propia imagen y semejanza. Soy mi propio dios».

Y únicamente con el poder de su mente, Opal volvió a crearse a sí misma. Su aspecto físico seguía siendo el mismo, pues era vanidosa y se creía perfecta, pero abrió y expandió su mente, dejando que los nuevos poderes recubrieran las conexiones entre sus células nerviosas, centrándose en los mantras ancestrales de las artes oscuras, para que su nueva magia pudiera ser utilizada para traer de vuelta a sus soldados de su lugar de reposo. Semejante poder era demasiado para un solo cuerpo, así que debía eliminarlo en cuanto hubiese materializado su huida o sus átomos quedarían hechos trizas y desaparecerían como luciérnagas que se lleva el viento.

«Es muy difícil reconstruir las uñas —pensó—. Puede que tenga que sacrificar las manos y los pies».

Los efectos en cadena del asesinato de la joven Opal en un rincón de un campo abierto fueron mucho más extensos de lo que Artemis podría haber imaginado jamás, a pesar de que, en realidad, «imaginar» no era la palabra correcta, porque Artemis Fowl no tenía por costumbre imaginar nada. Ni siquiera cuando era pequeño, nunca había soñado despierto con luchar contra dragones montado sobre un corcel blanco.

Artemis prefería visualizar un objetivo realizable y luego ponerse manos a la obra para alcanzar dicho objetivo.

En cierta ocasión, su madre, Angeline, se había asomado a espiar por encima del hombro de su hijo de ocho años mientras dibujaba en su diario.

«¡Oh, cariño! ¡Eso es maravilloso! —había exclamado ella, encantada de que su niño mostrase al fin algún interés en la creatividad artística, aunque el dibujo pareciese un poco violento—. Es un robot gigante destruyendo una ciudad, ¿verdad?».

«No, madre —había contestado Artemis, lanzando un suspiro teatral, como el eterno genio incomprendido—. Es un *drone* constructor creando un hábitat lunar».

Angeline le había alborotado el pelo a su hijo como venganza por el exagerado suspiro y se preguntó si el pequeño Arty no necesitaría hablar con algún profesional. Artemis había anticipado la destrucción generalizada que provocaría la energía espontánea resultante de la explosión de todos los materiales relacionados con Opal y sus industrias, pero ni siquiera él sabía cuál era el nivel de saturación de los productos Koboi fabricados en los años inmediatamente anteriores a su encarcelamiento. Industrias Koboi tenía muchos negocios legítimos, que fabricaban de todo, desde componentes de armas hasta material médico, pero Opal también era propietaria de numerosas empresas fantasma que, de forma ilegal, extendían su influencia al mundo humano e incluso al espacio, y los efectos de la explosión de aquellas decenas de millares de componentes oscilaban entre molestos y directamente catastróficos.

En el almacén de la PES, un surtido de doscientas armas obsoletas, listas para ser recicladas la semana siguiente, se fundieron como si fueran tabletas de chocolate derritiéndose y luego irradiaron una abrasadora luz dorada que hizo chisporrotear todos los sistemas locales de circuitos cerrados antes de explotar con la fuerza de un centenar de pastillas de Semtex. No se alcanzó la fisión, pero los daños fueron considerables de todos modos. El almacén quedó básicamente reducido a cenizas, y buena parte de los pilares de soporte que cargaban con el peso de la ciudad subterránea fueron derribados como los bloques de construcción con los que juegan los niños.

El centro de Ciudad Refugio se derrumbó hacia dentro, por lo que un millón de toneladas de corteza terrestre cayeron acumulándose encima de la capital mágica, rompieron la junta de presión e incrementaron las lecturas de atmósfera en casi un mil por ciento. Cualquier cosa que hubiese bajo el derrumbamiento de roca quedó aplastada inmediatamente. Hubo ochenta y siete víctimas mortales y los daños materiales fueron inmensos.

El sótano de la Jefatura de Policía se derrumbó y se llevó consigo las tres plantas inferiores. Por fortuna, los pisos superiores estaban sujetos al techo de la cueva, que resistió y salvó la vida de muchos de los agentes que habían decidido permanecer en

sus puestos.

El sesenta y tres por ciento de los automóviles mágicos contenían pistones Koboï en sus motores, y todos estallaron de forma simultánea, provocando que los vehículos dieran unas vueltas de campana increíblemente sincronizadas, parte de las cuales quedaron registradas en la cámara de seguridad de un aparcamiento que, de algún modo, logró sobrevivir a la compresión y cuyas imágenes, en los siguientes años, se convertirían en el vídeo más visto de la web del Subsuelo.

Los laboratorios fantasma de Koboï llevaban años vendiendo tecnología mágica obsoleta a las empresas humanas, ya que para los accionistas era tecnología punta de última generación. Aquellos chips prodigiosos o sus sucesores habían ido extendiéndose por casi todos los dispositivos controlados por ordenador construidos en los últimos años. Esos chips, incorporados en portátiles, móviles, televisores y tostadoras, explotaron y empezaron a golpetear el interior de los distintos aparatos como si fueran cojinetes de bolas cargados cinéticamente dentro de unas latas. El ochenta por ciento de la comunicación electrónica del planeta Tierra se interrumpió de inmediato. La humanidad entera regresó a la Edad del Papel en medio segundo.

Los sistemas de soporte vital empezaron a chisporrotear y, acto seguido, murieron. Se perdieron para siempre preciosos manuscritos. Los bancos se hundieron, pues todos los registros financieros de los cincuenta años anteriores quedaron completamente eliminados. Los aviones se cayeron del cielo, la estación Graum II quedó a la deriva en el espacio sideral y los satélites de defensa que se suponía que no existían dejaron de hacerlo.

La población se echó a la calle, gritándoles a sus móviles muertos, como si el volumen pudiera reactivarlos. Los episodios de pillaje y saqueo se propagaron como un virus informático por los cinco continentes, mientras que los virus informáticos verdaderos murieron con sus huéspedes, y las tarjetas de crédito se convirtieron en meros rectángulos de plástico. Los parlamentos fueron asaltados en todo el mundo por los ciudadanos que culpaban a sus gobiernos por aquella serie de catástrofes inexplicables.

Unas llamaradas de fuego y un insoportable hedor a azufre surgían de las grietas de la tierra. En su mayoría, procedían de tuberías rotas, pero la gente lo interpretó como la señal de que se acercaba el fin del mundo. El caos reinó, y los supervivencialistas desenfundaron ansiosos la piel de cabritilla de sus ballestas.

La primera fase del plan de Opal se había completado.

CAPÍTULO 4: EL INGENIERO OZKOPY TIENE LA ÚLTIMA PALABRA



PORSUERTE para la capitana Holly Canija y los pasajeros que iban a bordo del *Cupido de Plata*, Potrillo era tan paranoico en lo que a Opal hacía referencia y estaba tan orgulloso de sus propios inventos, que se empeñó en que para la reparación y puesta a punto de la lanzadera no se permitiera el uso de ningún otro componente que no fueran piezas diseñadas por él mismo, llegando al extremo de retirar del vehículo cualquier componente Koboi o cualquier genérico cuya procedencia no se pudiese determinar. Pese a todo, con toda su paranoia, a Potrillo se le pasó por alto un parche de masilla en el guardabarros trasero que contenía un material adhesivo llamado Masilla Maravilla elaborado por los laboratorios Koboi. Por fortuna, cuando el adhesivo empezó a chisporrotear y explotó al fin, siguió la vía que ofrecía menor resistencia y salió despedido de la nave como un enjambre de abejas en llamas. No se vio afectado ninguno de los sistemas operativos, aunque lo cierto es que quedó una especie de pegote descascarillado muy antiestético en el alerón, un remiendo que sin duda todos los ocupantes de la nave preferían si la alternativa era estar muertos.

La lanzadera siguió las corrientes térmicas, surcando el aire como un diente de león en la garganta del Gran Cañón, siempre y cuando estemos de acuerdo en que hay dientes de león en el Gran Cañón, a pesar de la aridez de las condiciones climáticas. Holly los llevó hacia el centro de la amplia chimenea, a pesar de que había pocas posibilidades de estamparse contra las paredes del conducto sin una auténtica llamarada de magma. Artemis la llamó desde la parte de atrás de la nave, pero la elfa no podía oírlo por culpa del rugido del viento nuclear.

—Las latas —masculló, vocalizando las palabras y dando unos golpecitos en los auriculares de su propio casco—. Ponte los auriculares.

Artemis tiró de un par de latas muy aparatosas que colgaban de un soporte en el techo y se las colocó encima de las orejas.

—¿Has recibido algún informe preliminar de daños de Potrillo? —le preguntó.

Holly revisó el intercomunicador.

—Nada. No funciona absolutamente nada. Ni siquiera oigo interferencias.

—Muy bien, pues así está la situación, tal como yo lo veo: como no funcionan nuestras comunicaciones, deduzco que el asesinato de la Opal más joven ha sumido al mundo entero en el caos absoluto. La violencia alcanzará cotas nunca vistas desde la última guerra mundial. Es evidente que nuestra Opal tiene planeado resurgir de las cenizas de esta especie de pira mundial en forma de duendecilla fénix. No tengo ni

idea de cómo se propone hacerlo, pero está relacionado de algún modo con mi casa, la mansión Fowl, así que allí es adonde debemos dirigirnos. ¿Cuánto tiempo tardaremos en hacer el viaje, Holly?

La elfa examinó las lecturas del panel de control.

—Puedo rascar quince minutos del tiempo habitual, pero aun así tardaremos un par de horas.

«Dos horas —pensó Artemis—. Ciento veinte minutos para idear alguna estrategia con la que pararle los pies a Opal e impedir cualesquiera que sean sus planes».

Mayordomo se ajustó el micrófono de los auriculares.

—Artemis. Sé que esto ya lo habrás pensado porque yo mismo lo he pensado.

—Estoy seguro, amigo mío —dijo el chico— de que estás a punto de señalar que nos dirigimos de cabeza hacia el lugar donde Opal es más fuerte, precisamente.

—Exacto, Artemis —confirmó el guardaespaldas—. O como solíamos decir en el equipo Delta: «Vamos directos a meternos en la boca asesina del lobo».

A Artemis se le ensombreció el rostro. «¿La boca asesina del lobo?».

Holly fulminó a Mayordomo con la mirada. «Bien dicho, grandullón. La familia de Artemis vive en esa boca asesina de lobo».

La elfa flexionó los dedos y agarró con fuerza los controles.

—A lo mejor puedo sacar un margen de veinte minutos sobre el tiempo habitual —anunció, y activó los sensores de la lanzadera para que localizaran cuáles eran las corrientes más fuertes y los llevaran hacia cualquiera que fuera la última locura que Opal Koboï tenía preparada para el mundo.

ATLANTIS

Opal empleó unos momentos para felicitarse a sí misma por, una vez más, haber acertado de pleno con sus teorías, y luego se quedó completamente inmóvil para ver si podía sentir el pánico filtrándose desde arriba.

«Algo sí se siente —concluyó Opal—. Definitivamente, una ola generalizada de miedo, con una pizca de desolación».

Habría estado bien poder quedarse allí tumbada tranquilamente un rato y generar más energía y poder, pero, con tanto por hacer, eso habría sido un exceso.

«Trabajo, trabajo, trabajo —pensó, volviendo la cara hacia la boca del túnel—. Debo irme».

Con apenas un destello de su mente, Opal emitió un halo de luz y calor muy intensos, una corona que atravesó abrazando la espuma antirradiación solidificada que la rodeaba y se fue levitando hacia la escotilla del tubo, que solo consiguió retenerla un poco más que la espuma. A fin de cuentas, ahora ya poseía el poder

necesario para cambiar la estructura molecular de cualquier cosa en la que se concentrara.

«El poder ya se está desvaneciendo —advirtió—. Se me escapa la magia, y mi cuerpo pronto empezará a desintegrarse».

En la cámara que había al otro lado de la escotilla chisporroteante, Opal se encontró con un enano con un aspecto demasiado imperturbable para su gusto, teniendo en cuenta los milagros que se estaban obrando ante él.

—Hoy es *fierrnes* —proclamó Kolin Ozkopy, haciendo pucheros—. Y los *fierrnes* son el peor día de la semana para tener que aguantar tanto chisporroteo y tanta tontería. Primero me falla la cobertura del teléfono, con lo que me quedo sin saber quién va ganando el partido de baloncruje, y ahora resulta que una duendecilla dorada aparece flotando en mi cámara. Así que, señorita duendecilla, haz el favor de decirme qué está pasando aquí, ¿quieres? ¿Y dónde están tus uñas?

Opal se sorprendió sintiéndose obligada a responder.

—Las uñas son la parte más difícil, enano. He decidido sacrificar las uñas para ahorrar tiempo.

—Ya, sí, eso tiene mucho sentido, claro —repuso Ozkopy, sin mostrar ningún asombro en absoluto, lo que desconcertaba a Opal—. ¿Quieres saber qué es verdaderamente difícil? Lo verdaderamente difícil es estar aquí plantado mientras me achicharras con tu aura, eso es. Debería ir untado de crema solar de factor de protección mil.

Para ser justos con Ozkopy, no es que no estuviese impresionado con todo aquel asunto, ni mucho menos. En realidad, estaba en estado de shock y era muy consciente de quién era Opal y de que, probablemente, estaba a punto de morir. Solo trataba de aguantar el tipo con dignidad.

La frente dorada de Opal se arrugó y formó unos surcos que parecían ondulaciones de lava.

—Tú, enano, deberías sentirte honrado de que la última imagen que vaya a cauterizarse en tus inútiles retinas sea la imagen de mi gloriosa... gloria.

A Opal no le entusiasmaba el modo en que había terminado aquella frase, pero el enano estaría muerto al cabo de unos instantes y la construcción deficiente de la frase quedaría relegada al olvido. Ozkopy no estaba muy contento con el modo en que Opal había insultado a sus retinas.

—¿Retinas inútiles?! —farfulló—. Mi padre me dio estas retinas... Bueno, no es que se las arrancara de los ojos, ya me entiendes, pero las heredé de él. —Y, con un último comentario que lo honraría para siempre y lo haría pasar a los anales de la historia cósmica, Ozkopy decidió morir con estilo—. Y ya que nos estamos insultando mutuamente, que sepas que siempre creí que eras más alta. Además, tienes las caderas fofas.

Opal se puso furiosa, lo que causó que su corona radioactiva se expandiera en un radio de casi tres metros y pulverizara absolutamente todo cuanto encontrara en su esfera, incluido Kolin Ozkopy. Sin embargo, a pesar de que el enano había desaparecido, el agujón de su comentario de despedida permanecería guardado en el cajón de asuntos pendientes de la mente de Opal para el resto de su vida. Si Opal admitía tener algún defecto, ese era su tendencia a deshacerse sin contemplaciones de cualquiera que osase ofenderla.

«No puedo dejar que los comentarios de ese enano me afecten —se dijo a sí misma, ascendiendo con una velocidad de vértigo hacia la superficie—. Y definitivamente no tengo las caderas fofas».

La ascensión de Opal era una imagen cegadora y majestuosa, como una supernova saliendo disparada hacia la superficie del océano, mientras el calor abrasador de su magia negra repelía las paredes de Atlantis y el mar embravecido con la misma facilidad, reorganizando la estructura atómica de cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

Dirigió su corona de magia negra hacia delante y hacia arriba, en dirección a la mansión Fowl. No necesitaba concentrarse en su destino, porque su destino la llamaba a ella. Su destino la llamaba, y ella era la clave.

CAPÍTULO 5: ARMA-GEDÓN

ÉRÍÚ, TAMBIÉN LLAMADA MANSIÓN FOWL



ENTERRADOS en una espiral descendente alrededor del cerrojo, los berserkers estaban cada vez más nerviosos, a medida que percibían cómo la magia se iba propagando por el mundo inmediatamente encima de ellos.

—Algo está a punto de suceder —comprendió Oro, capitán de los berserkers—. Pronto seremos libres y nuestras espadas volverán a probar la sangre humana. Asaremos sus corazones en vasijas de barro e invocaremos las fuerzas ancestrales de la oscuridad. Adoptaremos la forma necesaria para repeler el avance de los humanos. No pueden matarnos, porque nosotros ya estamos muertos, entrelazados por una madeja de magia.

»Nuestro tiempo será corto. Apenas una sola noche después de todo este tiempo, pero nos cubriremos de gloria y sangre antes de reunirnos con Danu en el más allá.

»¿Percibís el movimiento? —se dirigió Oro a los espíritus de sus guerreros—. Preparaos para empujar cuando se abra la puerta.

—Estamos listos —contestaron sus guerreros—. Cuando la luz caiga sobre nosotros, nos apoderaremos de los cuerpos de perros, tejones y humanos, y los someteremos a todos a nuestra voluntad.

Oro no pudo evitar pensar: «Preferiría habitar el cuerpo de un humano que el de un tejón».

Porque la verdad es que Oro era orgulloso, y precisamente su orgullo le había costado la vida diez mil años atrás.

Gobdaw, que yacía a su izquierda, contestó con un pensamiento en forma de estremecimiento, que casi podía ser una risa.

—Sí —dijo—, pero mejor ser un tejón que una rata.

Si el corazón de Oro hubiese sido de carne y sangre auténticos, habría palpitado con orgullo renovado, pero esta vez por sus guerreros.

—Mis soldados están listos para la guerra. Lucharán hasta que aguanten sus cuerpos robados y luego, al fin, serán libres para correr a abrazar la luz.

»Ha llegado nuestra hora.

Juliet Mayordomo estaba defendiendo el fuerte, y no solo en el sentido figurado de cuidar de todo mientras los padres de Artemis se encontraban fuera, en una conferencia sobre ecologismo en Londres: estaba defendiendo un fuerte con sus propias manos.

El fuerte en cuestión era una vieja torre defensiva que se erguía como un centinela sobre una colina que dominaba la bahía de Dublín. La torre se había ido

erosionando con las inclemencias del tiempo hasta quedar reducida a una simple protuberancia, y una extraña hiedra negra rodeaba sus muros como tratando de reclamar aquellas piedras para que regresaran al seno de la tierra. Los aspirantes conquistadores eran los hermanos de cuatro años de Artemis Fowl: Myles y su mellizo, Beckett. Los chicos habían arremetido contra la torre varias veces armados con espadas de madera, pero en todas las ocasiones se habían topado con la resistencia de Juliet, quien los había devuelto con delicadeza a dar tumbos por la hierba crecida. Beckett se moría de la risa, pero Juliet advirtió que Myles parecía frustrarse cada vez más por sus asaltos fallidos.

«Ese es igualito que Artemis —pensó Juliet—. Otro pequeño cerebro criminal».

Los niños habían pasado los diez minutos anteriores cuchicheando detrás de un arbusto, tramando su siguiente ataque. Juliet oía unas risitas disimuladas y unas órdenes bruscas mientras sin duda Myles le daba una serie de complicadas instrucciones tácticas a su hermano.

Juliet sonrió. Se imaginaba la escena perfectamente. Myles le estaría diciendo algo como: «Tú ve por un lado, Beck, y yo iré por el otro. Eso se llama “atacar los flancos”».

A lo que Beckett respondería algo así: «Me encantan las orugas».

No era ninguna exageración decir que los dos hermanos se querían el uno al otro más incluso que a sí mismos, pero Myles vivía en un estado de frustración constante porque Beckett no podía, o no quería, seguir instrucciones, por muy sencillas que fueran.

«En cualquier momento, Beckett se aburrirá de tanta discusión táctica —pensó la hermana menor de Mayordomo— y saldrá tambaleándose de entre los arbustos blandiendo su espada de juguete».

Efectivamente, momentos después, Beckett surgió con paso tambaleante de detrás de los matorrales, pero no era una espada lo que llevaba en las manos.

Juliet pasó la pierna sobre el murete bajo y le preguntó con suspicacia:

—Beck, ¿qué llevas ahí?

El niño agitó el objeto.

—Calzoncillos —dijo, lisa y llanamente.

Juliet volvió a mirar para confirmar que, en efecto, aquel triángulo sucio y zarrapastroso eran unos calzoncillos. Por la camiseta con el protagonista del *Diario de Greg* que Beckett había llevado los últimos cuarenta y ocho días y que le llegaba hasta la rodilla, era imposible saber si los calzoncillos eran los suyos o no, a pesar de que todo indicaba que así era, teniendo en cuenta que tampoco llevaba pantalones.

Beckett era un niño bastante revoltoso y, en los pocos meses que llevaba trabajando como niñera y guardaespaldas de aquel par de mocosos, Juliet había visto cosas mucho peores que unos calzoncillos, como por ejemplo el vivero de gusanos

que Beckett había construido en el baño de la planta baja de la casa y para el que había utilizado su propio fertilizante personal.

—Vale, Beck —dijo desde el pie de la torre—. Deja los calzoncillos en el suelo y ya está, pequeñín. Te traeré otro par limpio.

Beckett avanzó con paso firme.

—No, no. Beckett está harto de llevar calzoncillos. Es una tontería. Estos son para ti. Un regalo.

La cara del niño se iluminó con un entusiasmo inocente, convencido de que unos calzoncillos suyos eran el mejor regalo que cualquier chica podría desear; además, eran unos calzoncillos que llevaban dentro un puñado de escarabajos vivos.

—Pero hoy no es mi cumpleaños —replicó Juliet.

Beckett había llegado al pie de la torre en ruinas y sacudía los calzoncillos como si ondeara una bandera.

—Te quiero, Jules. Toma el regalo.

«Me quiere —pensó Juliet—. Los niños siempre saben cómo tocarnos la fibra sensible».

Lo intentó con una última táctica desesperada.

—Pero ¿no se te quedará el culito congelado?

Beckett ya tenía una respuesta para eso.

—No. Yo nunca tengo frío.

Juliet sonrió afectuosamente. Era fácil de creer. Pese a ser tan escuálido, el cuerpo de Beckett emitía tanto calor que sería capaz de hacer hervir un lago entero. Abrazarlo era como abrazar un radiador encendido.

Llegados a aquel punto, la única posibilidad que tenía Juliet de evitar tocar aquellos calzoncillos era diciendo una mentira inofensiva.

—A los conejos les encantan los calzoncillos viejos, Beck. ¿Por qué no los entierras y se los regalas a Papá Conejo?

—Los conejos no necesitan ropa interior —respondió una vocecilla siniestra a su espalda—. Son mamíferos de sangre caliente y tienen bastante con su propio pelaje para protegerse de nuestro clima.

Juliet sintió como la punta de la espada de madera de Myles se le clavaba en el muslo y se dio cuenta de que el chico había utilizado a su hermano para distraerla mientras rodeaba los peldaños por la parte de atrás.

«No he oído absolutamente nada —pensó—. Myles está aprendiendo a moverse con sigilo».

—Muy bien, Myles —dijo—. ¿Cómo has conseguido que Beckett siguiera tus instrucciones?

El niño se rió con petulancia y Juliet constató entonces que el parecido con Artemis era innegable.

—No le he dado órdenes de soldado, solo le he sugerido a Beck que a lo mejor le picaba el trasero y entonces...

«Y eso que este crío no ha cumplido siquiera los cinco años —pensó Juliet—. Que tiemble el mundo cuando Myles Fowl se haga mayor».

Con el rabillo del ojo, vio como un objeto triangular surcaba el aire en dirección hacia ella y lo atrapó instintivamente. En cuanto cerró los dedos en torno a la tela, adivinó qué era lo que estaba sosteniendo.

«Genial —pensó—. Engañada por dos mocosos».

—Muy bien, chicos —dijo—. Es hora de volver a casa a almorzar. ¿Qué tenemos hoy en el menú?

Myles enfundó su espada.

—A mí me gustaría un sándwich de jamón y queso, con zumo de uva frío.

—Bichos —respondió Beckett, saltando a la pata coja—. Bichos con ketchup.

Juliet se echó a Myles al hombro y saltó desde el muro inferior de la torre.

—Entonces, muchachos, lo mismo que ayer.

«Nota mental para ti misma —pensó—: Lávate las manos».

Los niños ya se habían adentrado en el prado cuando estalló el caos a lo lejos. Beckett no prestó mucha atención a aquella cacofonía lejana, porque normalmente su rico mundo interior siempre iba acompañado de una sinfonía de explosiones y gritos, pero Myles enseguida supo que pasaba algo raro.

Se encaminó de nuevo hacia la torre de defensa y trepó por los escalones de piedra, mostrando una torpeza y una falta de coordinación motora que recordaba mucho a Artemis y que divertía mucho a Beckett, porque este se movía con toda la seguridad de la que carecían sus hermanos.

—¡El Armagedón! —anunció Myles cuando llegó al último peldaño—. Es el fin del mundo...

Beckett se quedó consternado.

—¡Pero no de Disneylandia, por favor!

Juliet le alborotó el pelo, descolorido por el sol.

—No, claro que no le pasará nada a Disneylandia. —Sintió una inquietud creciente en el estómago. ¿De dónde procedían aquellos ruidos? Parecía que estuvieran cerca de una zona de guerra.

Juliet siguió a Myles hasta la superficie de barro compacto de lo alto de la torre. Desde allí disponían de unas vistas magníficas de la ciudad en el horizonte. Por lo general, los únicos sonidos que el viento llevaba hasta aquella zona tan alejada del norte eran las bocinas de los coches en los atascos en la carretera de circunvalación. Sin embargo, aquel día, la carretera principal de Dublín parecía más bien una autopista al infierno. Incluso desde tan lejos, era evidente que los seis carriles de tráfico estaban completamente parados. Infinidad de motores estaban explotando ante

sus ojos, y una camioneta acababa de dar una impresionante vuelta de campana inesperada. En el centro de la ciudad, unas explosiones todavía más violentas retumbaban por detrás de los edificios, y las enormes columnas de humo se elevaban en el cielo de la tarde, un cielo que también tenía sus propios problemas, cuando una avioneta cayó en picado en el interior de un estadio de fútbol y un satélite de comunicaciones procedente del espacio se precipitó como un robot muerto sobre el tejado del hotel U2.

Beckett subió los escalones y cogió a Juliet de la mano.

—Es verdad... Es el Arma-gedón... —declaró despacio—. El mundo va a hacer ¡pum!

Juliet abrazó a los niños con fuerza. Sea lo que fuese lo que estaba ocurriendo, parecía demasiado grave para que estuviera dirigido específicamente a la familia Fowl, a pesar de que cada vez había más personas dispuestas a destruir la región entera de Dublín solo para llegar hasta Artemis.

—No os preocupéis, chicos —dijo—. Yo os protegeré.

Rebuscó dentro de su bolso. En situaciones como esa, cuando las cosas se ponían feas, el procedimiento que seguir siempre era el mismo: llamar a Artemis de inmediato.

Se desplazó por la lista de redes disponibles de su teléfono móvil y no se llevó ninguna sorpresa al ver que la única disponible era el sistema FOX que el propio Artemis había creado para llamadas de emergencia seguras.

«Supongo que Artemis debe de ser el único adolescente del mundo que ha construido y puesto en marcha su propio satélite de comunicaciones».

Estaba a punto de seleccionar el nombre de Artemis de sus contactos cuando un corpulento antebrazo apareció como salido de la nada unos tres metros por delante de ella. Había una mano al final del brazo, y la mano sostenía una pistola Neutrino mágica.

—Buenas noches tenga usted, Fangosa —dijo una voz incorpórea, y un rayo azul de energía chisporroteante salió disparado de la boca del cañón.

Juliet estaba lo suficientemente familiarizada con el armamento mágico para saber que sobreviviría a la descarga de un rayo azul, pero que lo más probable era que sufriera una quemadura de contacto y se despertara chillando de dolor.

«Perdonad, chicos —pensó—. Os he fallado».

A continuación, el rayo del arma de Pip la alcanzó en el pecho, le atravesó la chaqueta y la derribó al suelo desde lo alto de la torre.

Entre los berserkers, Oro tuvo un momento de duda.

«Tal vez, toda esta ansia por alcanzar la libertad no sea más que eso, el simple deseo de que así sea», pensó.

Pero no. Aquello era mucho más que su propio deseo. La llave estaba en camino.

Sentía la afluencia de energía y de poder aproximándose cada vez más a su lugar de encierro.

«Preparaos —transmitió a sus guerreros con el pensamiento—. Cuando se abra la puerta, adoptad la forma que debáis adoptar. Cualquier cosa que viva o haya vivido puede ser nuestra».

Oro percibió como la tierra se estremecía con los rugidos de sus guerreros.

O tal vez solo se tratara del simple deseo de que así fuera.

CAPÍTULO 6: ALZAS, BELLAS CRIATURAS

TERMINAL DE LANZADERAS DE TARA, IRLANDA



CUANDO la capitana Holly Canija intentó atracar en el puerto asignado, descubrió que las abrazaderas electromagnéticas de la terminal de Tara no estaban operativas, por lo que se vio obligada a efectuar un aterrizaje de emergencia en el túnel de acceso a la puerta. Eso era, más o menos, lo que el supervisor de la terminal de Tara escribiría en su informe de Incidencias Extraordinarias cuando saliera de rehabilitación, pero la frase no transmitía ni de lejos el intenso dramatismo de la situación.

Durante las maniobras de aproximación, los instrumentos de Holly le habían asegurado que todo funcionaba maravillosamente bien, pero luego, justo cuando viró la cola del *Cupido de Plata* para atracar con ayuda de las abrazaderas, el ordenador de la torre de control de Tara había hecho un ruido parecido al que emite un filete crudo al estrellarse contra una pared a gran velocidad, y a continuación, se apagó de golpe, sin dejar a Holly otro remedio que dar marcha atrás en el túnel de acceso del puerto de lanzaderas y rezar por que no hubiese personal no autorizado allí dentro.

La plancha metálica quedó aplastada, el plexiglás se hizo añicos y los cables de fibra óptica se extendieron como tiras de caramelo blando y se rompieron. La carrocería reforzada del *Cupido de Plata* se llevó la peor parte, pero el adorno del capó salió disparado como la flecha de su tocayo. Lo encontrarían tres meses más tarde en el interior de una máquina de refrescos, reducido a una figura escuálida y larguirucha casi irreconocible.

Holly pisó el freno a fondo mientras una lluvia de chispas caía a su alrededor, salpicando en el parabrisas. Su giroarnés de piloto absorbió la mayor parte del impacto que debería haber recibido su cuerpo, pero Artemis y Mayordomo habían estado rebotando y dando tumbos por todas partes como las piedrecillas de un sonajero.

—¿Estáis vivos? —preguntó con ansiedad por encima del hombro, y el coro de gemidos que obtuvo en respuesta confirmó que sus pasajeros habían sobrevivido, aunque no habían salido indemnes del todo.

Artemis salió de debajo del abrazo protector de Mayordomo y revisó las lecturas del panel de instrumentos de la lanzadera. Le manaba sangre de un corte en la frente, pero no parecía darse cuenta.

—Tienes que encontrar la manera de salir de aquí.

A Holly por poco se le escapa la risa. Sacar de allí el *Cupido* equivalía a destruir intencionadamente una instalación entera de la PES. Eso no suponía solo infringir las

normas del manual, sino triturar las páginas, mezclarlas con estiércol de trol, cocer la mezcla y arrojar las galletitas resultantes a una hoguera.

—Galletas de estiércol —farfulló, lo que no tenía ningún sentido si no sabías qué era lo que estaba pensando.

—Sí, puede que eso equivalga a hacer galletas de estiércol con el manual —dijo Artemis, que por lo visto era capaz de adivinar el pensamiento—, pero hay que pararle los pies a Opal como sea, por nuestro bien.

Holly dudó.

Artemis decidió aprovechar su incertidumbre.

—Holly, son circunstancias extraordinarias —dijo con apremio—. ¿Recuerdas la frase de Mayordomo? «La boca asesina del lobo». Ahí es donde están mis hermanos en este momento. En esa boca asesina. Y tú sabes lo dispuesta que estaría Juliet a sacrificarse para salvarlos.

Mayordomo se inclinó hacia delante, se agarró a una empuñadura que colgaba del techo y, al hacerlo, la arrancó de cuajo.

—Piensa estratégicamente —le indicó el guardaespaldas, pues sabía de forma instintiva cómo motivar a la capitana mágica—. Tenemos que enfocar este asunto dando por supuesto que somos el único y pequeño obstáculo que se interpone entre Opal y cualquiera que sea la forma de dominación mundial que su retorcida mente haya concebido esta vez. Y no olvides que estaba dispuesta a sacrificarse incluso a sí misma. Ella lo planeó. Tenemos que ponernos en marcha. ¡Ahora mismo, soldado!

Mayordomo tenía razón, y Holly lo sabía.

—Está bien —dijo, introduciendo los parámetros en el localizador de ruta del *Cupido*—. Vosotros lo habéis querido.

Un duendecillo vestido con una chaqueta de alta visibilidad bajaba volando apresuradamente por el túnel de acceso, dándose golpes con las alas en las paredes sinuosas. Las puntas de las alas de los duendecillos llevaban unos sensores de biosonar muy sensibles que tardaban decenios en curarse, así que el duende debía de estar sumamente angustiado para volar de forma tan temeraria e imprudente.

Holly lanzó un gemido.

—Es Neander Tal. Siempre sigue el manual al pie de la letra.

Tal estaba paranoico con la idea de que los humanos pudiesen contaminar Refugio de algún modo al entrar, o robar algo al salir, de manera que insistía en realizar escaneos completos cada vez que atracaba el *Cupido*.

—Despega y punto —la apremió Mayordomo—. No tenemos tiempo para las normas de Tal.

Neander Tal les gritó a través del megáfono:

—¡Apaga el motor, capitana Canija! En el nombre de Frondo, ¿se puede saber qué crees que estás haciendo? Sabía que estabas como una chota, Canija. Lo sabía.

Una elfa desequilibrada, eso es lo que eres.

—No hay tiempo —dijo Artemis—. No hay tiempo.

Tal se acercó flotando en el aire hasta colocarse a un metro del parabrisas.

—Te miro a los ojos, Canija, y solo veo caos. Estamos en situación de emergencia aquí abajo. El escudo ha fallado, ¿lo entiendes? Solo haría falta un Fangoso con una pala para desenterrar toda la terminal de lanzaderas, y entonces nos descubrirían a todos. Toda protección es poca, Canija. Apaga el motor. Te estoy dando una orden directa.

Los ojos de Neander Tal se le hincharon en las cuencas, como dos huevos de gallina, y sus alas empezaron a golpetear frenéticamente la pared. Aquel duendecillo estaba al borde de un ataque de nervios.

—¿Crees que si le pedimos permiso nos dejará irnos a tiempo? —preguntó Artemis.

Holly lo dudaba. El túnel de acceso se extendía por detrás de Tal, y los pasajeros se apiñaban con nerviosismo en los haces de luz que proyectaban las balizas de emergencia. La situación ya sería lo bastante grave de por sí para que, encima, ella hiciese cundir aún más el pánico.

El ordenador de a bordo emitió una señal, mostrando en pantalla la mejor ruta de escape, y fue ese sonido el que espoleó a Holly.

—Lo siento —le dijo a Neander Tal—. Tengo que irme.

Muy nervioso, Tal se puso a batir las alas a un ritmo frenético.

—¡No te atrevas a decirme que lo sientes! Y no tienes que irte a ninguna parte.

Pero lo cierto era que Holly sí lo sentía y, además, tenía que irse. Así que se fue. Se fue directa hacia la cinta de equipaje, que se deslizaba por encima de sus cabezas, con las maletas flotando sobre un canal transparente de agua inteligente que mostraba la identidad del dueño a través del plexiglás. El canal se había quedado atascado y las maletas se apelotonaban y chocaban entre sí, como barcas abandonadas.

Holly empujó la palanca de mando con el pulgar e incorporó el *Cupido* al interior del canal, que según el ordenador era lo bastante amplio para que cupiera el vehículo. Efectivamente, así era, con apenas dos dedos de espacio a uno y otro lado de los guardabarros.

Por increíble que parezca, Neander Tal salió en su persecución. Los seguía volando y cabeceando por el canal, con la melena hacia atrás, como una manga de viento, y vociferando a través de su pequeño megáfono.

Holly se encogía de hombros haciendo grandes aspavientos.

—¡No te oigo! —dijo, vocalizando con claridad—. Lo siento.

Y dejó al duendecillo soltando palabrotas en el túnel de equipaje, que se deslizaba dando círculos en una suave pendiente hacia la sala de llegadas.

Holly condujo el *Cupido* por las curvas del túnel, guiada por sendos faros

gemelos que revelaron unas paredes de plexiglás recubiertas de miles de circuitos averiados. Se veían unas formas oscuras atareadas con las cajas de circuitos, arrancando condensadores y fusibles humeantes.

—Son enanos —los reconoció Holly—. Son unos electricistas de primera. No les hace falta la luz para trabajar, y cuanto más oscuro y reducido el espacio, mejor. Además, se comen los componentes que no funcionan.

—¿En serio? —se extrañó Mayordomo.

—Ya lo creo. Mantillo me aseguró que el cobre es muy digestivo.

Artemis no participaba en la conversación. No era más que una conversación banal, y él estaba concentrado en pleno modo de visualización, imaginándose todos los escenarios posibles con los que se encontrarían cuando llegaran a la mansión Fowl y planeando cómo salir victorioso de esos mismos escenarios.

En ese sentido, la metodología de Artemis era similar a la del jugador de ajedrez norteamericano Bobby Fischer, capaz de calcular todos los movimientos posibles de su adversario para así oponer su contraataque. El único problema de aquella técnica era que había algunos escenarios que Artemis no podía contemplar, sencillamente, por lo que había que dejarlos para el final del proceso, de manera que eso lo convertía en un método defectuoso.

Así que se dedicó a seguir tramando distintos planes a sabiendas de que probablemente era una tarea inútil, puesto que desconocía la mayoría de las constantes de aquella ecuación, por no hablar de las variables.

Una promesa teñida de amargura afloró por debajo de su lógica.

«Si alguno de mis seres queridos sufre algún daño, Opal Koboï pagará por ello».

Artemis trató de ahuyentar aquel pensamiento, ya que no servía de nada, pero la noción de venganza se resistía a desaparecer así como así.

Holly solo tenía unos pocos centenares de horas como piloto registradas con el *Cupido*, definitivamente, muy poco para lo que se proponía hacer, aunque lo cierto es que ni una vida entera como piloto bastaba para cubrir las horas necesarias para aquella clase de maniobra.

El *Cupido* avanzaba a toda velocidad por el canal, con un buen agarre de sus gruesos neumáticos sobre el carril de plexiglás y el pequeño cohete que hacía las veces de tubo de escape dejando una estela incandescente a su paso por el agua inteligente. Las maletas quedaban aplastadas bajo su avance o saltaban por los aires desde la cinta, desparramándose y descargando sobre quienes había debajo prendas de ropa, cosméticos y objetos de contrabando humanos. Los guardias de seguridad de turno habían tenido el buen juicio de confiscar la mayoría de aquellos artefactos, pero nadie llegó nunca a averiguar cómo había podido alguien meter un recortable de cartón a tamaño real de Gandalf dentro de una de las maletas.

Holly siguió conduciendo con la máxima concentración, entornando los ojos y

apretando los dientes. El canal del equipaje los llevó al exterior de la terminal y seguidamente al interior de la roca. Siguieron a toda velocidad trazando una espiral ascendente y atravesaron distintos estratos geológicos, dejando atrás huesos de dinosaurio y tumbas celtas, asentamientos vikingos y paredes normandas, hasta que el *Cupido* emergió en una enorme sala de recogida de equipajes con un techo transparente que se abría directamente a los elementos: una especie de auténtica guarida de supervillano, como las de las películas de James Bond, con su armazón metálico en forma de telaraña y un sistema de raíles para lanzaderas.

En circunstancias normales, la Ventana del Cielo estaría camuflada mediante escudos y proyectores, pero estas medidas estaban fuera de servicio hasta que todos los componentes Koboi pudiesen ser sustituidos por piezas tecnológicas que no hubiesen explotado. Esa tarde, unos nubarrones grises típicamente irlandeses pasaban flotando al otro lado de los paneles biselados, y la sala de recogida de equipajes quedaría completamente expuesta y visible desde arriba si a alguien se le ocurría fotografiar los carritos mágicos para el equipaje o las carretillas elevadoras, con la carrocería totalmente acribillada con agujeros humeantes, como si fueran las víctimas de un francotirador.

Holly preguntó al ordenador si había otro camino aparte del sugerido. El avatar de la pantalla le informó, sin el más leve rastro de emoción, que sí lo había, pero a trescientos kilómetros de distancia.

—¡D'Arvit! —masculló Holly, y decidió que ya no iba a preocuparse más por las reglas ni por los daños materiales. Aquello requería un enfoque mucho más amplio, y a nadie le gustaban los quejicas.

«A nadie le gustan los quejicas». Su padre siempre decía eso.

Era como si lo estuviese viendo, dedicando cada minuto libre a cuidar de su precioso jardín, alimentando con algas a sus tubérculos bajo la luz solar sintética.

«Tienes que hacer tu parte de las tareas de la casa, Poppy. Tu madre y yo trabajamos muchas horas para mantener a esta familia. —Entonces se callaba y se acariciaba el mentón—. Los berserkers hicieron el sacrificio supremo por las criaturas hace mucho tiempo. Nadie te pide que vayas tan lejos, pero podrías hacer tus tareas sin rechistar y con una sonrisa. —Luego se ponía completamente rígido, haciendo de sargento mayor—. Así que... ¡andando, soldado Poppy! A nadie le gustan los quejicas».

Holly vio su imagen reflejada en el parabrisas. Sus ojos transmitían melancolía. Las hijas siempre habían llevado el sobrenombre de Poppy en su familia. Nadie recordaba por qué.

—¡Holly! —exclamó Artemis—. ¡Los de seguridad se nos están echando encima!

Holly se sobresaltó, sintiéndose culpable, y examinó el perímetro. Varios guardias de seguridad se aproximaban al *Cupido*, tratando de engañarla con sus pistolas

Neutrino completamente inútiles, usando la carrocería humeante de una lanzadera averiada como escudo.

Uno de los guardias descerrajó un par de tiros que rebotaron en el guardabarros delantero.

«Un arma de fabricación casera —advirtió Holly—. Debe de haberla construido él mismo».

Los disparos solamente le hicieron cosquillas a la chapa del *Cupido*, pero si aquel guardia se había tomado la molestia de fabricarse su propia pistola, tal vez también se le había ocurrido colocarle un cañón capaz de perforar la carrocería blindada.

Como leyéndole el pensamiento, el guardia se toqueteó con torpeza el cinturón en busca de un cargador de munición.

«Esa es la diferencia entre tú y yo —pensó Holly—. Yo no me paro a toquetear».

Activó la máxima potencia de los propulsores e hizo salir disparado el *Cupido* como si fuera un cohete en dirección a la Ventana del Cielo, dejando que los guardias de seguridad siguieran fingiendo que le disparaban con unas armas inútiles, mientras un par de ellos llegaba incluso a hacer con la boca los ruiditos de «¡bang!, ¡bang!», cuando hacía siglos que las armas mágicas no hacían «¡bang!, ¡bang!».

«La Ventana del Cielo está hecha de plexiglás reforzado —pensó Holly—. O se rompe la ventana o se rompe el *Cupido*. Probablemente, un poco los dos».

A pesar de que nunca lo sabría, Holly habría perdido su apuesta por goleada. La Ventana del Cielo estaba diseñada para soportar el impacto directo de cualquier cosa salvo una cabeza nuclear de corto alcance, un hecho que los altavoces de la terminal proclamaban con orgullo cien veces al día y del que, inexplicablemente, Holly no estaba al corriente.

Por suerte para la capitana Canija y sus pasajeros —y para el destino del resto del mundo, dicho sea de paso— su ignorancia potencialmente mortal nunca sería descubierta, ya que Potrillo había previsto una situación hipotética en la que una aeronave mágica se acercara a toda velocidad a la Ventana del Cielo y esta se negara a abrirse. El centauro también supuso que a causa de la ley universal del desplazamiento máximo de la ca-ca —ley que postula que si dicha ca-ca te salpica en algún momento de tu vida, también salpicará a alguien importante que podría ponerte de patitas en la calle—, lo más probable era que la Ventana del Cielo se negara a abrirse precisamente en un momento decisivo. Así que se le había ocurrido idear un pequeño organismo de proximidad que funcionaba con su propia biobatería/corazón y que había cultivado a partir de las células madre de las alas de duendecillo más adecuadas para sus fines.

El proceso en sí era, en el mejor de los casos, sospechoso, y en el peor, ilegal, así que por eso Potrillo no se había molestado en registrar la patente y se había limitado a instalar los sensores con su propio beneplácito y el de nadie más. El resultado era que

un grupo de aquellos escarabajos de proximidad recorría los bordes de los paneles de la Ventana del Cielo, y si sus pequeñas antenas detectaban que un vehículo se aproximaba demasiado a uno de los paneles, secretaban un spray de ácido en la ventana que se comía rápidamente el panel de cristal. La energía necesaria para completar la tarea a tiempo era inmensa, y por eso, en cuanto los escarabajos terminaban, se enrollaban sobre sí mismos y morían. Era algo impresionante, pero como en el caso del hombre de la cabeza que explota, era un espectáculo literalmente único.

Cuando los escarabajos detectaron el ascenso del *Cupido*, se pusieron en acción como un cuerpo de caballería en miniatura y devoraron el panel en menos de cuatro segundos. Cuando finalizaron su trabajo, estiraron la pata literalmente y cayeron rodando como rodamientos de bolas sobre la carrocería del vehículo.

—Eso ha estado chupado... —comentó Holly por el micrófono mientras el *Cupido* pasaba por un agujero con la forma exacta del vehículo—. Pues vaya con la Ventana del Cielo de Potrillo... Qué floja.

Tal como suele decirse, la ignorancia suele ser mortal, aunque otras veces es un milagro.

Holly activó el escudo del *Cupido* —a pesar de que, en realidad, con todos los satélites humanos fuera de servicio no le hacía ninguna falta— y puso rumbo a la mansión Fowl.

«Lo que nos da unos cinco minutos de ventaja antes de que Opal nos tenga exactamente donde quiere tenernos».

Un pensamiento bastante inquietante que se guardó mucho de expresar en voz alta, pero le bastó echar un solo vistazo en el espejo retrovisor a la expresión de Mayordomo para ver que el guardaespaldas estaba pensando más o menos lo mismo que ella.

—Lo sé —le dijo, mirándola a los ojos—, pero ¿qué otra opción tenemos?

ESPACIO AÉREO IRLANDEÉS

Aunque hubiese empleado todo su renovado poder de duendecilla, a Opal le habría sido imposible apartar la cara de la cerradura: ella era la llave que abría aquella cerradura, y los dos estaban destinados a encontrarse. Su colisión era tan inevitable como el paso del tiempo. Opal sintió como la piel de su cara se tensaba en dirección al sello y sus brazos se extendían hasta que le crujieron las articulaciones.

«Definitivamente, el hechicero élfico era muy poderoso —pensó—. Después de todo este tiempo, su magia aún persiste».

Su trayectoria la llevó en un arco regular hasta la superficie del Atlántico y a través del cielo hacia Irlanda. Descendió como si fuera una bola de fuego disparada

con una honda en dirección a la finca de los Fowl, sin tiempo para preguntarse, preocuparse o incluso regodearse con la prueba inminente que confirmaría todas sus teorías.

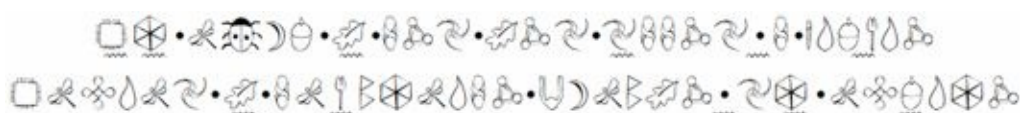
«Conseguiré levantar a los muertos —había pensado muchas veces en su celda—. Ni siquiera Potrillo puede jactarse de eso».

Opal impactó en la propiedad de los Fowl como un cometa sobre la Tierra, estrellándose directamente sobre las viejas ruinas de la torre defensiva, con sus extrañas plantas trepadoras. Como un perro desenterrando ansioso su hueso, su halo de magia destruyó la torre y abrió un cráter de su tamaño, perforando la tierra hasta una profundidad de seis metros y dejando atrás varios siglos de capas de sustratos minerales y al descubierto otra torre, mucho más antigua, que había debajo. La magia tomó posesión de la cerradura que había en el techo de la torre y que distribuyó a su alrededor con el brillo de la armadura de un guerrero.

Opal se tumbó boca abajo, flotando, observando en un estado de semiinconsciencia los sucesos que estaban a punto de desarrollarse. Vio cómo sus dedos se contraían y daban sacudidas, con unas corrientes eléctricas que le salían de las puntas. Vio cómo se rompía el hechizo de camuflaje que hasta entonces había rodeado lo que parecía una simple roca metamórfica, que se convirtió en ese momento en una torre de piedra tosca con intrincadas runas grabadas en su superficie. El ectoplasma mágico penetró en las marcas de las runas, electrizándolas y haciendo que las corrientes encendidas se filtraran por entre las ranuras.

«Ábrete ante mí», pensó Opal, aunque esa solo era una de las posibles interpretaciones de sus patrones de pensamiento. Otra interpretación podría haber sido: «¡Aaaaaarggghhhhh!».

Las runas de la cerradura rezumaban magia por los cuatro costados, de manera que cobraron vida, deslizándose como serpientes sobre la arena caliente, mordién dose unas a otras, las gruesas tragándose las líneas que contenían menos magia hasta que solo quedó un simple pareado en gnómico:



HETE AQUÍ DE LOS DOS SELLOS EL PRIMERO,
HABRÁS DE LAMENTARLO CUANDO ESTÉ ABIERTO.

A Opal aún le quedaba conciencia suficiente para sonreír dentro de su cápsula. «Poesía mágica medieval. Qué cosa tan burda, muy típica de la época. Está mal estructurada, tiene una rima pésima y le sale el melodrama por las orejas metafóricas.

»Tengo que ver abierto ese sello —pensó—. Y Artemis Fowl vivirá para lamentarlo... pero no por mucho tiempo».

Opal se concentró, apoyó la palma de la mano sobre la roca con los dedos extendidos y la magia se le propagó por las puntas. La mano se hundió como un haz de luz a través de la penumbra y las grietas irradiaron luz por el contacto.

«Alzaos —pensó—. Alzaos, mis bellos guerreros».

ÉRIÚ, TAMBIÉN CONOCIDA COMO LA MANSIÓN FOWL

Los berserkers salieron catapultados de la tierra sagrada hacia arriba como las balas de un cañón. La fuerza que tiraba de ellos hacia la superficie menguó y los guerreros se sintieron libres para completar su misión. La siguiente muerte, lo sabían, sería la última, y finalmente las puertas a Nimh se abrirían para ellos. Eso había sido lo prometido, era justo lo que deseaban. Pues es cierto que, aunque los muertos anhelan la vida, las almas están hechas para ir al cielo y no descansarán hasta alcanzarlo. Eso era algo que el hechicero élfico desconocía cuando había forjado la llave y la cerradura. No sabía que había condenado a sus guerreros a diez mil años de oscuridad, viviendo de espaldas a la luz. Y vivir de espaldas a la luz por mucho tiempo podía costarle el alma a una persona.

Sin embargo, ahora todas las promesas que les habían susurrado a los oídos moribundos cuando los sacerdotes arrastraban sus pesados y renqueantes cuerpos a la zanja estaban a punto de cumplirse. Lo único que tenían que hacer era defender la puerta con sus cuerpos robados y su siguiente muerte les abriría la entrada al paraíso. Los berserkers podrían irse a casa.

Pero no antes de que corriera la sangre humana.

La tierra chisporroteó y bailó mientras el ectoplasma de cien guerreros mágicos se abría paso a través de sus poros. Avanzaban en tropel hacia arriba, impacientes por alcanzar la luz. Se sentían atraídos inexorablemente por la llave que yacía sobre la cerradura de roca, y fueron pasando por el conducto de su magia uno por uno.

Oro fue el primero.

«Es un duende —advirtió, para su sorpresa, ya que los duendes eran famosos por su falta de habilidades mágicas—. ¡Y una fémina!». Pero por extraño que pudiese parecerle, la magia de aquella duendecilla era muy, muy poderosa.

A medida que cada uno de los guerreros iba pasando por el ser de Opal, esta sentía todo su dolor y su desesperación, y absorbía sus experiencias antes de soltarlos en el mundo con una sola orden:

«Obedéceme. Ahora eres mi soldado».

De manera que así fue como Oro y su ejército de berserkers quedaron sometidos al *geasa*, o vínculo mágico, que establecía que debían seguir a Opal a dondequiera que esta les ordenase que fueran. Se distribuyeron por el cielo, en busca de un cuerpo que habitar dentro del círculo mágico.

En calidad de líder, Oro tenía derecho a ser el primero en elegir y, al igual que muchos de sus congéneres, había dedicado miles de horas a pensar qué criatura sería el huésped ideal para sus múltiples talentos. Lo ideal sería elegir a un elfo con algo de músculo y un brazo largo para la esgrima, pero no había muchas posibilidades de que un espécimen de esas características estuviera disponible fácilmente, y aunque lo estuviera, sería un poco vergonzoso tomar a un elfo y reemplazarlo con otro. Últimamente Oro se había decantado por un trol como vehículo, si es que llegaba a pasar alguno por allí en el momento preciso.

«Ya me lo estoy imaginando: un trol con la mente de un elfo. ¡Sería un guerrero formidable!».

Pero por allí no había ningún trol, y el único ser mágico disponible era un gnomo debilucho con unas runas de protección que le atravesaban el pecho en zigzag. No, ese no podía ser.

Había varios humanos, tres de esas odiosas criaturas. Dos varones y una mujer. Le dejaría la fémina a Bellico, una de las dos únicas criaturas mágicas en sus filas. Así que eso le dejaba a los varones.

El alma de Oro planeó en círculos sobre los chicos. Eran dos pequeños humanos muy curiosos que no daban muestras de sentirse todo lo impresionados que requería la situación. ¡Por el amor de Danu! ¡Si su mundo se acababa de derrumbar en un caos de magia! ¿No deberían estar temblando como hojas, burbujeando por la nariz y suplicando una clemencia que no iban a obtener jamás?

Pero no, sus reacciones eran sorprendentes. El niño del pelo negro se había acercado rápidamente hacia la chica, que había caído al suelo, y le comprobaba el pulso con movimiento experto. El segundo, uno rubio, había arrancado un puñado de juncos con una fuerza asombrosa para alguien de su tamaño, y en ese momento estaba espantando incluso al estúpido gnomo, obligándolo a retroceder hacia una zanja.

«Ese es el que me interesa —pensó Oro—. Es joven y pequeño, pero todo su cuerpo emana poder. Me quedaré con él».

Y fue así de sencillo. Oro lo pensó y, acto seguido, se hizo realidad. En un momento dado estaba flotando sobre Beckett Fowl y, al cabo de un instante, ya se había convertido en él y estaba golpeando al gnomo con un puñado de alargados juncos.

Oro se echó a reír en voz alta cuando los sentidos se apoderaron de sus terminaciones nerviosas. Percibió el sudor en las arrugas de sus dedos y el tacto suave y brillante de los juncos. Olió al niño, su juventud y su energía, como el olor a heno y a verano. Sintió como aquel corazón joven palpitaba como un tambor en su pecho.

—¡Ja! —exclamó, exultante, y continuó apaleando al gnomo solo por divertirse, pensando: «Siento el aliento cálido del sol, alabado sea Belenos. Estoy vivo una vez

más, pero moriré gustoso este día para ver a los humanos en el suelo junto a mí».

Porque es cierto que los guerreros mágicos resucitados poseen patrones de pensamiento muy nobles y no tienen mucho sentido del humor.

—Ya basta de tanta dispersión —espetó en gnómico, y a su lengua humana se le trabaron las palabras, de manera que sonó como un discurso de gruñidos animales—. Debemos reunirnos.

Oro miró a los cielos, donde sus guerreros plasmáticos se abalanzaban sobre él como una bandada de criaturas translúcidas de las profundidades de los mares.

—Esto es lo que hemos estado esperando —los invocó—: Encontrad un cuerpo dentro del círculo.

Y se dispersaron en un destello de ozono y recorrieron toda la finca de los Fowl en busca de cuerpos que se convertirían en sus huéspedes.

Y los primeros en ser abducidos fueron los humanos que encontraron a su paso. No era un buen día para robar cuerpos en la finca de los Fowl. Un día laborable normal y corriente, la mansión era un hervidero de actividad y de gente, y dirigiéndolo todo estarían Artemis padre y Angeline Fowl, los dueños y señores de la mansión. Sin embargo, aquel día en concreto, la casa estaba prácticamente cerrada ante la proximidad de las fiestas navideñas. Los padres de Artemis se encontraban en Londres en un congreso sobre ecología, acompañados de un asistente personal y dos sirvientas. El resto del personal estaba ya de vacaciones y solo hacía alguna que otra visita ocasional para comprobar que todo seguía en orden. Los padres Fowl tenían planeado recoger a su prole en la pista de aterrizaje del aeropuerto de Dublín una vez que Artemis hubiese acabado su terapia y luego poner el morro cónico de su jet ecológico rumbo a Cap Ferrat para pasar la Navidad en la Costa Azul.

Ese día no había nadie en casa a excepción de Juliet y sus protegidos. No había ni un solo cuerpo humano adulto que abducir, para gran frustración de las almas que vagaban en círculos y que durante tanto tiempo habían soñado con aquel momento. Así pues, sus opciones quedaban limitadas a una fauna diversa, que incluía ocho cuervos, dos ciervos, un tejón y una pareja de sabuesos ingleses que Artemis padre tenía en los establos, además de algún que otro cadáver con alguna chispa de vida todavía en ellos, algo más frecuente de lo que se suele creer. Los cadáveres no eran los huéspedes ideales, ni mucho menos, ya que la putrefacción y la sequedad dificultaban enormemente la agilidad de pensamiento y las habilidades motoras. Además, estaba el riesgo añadido de que algunas partes se descuajaringasen y se cayesen precisamente cuando eran más necesarias.

Los primeros cadáveres estaban bastante bien conservados para su edad. En sus tiempos como gánster, Artemis padre había robado una colección de guerreros chinos de Xian momificados para los que todavía no había encontrado una forma segura de repatriar, de manera que los tenía guardados en un sótano secreto libre de humedad.

Los guerreros se llevaron un susto de muerte al ver cómo su materia cerebral era reanimada y rehidratada, y su conciencia quedaba sometida al control de unos guerreros aún más antiguos que ellos. Entraron en acción con sus armaduras oxidadas y rompieron el cristal de las vitrinas para reclamar sus espadas, sus lanzas y sus alabardas, con las puntas de acero brillante gracias a los primorosos cuidados de algún sirviente. La puerta del sótano cedió rápidamente al empuje de los guerreros y las momias atravesaron el gran salón de la mansión hacia la luz del sol, deteniéndose un momento para sentir su cálida caricia sobre la frente antes de echar a andar en dirección al pasto, hacia donde estaba su líder, haciendo grandes esfuerzos por apresurarse a pesar de que, al acabar de recobrar los sentidos, lo único que querían era parar y oler las flores y las plantas. Y hasta las pilas de estiércol.

Los siguientes cadáveres en ser reanimados fueron los de un grupo de muchachos muy vocingleros y escandalosos que habían quedado sepultados en el derrumbe en una cueva durante el siglo XVIII mientras enterraban el valioso botín del tesoro de un galeón que se habían llevado de la bodega del barco *HMS Octagon* a su propio bergantín, *The Cutlass*. El temido pirata, el capitán Eusebius Fowl, y diez de los miembros de su tripulación —solo ligeramente menos temida que él— no habían sido aplastados por la roca, sino que habían quedado encerrados en una burbuja hermética que no permitía a sus pulmones absorber ni siquiera el silbido de un pájaro.

Como electrocutados, los cadáveres de los piratas empezaron a dar sacudidas, se quitaron de encima los mantos de algas y se colaron por un agujero reciente que, bajo los efectos de la erosión, se había abierto en las paredes de su tumba, sin preocuparse por las articulaciones y las costillas rotas que iban a dejarse por el camino.

Aparte de esos dos grupos, también hubo otros cadáveres que se vieron arrastrados a salir de sus lugares de reposo para convertirse en cómplices de la última lucha por el poder de Opal Koboi. El espíritu ya había abandonado a algunos de ellos, pero los que habían muerto violentamente o tenían algún asunto todavía pendiente aún conservaban un espectro de su esencia, y no pudieron hacer otra cosa más que lamentar el trato tan brusco que los berserkers estaban infligiendo a sus cuerpos.

Opal Koboi cayó desplomándose sobre la roca ancestral, y las runas que se habían deslizado como serpientes furiosas, se apaciguaron de nuevo, congregándose alrededor de la huella de la mano de Opal, en el centro de la llave mágica.

«Se ha abierto el primer sello —pensó, al tiempo que sus sentidos regresaban en oleadas llenas de náuseas—. Ahora solo yo puedo cerrarlo».

El gnomo conocido hasta el momento como Pip, pero cuyo nombre real y mucho más rimbombante era Gotter Dammerung, se dirigió con paso renqueante al cráter, trepó por los escalones de la torre y envolvió con un chal brillante los hombros de Opal.

—El manto de estrellas, señorita Opal —dijo—. Tal como había pedido.

Opal acarició el material y se quedó satisfecha. Descubrió que aún le quedaba magia suficiente en las puntas de los dedos para calcular la cantidad de hilos.

—Buen trabajo, Gunter.

—Es Gotter, señorita Koboï —la corrigió el gnomo valientemente.

Los dedos de Opal se quedaron paralizados y luego sujetó un trozo de la capa de seda con tanta fuerza que salió humo.

—Sí, Gotter. ¿Le disparaste a mi yo más joven?

Gotter se enderezó.

—Sí, señorita, tal como ordenó. Le organicé un bonito entierro, como indicaba en el mensaje en código.

A Opal se le ocurrió entonces que aquel gnomo sería un recordatorio constante de que había sacrificado a su yo más joven para saciar su sed de poder.

—Es verdad que te ordené matar a la Opal joven, pero estaba aterrorizada, Gotter. Lo percibí.

Gotter se hallaba perplejo. El día no estaba transcurriendo como el gnomo había previsto. Se había imaginado rodeado de guerreros élficos maquillados con pinturas de guerra, con una estela de trenzas puntiagudas ondeando al viento tras ellos, pero en lugar de eso, a su alrededor no había más que niños humanos y distintas formas de vida salvaje alterada y nerviosa.

—No me gustan esos conejos —soltó, probablemente la incongruencia más monumentalmente ilógica de su vida—. Son muy raros, con esas orejas temblorosas...

Opal no creía que alguien de su importancia tuviese por qué tolerar aquella clase comentarios, así que por eso pulverizó al pobre Gotter con un disparo de energía plasmática, y no quedó nada más del fiel gnomo que una mancha negruzca de hierba quemada en el suelo. Tal como se vio después, fue una maniobra muy mal calculada y un derroche de plasma, porque sin duda Opal podría haberse parado un momento a cargar por completo un segundo rayo y así enfrentarse a la lanzadera blindada que había aparecido de repente sobre el muro que señalaba los límites de la propiedad. Bien es verdad que iba protegida con un escudo, pero Opal disponía de suficiente magia negra para ver lo que se ocultaba tras el resplandor que tenía ante ella. Reaccionó un poco precipitadamente y lanzó un rayo débil que se desvió a la izquierda, por lo que solamente rozó la carcasa del motor y no acertó a la nave entera. La magia errante rebotó en el viento y derribó un torreón del muro de la finca antes de acabar desvaneciéndose en forma de petardos que salieron zumbando hacia el cielo.

A pesar de que el *Cupido* solo había sufrido una descarga leve, el contacto bastó para fundir el motor de propulsión, desactivar las armas y hacer que entrara en barrena, algo que ni el mejor de los pilotos habría podido evitar.

«Más cuerpos para mis soldados», pensó Opal mientras se ajustaba la capa de estrellas y bajaba ágilmente los escalones de la torre de un salto. Trepó por la pared del cráter y siguió el surco que la lanzadera mortalmente herida había abierto a través de la pradera. Sus guerreros la seguían de cerca, todavía medio embriagados por las nuevas sensaciones, tambaleándose en sus cuerpos recién poseídos, tratando de formar palabras en unas gargantas ajenas.

Opal miró hacia arriba y vio tres almas que se dirigían hacia la nave humeante, la cual se había detenido con movimiento torpe al abrigo del muro del límite de la finca.

—Tomad sus cuerpos —instigó a los berserkers—. Ese será mi regalo para vosotros.

A esas alturas, casi todos los berserkers habían encontrado ya acomodo y estaban estirando los tendones con gusto, rascando la tierra bajo sus patas u olisqueando el otoño. Todos habían conseguido un huésped salvo tres almas rezagadas que, avergonzadas, se habían resignado a experimentar su resurrección apretujadas en el interior del cuerpo de unos patitos, cuando aquellos nuevos posibles huéspedes aterrizaron dentro del círculo.

Dos humanos y una criatura mágica. Aquella novedad levantó el ánimo de los berserkers. Literalmente.

Dentro del *Cupido*, fue Holly quien salió mejor parada del choque, a pesar de ser la que estaba más cerca del lugar del impacto. De todos modos, salir «mejor parada» era un término relativo y, muy probablemente, Holly no lo habría escogido para describir su situación.

«Sí, yo fui la que salió mejor parada, sí —diría tal vez a la primera ocasión—. Solo tuve una perforación en el pulmón y una fractura de clavícula. Deberíais haber visto a los otros...».

Por suerte para Holly, una vez más fueron los amigos ausentes quienes acudieron en su auxilio y evitaron su muerte. Igual que los biosensores de la Ventana del Cielo de Potrillo evitaron una colisión catastrófica en el puerto de lanzaderas, Número Uno, su querido amigo el hechicero, la había salvado con su propia pizca de magia demoníaca.

¿Y cómo lo había hecho? Había sido dos días antes, mientras tomaban un simcafé, como todas las semanas, en Stirbox, una cafetería de moda en el Barrio del Jazz. Número Uno estaba más hiperactivo que de costumbre por el café expreso doble que circulaba por su cuerpo achaparrado y gris. Las runas que llevaba grabadas en la chapa que le recubría el cuerpo le brillaban con un exceso de energía.

—Se supone que no debería tomar simcafé —le confesó—. Dice Qwan que me altera el *chi*. —El pequeño demonio le guiñó un ojo, ocultando momentáneamente el iris de color naranja—. Podría haberle dicho que los demonios no tenemos *chi*, sino *qwa*, pero me parece que todavía no está listo para oír eso.

Qwan era el maestro mágico de Número Uno, y el pequeño demonio sentía tanto afecto por él que hacía como si no supiese más que él, algo que ocurría desde hacía años.

—Y el café es genial para el *qwa*. Lo hace zumbiar como nunca. Seguramente ahora mismo hasta sería capaz de convertir una jirafa en un sapo si quisiera. Aunque, bien pensado, habría mucho exceso de piel sobrante. Sobre todo piel del cuello...

—Es una idea muy inquietante —comentó Holly—. Si quieres hacer algo útil con tu magia que esté relacionado con los anfibios, ¿por qué no haces algo con el problema de los sapos deslenguados?

Los sapos deslenguados habían surgido a consecuencia de una broma pesada entre universitarios en la que un grupo de estudiantes de posgrado habían logrado dotar a una cepa de sapos con la capacidad de hablar, aunque solo soltaban palabrotas. Había sido gracioso los primeros cinco minutos, hasta que los sapos empezaron a multiplicarse a una velocidad vertiginosa y a soltar tacos muy desagradables a todo lo que se moviera, incluidos los duendecillos que iban a la guardería y las abuelas mágicas.

Número Uno se rió.

—A mí me gustan los sapos deslenguados —dijo—. Tengo dos en casa, uno se llama Eructo y el otro Ditasea. Son muy maleducados conmigo, pero sé que lo hacen sin querer. —El pequeño demonio tomó otro sorbo de café—. Así que hablemos de tu problema mágico, Holly.

—¿Qué problema mágico? —preguntó la elfa, perpleja.

—Yo veo la magia como si fuera otro color del espectro, y a ti se te está escapando a chorros. Lo estoy viendo ahora mismo, tan seguro como que el queso de pantano apesta.

Holly se miró sus propias manos, como si la evidencia fuera visible.

—¿De verdad?

—El esqueleto es la batería que acumula tu magia, pero parece que el tuyo ha sufrido una sobrecarga. ¿Cuántas curaciones has realizado? ¿Cuántos traumatismos has sanado?

—Uno o dos —admitió Holly, cuando en realidad quería decir nueve o diez.

—Uno o dos este ciclo —repuso Número Uno con tono burlón—. No me mientas, Holly Canija. Tu actividad electrodérmica ha aumentado de forma significativa, lo que quiere decir que te sudan las yemas de los dedos. Eso también lo veo. —El pequeño demonio gris se encogió de hombros—. La verdad es que a veces veo cosas que no tengo ningunas ganas de ver. Un duende vino a mi consulta el otro día y tenía un montón de larvas microscópicas de anquilostoma retorciéndose en su axila. ¿Qué le pasa a la gente?

Holly no respondió. Era mejor dejar a Número Uno que despoticara a su aire y se

desahogara.

—Y veo que has estado donando alguna que otra chispa de magia al clon de Opal en la clínica de Argon, para que estuviera un poco más cómoda. Tienes que saber que estás perdiendo el tiempo, Holly. Esa criatura no tiene espíritu; la magia no sirve.

—Te equivocas, Número Uno —dijo Holly, despacio—. Nopal Pita es un ser vivo.

Número Uno extendió las ásperas palmas de las manos.

—Dame tus manos —le pidió.

Holly puso sus dedos en los de él.

—¿Es que vamos a ponernos a remar y a cantar?

—No —contestó Número Uno—. Pero puede que te duela un poco.

«Puede que te duela un poco» es el código universal para decir: «Definitivamente, esto te va a doler mucho», pero antes de que el cerebro de Holly pudiera traducirlo, la runa de la frente de Número Uno trazó una espiral, algo que solo hacía cuando tenía que realizar un gran esfuerzo con su energía. A la elfa solo le dio tiempo a decir «Espera un...» antes de sentir como dos anguilas eléctricas se le enrollaban alrededor de los brazos, se deslizaban hacia arriba y se hundían en su pecho. No fue una experiencia placentera.

Holly perdió el control de sus extremidades y empezó a sufrir espasmos que le recorrían todo el cuerpo, como si fuera una marioneta en el extremo de las cuerdas de un titiritero sonriente. El episodio en sí no duró más de cinco segundos, pero cinco segundos de dolor agudo pueden parecer una eternidad.

Holly tosió humo y habló cuando su mandíbula dejó de temblar.

—Y tenías que hacerme esto aquí, en público, en una cafetería, ¿verdad?

—Es que sé que no vamos a vernos durante un tiempo y me preocupo por ti. Eres muy imprudente, Holly... Siempre dispuesta a ayudar a todo el mundo excepto a ti misma.

Holly flexionó los dedos, y era como si le hubiesen echado lubricante en las articulaciones.

—¡Uau! Estoy genial ahora que se me ha pasado ese dolor terrible... —De repente, asimiló el resto de las palabras de su amigo—. ¿Y por qué dices que no vamos a vernos durante un tiempo?

Número Uno se puso serio de golpe.

—He aceptado una invitación para ir la Estación Lunar. Quieren que observe unos microorganismos y vea si puedo extraer la memoria genética de alguna de sus células.

—Ah, ya veo —dijo Holly, que entendía la totalidad de la primera frase pero ni una sola palabra de la segunda—. ¿Cuánto tiempo te vas?

—Dos de vuestros años terrestres.

—¡Dos años! —exclamó Holly—. Vamos, Número Uno. Eres mi único amigo mágico que sigue soltero. Potrillo se ha casado. Camorra Kelp está saliendo con Lily Fronda, aunque, la verdad, yo no sé qué es lo que le ve a esa cabeza hueca.

—Es muy guapa y lo quiere, pero aparte de eso, no tengo idea —respondió Número Uno con sorna.

—Ya se dará cuenta de cómo es Fronda en realidad cuando lo deje por alguien mayor.

Número Uno pensó que seguramente no sería muy diplomático mencionar en ese momento las tres desastrosas citas de Holly con el comandante Kelp, la última de las cuales había terminado con la expulsión de ambos de un partido de baloncruje.

—Siempre te queda Artemis.

Holly asintió.

—Sí. Artemis es un buen chico, supongo, pero cada vez que nos vemos, siempre hay algún tiroteo de por medio, o un viaje en el tiempo, o alguna muerte de células cerebrales... Quiero un amigo tranquilo, Número Uno. Como tú.

Número Uno la cogió otra vez de la mano.

—Dos años pasarán volando. A lo mejor te dan un pase lunar y puedes ir a visitarme.

—Puede ser. Y ahora, basta ya de cambiar de tema. ¿Se puede saber qué es lo que me acabas de hacer?

Número Uno se aclaró la garganta.

—Bueno, te he hecho una reconstrucción mágica integral. Ahora tus huesos son menos frágiles y tienes las articulaciones lubricadas. Te he reforzado el sistema inmunológico y he limpiado tus sinapsis, que estaban atascándose un poco con tanto residuo mágico. Te he llenado el depósito con mi propia mezcla personal de energía, le he dado a tu pelo un poco más del lustre del que ya tenía y he reforzado tu runa de protección para que nunca vuelvas a ser poseída. Quiero que estés bien, sana y salva hasta que yo vuelva.

Holly le apretó los dedos a su amigo.

—No te preocupes por mí. Últimamente solo me mandan a operaciones rutinarias. «Solo operaciones rutinarias», estaba pensando Holly en ese momento, medio grogui todavía por el impacto, mientras la magia le recorría todo el organismo, reparando su clavícula fracturada y volviendo a entrelazar el entramado de cortes en su piel.

La corriente de magia habría preferido dormirla para efectuar las reparaciones a sus anchas, pero Holly no podía permitírselo. Se palpó el cinturón para sacar el kit de primeros auxilios y, cuando se colocó un parche de adrenalina en la muñeca, varios centenares de agujas finísimas liberaron la sustancia química en su torrente sanguíneo. Una dosis de adrenalina la mantendría alerta mientras dejaba a la magia hacer su trabajo. La cabina del *Cupido* estaba destrozada, y había sido la resistencia

del exoesqueleto del vehículo lo que había evitado un desplome total que habría aplastado a los pasajeros. A decir verdad, aquel había sido el último viaje sobre una erupción de magma de la lanzadera. En la parte trasera del vehículo, Mayordomo luchaba contra una contusión cerebral que amenazaba con dejarlo fuera de combate para siempre y Artemis yacía tumbado en el suelo entre dos asientos, como un muñeco de acción abandonado.

«Me caes bien, Artemis —pensó Holly—. Pero necesito a Mayordomo».

Así que fue Mayordomo quien recibió la primera descarga de magia reparadora, un rayo que golpeó al guardaespaldas como si fuera un desfibrilador y lo catapultó entre espasmos por la ventanilla trasera hacia el prado.

«¡Uau! —exclamó Holly para sus adentros—. Qué mezcla más potente, Número Uno...».

Fue más cuidadosa con Artemis, dejando caer en el centro de la frente de este una gota de magia desde la punta del dedo. Aun así, el contacto bastó para que la piel del chico se arrugara formando ondas, como la superficie del agua de un estanque.

Algo se estaba acercando a ellos. A través de los cristales rotos y de las grietas resquebrajadas de su visor, Holly veía unas imágenes dobles distorsionadas. Eran unos algos muy numerosos. Parecían pequeños, pero se movían con paso firme y decidido.

«No lo entiendo. Aún no lo entiendo».

La magia de Número Uno completó la etapa de curación a través del organismo de la elfa y, cuando la sangre le despejó el ojo izquierdo, Holly vio con toda claridad qué era lo que acudía hacia ellos.

«Una jauría de animales —pensó—. Mayordomo podrá deshacerse de ellos sin problemas».

Pero en ese momento, la magia de Número Uno le permitió ver la imagen titilante de las almas flotando como cometas desgarradas y translúcidas en el cielo, y recordó las historias que su padre le había contado tantas veces.

«Los más valientes de entre los valientes. Los que se quedaron atrás para proteger la puerta».

«¡Son los berserkers! —comprendió Holly—. La leyenda es cierta. Si abducen a Mayordomo estamos perdidos».

Pasó por encima de Artemis, atravesó la ventanilla trasera y cayó rodando por el surco que había dejado el impacto del *Cupido*, sintiendo como la tierra suelta se desmoronaba sobre su cabeza. Por un momento, Holly experimentó un miedo irracional a que estuvieran enterrándola viva, pero luego la tierra se depositó a sus pies, y dejó de caer.

Si bien sintió el recuerdo palpitante del dolor de un hombro roto ya curado, por lo demás, estaba perfectamente.

«Pero aún lo veo todo borroso —advirtió—. ¿Por qué?».

Sin embargo, no eran sus ojos, sino las lentes de su casco, que estaban rotas. Levantó la visera del casco y lo que vio fue la imagen clara como el cristal de una imponente fuerza ofensiva encabezada por los hermanos pequeños de Artemis y que, por lo visto, incluía un batallón de guerreros ancestrales armados hasta los dientes y también varios animales de los bosques.

Mayordomo se encontraba a cuatro patas a su lado, sacudiéndose el exceso de magia de encima como un oso pardo se sacude el agua de un arroyo. Holly buscó a toda prisa otro parche de adrenalina en su kit y se lo pegó en la parte descubierta del cuello.

«Lo siento, viejo amigo, pero te necesito al máximo rendimiento».

Mayordomo se levantó de un salto como si acabara de sufrir una descarga eléctrica y empezó a tambalearse, desorientado momentáneamente.

El variopinto ejército de figuras abducidas se detuvo de repente, formando un semicírculo, con un ansia palpable de lanzarse al ataque, pero manteniéndose a raya por algún motivo.

El pequeño Beckett Fowl estaba al frente de la curiosa pandilla, pero ahora parecía menos niño, pues se movía con la arrogancia de un guerrero y sujetaba un puñado de juncos sanguinolentos. Los vestigios de la magia de Número Uno le permitieron a Holly vislumbrar el espíritu de Oro acechando en el interior del niño.

—Soy una criatura mágica —anunció en gnómico—. Estos humanos son mis prisioneros. No tenéis por qué pelear contra nosotros.

La voz de Opal Koboi llegó flotando por encima de las filas de guerreros.

—¿Prisioneros? El grandullón no parece un prisionero.

—Koboi... —dijo Mayordomo, recuperado al fin. En ese momento, el guardaespaldas reconoció a su hermana en el grupo—. ¡Juliet! ¡Estás viva!

Juliet dio un paso hacia delante, pero se movía con torpeza, como si no supiera muy bien cómo funcionaba su propio cuerpo.

—Rmannnooo... —dijo, con la voz quebrada y con un acento extraño—. Abraza... me...

—No lo hagas, amigo mío —le advirtió Holly, que vio a la guerrera titilante que habitaba el cuerpo de la hermana del guardaespaldas—. Juliet está poseída.

Mayordomo lo entendió inmediatamente. Ya habían tenido que vérselas con las posesiones mágicas anteriormente, cuando Artemis había sufrido el Complejo de Atlantis.

El guardaespaldas frunció el ceño, y en ese momento afloraron a su rostro sus décadas como soldado.

—Jules, ¿estás ahí dentro?

La reina de los guerreros, Bellico, utilizó los recuerdos de Juliet para responder,

pero no acababa de controlar por completo las cuerdas vocales. Sus palabras no llegaban con claridad, como si las articulara a través de pequeños micrófonos, y el acento era una mezcla de escandinavo muy marcado y un profundo español sudamericano.

—Sssí, *rmano*. *Shoy yooo. Zuuuliet...*

Mayordomo vio la verdad. Tal vez el cuerpo fuera el de su hermana, pero desde luego, su cerebro no lo era.

Artemis se reunió con ellos y apoyó una mano en el hombro de Holly, con una mancha de sangre en la camisa, donde había tosido. Como de costumbre, formuló la pregunta más lógica en esos momentos.

—¿Por qué no nos atacan?

Holly sintió una sacudida física.

«¿Por qué no? Es verdad, ¿por qué no nos atacan?».

Mayordomo insistió en lo mismo.

—¿Por qué no nos están atacando? Estamos en inferioridad numérica y emocionalmente en estado de shock. Esa cosa es mi hermana, por el amor de Dios...

Holly recordó entonces por qué todavía no se habían abalanzado sobre ellos.

«Somos huéspedes dentro del círculo. Nos necesitan».

Las almas pasaron aleteando por encima de sus cabezas, elevándose en el aire y preparándose para lanzarse en picado.

«Puedo explicar lo que estoy a punto de hacer —pensó Holly—. O puedo hacerlo directamente y ya está».

Era más fácil hacerlo y esperar que hubiese ocasión de pedir disculpas después.

Movió la rueda de los ajustes de su Neutrino con mano experta y, en una vertiginosa sucesión, disparó a Mayordomo en la parte expuesta del cuello y a Artemis en la mano.

«Ya no podrán poseernos —pensó—. Aunque, por el lado malo, a lo mejor ahora estos berserkers nos matan sin más».

Las almas se abatieron sobre sus codiciados huéspedes como láminas de polietileno húmedo. Holly sintió como el ectoplasma se le metía a la fuerza en la boca, pero el espíritu no iba a poder poseerla por la runa que llevaba debajo del cuello.

«Aguanta —se dijo a sí misma—. Tienes que aguantar».

Holly saboreó la arcilla y la bilis. Oyó los ecos de los gritos de hacía diez mil años y experimentó la Batalla de Tailte como si ella misma hubiera estado en aquella llanura, donde la sangre corría a borbotones por entre las trampas con estacas y hordas de humanos rodaban por el prado, ennegreciendo la hierba a su paso.

«Todo ocurrió exactamente como me contó mi padre», comprobó Holly.

Al ver que no iba a lograr su objetivo, el alma lanzó un aullido de frustración y se

vio repelida, saliendo despedida por los aires.

Dos de los espíritus de los berserkers trataron de entrar en los cuerpos de Artemis y Mayordomo, pero fueron rechazados. El guardaespaldas había caído al suelo como una secuoya cuando Holly le había disparado y Artemis corrió a agarrarse la mano, estupefacto al ver que su amiga les había quemado la piel a ambos con las descargas de su Neutrino. Acto seguido, Artemis concluyó de forma errónea que Holly había sido poseída por uno de los Danu, de quienes ya lo sabía todo por el alma que había intentado poseerlo.

Se puso de rodillas en el suelo y vio con los ojos entrecerrados de dolor como avanzaban los guerreros berserkers. ¿Holly era amiga o enemiga? No lo sabía a ciencia cierta. Parecía ella, y amenazaba a las hordas con su arma.

La voz de Opal se oyó por detrás de la multitud, protegida por la masa.

—Se han protegido a sí mismos. Ahora, matadlos, soldados. Traedme sus cabezas.

Artemis tosió. «¿“Traedme sus cabezas”? Antes al menos Opal solía ser un poco más sutil. Es cierto eso que dicen: la cárcel no sirve para reinsertar a las personas en la sociedad. Desde luego no a las duendecillas».

Sus propios hermanos pequeños avanzaban hacia él con mirada asesina. Dos mocosos de cuatro años que se movían con una agilidad y una velocidad cada vez mayores.

«¿Y si ahora son más fuertes? ¿De verdad podrían Myles y Beckett llegar a matarnos?».

Y si ellos no lo conseguían, tal vez lo harían esos piratas, con sus machetes oxidados.

—Mayordomo —dijo Artemis con voz ronca—. Emprende la retirada y haz un balance de la situación.

Aquella era su única opción.

«No podemos tomar ninguna iniciativa activa».

Artemis sintió una profunda irritación al darse cuenta de aquello, a pesar incluso de estar en peligro de muerte.

—Retírate y procura no herir a nadie excepto a esos piratas. Los guerreros chinos momificados y yo no nos llevaremos ningún disgusto si esos animales sufren algún daño. Después de todo, son ellos o nosotros.

Pero Mayordomo no prestaba atención a la diatriba inusitadamente nerviosa de Artemis, porque el disparo de Holly le había acertado en el nervio vago y lo había dejado fuera de combate. Una posibilidad entre un millón.

Ahora le tocaba a Holly defender al grupo. Todo iba a salir bien; lo único que tenía que hacer la capitana Canija era colocar los ajustes de su Neutrino personalizada en un radio de alcance más amplio para ganar un poco de tiempo, pero en ese

momento el garrote que llevaba uno de los piratas en el esqueleto de la mano salió despedido de una de sus falanges y le rompió la nariz a Holly, que se tambaleó por el impulso hacia atrás y acabó desplomándose sobre el cuerpo de Mayordomo.

Artemis miró a las criaturas poseídas avanzar los últimos pasos hacia él y se quedó horrorizado al comprobar que, al final, todo se reducía a la fuerza bruta.

«Siempre creí que mi inteligencia me mantendría con vida, pero ahora mi propio hermano pequeño me va a matar con una simple piedra. A eso lo llamo yo rivalidad entre hermanos...».

A continuación la tierra se abrió bajo sus pies y engulló al grupo entero.

Opal Koboi se abrió paso a codazos entre sus huestes hasta el borde de la sima que había aparecido de repente para tragarse a sus adversarios y librarlos de su destino fatal.

—¡No! —gritó, golpeando el aire con sus puños diminutos—. ¡Quería sus cabezas! En la punta de una lanza. Eso es lo que hacéis siempre, ¿verdad?

—Sí —admitió Oro, a través de la boca de Beckett—. A veces también les cortamos las piernas y los brazos.

Opal habría jurado que, bajo las plantas de sus pies furiosos, la tierra acababa de lanzar un eructo.

servido ese cerebro tuyo tan genial ahí arriba, con esos tarados?

—De nada —admitió Artemis—. ¿Podemos discutir luego?

—Eso lo dices porque estás perdiendo la discusión —se burló Mantillo.

—No, eso lo digo porque esos tarados nos pisan los talones. Necesitamos batirnos en retirada y reagruparnos.

—No te preocupes por eso —respondió Mantillo, que metió el antebrazo en un agujero de la pared del túnel y arrancó una raíz gruesa—. Nadie nos va a seguir a ninguna parte en cuanto hunda la boca del túnel, pero a lo mejor sería una buena idea que retrocedieras un paso o dos.

Por encima de sus cabezas, la tierra retumbó como los nubarrones de tormenta al pasar sobre la cima de una montaña baja, y Artemis tuvo la súbita certeza de que iban a morir aplastados. Se precipitó hacia delante y pegó el cuerpo contra la pared de barro oscuro y frío, como si eso fuese a servirle de algo.

Sin embargo, el túnel de Mantillo se conservó intacto y solo el punto donde Artemis había estado de pie hasta ese momento quedó sepultado por completo.

Mantillo rodeó con los dedos el tobillo de Mayordomo y, con un poco de esfuerzo, arrastró al guardaespaldas inconsciente por el suelo del túnel.

—Tú lleva a Holly. Con cuidado. Por el aspecto de tu mano, ha alejado a esos espíritus y te ha salvado la vida. Antes de que yo te la salvara. Probablemente justo después de que Mayordomo también te la salvara. ¿Ves algún patrón en esos hechos, Artemis? ¿Empiezas a darte cuenta de quién es el verdadero lastre aquí?

Artemis se examinó la mano. Llevaba la marca de una runa en forma de espiral donde Holly lo había quemado. Los últimos restos de ectoplasma de los berserkers que le resbalaban por el pelo le causaron un escalofrío.

Una runa protectora. Holly los había marcado para salvarlos. Y pensar que había dudado de ella...

Artemis tomó a Holly en brazos y siguió al enano reluciente, tanteando el camino con los pies.

—Más despacio —le pidió—. Está todo muy oscuro aquí.

La voz de Mantillo retumbó en el túnel.

—Sigue las esferas, Arty. Les he puesto una capa extra de saliva de enano, la solución mágica que puede hacer de todo, desde brillar en la oscuridad hasta repeler huéspedes indeseados en forma de fantasmas. Debería embotellarla y venderla. Tú sigue las esferas.

Artemis entrecerró los ojos para ver mejor el resplandor y distinguió dos esferas bamboleantes que brillaban más que el resto. En cuanto se dio cuenta de lo que eran en realidad aquellas esferas, decidió no seguirlas tan de cerca: ya las había visto en acción anteriormente y todavía tenía pesadillas de vez en cuando.

El túnel avanzaba siguiendo un camino laberíntico y serpenteante y, al final, Artemis

optó por olvidarse del escaso sentido de la orientación que le proporcionaba su brújula interior. Siguió andando con pesadez detrás del trasero brillante de Mantillo, bajando los ojos de vez en cuando para mirar a su amiga inconsciente, en sus brazos. Parecía muy pequeña y frágil, a pesar de que Artemis la había visto derrotar a una horda entera de troles para salvarle la vida.

—Como tantas otras veces, lo tenemos casi todo en contra, amiga mía —susurró, más para sí mismo que para Holly. Realizó un cálculo aproximativo teniendo en cuenta diversos factores, como las situaciones desesperadas que habían vivido a lo largo de los últimos años, el coeficiente intelectual de Opal Koboï y el número aproximado de enemigos que había visto antes, en la superficie—. Calculo que nuestras posibilidades de sobrevivir son de menos de un quince por ciento, aunque mirándolo por el lado positivo, hemos sobrevivido e incluso ganado alguna vez con muchas menos posibilidades de hacerlo. Una vez.

Obviamente los susurros de Artemis se propagaron por el túnel y la voz de Mantillo llegó flotando hacia él.

—Tienes que dejar de pensar con la cabeza, Fangoso, y empezar a pensar con el corazón.

Artemis suspiró. El corazón era un órgano que servía para bombear sangre rica en oxígeno a las células. No podía «pensar», igual que una manzana no podía bailar claqué. Estaba a punto de explicárselo al enano cuando el túnel se abrió, dando paso a una cámara de grandes dimensiones, y Artemis se quedó sin aliento.

La sala era del tamaño de un granero pequeño, con unas paredes que formaban una pendiente acabada en vértice. Había distintos túneles de alimentación distribuidos a diferentes alturas, y unos pegotes brillantes adheridos a la superficie expuesta de roca servían como sistema de iluminación. Artemis ya había visto aquel peculiar sistema antes.

—Flema de enano —dijo, señalando un grupo bajo de pegotes del tamaño de pelotas de tenis—. Se endurece una vez expectorada y brilla con una luminiscencia que no es nada común en la naturaleza.

—No todo es flema... —señaló el enano con tono misterioso, y por primera vez en su vida, Artemis no se sintió con energías de llegar al fondo del misterio, porque, por lo general, el fondo de aquella clase de misterios solía estar siempre en los alrededores del misterioso trasero de Mantillo.

Artemis dejó a Holly con delicadeza sobre una cama de abrigos de pieles falsas y reconoció la etiqueta del diseñador.

—Estos son los abrigos de mi madre.

Mantillo soltó la pierna de Mayordomo.

—Sí, bueno, pero... Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita. Aunque si tantas ganas tienes de discutir, ¿por qué no subes y le preguntas a esa cosa que antes era

Opal Koboí qué opina ella sobre lo que es robo y lo que no?

En eso estaba de acuerdo. Artemis no tenía ningunas ganas de que lo echaran a patadas de aquel refugio.

—¿Estamos a salvo aquí abajo? ¿No nos seguirán?

—Pueden intentarlo —contestó Mantillo, y a continuación escupió una bola brillante de saliva encima de un escupidero desvaído—. Pero todavía tardarían un par de días con taladros industriales y sónares. Y aun entonces podría derrumbar todo este tinglado con una descarga bien orientada de gas de enano.

A Artemis le resultaba difícil creerle.

—Ya. Una sola descarga... ¿y todo esto se vendría abajo?

Mantillo adoptó una pose heroica, apoyando un pie en una roca y las manos en las caderas.

—En mi sector, uno siempre tiene que estar listo para salir corriendo en cualquier momento. Sin mirar atrás.

A Artemis no le hizo ninguna gracia la pose heroica.

—Por favor, Mantillo, te lo ruego: ponte unos pantalones.

Mantillo accedió a regañadientes y se enfundó unos pantalones desteñidos para cubrirse los muslos carnosos. No estaba dispuesto a taparse nada más, de manera que tanto su pecho peludo como su prodigiosa panza permanecieron brillantes y desnudos.

—Llevaré pantalones por consideración a Holly, pero esta es mi casa, Artemis. En la cueva, Mandíbulas siempre viste informal.

Desde una estalactita caían unas gotas de agua que formaban un charco reluciente. Artemis metió la mano en el agua y luego apoyó la palma de la mano en la frente de Holly. La elfa seguía inconsciente, después de su segundo trauma físico con pocos minutos de diferencia, y una chispa solitaria de magia se asentó en la herida de su cabeza, zumbando como una laboriosa abeja de oro. La abeja pareció reparar en la mano de Artemis y se plantó de inmediato sobre la marca, aliviándole la quemazón de la piel pero dejando una profunda cicatriz. Una vez terminado su trabajo, la magia regresó a Holly y se extendió como un bálsamo sobre su frente.

La respiración de la elfa era profunda y regular, y parecía como si estuviese dormida en lugar de inconsciente.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí, Mantillo?

—¿Por qué? ¿Es que piensas reclamarme los atrasos por el alquiler?

—No, de momento solo estoy recabando información. Cuantas más cosas sepa, más precisos serán mis planes.

Mantillo destapó una nevera, que Artemis reconoció de un viejo set de picnic de la familia, y sacó un salami de color rojo intenso.

—Como sigas hablando de planes precisos y de todos esos rollos, acabaremos

metidos hasta las cejas en la madriguera del agujero del trol, descalzos y sin botas.

Hacía ya mucho tiempo que Artemis había dejado de pedirle a Mantillo que le explicase sus metáforas. Necesitaba urgentemente conseguir cualquier información que pudiera darle alguna idea, algo que lo ayudara a hacerse con el control de la catastrófica situación.

«Concéntrate —se ordenó a sí mismo—. Hay muchas cosas en juego. Más que nunca».

Artemis estaba desesperado. Tenía el pecho dolorido después de las curaciones recientes y de hacer tantos esfuerzos. Por primera vez en su vida, no sabía qué hacer, aparte de esperar a que se despertaran sus amigos. Se acercó a Mayordomo y le examinó las pupilas para determinar si había sufrido algún daño cerebral. Holly le había disparado en el cuello y luego la caída había sido brutal. Sintió alivio al comprobar que tenía las dos pupilas del mismo tamaño.

Mantillo se sentó en cuclillas detrás de él, brillando como un semidiós rechoncho, lo cual era ciertamente inquietante si sabías cómo era el enano en realidad: Mantillo Mandíbulas se parecía a una divinidad lo que un huevo a una castaña.

—¿Qué te parece mi casa? —preguntó el enano.

—Es... —Artemis señaló con la mano a su alrededor— sorprendente. Has excavado todo esto tú solo. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

El enano se encogió de hombros.

—Un par de años. A temporadas, ya sabes cómo va esto. Tengo una docena de escondrijos como este repartidos aquí y allá. Me cansé de ser un ciudadano honrado que respeta la ley. Así que de vez en cuando os robo un poco de agua caliente de vuestros depósitos geotérmicos y os pirateo la tele por cable.

—Pero ¿por qué vivir aquí abajo?

—Vivir, lo que se dice vivir, yo no vivo aquí. Solo vengo a pasar alguna que otra temporadita, cuando las cosas se ponen feas. Acabo de hacer un trabajito bastante importante y necesitaba esconderme unos días.

Artemis miró a su alrededor.

—¿Un trabajito importante, dices? ¿Y dónde está el botín?

Mantillo sacudió un dedo brillante como si fuera una bengala fosforescente.

—Ahí, tal como diría mi primo Nord, es cuando mi mentira improvisada deja de sostenerse.

Artemis sumó dos y dos, y llegó a un cuatro muy desagradable.

—¡Estabas aquí para robarme!

—No, no es verdad. ¡¿Cómo te atreves?!

—No lo niegues: estabas acechando desde aquí abajo para hacer un túnel y robar en la mansión Fowl. Otra vez.

—«Acechar» es una palabra muy fea. Me recuerda a una serpiente marina. Me

gusta pensar que estaba escondido entre las sombras. Elegante, como un ladrón de guante blanco.

—Tú no has visto nunca un guante blanco, Mantillo.

Mantillo juntó las manos.

—Vale. Lo admito. Puede que estuviera planeando echarle un vistazo a la cámara acorazada donde guardáis las obras de arte. Pero míralo por el lado positivo: robarle a un cerebro criminal, maestro entre los ladrones. Eso se merece más de cien años de perdón. Tiene su parte irónica, y a los cerebritos como tú os gusta la ironía, ¿verdad?

Artemis estaba horrorizado.

—No puedes guardar obras de arte aquí abajo. Hay demasiado barro y humedad.

—Pues a los faraones no les fue tan mal... —argumentó el enano.

Holly, tumbada en el suelo a su lado, abrió los ojos, tosió, y ejecutó un movimiento que era mucho más difícil de lo que parecía: se levantó de un salto desde donde estaba acostada y aterrizó de pie en el suelo con una agilidad pasmosa. Mantillo se quedó muy impresionado hasta que Holly intentó estrangularlo con su propia barba, momento en el que dejó de sentirse impresionado y se concentró en ahogarse.

Ese era el problema de despertar después de una curación mágica: el cerebro está totalmente sano, pero la mente está confusa. Es una sensación muy extraña, sentirse inteligente y aturdido a la vez. Si se le añade a eso un lapso de tiempo, a la persona puede resultarle muy difícil transitar de un estado de sueño al mundo consciente, así que es recomendable situar al paciente en lugares tranquilos, rodeado tal vez de juguetes infantiles amontonados sobre la almohada. Por desgracia para Holly, había perdido la conciencia en plena lucha a vida o muerte y, al despertar, se había encontrado a un monstruo brillante abatiéndose sobre ella. Así que, lógicamente, reaccionó de forma un tanto exagerada.

Tardó unos cinco segundos en darse cuenta de quién era Mantillo.

—Ah —murmuró, avergonzada—. Eres tú.

—Sí —dijo Mantillo, y luego tosió y escupió algo que aterrizó con un chillido y se escabulló de inmediato—. ¿Podrías hacerme el favor de soltarme la barba? Acabo de hacerme un tratamiento hidratante en la peluquería.

—¿En serio?

—Por supuesto que no. Vivo en una cueva. Como tierra. ¿A ti qué te parece?

Con suma delicadeza, Holly repeinó con los dedos la barba de Mantillo y luego se bajó de los hombros del enano.

—Estaba sentada en un montón de saliva, ¿verdad? —preguntó, con cara de asco.

—No todo es saliva —dijo Artemis.

—Bueno, Artemis —dijo ella, frotándose la tenue marca roja de la frente—, ¿cuál es el plan?

—Sí, encantado de verte yo también —intervino Mantillo—. Y no me des las gracias. Ha sido un placer salvarte la vida una vez más. Solo uno de los numerosos servicios ofrecidos por Aerolíneas Mandíbulas.

Holly frunció el ceño.

—Tengo una orden de detención contra ti.

—Entonces ¿por qué no me detienes?

—Las instalaciones de seguridad no funcionan con normalidad en este momento.

Mantillo tardó unos segundos en procesar aquella información y cualquier resto de su bravuconería habitual desapareció de sus marcados rasgos, arruga por arruga. Casi parecía como si su luminiscencia hubiese disminuido algunos tonos.

—¡Oh, santo dios Vórtice! —exclamó, ejecutando el signo sagrado de la panza hinchada sobre su vientre para ahuyentar el mal—. ¿Qué ha hecho Opal ahora?

Holly se sentó en un montículo y se puso a teclear en su ordenador de pulsera para ver si funcionaba alguno de sus dispositivos.

—Ha encontrado y ha abierto la puerta de los berserkers.

—Y eso no es lo peor —continuó Artemis—. Ha matado a su yo más joven, y eso ha destruido todos sus inventos y todo aquello en lo que haya tenido alguna clase de influencia. Refugio está paralizado y los humanos han vuelto a la Edad de Piedra.

Bajo el brillo de la saliva luminosa, la expresión en el rostro de Holly era sombría.

—La verdad, Artemis, es que encontrar la puerta de los berserkers sí es lo peor, porque hay dos cerraduras. La primera libera a los berserkers...

Mantillo aprovechó la pausa.

—¿Y la segunda? Vamos, Holly, no es momento para suspenses dramáticos.

Holly se abrazó las rodillas como una niña desconsolada.

—La segunda activa el Armagedón. Si Opal logra abrirlo, todos los seres humanos de la faz de la Tierra morirán.

Artemis sintió que la cabeza le daba vueltas mientras la sangrienta magnitud del plan de Opal se materializaba ante sus ojos.

Mayordomo eligió ese momento para recobrar el sentido.

—Juliet está en la superficie con Beckett y Myles, así que supongo que no podemos dejar que eso pase.

Se sentaron muy juntos alrededor de una hoguera de saliva brillante mientras Holly les contaba lo que hasta entonces siempre había creído una leyenda, pero que al parecer, resultaba ser un hecho histórico bastante exacto.

—La mayor parte ya lo sabéis por los espíritus que intentaron abduciros.

Mayordomo se frotó la marca del cuello.

—Yo no. Me encontraba fuera de combate. Lo único que recuerdo son imágenes sueltas e inconexas. Cosas muy asquerosas, incluso para mí. Miembros amputados,

personas a las que enterraban vivas... ¿Enanos montados a lomos de unos troles para entrar en batalla? ¿Es posible que haya ocurrido eso alguna vez?

—Todo eso pasó así —le confirmó Holly—. Había un cuerpo de élite de jinetes enanos que cabalgaban a lomos de los troles.

—Sí —dijo Mantillo—. Se llamaban a sí mismos los Jinetes del Trol. Un nombre muy chulo, ¿no? Había un grupo que solo salía de noche y que se hacían llamar los Jinetes del Trol Nocturnos.

Artemis no lo pudo evitar.

—Ya. ¿Y cómo se llamaban los jinetes de troles que salían de día?

—Esos gauchos se llamaban los Jinetes del Trol Diurnos —respondió Mantillo, muy ufano—. Iban vestidos de cuero de la cabeza a los pies. Olían como el interior de la vejiga de un gusano apestoso, pero hacían muy bien su trabajo.

A Holly le dieron ganas de llorar de impotencia, pero si había aprendido algo durante su breve etapa como detective privada con Mantillo como ayudante, era que el enano solo se callaba cuando ya se había despachado a gusto. Artemis, por otra parte, ya debería conocerlo.

—Artemis —le dijo con tono cortante—, no lo animes a que siga contando batallitas, anda. Vamos a contrarreloj.

Bajo la luminiscencia, la expresión de Artemis parecía casi inocente.

—Sí, claro. Nada de comentarios. Todo esto me está abrumando un poco, la verdad. Continúa, Holly, por favor.

Y así, Holly relató su historia, con los rasgos de la cara fuertemente iluminados bajo aquel brillo anormal. Mayordomo no pudo evitar acordarse de las historias de miedo que el Maestro Prunes les contaba a él y a sus compañeros exploradores en las excursiones de fin de semana a las cuevas de Dan-yr-Ogof, en Gales. El relato de Holly era desapasionado, pero las circunstancias hacían que sintiera como un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

«Y eso que yo no me estremezco fácilmente», pensó el hombretón, removiéndose incómodo en la raíz retorcida y llena de barro que le hacía las veces de asiento.

—Cuando era pequeña, mi padre me contaba la historia de Tailite casi todas las noches para que nunca olvidara el sacrificio que hicieron nuestros antepasados. Algunos dieron sus vidas terrenales, pero otros fueron más lejos aún y sacrificaron también sus vidas de ultratumba. —Holly cerró los ojos y trató de relatar la historia tal y como ella la había escuchado—. Hace diez mil años, los humanos lucharon por aniquilar a las familias de las criaturas mágicas de la superficie de la Tierra. No tenían ninguna necesidad de hacer aquello, porque los seres mágicos son, en su inmensa mayoría, criaturas pacíficas que aman la armonía, y sus habilidades curativas y conexiones especiales con la tierra eran beneficiosas para todos, pero entre los humanos siempre aparecen esos individuos que quieren controlar todo lo que ven y se

sienten amenazados por aquello que no entienden.

Artemis se abstuvo de comentar la obviedad de que era precisamente una criatura mágica la que estaba, más o menos, intentando destruir el mundo en ese preciso momento, pero se reservó el comentario por si decidía sacarlo a relucir más adelante.

—Y así, las criaturas corrieron a refugiarse en la brumosa isla de Ériú, el hogar de la magia, donde eran más poderosas. Cavaron sus trincheras de curación y concentraron a su ejército en la llanura de Tailte para la última batalla.

Los otros permanecían en silencio mientras Holly hablaba, pues veían la escena en su propia memoria.

—Fue una batalla muy corta —expuso Holly con amargura—. Los humanos no tuvieron piedad, y quedó claro desde la primera noche que las criaturas estaban condenadas a la derrota, así que el Consejo decretó que se retirarían a las catacumbas, bajo tierra, de donde habían venido, en tiempos inmemoriales, antes incluso de los albores de la humanidad. Todos excepto los demonios, que usaron su magia para llevarse su isla volando fuera del tiempo.

—Vale —interrumpió Mantillo—. Estaba siguiéndote, pero entonces has dicho «albores» y me ha entrado hambre, así que ahora tengo que ir a la nevera.

Holly frunció el ceño un instante y luego prosiguió. Todos sabían que comer era la forma que tenía Mantillo de digerir las malas noticias... y también las buenas, y las poco importantes. Todas las noticias, en realidad.

—Pero el Consejo llegó a la conclusión de que incluso su refugio subterráneo corría el peligro de que acabaran invadiéndolo los humanos, así que construyeron una puerta de entrada con una cerradura encantada. Si alguien abría ese sello, las almas de los guerreros berserkers enterrados alrededor de la puerta se levantarían al instante y poseerían todos los cuerpos que hallasen a su paso para impedir que los humanos tuvieran acceso a la entrada.

Artemis aún recordaba el hedor insoportable que había percibido cuando un berserker mágico había intentado poseer su mente.

—Y si era un ser mágico el que abría la puerta de los berserkers, entonces los guerreros serían esclavos de esa criatura y deberían pelear bajo sus órdenes. En este caso, las de Opal Kobi.

»El conjuro se formuló de manera que permaneciese activo durante al menos un siglo, hasta que las criaturas estuvieran a salvo y la ubicación de la puerta quedase relegada al olvido.

Holly frunció los labios al pronunciar aquellas palabras, y Artemis hizo una deducción.

—Pero ¿alguien cometió un acto de traición?

Los ojos de Holly centellearon con sorpresa.

—¿Cómo lo has...? Sí, por supuesto que lo has adivinado, Artemis. Fuimos

traicionados por un gnomo hechicero, el infame Shayden Fruid, conocido antiguamente como Shayden el Audaz, pero desde entonces llamado Shayden, la Vergüenza de Taillte. Hay una estatua invertida de él en la capilla de Hey-Hey, lo cual no es ningún cumplido precisamente, puedes creerme.

—¿Qué pasó, Holly? —preguntó Artemis, animándola a seguir.

—Shayden Fruid se escondió en un jirón de bruma salido de la nada hasta que los berserkers moribundos fueron enterrados alrededor de la puerta y las criaturas hubieron descendido al subsuelo, y luego trató de sabotear el candado. No solo intentó abrirles la cerradura a los humanos, sino también conseguir que los cautivos berserkers se volvieran contra su propia gente.

—Menudo encanto de hombre... —exclamó Mantillo, con la cara iluminada por el brillo del frigorífico—. Cuenta la leyenda que una vez vendió a su madre río abajo. Y no estoy hablando metafóricamente: metió a su madre en una barca y la cambió en el siguiente pueblo, corriente abajo. Eso debería haber sido un aviso.

—Pero el plan de Shayden fracasó, ¿no es así? —preguntó Artemis.

—Sí, porque la parte secreta del plan requería que alguien se quedara atrás para hacer que el valle se desplomara en lo alto de la cerradura. Uno de los mejores hechiceros, capaz de mantener la capa de niebla hasta que la entrada quedara sepultada y luego usarla para encubrir su huida. Como los demonios ya se habían ido, solo el elfo hechicero Bruin Fadda, cuyo odio por la humanidad era legendario, pudo completar la misión, y subió escalando hasta lo alto del valle para invocar el derrumbe, que había sido preparado por un equipo de ingenieros enanos.

De algún modo, era como si todos ellos, Artemis, Mayordomo y Holly, ya hubiesen vivido anteriormente todo aquello. Tal vez fueran los restos del plasma de los berserkers en sus cejas, pero de pronto era como si estuvieran oyendo la respiración gutural de Bruin Fadda mientras corría por la ladera, diciéndole a gritos a Shayden que se alejara de la cerradura.

—Los dos, poderosos guerreros, lucharon con ferocidad, asestando heridas mortales a su oponente. Al final, Bruin, moribundo y enloquecido de dolor, odio y desesperación, formuló un conjuro para crear una segunda cerradura, usando su propia sangre y la magia oscura prohibida. Si alguien abría ese candado, entonces Danu, la madre Tierra, liberaría su magia en el aire en una explosión de poder que aniquilaría a todos los humanos de la superficie, y las criaturas estarían a salvo para siempre.

—¿Solo a los humanos?

Holly despertó de su ensueño.

—Solo a los humanos. Los odiados opresores. Bruin había perdido a todos los miembros de su familia en el ataque. Había perdido la razón.

Mayordomo se frotó la barbilla.

—Todas las armas tienen una fecha de caducidad, Holly. Han pasado diez mil años. ¿No podría ese hechizo estar ya caducado y no ser tan efectivo o algo así?

—Es posible, pero los berserkers están libres, y el primer candado funcionó bien.

—¿Por qué querría Opal abrir el segundo?

Artemis conocía la respuesta.

—Por razones políticas. En Refugio hay un *lobby* que lleva años reclamando una guerra a gran escala contra los humanos. Opal sería una heroína para ellos.

Holly asintió.

—Exacto. Además, a estas alturas de la vida Opal está ya tan chiflada que de verdad cree que su destino es convertirse en una especie de mesías. Ya habéis visto lo que estaba dispuesta a hacer solo para escapar.

—Cuéntamelo —le pidió Mantillo.

—Hizo que secuestraran a su yo más joven y luego exigió una demanda de rescate falsa para su yo presente, para que la metiéramos dentro de un reactor nuclear y la ayudásemos a generar magia negra suficiente para abrir el primer candado.

Mantillo cerró la nevera de un portazo.

—Siento mucho haberlo preguntado. Este es el típico lío en el que nos metes siempre, Artemis.

—Eh, no es el momento de echarle las culpas a Artemis —le recriminó Holly.

—Gracias —dijo Artemis—. Por fin.

—Ya habrá mucho tiempo de echarle las culpas después, cuando esto se resuelva.

Artemis se cruzó de brazos con grandes aspavientos.

—Eso no era necesario, Holly. Yo aquí soy una víctima más, igual que vosotros. Incluso esos berserkers están siendo utilizados para librar una guerra que terminó hace diez mil años. ¿Y no podríamos decirles sin más que la guerra ya acabó? Están protegiendo una puerta que supongo que ya ni siquiera lleva a ninguna parte.

—Es verdad. Hace milenios que no usamos las viejas galerías de túneles.

—¿Y no puedes transmitírselo de alguna forma?

—No. Están sometidos bajo las cadenas del vínculo mágico. Nada de lo que digamos surtirá ningún efecto.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —quiso saber Artemis.

—No lo sé —admitió Holly—. Mi padre me contaba la leyenda como un cuento antes de irme a la cama. A él se la transmitió su padre. Todo llegó a través de la mente de un hechicero con poderes telepáticos que estaba conectado a Bruin Fadda en sus últimos momentos. Lo único que sabemos es que la segunda cerradura está configurada con magia compleja. Ahora Opal está utilizando magia negra, pero eso tiene un precio muy alto y se agota rápidamente. Querrá abrir el segundo sello antes del amanecer, mientras la luna mágica siga en su cenit. Sus berserkers apenas serán una sombra de lo que fueron después de todo este tiempo, y no podrán durar mucho

más que eso. Algunos responderán a la llamada de la otra vida antes del alba.

Artemis se dirigió a Mayordomo para hacerle una pregunta sobre posibles tácticas de ataque, la especialidad del guardaespaldas.

—¿Cómo desplegará sus fuerzas Opal?

—Tendrá a la mayoría de esos berserkers reunidos a su alrededor, cubriéndole las espaldas mientras ella abre el candado mágico. El resto estarán apostados montando guardia en los muros y distribuidos en patrullas de vigilancia por toda la finca, armados hasta los dientes, sin duda. Seguramente con mis propias armas.

—¿Tenemos alguna arma? —preguntó Artemis.

—He perdido mi Neutrino después del accidente —contestó Holly.

—Yo tuve que entregar mi pistola en Inmigración al llegar a Refugio —explicó Mayordomo—. No tuve ocasión de pasar a recogerla.

Mantillo regresó junto a la hoguera.

—Habéis dicho que todos los humanos de la superficie morirán. Solamente quería señalar que vosotros no estáis en la superficie, sino bajo tierra. Así que podríais..., bueno, ya sabéis, quedaros aquí abajo y ya está.

Holly le lanzó una mirada envenenada y rebosante de desprecio.

—Eh, que no hace falta que te pongas así... Es bueno explorar todas las opciones.

—Si Opal abre el segundo candado, no solo matará a millones de humanos, sino que desencadenará una guerra civil sin precedentes entre las criaturas. Y después de eso, lo más probable es que Opal Koboi se proclame emperatriz suprema.

—¿Así que estás diciendo que deberíamos detenerla?

—Sí, estoy diciendo que debemos detenerla, pero no sé cómo.

Artemis miró hacia arriba, como si la inspiración divina fuese a lloverle del cielo, pero lo único que veía eran las paredes brillantes del refugio subterráneo de Mantillo y la profunda oscuridad de las bocas de los túneles que salpicaban su superficie.

—Mantillo —dijo, señalando—, ¿sabes adónde conducen esos túneles?

CAPÍTULO 8: UN GRUPO MUY VARIOPINTO

ISLA DE DALKEY, AL SUR DEL CONDADO DE DUBLÍN



ES UN ERROR muy común pensar que todos los troles son estúpidos, cuando la verdad es que los troles solo son relativamente estúpidos.

Comparados con los astrofísicos y los grandes monjes Hey-Hey, podría considerarse que andan un poco cortos de coeficiente intelectual, pero incluso un trol con una inteligencia inferior a la media es capaz de resolver un rompecabezas más rápidamente que cualquier chimpancé o delfín del planeta. Se sabe que los troles son capaces de fabricar herramientas rudimentarias, aprender el lenguaje de signos e incluso gruñir un par de sílabas inteligentes. Ya a principios de la Edad Media, cuando las barracas de feria con las actuaciones de los troles eran legales, el famoso artista trol Amos Rayos de Luna bebía sin parar el ponche de miel que su domador enano le administraba hasta conseguir una muy lograda interpretación a base de eructos de *La balada de los pequeños hormigueos*.

Así que ¿los troles son estúpidos?

Definitivamente no.

Cabezotas, eso es lo que son. Hasta la médula. Y siempre tienen ganas de llevar la contraria. Si un trol sospecha que alguien quiere que salga por la puerta A, entonces elegirá sin duda la puerta B, posiblemente después de haber hecho sus necesidades en la puerta A por el camino.

Esto les hacía enormemente difícil la tarea de integrarse en los Elementos del Subsuelo. La PES cuenta incluso con una división especializada en troles con sus propios domadores entrenados que se pasan el mayor número de horas extra per cápita siguiendo el rastro de troles fugitivos que se niegan a ser encerrados en los túneles del área suburbana de Refugio. A todas horas hay centenares de troles haciendo picadillo sus chips rastreadores y abriéndose paso a través de las grietas de la corteza terrestre, avanzando inexorablemente hacia los puntos calientes mágicos de la superficie.

Los troles sienten la misma atracción por los residuos mágicos que los enanos por las cosas que no les pertenecen. Los troles se alimentan de residuos. Los nutren y aumenta su esperanza de vida. Y a medida que envejecen, se vuelven más astutos. El trol más viejo del que se tienen noticias ha recibido muchos nombres distintos a lo largo de su vida. Su madre lo había llamado Gruff, o puede que solo estuviera tratando de decir: «¡Uff! ¡Qué pesado eres, hijo!». Para el departamento de la PES especializado en troles, él era simplemente el Sospechoso Cero, y para los humanos,

el Abominable Hombre de las Nieves, el Yeti o El Chupacabras, en función de la zona donde hubiera sido avistado.

Gruff se había mantenido con vida durante muchos siglos gracias a su enorme disposición para atravesar andando el mundo en busca de residuos mágicos. No había continente que no hubiese visitado bajo el manto de la oscuridad, y su piel grisácea estaba marcada por las cicatrices y las quemaduras de cientos de peleas con la PES y varios cazadores humanos. Si Gruff pudiese articular una frase entera, probablemente diría: «Puede que parezca que me han dado una buena tunda, pero deberías ver cómo quedaron los otros».

Gruff residía actualmente en una cueva de la isla de Dalkey, frente a la costa del sur de Dublín, y solía ir nadando hasta la orilla, a un varadero privado, y alimentarse del ganado de las granjas cercanas que rapiñaba a su antojo. Había sido visto unas cuantas veces por el dueño del varadero, un irlandés excéntrico que ahora le cantaba todas las noches desde el otro lado del muelle. Gruff sabía que tendría que irse de allí o comerse al humano en los próximos días, pero esa noche en concreto se contentaba con relajar la cabeza en los despojos de una oveja, que le serviría de almohada por el momento y de desayuno por la mañana.

Su sueño se vio interrumpido por la activación de un sexto sentido que habitaba en un rincón de su cerebro, en alguna parte entre el gusto y el olfato. Había actividad mágica cerca, y esa actividad le producía un cosquilleo en el interior del cráneo, como si unas luciérnagas hubieran anidado allí. Y donde había magia, sin duda habría residuos. Suficientes como para aliviarle el dolor de espalda y curar la herida abierta de la pierna, donde una morsa lo había corneado.

Gruff cogió unas tripas de las entrañas de la oveja y se las tragó de golpe para no quedarse con hambre durante el viaje. Y mientras se adentraba en el mar para cubrir a nado el corto trayecto hacia tierra firme, sintió cómo la atracción de la magia se hacía aún más fuerte y se puso muy contento.

Gruff deseaba con todas sus fuerzas que el dulce néctar de los residuos le curase sus males, y cuando un trol pone todo su empeño en algo, hay pocas cosas en esta vida capaces de interponerse en su camino.

CAPÍTULO 9: ESCUPIRE EL AMARGO VENENO

MANSIÓN FOWL



OPAL se detuvo al borde del derrumbe del túnel sintiéndose bastante frustrada, pero en absoluto descorazonada. Después de todo, de momento seguía siendo un auténtico torbellino generador de magia negra, y Artemis Fowl estaba sepultado debajo de una tonelada de escombros, si no muerto, desde luego bastante despeinado y harapiento, cosa que fastidiaría al Fangosillo casi tanto como estar muerto.

Muerto o no, el plan seguía adelante, exactamente igual.

Oro se arrodilló y recogió el arma de Holly de entre los restos de arcilla desmenuzada.

—¿Qué es esto, ama?

Opal cogió la pistola con las dos manos minúsculas y se comunicó con su energía hasta que esta accedió a transferirse hasta ella. No fue nada espectacular: el arma simplemente se limitó a exhalar un último aliento, se contrajo y se arrugó como una pasa.

—Debo abrir el segundo sello —le dijo a Oro, revigorizada por el bocado de energía y poder—. Tengo hasta el alba. Entonces mi magia se evaporará con el rocío de la mañana y me quedaré indefensa.

—¿El segundo sello? —preguntó Oro, destrozando la lengua gnómica con las cuerdas vocales de Beckett—. ¿Estáis segura, ama?

—Reina —lo corrigió Opal—. Te dirigirás a mí como Reina Opal. Al abrir la primera cerradura de la puerta de los berserkers, te he sometido a mi voluntad, pero preferiría que te dirigieras a mí lo menos posible, porque tu estúpida vocecilla humana me irrita. Y deja ya de fruncir el ceño. La expresión te queda ridícula en esa carita de niño humano. A mamá le entran ganas de soltarte un sopapo.

—Pero ¿el segundo candado? —insistió Oro—. Eso liberaría el poder de Danu.

—Primero: ¿qué acabo de decir sobre lo de dirigirte a mí? Segundo: échale un vistazo al interior de ese cerebro humano tuyo: una pequeña onda expansiva de Danu sería lo mejor para este planeta.

Oro parecía confuso, pero sus ataduras le prohibían poner objeciones y Opal sabía que incluso aunque el berserker pudiese hacer alguna objeción, presentaría sus argumentos en una prosa arcaica de la Edad Media con lógica simplista.

—Déjame hablar con el niño humano —dijo, pensando que un niño Fowl, por joven que fuese, sabría apreciar lo que había logrado ese día. Además, sería divertido ver a un humano retorcerse.

Oro lanzó un suspiro, deseando que su viejo amigo Bruin Fadda hubiese dotado aquellas ataduras mágicas de un pelín más de libertad, y se estremeció mientras permitía que su conciencia fuese invadida temporalmente por la de Beckett Fowl.

Los siglos se desvanecieron del rostro de Oro y Beck emergió brillante y sonriente.

—Estaba soñando —dijo—. En mi sueño, era yo pero con más dedos.

Opal extendió los brazos a ambos lados, dejando que la magia negra los recorriese de lado a lado con una telaraña de rayos anaranjados.

—¿No estás aterrorizado, niño?

Beckett saltó como un mono con su propia versión de una postura ninja.

—¡No! Eres tú la que deberías estar aterrorizada.

—¿Yo? —exclamó Opal, riendo—. No puedes hacerme daño. Las ataduras mágicas lo impiden.

Beckett golpeó a Opal en el estómago con el hombro, tal como Mayordomo le había enseñado.

—¡Ja! Soy muy rápido. Más rápido que esa tontería de las ataduras mágicas. Mayordomo dice que tengo un talento *inato*.

Opal se quedó sin aliento, cayó tambaleándose hacia atrás y se dio un golpe en el hombro con el umbral elevado de la puerta de los berserkers. Por suerte para ella, las ataduras mágicas surtieron efecto de inmediato y Oro reclamó el control del cuerpo; de lo contrario, con apenas cuatro años, Beckett Fowl podría haber puesto punto final a los planes de dominación mundial de Opal ahí mismo.

Oro se precipitó a ayudar a Opal a levantarse.

—Mi reina, ¿estáis herida?

Opal se sacudió la mano, sin habla, y tuvo que soportar que Oro pasase varios segundos bombeándole el torso hacia arriba y abajo como un fuelle hasta que recuperó el aliento.

—Suéltame, estúpido elfo. ¿Es que quieres partirme la columna?

Oro hizo lo que le decía.

—Ese chico es muy rápido. Ha podido con las cadenas mágicas. No hay muchos capaces de hacer eso.

Opal se frotó el vientre con una mano mágica, para que no le saliese ningún moretón.

—¿Estás seguro que no has ayudado al niño, aunque solo sea un poco? —dijo con recelo.

—Por supuesto que no, mi reina —repuso Oro—. Los berserkers no ayudamos a los humanos. ¿Deseáis hablar con el niño de nuevo?

—¡No! —chilló Opal, luego recobró la compostura—. Quiero decir... no. El niño ha servido su propósito. Debemos seguir adelante con el plan.

Oro se arrodilló y recogió un puñado de tierra suelta.

—Al menos deberíamos dar caza a nuestros atacantes. La elfa tiene habilidades de combate, y el humano grande también es un guerrero formidable. Definitivamente es muy probable que intenten un sabotaje.

Opal estaba dispuesta a darle la razón en ese punto.

—Qué pesado eres, elfo... Está bien. Envía a tu mejor lugarteniente con unos cuantos soldados. Asegúrate de que el otro niño también participa en la expedición. Seguro que Fowl se muestra reacio a matar a su propio hermano.

Opal lanzó un bufido despectivo, un pequeño movimiento con los labios con el que dejaba muy claro que ella no dudaría en matar a cualquiera de los miembros de su familia si estuviera en la situación de Fowl. De hecho, ella interpretaba las reticencias a matar a un hermano como una falta de compromiso con el plan.

«Además ¿acaso no ordené personalmente mi muerte para poder escapar de la cárcel?».

Pero las criaturas mágicas eran débiles, y los seres humanos, más débiles aún. Tal vez Fowl se quedaría paralizado justo el segundo que su hermano pequeño tardaría en clavarle una daga en el costado.

—No malgastéis mucho tiempo o recursos. Quiero un círculo de acero de berserkers rodeándome mientras trabajo en la apertura de la segunda cerradura. Son unos conjuros muy complejos los que debo descifrar.

Oro se quedó inmóvil y cerró los ojos un momento para disfrutar de la caricia de la brisa en su cara. Oía el chasquido de las llamaradas por detrás de las paredes, y cuando abrió los ojos, los rescoldos del caos y la destrucción a lo lejos se confundían con las nubes de la noche.

—Estamos ansiosos por acatar vuestras órdenes, mi reina, pero somos escasos en número. ¿Va a haber más enemigos en el camino?

Opal emitió un sonido que sonó como una risotada.

—No hasta la mañana. Mis enemigos están teniendo algunas dificultades. Mamá ya se ha encargado de eso, no te preocupes.

La parte de la mente de Oro que seguía siendo suya y no esclava de una duendecilla de color naranja encendido pensó: «Es impropio que se refiera a sí misma como nuestra madre. Se está burlando de nosotros».

Pero era tanta la fuerza del *geasa* mágico, o ataduras, que incluso ese pensamiento de rebelión causó al capitán berserker un intenso dolor físico.

Opal advirtió su mueca de dolor.

—¿Qué estás pensando, capitán? Nada sedicioso, espero.

—No, mi reina —dijo Oro—. Este cuerpo raquítico no puede contener toda mi sed de sangre.

Esa mentira le costó otra punzada de dolor, pero estaba listo para sufrirla y la

sobrellevó sin reaccionar.

Opal frunció el ceño. Aquel guerrero tenía ideas propias, pero no importaba. La energía de Oro ya se estaba desvaneciendo. Los berserkers apenas llegarían a ver la luz del día, y para entonces la segunda cerradura ya estaría abierta y la Era Koboí empezaría de verdad.

—Ve, entonces —le ordenó—. Escoge una partida de caza, aunque tu tarea es proteger el sello, no lo olvides. Lo he dispuesto todo para que los humanos se mantengan ocupados por el momento, pero una vez salga el sol, acudirán en una ola de destrucción para aniquilar al último ejemplar de nuestra especie. —Opal decidió entonces explicar lo mismo con una frase más gótica, para que Oro captase la gravedad del asunto—. Se abatirán sobre nosotros sin clemencia en sus fríos y despiadados corazones.

Aquella forma de hablar pareció hacer mella en él, y Oro se fue en busca de los miembros de su expedición de caza.

Opal no tenía más remedio que admitirlo: la situación era absolutamente perfecta. Los berserkers —pobres ilusos— vigilarían el perímetro, en su creencia errónea de que su puerta enorme y lúgubre llevaba realmente a alguna parte. Y luego simplemente se evaporarían y desaparecerían en el más allá, ajenos al innecesario genocidio que habían ayudado a cometer.

«Los fantasmas no son unos testigos muy fiables en un tribunal», pensó Opal, esbozando una sonrisa maliciosa.

Sin embargo, por muy agradable que fuese estar allí felicitándose y sonriendo maliciosamente, había mucho trabajo por hacer, tarea que requería la máxima concentración y toda su inteligencia. El sello permanecía cerrado, y no podría conservar la magia negra mucho tiempo sin que consumiese por completo todo su cuerpo físico. Ya sentía cómo le aparecían unas ampollas entre los omoplatos. La magia la abandonaría muy pronto, pero antes de eso, causaría estragos en su organismo.

Su poder le curaba las ampollas a medida que le iban saliendo, si bien eso desgastaba su magia, de manera que las ampollas volvían a salir de todos modos.

«¿Por qué no puedo resolver este problema matando a alguien? —pensó con arrogancia, pero luego se reconfortó a sí misma con el mantra que le había dado fuerzas para salir adelante cuando estaba en prisión—. Pronto, todos los humanos estarán muertos —se dijo, con el mismo tono monótono que usan los gurús de todo el mundo—. Y luego Opal será adorada por todos.

»Y aunque no me quieran —pensó—. Al menos todos los humanos habrán muerto».

Oro bajó con sus piernecillas los peldaños milenarios que rodeaban la puerta de los berserkers y, durante una fracción de segundo, recordó con toda claridad el día en el

que había ayudado a construir aquella torre. Aunque lo cierto es que se había utilizado más magia que fuerza bruta propiamente dicha. El viejo Bruin Fadda había ordenado a todos sus hombres al completo que se emplearan a fondo con la cerradura e hicieran uso de hasta la última chispa de poder que les quedase en el cuerpo, de manera que un círculo formado por numerosos hechiceros arrojaban sin cesar rayos y centellas a la piedra.

«Lo que descubra quienquiera que abra la puerta, superará con creces todas sus expectativas», les había prometido Bruin más tarde esa semana, mientras Oro y sus hombres yacían moribundos. Pero Bruin se había equivocado: al abrir la puerta, la reina Opal había encontrado exactamente lo que esperaba.

«¿Cómo lo sabía ella? —se preguntó Oro—. Estaba casi seguro de que el mundo se había olvidado de nosotros».

Los berserkers rezumaban violencia reprimida por los cuatro costados, y estaban ansiosos por infligir el máximo daño a los humanos. Trataban de mantenerse inmóviles, tal como les había dicho Oro, pero les resultaba todo un desafío, especialmente a los piratas, incapaces de conseguir que sus cuerpos esqueléticos dejaran de tiritar.

Oro se encaramó a lo alto de un tocón para que el cuerpo minúsculo e infantil que había invadido pudiese ser visto por todos, y sostuvo el puño en alto pidiendo silencio.

—¡Mis guerreros! —arengó a sus huestes—. ¡Nuestro día ha llegado al fin!

Sus palabras fueron recibidas con un ensordecedor coro de gritos, ladridos, aullidos y silbidos mientras las variadas criaturas abducidas por los berserkers expresaban con entusiasmo su aprobación.

Oro no pudo disimular una mueca de dolor. Aquellos no eran los guerreros que él recordaba, hombres valerosos que habían peleado y sufrido heridas mortales en la Llanura de Taillte, pero eran lo que eran, y el deseo de combatir estaba allí presente, aunque no la habilidad. ¡Pero si había zorros en sus filas, por el amor de Danu! ¿Cómo iba un zorro a blandir una espada? Aun así, lo mejor sería encender la sangre de sus guerreros con un poco de retórica. Oro siempre había estado orgulloso de sus discursos.

—¡Beberemos el amargo veneno de nuestra derrota y se lo escupiremos a nuestros enemigos! —gritó, y el aire del prado transportó su voz.

Sus guerreros gritaron, rugieron y aullaron enardecidos, todos salvo uno.

—¿Cómo dices? —dijo su lugarteniente, Gobdaw.

—¿Qué? —exclamó Oro.

El lugarteniente, que habitaba el cuerpo del segundo Fangosillo, tenía una expresión de perplejidad en la cara pálida. A decir verdad, la perplejidad era una sensación completamente nueva para Gobdaw. Por lo general, era una criatura mágica

de las que no solían hacer preguntas y siempre contestaba con monosílabos. Por lo general, a Gobdaw le encantaba la retórica.

—Pues verás, Oro —dijo, y parecía un poco sorprendido por las palabras que salían de su boca—: ¿Qué significa eso, exactamente? ¿Lo de escupir el amargo veneno de nuestra derrota a nuestros enemigos?

La pregunta pilló a Oro por sorpresa.

—Pues, bueno, simplemente significa...

—Porque, si no te importa que lo diga, eso de usar la palabra «derrota» en un discurso que pretende motivar al personal transmite un mensaje algo confuso.

Ahora era el turno de Oro de quedarse perplejo.

—¿Motivar? ¿Mensaje confuso? ¿Se puede saber qué significan esos términos?

Gobdaw parecía a punto de echarse a llorar.

—No lo sé, capitán. Es mi huésped humano. Es muy fuerte y se me resiste.

—Contrólate, Gobdaw. A ti siempre te han gustado mis discursos.

—Me gustaban. Y todavía me gustan, capitán. Es este niño, que se niega a ser silenciado.

Oro decidió distraer a Gobdaw con una misión.

—Tienes el honor de liderar la partida de búsqueda del enemigo. Llévate a los sabuesos, a Bellico y también a esos marineros. Los demás, rodead la puerta formando un círculo. La reina Opal está ocupada con el segundo sello. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán —rugió Gobdaw, al tiempo que sacudía el puño—. Como ordenes.

Oro asintió. Ese sí era el Gobdaw que él conocía.

Gobdaw, Bellico y los perros de caza de los Fowl rodearon el túnel derrumbado. Pese a estar encerrado en el cuerpo de Juliet Mayordomo, Bellico se encontraba bastante cómodo; Juliet había resultado ser una huésped mucho mejor de lo que habría imaginado jamás: un espécimen físico excelente, conocedor de diversos estilos ancestrales de lucha, artes marciales que, gracias a los recuerdos de Juliet, sabía perfectamente cómo poner en práctica.

Bellico examinó su reflejo en la hoja del cuchillo de un pirata y se quedó tremendamente satisfecho con lo que vio.

«No estoy nada mal, para ser una humana. Casi es una pena que mi fuerza de vida solo vaya a durarme una noche. Tal vez si nos hubieran invocado cincuenta años después de nuestro entierro, la magia podría habernos sustentado más tiempo, pero ahora el tiempo ha debilitado nuestro espíritu. El conjuro no estaba hecho para mantenernos unidos a la tierra tanto tiempo».

La memoria de Bellico contenía imágenes que pintaban un feo retrato de Opal Koboi, pero ya le habían advertido que la visión que tenían los humanos de los seres mágicos no era nada fiable. Era tan grande el odio que sentían los Fangosos por las

criaturas que sus recuerdos estaban sesgados.

Los piratas no estaban tan contentos con los cuerpos que les había tocado en suerte, unos cuerpos que se desintegraban a medida que caminaban.

—Ya me estoy gastando toda la magia solamente en conseguir que este saco de gusanos no se deshaga —se quejó el antiguo gran guerrero Salton Finnacre, que habitaba el cuerpo de Eusebius Fowl, el pirata reumático.

—Tú al menos tienes piernas —gruñó su compañero de batalla, J'Heez Nunyon, que cojeaba sobre un par de muñones de madera—. ¿Cómo voy a dar mis vueltas de derviche características con estas cosas en los pies? Voy a parecer un enano borracho.

Pero la peor parte se la llevaban los perros de caza ingleses, que solo podían articular unos sonidos muy rudimentarios con las cuerdas vocales.

—Fowl —ladró uno, muy familiarizado con la esencia de Artemis—. Fowl. Fowl.

—Buen chico —dijo Gobdaw, extendiendo el brazo para acariciar la cabeza del sabueso con la pequeña mano de Myles, algo que al perro no le hizo ni pizca de gracia y le habría mordido la mano si no hubiera pertenecido a un oficial superior.

Gobdaw llamó a sus soldados.

—Guerreros: nuestros nobles hermanos que habitan en el interior de estas bestias han detectado un rastro. Nuestra misión es encontrar a los humanos.

Nadie preguntó «¿Y qué pasará luego?», pues todos sabían lo que se hacía con los humanos cuando se daba con ellos, porque si no lo hacías tú, ellos te lo harían a ti, y a tu especie entera, y seguramente también a cualquiera que hubiese compartido alguna vez con alguien de tu especie una jarra de cerveza.

—¿Y la elfa? —preguntó Bellico—. ¿Qué pasa con ella?

—La elfa hizo su elección —sentenció Gobdaw—. Si se aparta a un lado, la dejaremos vivir. Pero si no cesa en su empeño de ayudar a los humanos, entonces se convertirá en una Fangosa para nosotros. —A pesar de que ya empezaba a refrescar, las gotas de sudor resbalaban por la frente de Gobdaw, y habló apretando los dientes, tratando de contener la conciencia de Myles Fowl, que bullía en su interior como una indigestión mental.

El intercambio se interrumpió bruscamente cuando los pointers ingleses se alejaron a todo correr de la boca del túnel hundido y cruzaron el prado hacia la enorme morada humana que coronaba la colina.

—¡Ah! —exclamó Bellico, y echó a correr tras los perros—. Los humanos están en el templo de piedra.

Gobdaw trató de reprimir las palabras que pugnaban por salir de su boca, pero no lo consiguió.

—El niño dice que ter diga que se llama «mansión». Y que todas las chicas sois tontas.

Artemis, Holly y Mayordomo avanzaban con bastante dificultad por un túnel que,

según Mantillo, iba a parar a la bodega de la mansión; concretamente detrás de un estante de Château Margaux 1995.

Artemis se quedó horrorizado al oír aquella revelación.

—¿Es que no sabes que tu túnel podría afectar a la temperatura de la bodega? Por no hablar de la humedad... Ese vino es una inversión.

—No te preocupes por el vino, Fangosillo tontorrón —dijo Mantillo con un tono muy condescendiente que había ensayado y practicado solo para hacer rabiar a Artemis—. Me lo bebí hace meses y di el cambiazco por otro. Era la opción más responsable; a fin de cuentas, la temperatura y la humedad de la bodega ya habían quedado afectadas...

—¡Sí, por tu culpa! —repuso Artemis, frunciendo el ceño—. ¿Y por qué lo has sustituido?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó el enano, y el joven negó con la cabeza, tras decidir que, teniendo en cuenta el historial del enano, en aquel caso en concreto, la ignorancia sería mucho menos dolorosa que la realidad.

—Sabia decisión —dijo Mantillo—. Así que, como iba diciendo, el túnel va a parar justo a la parte de atrás de la bodega, pero la pared está taponada.

—¿Taponada con qué? —preguntó Artemis, que a veces podía ser un poco lento a pesar de su inteligencia y genialidad.

El enano se peinó la barba con los dedos.

—Voy a repetirte mi última pregunta: ¿de verdad quieres saberlo?

—¿Podemos atravesarla? —preguntó Mayordomo, siempre tan pragmático.

—Oh, sí —contestó Mantillo—. Un hombre tan grande y fuerte como tú no tendrá ningún problema. Lo haría por ti, pero por lo visto, tengo otra misión.

Holly levantó la vista de su ordenador de pulsera, que seguía sin captar ninguna señal.

—Necesitamos que consigas las armas que hay en la lanzadera, Mantillo. Mayordomo tiene un arsenal dentro de la casa, pero es posible que Juliet ya haya conducido a los berserkers allí. Necesitamos movernos rápido y en dos frentes. Un movimiento de pinza.

Mantillo lanzó un suspiro.

—Pinza. Me encantan los cangrejos. Y la langosta. A veces me dan un poco de gases, pero vale la pena.

Holly se dio unas palmadas en las rodillas.

—Es hora de ponerse en marcha.

Ninguno de los humanos se opuso.

Mantillo vio a sus amigos meterse en el túnel de la mansión y luego volvió sobre sus pasos, siguiendo el camino por donde habían venido, en dirección a la lanzadera.

«No me hace ninguna gracia tener que volver sobre mis pasos —pensó—, porque,

por lo general, siempre hay alguien persiguiéndome».

Así que allí estaban, avanzando por el camino serpenteante de un túnel claustrofóbico, con un fuerte olor a tierra en la nariz y la amenaza omnipresente de las toneladas de peso cerniéndose sobre ellos como un yunque gigante.

Holly sabía lo que todos estaban pensando.

—Este túnel es seguro. Mantillo es el mejor excavador del subsuelo —dijo entre gruñidos y suspiros.

El túnel trazaba un sendero zigzagueante, y la única luz procedía del móvil que Mayordomo llevaba sujeto a la frente. De pronto Artemis tuvo una visión de ellos tres atrapados allí para siempre, como roedores en el estómago de una serpiente, siendo digeridos lentamente hasta que no quedase ni rastro de ellos.

«Nadie sabrá nunca qué nos pasó».

Artemis sabía que aquel pensamiento era del todo inútil, porque si no salían del túnel, lo más probable era que no quedase nadie vivo para preguntarse qué había sido de ellos. Y él nunca sabría si había fracasado en su misión de rescatar a sus padres o si ya estaban muertos en Londres.

Pese a todo, Artemis no conseguía quitarse de encima la sensación de que estaban a punto de morir en aquella inmensa tumba anónima, y a medida que su mano se agarraba al siguiente asidero, internándose cada vez más en las entrañas de la tierra, la sensación se intensificaba.

Artemis dio otro paso en la oscuridad y sus dedos tropezaron con la bota de Mayordomo.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo el guardaespaldas—. Hemos llegado al tapón.

—¿Es sólido? —gritó Holly desde la retaguardia.

A continuación, oyeron una serie de ruidos que no habrían desentonado en el interior de una fábrica de gelatina, y un olor característico de cualquier cloaca al romperse.

Mayordomo tosió varias veces, soltó una palabrota tras otra, y dijo una frase con unas implicaciones terribles.

—Sólo la cáscara es sólida.

Atravesaron el agujero con paso tambaleante y aterrizaron sobre una pila de botellas rotas de vino, que habían caído al suelo por la apresurada entrada de Mayordomo en la bodega. En otras circunstancias, el guardaespaldas habría cruzado tranquilamente el umbral, moviendo el estante poco a poco, pero en este caso, la velocidad era más importante que el sigilo, así que simplemente se estrelló contra el tapón del túnel de Mantillo y lo atravesó para pasar a la bodega que había al otro lado. Los otros dos lo siguieron rápidamente, aliviados de poder escapar al fin del reducido espacio del túnel.

Artemis olió el líquido que se acumulaba en las concavidades de los fragmentos rotos de las botellas.

—Definitivamente, esto no es Château Margaux 1995 —comentó.

—Ni siquiera es vino de serpiente —dijo Mayordomo, sacudiéndose el polvo—. Aunque conozco a algunos mercenarios que no le harían ascos.

Holly subió los altos escalones de piedra del siglo xvii y luego apoyó la oreja contra la puerta.

—No oigo nada —dijo al cabo de un momento—. El ruido del viento fuera, eso es todo.

Mayordomo rescató a Artemis de entre el montón de botellas.

—Vamos, Artemis. Tenemos que recuperar mis armas antes de que se le ocurra al ocupante de Juliet.

Holly abrió un poco la puerta y asomó la cabeza. En mitad del pasillo había un grupo de piratas con armas automáticas. Estaban inmóviles, probablemente tratando de evitar que les temblasen los huesos.

Mayordomo se deslizó detrás de la elfa.

—¿Cómo lo tenemos? —preguntó.

Holly contuvo la respiración mientras cerraba la puerta.

—No muy bien —respondió.

Se agazaparon detrás del estante de unos tintos de California de la añada de 1990 y hablaron en susurros preocupados.

—¿Qué tenemos? —preguntó Artemis.

Mayordomo levantó los puños.

—Yo tengo estos. Eso es todo.

Holly rebuscó en los bolsillos de su mono.

—Unas plastiesposas. Un par de bengalas. No es gran cosa, la verdad.

Artemis se tocó la yema del pulgar con la punta de cada uno de sus dedos, uno de sus ejercicios para concentrarse.

—Tenemos algo más —anunció—. Tenemos la casa.

CAPÍTULO 10: RIVALIDAD ENTRE HERMANOS

MANSIÓN FOWL



GOBDAW y Bellico siguieron a los perros por las majestuosas escaleras de la mansión Fowl y a través del pasillo hasta el laboratorio de Artemis. Al pasar por la puerta, los perros se abalanzaron sobre la bata blanca del joven genio, que colgaba de una percha, y emplearon los dientes y las garras para destrozar y despedazar la tela.

—Huelen al humano —dijo Gobdaw, decepcionado por no tener ocasión de utilizar la Glock mini que tan bien le sentaba en la pequeña mano de Myles.

Habían asaltado el arsenal de Mayordomo, escondido detrás de una pared falsa en su cuarto. Solo cuatro personas conocían su escondite y la contraseña numérica; ahora cinco, si es que se podía contar a Bellico de forma separada de Juliet. Gobdaw escogió la pequeña pistola y un variado surtido de cuchillos, mientras Bellico elegía una ametralladora y un arco curvado de fibra de carbono con un carcaj de flechas de aluminio. Los piratas se llevaron prácticamente todo lo demás, dando saltos de alegría y moviendo el esqueleto mientras bajaban traqueteando las escaleras para esperar.

—Deberíamos seguir buscando —dijo Gobdaw.

Bellico no estaba de acuerdo, pues gracias a Juliet, conocía la mansión como la palma de su mano.

—No. El estudio de Artemis está en la habitación contigua, así que vendrán aquí. Tenemos guerreros apostados en el sótano y en la habitación del pánico. Deja que los perros y piratas los guíen hacia nosotros.

Gobdaw tenía suficiente experiencia como líder para reconocer un buen plan cuando lo oía.

—Está bien. Esperaremos aquí, pero si no llego a disparar esta arma antes del amanecer, me llevaré un gran chasco.

—No te preocupes. Vas a necesitar todas las balas para reducir al grandullón.

Bellico agarró a los perros por sus collares y los obligó a arrancar las fauces de la bata.

—Debería daros vergüenza a los dos —dijo—. No podéis dejaros dominar por esas bestias.

Uno de los sabuesos dio un golpe con la cabeza al segundo, como si el error hubiera sido del otro únicamente.

—Y ahora, en marcha —les ordenó Bellico, golpeándoles los cuartos traseros—.

Y encontradnos a más Fangosos.

Bellico y Gobdaw se agazaparon detrás del escritorio, uno pertrechado con el arco y el otro retirando el seguro de su pistola.

—La casa es prácticamente una fortaleza —explicó Artemis—. Una vez activada la función de asedio en el panel de seguridad, se necesitaría un auténtico ejército para penetrar las defensas, todas diseñadas e instaladas antes de que Opal escapara de su línea de tiempo, así que no hay absolutamente ninguna posibilidad de que alguno de los componentes haya explotado.

—¿Y dónde está ese panel? —preguntó Holly.

Artemis se dio unos golpecitos en el reloj.

—Normalmente puedo acceder por control remoto utilizando mi reloj o mi teléfono, pero la red wifi Fowl no funciona. Actualicé el router hace poco, y es posible que se colase algún componente Koboi, así que tendremos que usar el panel que hay en mi estudio.

Mayordomo sabía que su trabajo consistía en hacer de abogado del diablo.

—¿Y eso no nos dejaría encerrados con una panda de piratas?

Artemis sonrió.

—O los encerraría a ellos aquí con nosotros.

Salton Finnacre estaba lamentándose de la pérdida de su cuerpo a su compañero, J'Heez.

—¿Te acuerdas de aquellos brazos tan musculosos que tenía? —dijo con nostalgia—. Eran como dos troncos de árbol. Y mírame ahora... —Sacudió el brazo izquierdo para mostrar cómo le colgaban los pellejos de carne de los huesos—. Apenas puedo sostener este palo para hacer fuego...

—No es un palo para hacer fuego —lo corrigió J'Heez—. Se llaman «pistolas». Es una palabra lo suficientemente fácil para recordarla, ¿no?

Salton miró el arma automática en sus dedos huesudos.

—Supongo. Solo hay que apuntar y disparar, ¿no es así?

—Eso es lo que ha dicho Bellico.

—¿Habéis oído eso, berserkers? —preguntó Salton a la media docena de piratas reunidos al pie de la escalera detrás de él—. Solo apuntar y disparar. Y no os preocupéis si le dais al que tenéis delante, porque ya estamos muertos.

Estaban en el pasillo de ladrillo rojo, rezando para que pasara algún humano de una vez. Después de todo ese tiempo, sería una pena que no llegasen a cargarse a nadie.

Tres metros más abajo, en la bodega, Mayordomo cogió dos botellas de whisky Macallan de 1926.

—A tu padre no le va a gustar —le dijo a Artemis—. Son treinta mil euros por misil.

Artemis puso los dedos alrededor del tirador de la puerta.

—Estoy seguro que lo entenderá, dadas las circunstancias.

Mayordomo soltó una risotada.

—Ah, ¿así que esta vez sí le vamos a contar a tu padre cuáles eran las circunstancias? ¡Pues eso sí que sería una novedad!

—Bueno, puede que no todas las circunstancias —puntualizó Artemis y abrió la puerta de par en par.

Mayordomo se asomó por el hueco de la puerta y arrojó las botellas contra el techo, justo encima de las cabezas de los piratas. Ambas se rompieron y bañaron a los berserkers con un líquido con elevado índice de alcohol. Holly se situó bajo las piernas de Mayordomo y disparó un solo destello al centro. En menos de un segundo, toda la panda de piratas al completo quedó envuelta en un aluvión de llamaradas azules y naranjas que pintaron el techo de negro. Las llamas no parecieron molestar demasiado a los piratas, salvo al que llevaba las patas de palo, que no tardó en quedarse sin piernas sobre las que sostenerse. El resto eran esqueletos, y desplazaron las pistolas para apuntar con ellas a la puerta de la bodega.

—¿La casa nos salvará? —preguntó Holly con nerviosismo—. Eso es lo que has dicho.

—Tres —empezó a contar Artemis—, dos... uno.

Justo en ese momento, el sistema antiincendios de la mansión registró el aumento de la temperatura y dio orden a ocho de sus doscientas mangueras de rociar las llamas con espuma extintora a temperaturas bajo cero. La fuerza del espray puso a los piratas de rodillas en el suelo, por lo que accionaban el gatillo de sus armas a ciegas, enviando ráfagas de disparos que rebotaban en las paredes y se perdían escaleras abajo. Las balas hicieron una exhibición de su energía cinética sobre el pasamanos de acero y cayeron al suelo echando humo. En el pasillo, la temperatura de los huesos de los piratas bajó más de cien grados en menos de diez segundos, de manera que se volvieron igual de quebradizos que las hojas secas.

—Allá vamos —anunció Mayordomo, y cargó escaleras arriba, embistiendo a los desorientados piratas como si fuera una bola para jugar a los bolos clamando venganza.

Los desdichados berserkers quedaron hechos trizas al primer impacto y se desintegraron en un millón de esquirlas de hueso, que revolotearon en el aire como si fueran copos de nieve. Holly y Artemis siguieron al guardaespaldas, corriendo pasillo abajo, pisoteando con crujidos los fragmentos de hueso, sin pararse a recoger ninguna de las armas, la mayoría de las cuales habían quedado inutilizadas por culpa del incendio.

Como siempre, en la huida, Artemis iba entre Mayordomo y Holly.

—¡Seguid, no os paréis! —gritó la elfa desde atrás—. Habrá más, podéis estar

seguros.

En efecto, había más piratas en la habitación del pánico, y todos se sentían muy satisfechos consigo mismos.

—Esto es lo más inteligente que hemos hecho en la vida —dijo Pronk O’Chtayle, que hacía de comandante—. Vienen aquí para esconderse de nosotros, pero va y nosotros ya estamos aquí. —Reunió a su huesuda tripulación a su alrededor—. Vamos a repasar otra vez el plan. ¿Qué hacemos cuando los oigamos venir?

—Nos escondemos —respondieron los piratas.

—¿Y qué hacemos cuando entren?

—Salimos de repente —contestaron los piratas con alegría.

Pronk señaló a uno de ellos con un dedo escuálido.

—¿Qué es lo que harás tú, concretamente?

Junto a la pared, había un pirata pequeño vestido con lo que parecían los restos de un barril.

—Yo aprieto este botoncito de aquí y cierro la puerta de acero para que todos nos quedemos atrapados aquí dentro.

—Bien —dijo Pronk—. Muy bien.

El ruido entrecortado de disparos rebotó en el techo abovedado y su eco se oyó a través del pasillo que llevaba a la habitación del pánico.

—Ya vienen, compañeros —anunció Pronk—. No olvidéis que tenéis que matarlos varias veces, solo por si acaso, para asegurarnos. Parad de cortar cuando se les caigan los brazos.

Todos se agazaparon en la penumbra, mientras la luz procedente de fuera se reflejaba en sus cuchillos.

Si Bellico hubiera hurgado un poco más a fondo en los recuerdos de Juliet, habría descubierto que se podía acceder o sellar la habitación del pánico desde el exterior, mediante control remoto o con un programa de activación por voz; pero aunque lo hubiese sabido, no habría tenido ningún sentido que los humanos sellaran aquella puerta y se quedaran fuera, precisamente, de la habitación más segura de la casa. Eso sería una locura absurda.

Mayordomo apenas se paró al pasar por delante de la puerta de la habitación del pánico y hablar por el pequeño micrófono incrustado en el marco de acero.

—Mayordomo, D. —Dijo con claridad—. Autorización de primer nivel. Sellar la puerta.

Acto seguido, una pesada puerta se cerró y selló automáticamente la habitación del pánico, encerrando dentro a la aturdida panda de piratas berserkers. Artemis apenas tuvo un segundo para echar un vistazo por debajo de la puerta.

«¿Eso que hay ahí es un pirata vestido con un barril? —pensó—. Desde luego, hoy ya no me sorprende nada».

Al llegar al laboratorio/estudio de trabajo, Mayordomo levantó el puño en el aire. Artemis no estaba familiarizado con las señales manuales militares, así que se dio de bruces contra la amplia espalda de su amigo. Por suerte, el adolescente no pesaba lo bastante para hacer que el guardaespaldas se moviera de su sitio, porque si Mayordomo hubiese dado aunque solamente fuese un simple paso adelante, el disparo certero de una de las flechas de su hermana le habría traspasado el pecho.

—Ahora lo entiendo —murmuró Artemis—. El puño alzado significa «Alto».

Mayordomo se llevó un dedo a los labios.

—Y supongo que eso significa que quieres que me quede calladito. Ah, entiendo.

Las palabras de Artemis bastaron para provocar una reacción en el interior del laboratorio, reacción que tomó la forma de una flecha de aluminio que perforó la pared divisoria y atravesó el yeso, haciendo que saltara en copos que se fueron revoloteando por todas partes.

Mayordomo y Holly no discutieron ninguna estrategia, ya que ambos eran soldados con mucha experiencia y sabían que el mejor momento para atacar era justo después de que alguien hubiese abierto fuego, o en este caso, lanzado flechas.

—Izquierda —dijo Mayordomo, y no le hizo falta decir nada más. Para el lego en la materia, su afirmación significaba que él se encargaría de las fuerzas hostiles a la izquierda de la habitación, dejándole el lado derecho a Holly.

Entraron en la sala como una exhalación, agazapados, dividiéndose en dos objetivos mientras atravesaban el espacio. Mayordomo jugaba con ventaja, pues conocía perfectamente la distribución del laboratorio y sabía que el único lugar lógico para esconderse era detrás de la larga mesa de trabajo de acero inoxidable donde Artemis experimentaba con lo desconocido y construía sus modelos experimentales.

«Siempre me he preguntado hasta qué punto es segura esta mesa», se dijo antes de cargar contra ella como si fuera un jugador de fútbol americano haciendo un *scrimmage* en el que el precio por perder era la muerte. Oyó una flecha pasar silbando junto a su oreja un segundo antes de embestir el acero inoxidable con el hombro y levantar la mesa de sus cables alimentadores entre una ráfaga de chispas y un silbido de gas.

Gobdaw se encaramó a lo alto de la mesa, blandiendo una espada corta y un palo de fuego, cuando el gas del mechero de Bunsen se tropezó con el cable eléctrico. Saltaron más chispas y se produjo una breve explosión que lanzó al berserker hacia atrás, hacia los cortinajes de terciopelo.

Bellico evaluó la situación rápidamente y salió disparado hacia el estudio.

Mayordomo lo vio marcharse.

—¡Voy tras Juliet! —le gritó a Holly—. Tú retén a Myles.

«Tal vez el chico está inconsciente», pensó la elfa, pero esa esperanza se disipó al ver a Myles Fowl desenredándose de entre las cortinas de terciopelo. La expresión de

sus ojos le decía que un berserker aún ocupaba ese cuerpo y que no parecía dispuesto a rendirse. En ese momento solo llevaba un machete, pero Holly sabía que los berserkers lucharían hasta la última gota de sangre, aunque esa sangre no fuese literalmente la suya.

—No le hagas daño —dijo Artemis—, que solo tiene cuatro años...

Gobdaw sonrió, mostrando una boca llena de dientes de leche que Myles se cepillaba religiosamente con un cepillo con la apariencia de la cabeza de Einstein y cuyas cerdas las formaban los pelos de punta característicos del genio.

—Eso es, traidora. Gobdaw solo tiene cuatro años, así que no me hagas daño.

A Holly le habría gustado que Artemis se mantuviese al margen: puede que aquel Gobdaw pareciese un ser inocente, pero tenía mucha más experiencia en el campo de batalla de la que ella podía llegar a soñar y, a juzgar por la manera en que hacía girar la hoja del machete en la palma de su mano, no había perdido ninguna de sus habilidades con los cuchillos.

«Si ese tipo estuviera en su propio cuerpo, me cortaría en pedazos», pensó la elfa.

El problema de Holly era que no estaba poniendo todo su empeño en aquella pelea. Aparte del hecho de que se enfrentaba al hermano pequeño de Artemis... ¡aquel era Gobdaw, por todos los dioses! Gobdaw la leyenda; Gobdaw, que había liderado la carga en Taillte; Gobdaw, que había llevado a rastras a su compañero herido a través del lago congelado en Bellannon; Gobdaw, que había sido acorralado por dos lobos en una cueva después del asalto de Cooley y había salido de esa misma cueva con un abrigo nuevo de piel.

Los dos soldados medían sus fuerzas dando vueltas uno alrededor del otro.

—¿Es verdad la historia de los lobos? —preguntó Holly en gnómico.

Gobdaw perdió la concentración un segundo, sorprendido.

—¿Los lobos de Cooley? ¿Cómo sabes tú esa historia?

—¿Me tomas el pelo? —exclamó Holly—. Todo el mundo la conoce. En la escuela, la escena forma parte del festival de fin de curso, cada año. Si quieres que te diga la verdad, estoy un poco cansada de esa historia. Eran dos lobos, ¿verdad?

—Había dos —dijo Gobdaw—. Aunque uno estaba enfermo.

Gobdaw decidió comenzar su ataque en mitad de la frase, tal como Holly preveía. La mano con la que sujetaba el machete salió disparada hacia delante, apuntando al vientre de su adversaria, pero ya no tenía la agilidad de siglos atrás, y Holly le golpeó con fuerza en el grupo de nervios del deltoides y le inmovilizó el brazo. Ahora, esa extremidad le procuraba la misma utilidad que una tubería de plomo que le colgara del hombro.

—¡D'Arvit! —maldijo Gobdaw—. Eres una tramposa. Las féminas siempre han sido muy traicioneras.

—Tú sigue hablando —dijo Holly—, que cada vez me gustas menos, cosa que

me facilitará enormemente el trabajo.

Gobdaw tomó carrerilla y se subió de un salto a un sillón estilo Regencia que había en el pasillo, al tiempo que cogía una de las dos reproducciones de picas que colgaban cruzadas en la pared.

—¡Ten cuidado, Myles! —le gritó Artemis, por la fuerza de la costumbre—. Que eso está muy afilado...

—¿Afilado dices, Fangoso? Así es como me gustan a mí las lanzas...

En ese momento, la cara del guerrero se contrajo como si estuviera a punto de estornudar, y Myles asomó por un segundo.

—No es una lanza, idiota. Es una pica. ¿Y tú te haces llamar «guerrero»?

Luego los rasgos volvieron a transformarse y Gobdaw regresó.

—Cállate, niño. Yo soy el dueño de este cuerpo.

El breve intercambio dio esperanzas a Artemis: su hermano estaba allí, en alguna parte, y no había perdido ni una pizca de su ácida lengua.

Gobdaw se metió la pica por debajo del recodo del brazo bueno y cargó contra Holly. En su mano minúscula, el arma parecía tan grande como una lanza de torneo. En un visto y no visto, movió la punta de lado a lado trazando un arco vertiginoso y le hizo un corte en el codo antes de que Holly pudiera hacerse a un lado.

La herida no era grave, pero sí dolorosa, y Holly no disponía de magia para una curación rápida.

—Por las barbas de Danu... —exclamó Gobdaw—. ¡El primer borbotón de sangre para los berserkers!

Los soldados se enfrentaron cara a cara por segunda vez, pero ahora Holly había retrocedido hacia una esquina, con menos espacio para maniobrar, y el brazo muerto de Gobdaw estaba cobrando vida de nuevo. El berserker asió la pica con ambas manos y aumentó la velocidad y la firmeza de sus movimientos laterales. Siguió su avance implacable, sin dejar a Holly espacio para poner en práctica algún movimiento.

—No me procura ningún placer hacer esto —dijo el berserker—, pero tampoco siento demasiada lástima. Tú escogiste tu gusano, elfa.

«Elegir el gusano» era una referencia al juego mágico de masticar lombrices de tierra. Un grupo de niños sacaba cinco gusanos de la tierra y cada uno elegía uno para metérselo en la boca. Estadísticamente, por lo menos una de las lombrices habría alcanzado el fin de su ciclo de vida y habría empezado a pudrirse por dentro, así que a uno de los niños le tocaría sin duda un gusano podrido. Pero no importaba, porque las reglas del juego dictaban que había que tragárselo de todas formas. Un equivalente humano a este dicho sería: «Tú te lo has buscado».

«La cosa pinta muy mal —pensó Holly—. No veo ninguna manera de derrotar a Gobdaw sin hacer daño a Myles».

De repente, Artemis agitó los brazos y gritó:

—¡Myles! La punta de esa pica es de acero. ¿Qué lugar ocupa el acero en la tabla periódica?

Los rasgos de Gobdaw se transformaron y Myles reapareció.

—Artemis, el acero no está en la tabla periódica. No es un elemento, como tú bien sabes, sino que se compone de dos elementos: carbono y hierro.

Hacia el final de la última frase, Gobdaw recuperó el control, justo a tiempo de percibir cómo le inmovilizaban los brazos por detrás y de oír el ruido de las plastiesposas al cerrarse alrededor de sus muñecas.

—Me has engañado —dijo, sin saber muy bien cómo había podido dejarse engañar de esa manera.

—Lo siento, Gobdaw —dijo Holly, levantándolo del cuello—. El humano no ha jugado limpio.

—¿Es que han jugado limpio los humanos alguna vez? —masculló Gobdaw, que en ese momento habría abandonado gustoso el cerebro del joven Myles Fowl si hubiese habido cualquier otro huésped disponible.

Sin embargo, luego cayó en la cuenta de lo listo que había sido Artemis.

«No es una mala estrategia —pensó—. Tal vez pueda mostrarle a la mariposa sus propias alas y volver la triquiñuela del humano contra él».

De pronto, Myles puso los ojos en blanco y su cuerpo quedó colgando sin fuerzas en los brazos de Holly.

—Creo que Gobdaw se ha ido —anunció la elfa—. Artemis, parece que te han devuelto a tu hermano.

Mayordomo siguió a Bellico al interior del estudio, donde estaba a punto de sabotear el panel de control del modo de asedio. Tenía el puño listo para descargar el golpe cuando Mayordomo le metió el brazo por la curva del codo y se apartaron girando como dos bailarines del panel de control y cayeron sobre la alfombra. Bellico liberó su brazo y dio una voltereta hacia la pared.

—No tienes escapatoria —dijo Mayordomo—. ¿Por qué no liberas a mi hermana?

—¡Antes moriremos las dos, humano! —gritó Bellico, moviéndose muy despacio.

Mayordomo siguió insistiendo, sin moverse del sitio.

—Si tienes acceso a los recuerdos de mi hermana, échales un vistazo. No podrás vencerme. Ella nunca lo ha conseguido, y tú tampoco lo harás.

Bellico se quedó paralizada por un momento, accediendo a la base de datos de la mente de Juliet. Era verdad, Mayordomo había derrotado sin problemas a su hermana miles de veces. Su capacidad era muy superior a la de ella... pero, un momento... Había una imagen del grandullón tumbado de espaldas, con dolor en la frente. Estaba diciendo algo: «Ahí me has pillado, Jules, con esa llave. Me ha cogido

completamente desprevenido. ¿Cómo va a defenderse tu hermano mayor de un golpe así?».

Los ojos de Bellico lanzaron un destello. ¿De qué movimiento estaba hablando el grandullón?

Hurgó un poco más hondo y encontró una *kata* de cincuenta y cuatro movimientos que había ideado la propia Juliet Mayordomo, basada libremente en las enseñanzas de Jigoro Kano, el maestro fundador del judo.

«He encontrado el punto débil del humano».

Bellico dejó que el recuerdo aflorara por completo y enviara instrucciones al cuerpo. Las extremidades de Juliet empezaron a ejecutar la *kata* sin pausa.

Mayordomo frunció el ceño y se colocó en una postura defensiva de boxeo.

—Eh, ¿se pude saber qué estás haciendo?

Bellico no respondió. Había ansiedad en la voz del Fangoso, y eso bastaba para garantizarle que había optado por la mejor opción. Se movía en círculos por la habitación como una bailarina, aumentando la velocidad con cada vuelta.

—¡Quieta! —le ordenó Mayordomo, con dificultad para seguir manteniéndola dentro de su campo de visión—. ¡No puedes ganar!

Bellico podía ganarle, estaba segura de ello. Aquel viejo no era rival para el joven y poderoso cuerpo que habitaba. Giraba cada vez más y más rápido, y sus pies apenas rozaban el suelo, el aire silbando a través del anillo de jade con el que sujetaba su cola de caballo.

—Te daré una oportunidad más, Juliet, o quienquiera que seas. Luego no tendré más remedio que hacerte daño.

Era un farol; una mentira patética y evidente.

«Ganaré yo», pensó Bellico, que se sentía invulnerable.

En el movimiento cincuenta y dos, Bellico dio una voltereta en el aire, hacia atrás, y apoyó la pierna contra la pared, cambiando de dirección y subiendo de altura. Se abatió sobre Mayordomo a toda velocidad, apuntándole con el talón, como si fuera la punta de una flecha, al conjunto de nervios del cuello.

«Una vez haya reducido al humano, destruiré el panel de control del modo de asedio», pensó Bellico, celebrando ya su victoria.

Mayordomo se apartó el talón con la palma de la mano izquierda e hundió los dedos de su mano derecha en el estómago de Bellico, lo suficientemente fuerte como para dejarla sin aliento, y no hay guerrero en todo el planeta capaz de pelear sin respirar. Bellico cayó como un saco de piedras sobre la alfombra y se quedó resollando en posición fetal.

—¿Cómo? —preguntó, jadeando—. ¿Cómo...?

Mayordomo la levantó del cuello.

—Ese día era el cumpleaños de Juliet. La dejé ganar.

La obligó a desfilarse hacia el panel de seguridad y, cuando acabó de introducir la secuencia del código de asedio, oyó el ruido de unas garras arañando el suelo a su espalda. Reconoció el ruido de inmediato.

«El perro me va a atacar».

Pero se equivocaba: el sabueso se arrojó encima de Bellico y los empujó a ambos por debajo de la persiana de acero, que, recién activada, estaba cerrándose, y el perro y Bellico salieron disparados a través de la ventana del estudio, dejando a Mayordomo con un palmo de narices y un trozo de tela en la mano. Se quedó mirando, perplejo, la persiana bajada, pensando: «Ni siquiera la he visto aterrizar. No sé si mi hermana está viva o muerta».

Se abalanzó sobre el escritorio de Artemis y activó las cámaras de seguridad, justo a tiempo para ver a Juliet dar unas palmaditas al perro y desaparecer de su vista con paso renqueante, de vuelta junto a Opal, supuso.

—Está viva, al menos de momento —murmuró el guardaespaldas.

Y donde había vida, había esperanza. Al menos, durante unas horas más.

otras doce ocasiones oficiales en las que se creería de forma errónea que Mantillo había estirado la pata, y sin saberlo, en ese preciso instante, estaba abriéndose camino a través de un túnel hacia la primera no oficial.

Sus instrucciones eran sencillas: cavar un túnel paralelo al que se había hundido, colarse en el *Cupido* aplastado y robar todas las armas que encontrase en el armario. «Cavar», «colarse» y «robar», tres de los cuatro verbos favoritos de Mantillo.

«No sé por qué estoy haciendo esto —pensó mientras excavaba—. Debería estar cavando hacia abajo, hacia la corteza, para buscarme alguna fisura calentita y cómoda. Dicen que la onda mortal de Opal solo matará a los humanos, pero ¿por qué correr riesgos inútiles cuando lo que está en juego es el don de la vida?».

Mantillo sabía que aquel razonamiento era una tontería como una casa de trol, pero descubrió que cavaba mejor si estaba enfadado, aunque el objeto de su enfado fuese él mismo. Y así, el enano echaba humo en silencio mientras avanzaba a través de la tierra hacia los restos de la lanzadera.

Seis metros más arriba y treinta metros más al sur, Opal Koboï estaba metida hasta las cejas en los profundos encantamientos algebraicos del segundo sello de los berserkers. Los símbolos se envolvían como luciérnagas alrededor de sus dedos e iban rindiendo su poder uno a uno a medida que la duendecilla desentrañaba sus secretos. Algunos quedaban sometidos de inmediato por la fuerza de su magia negra, pero a otros era necesario persuadirlos con astutos embrujos o con cosquillas mágicas.

«Estoy a punto de conseguirlo —pensó—. Ya siento la fuerza de la tierra».

Suponía que la onda expansiva mortal llegaría en forma de energía geotérmica, y emergería de los recursos de todo el planeta entero y no solo de los depósitos hidrotermales superficiales, lo que tendría un profundo impacto en las reservas mundiales y podría, teóricamente, sumir todo el planeta en una nueva Edad de Hielo.

«Nosotros sobreviviremos —pensó con crueldad—. Tengo guardadas unas botas que abrigan mucho».

La tarea era todo un desafío, pero era factible, y a Opal le daba cierta satisfacción saber que era la única criatura mágica viva que había hecho suficiente labor de investigación sobre las complejidades de la magia ancestral para abrir la segunda cerradura. Abrir la primera había sido muy sencillo, solo había requerido poco más que una simple descarga de magia negra, pero la segunda exigía una sabiduría enciclopédica sobre el arte de los hechizos.

«Ese idiota tecnológico de Potrillo nunca lo habría conseguido; ni en un millón de años».

Opal no era consciente de ello, pero estaba tan encantada de haberse conocido en ese momento que encogió los hombros y emitió un sonido parecido a un ronroneo.

«Todo está saliendo a pedir de boca».

Tenía que admitir que el plan había sido un tanto rocambolesco, incluso para ella, pero por excéntrico que fuese, lo cierto era que todos los elementos estaban encajando en su sitio. Su idea inicial había sido sacrificar a su yo más joven y utilizar el poder resultante para escapar de la cárcel de Profundis, pero luego se le ocurrió que tendría que deshacerse casi de inmediato de ese poder para impedir que la consumiera viva, así que... ¿por qué no darle una buena utilidad?

La oportunidad se le había presentado cuando su yo más joven se había puesto en contacto telepático con ella.

Una mañana, Opal estaba tan ricamente sumida en un coma purificador cuando de repente, ¡pam!, oyó una voz en su cabeza, llamándola «hermana» y pidiéndole ayuda. Por un momento pensó incluso que tal vez se había vuelto loca, pero poco a poco, fue captando la información: una versión más joven de Opal había seguido a Artemis Fowl desde el pasado.

«Yo no recuerdo nada de eso —pensó Opal en ese momento—, por lo tanto, debieron de capturar a mi yo más joven y luego la enviaron de vuelta después de limpiarle de la memoria esos sucesos.

»A menos que...».

A menos que la línea del tiempo se hubiese dividido. Entonces, cualquier cosa era posible.

Opal se sorprendió al ver que su yo joven era un poco quejica, que incluso le resultaba soporífera. ¿De verdad estaba tan ensimismada cuando era joven?

«Todo es yo, yo, yo... —pensó—. Que si me he hecho daño en la pierna en la explosión... Que si se me está acabando la magia... Que si necesito regresar a mi tiempo...».

Nada de aquello le servía de la menor ayuda a la Opal encerrada en prisión.

Lo que tienes que hacer es sacarme de aquí, le transmitió telepáticamente a su yo más joven. *Luego podremos examinar tus heridas y mandarte a casa.*

Pero ¿cómo conseguirlo? Aquel maldito centauro, Potrillo, la había encarcelado en la celda más sofisticada tecnológicamente del mundo.

La respuesta era muy sencilla: «Tengo que obligarlos a liberarme, porque, simplemente, la alternativa sería demasiado terrible como para contemplarla siquiera».

Opal había estado dándole vueltas y más vueltas al problema antes de acabar aceptando que la joven Opal debía ser sacrificada, y una vez que esa pieza del rompecabezas encajó en su lugar, se dedicó a elaborar rápidamente el resto del plan a su alrededor.

Pip y Kip eran dos gnomos durmientes que trabajaban como funcionarios. El Consejo los había enviado a llevar a cabo una auditoría en una de sus fábricas hacía unos años y Opal los había hipnotizado usando runas prohibidas y magia negra. Solo

hizo falta una llamada telefónica de la Opal más joven para activar su lealtad, a costa incluso de la propia vida de uno de ellos o hasta de ambos. Transmitió sus instrucciones a su otro yo, diciéndole exactamente cómo debía escenificar el falso secuestro y usar los rastros de magia negra que todavía le quedaban en el organismo para encontrar la legendaria puerta de los berserker. La puerta era el camino de vuelta al pasado... o al menos esa fue la historia que Opal le contó.

La Opal más joven no podía saberlo, pero las instrucciones de Pip y Kip eran muy específicas por una razón: oculto dentro de las palabras había un código muy sencillo que Opal había implantado junto con sus cadenas de lealtad. Si a la joven Opal se le hubiera ocurrido escribir todas las letras que tenían correspondencia con los números primos, habría descubierto un mensaje mucho más siniestro del que creía estar transmitiéndoles: «Matad a la rehén cuando el tiempo se agote».

A los funcionarios, había que dárselo todo muy masticadito.

Todo había salido exactamente según lo previsto, excepto por la aparición de Fowl y Canija, aunque en cierto modo, eso también había sido un golpe de suerte: ahora podría matarlos personalmente.

«No hay mal que por bien no venga».

De pronto, Opal sintió que se le revolvía el estómago con una oleada de náuseas. Lo primero que pensó la duendecilla fue que la magia negra estaba librando una batalla con sus propios anticuerpos, pero luego se dio cuenta de que el origen era externo.

«Algo está alterando mis delicados sentidos mágicos —pensó—. Algo que hay por allí».

La lanzadera destrozada estaba al otro lado del círculo de guerreros que montaban guardia junto a su reina.

«Debajo de la lanzadera. Ahí hay algo recubierto de una sustancia que me provoca náuseas».

Era ese maldito enano, metiendo la culera de los pantalones donde no debía, y no era la primera vez.

Opal frunció el ceño. ¿Cuántas veces tenía que soportar la humillación de aquel enano flatulento? Era intolerable.

«Lo han enviado para recuperar las armas de la aeronave, seguro».

Opal levantó la vista quince grados hacia la lanzadera. A pesar del estado ruinoso del *Cupido*, su sexto sentido veía un aura de magia serpenteando alrededor del fuselaje como una serpiente hinchada. Aquella longitud de onda en concreto no ayudaría a abrir el segundo candado, pero definitivamente le serviría para hacer una demostración visible de su poder.

Opal retiró la mano de la roca y contrajo los dedos en forma de garra, reorganizando las moléculas para que atrajesen cualquier forma de energía del

interior del *Cupido*. La magia abandonó el vehículo en una masa pastosa y brillante, dejándolo reducido a un montón de chatarra, y se quedó suspendida en el aire por encima de los berserkers, que no salían de su asombro.

—¡Mirad lo que puede hacer vuestra reina! —gritó con ojos llameantes. Agitó los finos dedos y manipuló la energía para moldearla en forma de una cuña afilada y estrellarla contra la porción de tierra donde se afanaba el enano. Se oyó un golpe sordo y una nube de arena y rocas salió despedida hacia el cielo, dejando un cráter chamuscado en su estela.

Opal volvió a centrar su atención en el segundo candado.

—¿Ves al enano? —le preguntó a Oro, que estaba asomado mirando dentro del agujero.

—Veo un pie y un poco de sangre. El pie le da sacudidas, así que aún vive. Bajaré a sacarlo de ahí.

—No —replicó Opal—. Tú no te muevas del lado de mamá. Envía a las criaturas de la tierra para que lo rematen.

Si las cadenas mágicas que lo sometían a la voluntad de Opal no hubiesen sido tan férreas, Oro le habría echado a la duendecilla un buen rapapolvo por mostrarse tan irrespetuosa ante sus mayores, pero tal como estaban las cosas, incluso la mera idea de regañar a su reina le costó un fuerte calambre en el estómago.

Cuando se le pasó el dolor, se llevó dos dedos a los labios para llamar silbando a sus excavadores. Descubrió que no era nada fácil silbar con dos dedos ajenos, y lo único que le salió de la boca fue un ruido líquido y babeante.

—No conocemos esa señal, jefe —dijo Yezhwi Khan, antiguamente un gnomo muy hábil con el hacha—. ¿Es la hora del almuerzo?

—¡No! —gritó Oro—. Necesito a mis excavadores. Los quiero aquí, reunidos a mi alrededor.

Una docena de conejos saltaron rápidamente a sus pies. Les temblaban los pequeños bigotes por la ansiedad de ver un poco de acción por fin.

—Atrapad al enano —ordenó Oro—. Os diría que me lo traigáis vivo, pero lo cierto es que no tenéis las habilidades necesarias para eso.

Los conejos entrechocaron las patas traseras para mostrar que estaban de acuerdo.

—Así que la orden es muy sencilla —prosiguió Oro, con cierta tristeza—: Matadlo.

Los conejos corrieron en tropel dentro del hoyo, escarbando con ansia para llegar hasta el enano malherido.

«Muerto por mordedura de conejo —pensó Oro—. No es una muerte agradable».

Oro no quería verlo. Los enanos formaban parte del mundo mágico, y en otras circunstancias, podrían haber sido aliados. Percibió el crujido de un hueso y el ruido de la tierra que se desmoronaba a su espalda.

Sintió un escalofrío. Prefería mil veces enfrentarse a un trol antes que a una camada de conejos carnívoros.

Junto a la roca, Opal sintió cómo se quitaba un peso de encima mientras otro enemigo sufría.

«Pronto te tocará el turno a ti, Potrillo —se dijo—. Aunque la muerte sería demasiado fácil para ti. Tal vez ya estás sufriendo. Tal vez tu amada esposa ya ha abierto el regalo que le enviaron mis pequeños gnomos».

Opal entonó una cancioncilla mientras seguía trabajando en el segundo candado.

*Viva, viva, viva,
llegó el gran día,
todo saldrá como yo quería.*

Opal no era consciente de ello, pero aquella era una canción muy popular del programa de Pip y Kip.

instalaciones.

Otro diez por ciento de los agentes estaba cercando a los prisioneros que habían escapado de la cárcel del Peñón del Mono, que hasta el momento de la avería en su campo de confinamiento albergaba a la mayoría de los cerebros criminales goblin que había detrás de las organizaciones del crimen organizado de Refugio, así como sus asesinos a sueldo y sus mafiosos. Esos mismos goblins se estaban escabullendo en ese preciso instante por las callejuelas de la ciudad de los goblins, pues los chips con los sedantes subcutáneos no respondían a las frenéticas señales que, una y otra vez, enviaba la central de prisiones. Algunos de los goblins encarcelados en fechas más recientes habían tenido la mala fortuna de ser marcados con chips de segunda generación, que explotaron en el interior de sus cueros cabelludos y les abrieron unos agujeros en los cráneos lo bastante pequeños para taponarlos con una moneda de un centavo, aunque lo suficientemente grandes para que resultaran letales para aquellas criaturas de sangre fría.

Así pues, la mayoría de los agentes estaban hasta los globos oculares de trabajo acudiendo a distintos rescates, organizando los dispositivos antidisturbios y persiguiendo a los malhechores oportunistas que solían sacar el máximo provecho a aquella clase de catástrofes.

Y el resto de los seres mágicos de la PES habían quedado fuera de combate por culpa de la explosión de los móviles gratuitos que habían ganado recientemente en un concurso en el que no recordaban haber participado, enviados, sin duda alguna, por los esbirros de Opal. De esta manera, la malvada duendecilla había conseguido quitarse de encima a la mayoría del Consejo, inhabilitando de forma más que efectiva al gobierno de las criaturas en aquel momento de crisis.

Potrillo y sus genios de la informática habían recibido instrucciones de quedarse en la Jefatura de Policía para tratar de devolver de algún modo a la vida a aquella red que se había quedado literalmente frita. El comandante Kelp apenas se había parado un momento para dar instrucciones al centauro al salir por la puerta.

—Tú concéntrate en hacer que esos cacharros tecnológicos vuelvan a funcionar, y punto —dijo, colocándose una cuarta pistolera—. Lo antes posible.

—¡No lo entiendes! —protestó Potrillo.

Camorra lo cortó con un manotazo en el aire.

—Yo nunca entiendo nada. Por eso os pagamos a ti y a esa panda de frikis inútiles.

Potrillo volvió a protestar.

—¡No son unos frikis inútiles!

Camorra encontró sitio para otra pistolera todavía.

—¿De verdad? Pues ese tipo se trae un osito de peluche al trabajo todos los días y tu sobrino, Mayne, se pasa el día hablando en unicorniano.

—No todos son unos inútiles —se corrigió Potrillo.

—Tú haz que esta ciudad vuelva a funcionar —insistió Camorra—. Muchas vidas dependen de ello.

Potrillo se interpuso en el camino del comandante.

—Entiende que es imposible recuperar la vieja red, ¿verdad? ¿Está dándome carta blanca para hacer lo que tenga que hacer?

Camorra lo apartó a un lado.

—Haz todo lo que sea necesario.

A Potrillo le dieron ganas de reír.

«Todo lo que sea necesario».

Potrillo sabía que el secreto del éxito del lanzamiento de un producto dependía, muchas veces, del nombre. Era más probable que un nombre pegadizo despertase la curiosidad de los inversores y ayudase a que el nuevo invento tuviese éxito, mientras que una farragosa serie de letras y números aburriría a cualquiera y era garantía segura de que el producto fracasaría y quedaría relegado al olvido.

El nombre de laboratorio del último proyecto de Potrillo en materia de animales domésticos era «Pterigotos Aéreos de Radiovigilancia Codificados y Sensibles a la luz 2.0», nombre que el centauro sabía perfectamente que tenía demasiadas sílabas para los potenciales inversores. A los ricos les gustaba sentirse muy sofisticados, y hacer el ridículo pronunciando un nombre larguísimo que hacía que se les trabara la lengua no iba a lograr que lo pareciesen, así que Potrillo bautizó a los pequeños bichos con el nombre de Luces de ARCOS.

Las Luces de ARCOS eran lo último en una serie de organismos biomecánicos experimentales que, según Potrillo, iban a ser el futuro de la tecnología. El centauro se había topado con una fuerte resistencia entre los miembros del Consejo por cuestiones de ética, pues estaba mezclando los avances tecnológicos con la experimentación con seres vivos, a pesar de que había aducido en su defensa que, actualmente, la mayoría de los agentes de la PES llevaba implantados en el cerebelo unos pequeños chips que los ayudaban a controlar sus cascos. El Consejo había rebatido su argumento diciendo que los agentes podían elegir entre llevar o no los implantes, mientras que los pequeños experimentos de Potrillo crecían así de serie.

Así pues, el centauro no había obtenido el visto bueno para realizar las pruebas experimentales... lo cual no significaba que no hubiese hecho alguna. Simplemente, no había presentado sus preciosas Luces de ARCOS en público, o al menos no entre el público de las criaturas. En la mansión Fowl... Bueno, eso era otra cosa, completamente distinta.

La totalidad del proyecto de las Luces de ARCOS estaba en el interior de un viejo maletín de experimentos oculto a la vista de todos encima de un armario del laboratorio. Potrillo se encaramó sobre las patas traseras para alcanzar el maletín y lo

depositó encima de su mesa.

Su sobrino, Mayne, llegó galopando a su lado para ver qué pasaba.

—¿*Dung navarr, Oncle?* —dijo.

—Hoy no es el día más indicado para hablar en unicorniano, Mayne —le dijo Potrillo, acomodándose en su arnés adaptado como silla de despacho—. No tengo tiempo.

Mayne se cruzó de brazos.

—Los unicornios son nuestros primos, tío. Deberíamos respetar su lengua.

Potrillo se acercó al maletín para que el escáner pudiera identificarlo y abrir el cierre.

—No, si yo respeto mucho a los unicornios, Mayne, pero los unicornios de verdad no hablan. Ese galimatías que estás soltando viene de una miniserie.

—Sí, pero el guión lo escribió un empático —recalcó Mayne.

Potrillo abrió el maletín.

—Escucha, sobrino, si te quieres atar un cuerno a la frente con una correa e ir a todos los congresos los fines de semana, me parece perfecto, pero hoy te necesito en este universo, ¿entendido?

—Entendido —contestó Mayne con tono gruñón, aunque su estado de ánimo mejoró al ver lo que había en el maletín—. ¿Son critters?

—No —respondió Potrillo—. Los critters son microorganismos. Estas son Luces de ARCOS, la siguiente generación.

De pronto, Mayne se acordó de algo.

—¿No te denegaron el permiso para hacer pruebas con esos bichos?

A Potrillo le irritaba inmensamente que un centauro de su inteligencia tuviera que justificarse ante un ayudante solo por el bien de la relación con su hermana.

—Me han dado permiso ahora mismo, el comandante Kelp. Está todo en vídeo.

—¡Uau! —exclamó Mayne—. En ese caso, veamos a esos bichejos en acción.

«A lo mejor resulta que no es tan repelente», pensó Potrillo mientras introducía el código de activación en un anticuado teclado manual del maletín.

Una vez introducido el código, el maletín se sincronizó con la pantalla de pared del laboratorio y la dividió en varios recuadros vacíos. Aquello no tenía nada de particular, y nadie se habría puesto a aplaudir como un loco ni a proferir exclamaciones de admiración. Lo que sí habría causado grandes ovaciones y expresiones de admiración era el enjambre de libélulas en miniatura modificadas genéticamente que se estaban despertando en el interior del maletín. Los insectos menearon sus adormiladas cabezas e hicieron zumbir sus alas para, acto seguido, despegar en una formación perfectamente sincronizada y situarse a la altura de los ojos de Potrillo.

—¡Oooh! —exclamó Mayne, aplaudiendo.

—Espera y verás —dijo Potrillo, y activó los pequeños sensores de las libélulas—. ¿Estás listo para alucinar?

La nube de libélulas empezó a vibrar como si acabase de sufrir una descarga eléctrica, y sus pequeños ojos se encendieron con un brillo de color verde. Once de las doce cajas que había en la pantalla mostraron imágenes superpuestas en 3D de Potrillo, desde el punto de vista de cada uno de los insectos, que no solo leían el espectro visible, sino también infrarrojos, los rayos UV y la información térmica. Una lista interminable de datos, actualizados constantemente, se desplazaba hacia abajo por los laterales de las pantallas, transmitiendo montones de información sobre el ritmo cardíaco de Potrillo, la presión sanguínea, el pulso y las emisiones de gas.

—Estas preciosidades pueden ir a cualquier sitio y verlo todo; pueden recopilar información de cada microbio; y a los ojos de cualquiera que las vea, no son más que un enjambre de libélulas. Mis pequeñas Luces de ARCOS podrían volar a través de los rayos X de un aeropuerto y nadie adivinaría que van equipadas con biotecnología. Irán a donde yo las envíe y espíarán a quienes yo les diga.

Mayne apuntó a una esquina en la pantalla.

—Esa parte está en blanco.

Potrillo hizo un mohín de enfado.

—Hice una prueba en la mansión Fowl... y como siempre, no sé cómo, Artemis detectó lo indetectable. Supongo que mis preciosidades estarán desmontadas en pedacitos bajo un microscopio electrónico de su laboratorio.

—Yo no he leído nada de eso en ningún informe.

—No. Se me olvidó mencionarlo. Aquella prueba no fue un éxito exactamente, pero esta sí lo será.

Los dedos del centauro aporreaban las teclas del teclado a toda velocidad.

—Cuando programe los parámetros de la misión, mis Luces de ARCOS conseguirán restablecer la vigilancia de toda la ciudad en cuestión de minutos. —Potrillo dio instrucciones a uno de los insectos de que se posara en su dedo índice—. Tú, mi pequeño compañero, eres especial, porque irás a mi casa, a asegurarte que mi amada Caballina está bien.

Mayne se inclinó para mirar de cerca al pequeño insecto.

—¿Puedes hacer eso?

Potrillo sacudió el dedo y el insecto salió volando y desapareció por una de las rejillas de la ventilación.

—Puedo hacer lo que quiera. Hasta están programados para activarse con mi voz. Mira. —Potrillo se reclinó en la silla y carraspeó—. Luces de ARCOS: código de activación alfa, alfa, uno. Soy Potrillo. Me llamo Potrillo. Despliegue inmediato hacia el centro de Ciudad Refugio. Escenario tres. Todas las secciones. Catástrofe nacional. Volad, preciosidades, volad.

Las Luces de ARCOS se movieron como un cardumen de peces plateados a través del agua, deslizándose por el aire en un vuelo perfectamente sincronizado, y luego formaron un estrecho cilindro y salieron disparadas a través de la rejilla de ventilación. Rozaron con las alas la pared del conducto, retransmitiendo información de cada centímetro de distancia que iban cubriendo.

La puesta en escena apelaba directamente a la sensibilidad de Mayne, gran aficionado a las novelas gráficas.

—«Volad, preciosidades, volad». Es genial. ¿Te lo has inventado tú solo?

Potrillo empezó a procesar la información que ya le estaba llegando de sus Luces de ARCOS.

—Por supuesto —contestó—. Todas y cada una de las palabras son de Potrillo al cien por cien.

Las Luces de ARCOS podían dirigirse en modo manual o, si la función estaba desactivada por cualquier motivo, volarían a los distintos puntos programados de antemano y distribuidos por todo el techo de la cueva subterránea. Los diminutos insectos biotecnológicos funcionaron a la perfección, y al cabo de escasos minutos, Potrillo ya tenía una red funcional suspendida sobre Refugio que podía ser manipulada con una palabra o un gesto.

—Ahora, Mayne —le dijo a su sobrino—. Quiero que te quedes aquí e informes al comandante Kelp por... —Sintió un estremecimiento— radio. Voy a salir un momento a ver a tu tía Caballina.

—*Mak dak jiball, Oncle* —dijo Mayne, al tiempo que le hacía el saludo militar... Una vez más, algo que los unicornios de verdad no podían hacer.

Los humanos tienen un dicho que afirma que «la belleza está en el ojo del que mira», lo que significa, básicamente, que si piensas que algo es bello, entonces lo es. La versión élfica de este dicho fue compuesta por el gran poeta B. O. Selecta, quien dijo: «Hasta lo más anodino de entre todo lo anodino es a veces divino», verso que la crítica siempre había considerado un ripio. La versión que los enanos habían hecho de esa máxima es la siguiente: «Si no apesta, cástate con él», una variante ligeramente menos romántica, pero en general, el sentido es el mismo.

Potrillo no necesitaba ninguno de esos dichos, pues para él, la belleza estaba personificada en la figura de su esposa, Caballina. Si alguien le hubiese preguntado alguna vez cuál era la definición de belleza, se habría limitado a dirigir la vista hacia la muñeca y luego habría activado el holograma que su ordenador de pulsera llevaba incorporado de serie, proyectando una representación audiovisual en 3D de su bellísima esposa.

Potrillo estaba tan enamorado de su mujer que suspiraba cada vez que Caballina se cruzaba por su mente, lo que sucedía varias veces por hora. El centauro sin duda había encontrado a su alma gemela.

El amor había llamado a la puerta de Potrillo relativamente tarde en su vida. Cuando el resto de los centauros estaban galopando por los pastos con la cabeza en las nubes, enviando mensajes de texto a las potrillas y regalando ramos de zanahorias glaseadas a sus elegidas, Potrillo estaba sumergido hasta las orejas en el trabajo de laboratorio, tratando de trasladar al mundo real los inventos radicales que habitaban en el interior de su cabeza. Para cuando se dio cuenta de que tal vez se le estaba pasando el arroz, en realidad ya había desaparecido en el horizonte. Así que el centauro se convenció a sí mismo de que no necesitaba compañía y se conformaba con vivir para su trabajo y sus amigos.

Luego, cuando Holly Canija estuvo perdida en otra dimensión, conoció a Caballina en la Jefatura de Policía. Al menos, eso era lo que le había contado a todo el mundo, aunque «conocer» tal vez fuese un verbo un poco engañoso, ya que implicaba que la situación era placentera, o al menos no violenta. Lo que pasó en realidad fue que uno de los programas de software de reconocimiento facial de Potrillo falló en una cámara de seguridad de un banco e identificó a Caballina como a una goblin ladrona de bancos. Los megaduendecillos que trabajaban como guardias de seguridad en la entidad bancaria la apresaron de inmediato y la llevaron esposada a la Jefatura de Policía: la humillación máxima para un centauro.

Para cuando se aclaró el monumental lío y se descubrió que todo había sido un error de software, Caballina ya llevaba tres horas largas encerrada en una celda de gel. Se había perdido la fiesta de cumpleaños de su madre y tenía un ansia enorme de estrangular al responsable de aquel desaguisado. El Comandante Kelp ordenó a Potrillo, en unos términos que no dejaban margen para interpretaciones, que bajara a las celdas de detención y asumiera la responsabilidad por el error.

Potrillo bajó trotando a regañadientes, listo para soltar una de las mil excusas estándar para esos casos, pero se olvidó de todas en el mismo instante en que se encontró cara a cara con Caballina en la sala de recepción. Potrillo no conocía a muchas centauros, y desde luego, nunca se había topado con ninguna tan hermosa como Caballina, con sus ojos castaños, su nariz recia y amplia, y la melena brillante, que le llegaba hasta la cintura.

—Solo me puede pasar a mí —soltó, sin pensar—. Esto me tiene que pasar a mí, claro.

Caballina estaba completamente decidida a arrancarle la piel a tiras metafóricas al imbécil responsable de su encarcelación —y puede incluso que no tan metafóricas—, pero la reacción de Potrillo la ablandó y decidió darle una oportunidad de salir del agujero en el que se había metido.

—¿Qué es eso de que solo le puede pasar a usted, señor Potrillo? —dijo, mirándolo a los ojos, dándole a entender que más le valía que su respuesta fuese convincente.

Potrillo sabía que estaba bajo una fuerte presión y por eso reflexionó mucho antes de responder.

—Solo me puede pasar a mí —dijo al fin—, que cuando por fin conozco a una centaura tan hermosa como usted, resulta que solo tiene ganas de estrangularme.

Era una respuesta con mucho gancho, y a juzgar por la tristeza en los ojos de Potrillo, encerraba cierta dosis de verdad.

Caballina decidió compadecerse del abatido centauro y enfriar un par de grados su ira encendida, pero era demasiado temprano para permitir que Potrillo se fuera de rositas así como así.

—¿Y por qué no iba a querer estrangularte? Piensa que parezco una delincuente.

—Yo no pienso eso. Yo nunca pensaría algo así.

—¿De verdad? Porque el algoritmo que me identificó como una goblin ladrona de bancos se basa en sus patrones de pensamiento.

«Esta chica es lista —advirtió Potrillo—. Lista y preciosa».

—Es verdad —repuso él—. Pero imagino que también hubo otros factores.

—¿Como cuáles?

Potrillo decidió ir a por todas. Sentía una atracción por aquella centaura que le estaba causando un cortocircuito en el cerebro. Lo más parecido a aquella sensación era una prolongada descarga eléctrica de baja intensidad, como las que él mismo infligía a los voluntarios en sus experimentos de privación de sueño.

—Como que mi máquina es increíblemente estúpida, porque es usted justo todo lo contrario de una goblin ladrona de bancos.

Aquello hizo gracia a Caballina, pero aún no estaba del todo convencida.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso es...?

—Una clienta no goblin haciendo un depósito en el banco.

—Y eso es justo lo que soy, idiota.

Potrillo se estremeció.

—¿Qué?

—Idiota. Su máquina es idiota.

—Sí. Completamente. Mañana mismo la desmontaré y la convertiré en una tostadora.

Caballina se mordió el labio y cabía incluso la posibilidad de que estuviese reprimiendo una sonrisa.

—Es un comienzo, aunque todavía va a tener que hacer unas cuantas cosas por mí antes de que demos este asunto por zanjado.

—Lo entiendo. Si ha cometido en el pasado algún delito importante, podría borrarlo de su expediente. De hecho, si quiere desaparecer, por ejemplo, también podría arreglarlo. Podría hacer que pareciera un accidente. —Potrillo se quedó pensando en lo que acababa de decir—. Eso ha sonado como si fuese a encargarle a

alguien que la asesine, y no es eso lo que quiero hacer, para nada. Lo último que haría sería encargarle a alguien que la asesinara. Justo lo contrario.

Caballina cogió su bolso del respaldo de una silla y se lo colgó cruzado por delante de la blusa de flecos.

—Vaya, parece que es usted un forofo de los contrarios, señor Potrillo. ¿Se puede saber qué es lo contrario de encargarle a alguien que me asesine?

Potrillo la miró a los ojos por primera vez.

—Encargarme de hacerla feliz y de que se sienta viva y segura para siempre.

Caballina hizo ademán de irse y Potrillo pensó: «Estúpido asno. Lo has echado todo a perder».

Pero la centaura se paró en el umbral y le echó un cable a Potrillo.

—Tengo una multa de aparcamiento que pagué en su día, pero parece que vuestras máquinas la tienen tomada conmigo, y juran que no lo hice. Podría echarle un vistazo a eso.

—Ningún problema —dijo Potrillo—. Delo por hecho y considere esa máquina retirada de funcionamiento.

—Se lo contaré a todas mis amigas —dijo Caballina, saliendo ya de la habitación— cuando las vea en la inauguración de la Galería Pezuña este fin de semana. ¿Le gusta el arte, señor Potrillo?

Potrillo se quedó allí inmóvil un minuto largo después de que ella se hubiera marchado, mirando al punto donde había estado la cabeza de Caballina cuando había hablado por última vez. Más tarde tuvo que rebobinar la cinta de la cámara de seguridad para comprobar y acabar de creerse que Caballina lo había invitado, más o menos, a..., bueno, que lo había invitado a una cita.

Y ahora estaban casados, y Potrillo se consideraba el idiota más afortunado del mundo, y a pesar de que la ciudad estaba inmersa en la crisis más grave jamás vista en la metrópolis subterránea, no dudó en ausentarse un momento para comprobar cómo estaba su maravillosa esposa, quien en esos momentos seguramente se hallaría en casa muy preocupada por él.

«Caballina —pensó—, muy pronto estaré contigo».

Desde el ritual de su boda, Potrillo y su mujer compartían una conexión mental muy parecida a la que experimentaban las parejas de gemelos.

«Sé que está viva», pensó.

Pero eso era lo único que sabía; podía estar malherida, atrapada, angustiada o en peligro. Potrillo no lo sabía. Y tenía que averiguarlo.

El modelo de Luces de ARCOS que había enviado a ver cómo estaba Caballina había sido diseñado especialmente para ese propósito y sabía con toda exactitud adónde ir. Potrillo había pintado meses atrás una esquina del techo de la cocina con un láser capaz de atraer al insecto desde cientos de kilómetros de distancia si era

necesario.

Potrillo desvió el resto de la información procedente de las Luces de ARCOS a la sala central de gestión de crisis, donde Mayne podría analizarla, y luego se concentró en el insecto de Caballina.

«Vuela, preciosa mía. Vuela».

La libélula modificada pasó volando por el sistema de ventilación de la Jefatura de Policía y sobrevoló la ciudad, atravesando veloz como una flecha el caos que invadía calles y edificios. Las llamas de los incendios ardían en la plaza central y en la autopista. Las vallas y carteles publicitarios de las calles habían quedado reducidos a cenizas, y en el anfiteatro al aire libre, el agua de las inundaciones alcanzaba hasta la fila H.

«Mayne puede encargarse cinco minutos de eso —pensó Potrillo—. Ahora mismo voy, Caballina».

La libélula pasó zumbado por la plaza central en dirección al distrito sur, donde reinaba un ambiente más rural. Los árboles modificados genéticamente crecían en pequeños bosquecillos y había incluso conjuntos controlados de criaturas del bosque a las que se realizaba un cuidadoso seguimiento y que se liberaban en la superficie cuando se multiplicaban hasta índices demasiado molestos. Allí las casas eran modestas, menos modernas en su diseño arquitectónico, y estaban fuera de la zona de evacuación. Potrillo y Caballina vivían en una pequeña casa de dos plantas con las paredes de adobe y las ventanas curvadas. El color imperante eran los tonos otoñales, y la decoración siempre había tenido un toque de ambiente de naturaleza excesivo para el gusto de Potrillo, pero nunca se le habría ocurrido mencionarlo.

Potrillo atrajo hacia sí el teclado virtual y manejó con pericia al pequeño insecto con coordenadas numéricas, aunque hubiera sido más fácil usar un joystick, o incluso el control por voz. Resultaba irónico que el responsable de tantos avances tecnológicos aún prefiriera usar un viejo teclado virtual de su época universitaria hecho con el marco de una ventana.

La mitad superior de la puerta estaba entreabierta, así que Potrillo hizo que su libélula entrara en el recibidor, decorado con tapices en las paredes que representaban grandes momentos en la historia de los centauros, como el descubrimiento del fuego por el rey Thurgood, y el descubrimiento accidental de la penicilina por el mozo de cuadra Shammy Potra, cuyo apellido ha pasado a formar parte del lenguaje popular con el significado de alguien con mucha suerte, como, por ejemplo, en «Ya van dos veces que le toca la lotería. Menuda potra tiene ese».

La libélula recorrió el pasillo y encontró a Caballina sentada en su estera de yoga, con la mirada fija en el móvil que llevaba en la mano. Parecía temblorosa pero estaba bien, y se desplazaba por los menús de la pantalla, buscando una red disponible.

«No vas a tener suerte con eso, mi amor», pensó Potrillo, y luego mandó un

mensaje de texto a su teléfono directamente desde la libélula artificial.

«Hay una pequeña libélula observándote», decía el mensaje. Caballina lo leyó y levantó la vista, buscando al insecto. Potrillo activó los ojos de forma que emitieran un brillo verde para ayudarla. La centaura levantó la mano y el bicho bajó en picado para posarse en su dedo.

—Mi inteligente marido —dijo, sonriendo—. ¿Qué le está pasando a nuestra ciudad?

Potrillo envió otro mensaje y tomó nota mentalmente de añadir una función de voz a la próxima versión de sus Luces de ARCOS.

«Estás a salvo en casa. Hemos sufrido unas explosiones muy graves, pero todo está bajo control».

Caballina asintió.

—¿Volverás pronto a casa? —le preguntó al insecto.

«No muy pronto. La noche puede ser larga».

—No te preocupes, cariño. Sé que te necesitan ¿Está bien Holly?

«No lo sé. Hemos perdido el contacto, pero si hay alguien capaz de cuidar de sí misma, esa es Holly Canija».

Caballina levantó el dedo y la libélula se paseó por delante de su rostro.

—Tú también tienes que tener cuidado, señor Asesor Técnico.

«Lo haré», escribió Potrillo.

Caballina cogió una cajita con un lazo que había en la mesita del café.

—Mientras te espero, abriré este precioso regalo que me ha mandado algún admirador, maridito romántico.

En el laboratorio, Potrillo sintió una punzada de celos. ¿Un regalo? ¿Quién le habría enviado un regalo? Rápidamente una sensación creciente de ansiedad sustituyó a los celos. Después de todo, aquel era el día de la gran venganza de Opal Koboi, y no había nadie a quien la duendecilla odiara más que a él.

«No lo abras —escribió de inmediato—. Yo no te lo he enviado, y están pasando cosas muy malas».

Pero a Caballina no le hizo falta abrir la caja, porque el paquete estaba programado tanto para activarse en un momento en concreto como con un ADN determinado, y en cuanto la centaura lo tocó, el omnisensor del lateral le escaneó los dedos y puso en marcha el mecanismo de apertura. La tapa se abrió de golpe y salió disparada hasta estrellarse contra la pared, y dentro había... nada. No había absolutamente nada. Un vacío negro que parecía repeler la luz ambiental.

Caballina examinó el interior de la caja.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Uno de tus aparatos?

Y eso fue lo último que oyó Potrillo, porque la oscuridad —o lo que sea que fuese aquello— provocó un cortocircuito en la libélula artificial y dejó a Potrillo sin saber

qué había ocurrido con su esposa.

—¡No! —gritó—. No. No...

Allí pasaba algo, algo muy siniestro. Opal había decidido atacar a Caballina solo para torturarlo a él, estaba seguro. El cómplice de la duendecilla, quienquiera que fuese, había enviado a su esposa aquella caja aparentemente inofensiva, pero que no lo era en realidad, Potrillo estaba dispuesto a apostar sus más de doscientas patentes.

«¿Qué ha hecho?».

El centauro pasó cinco angustiosos segundos haciéndose aquella pregunta, hasta que Mayne asomó la cabeza por la puerta de la habitación.

—Las Luces de ARCOS nos han enviado algo importante. Creo que debería enviarlo a tus pantallas.

Potrillo dio un fuerte pisotón en el suelo con la pezuña.

—Ahora no, poni estúpido. Caballina está en peligro.

—Tienes que verlo —insistió Mayne, manteniéndose en sus trece.

Había algo en la voz de su sobrino, un tono frío y acerado que señalaba al centauro adulto en que iba a convertirse, que hizo a Potrillo levantar la vista.

—Muy bien. Mándamelo.

Las pantallas cobraron vida de inmediato con imágenes de Refugio desde decenas de ángulos distintos. Cada una era en blanco y negro salvo por algunos puntos rojos.

—Los puntos son los goblins durmientes/buscadores que se han escapado —explicó Mayne—. Las Luces de ARCOS pueden detectar sus rastros de radiación pero no activarlos.

—Pero eso son buenas noticias —repuso Potrillo, irritado—. Manda las coordenadas a los agentes sobre el terreno.

—Se estaban moviendo al azar, pero hace apenas unos segundos, todos han cambiado de dirección a la vez.

Potrillo supo entonces qué era lo que había hecho Opal, cómo había logrado que su arma sorteara todos los escáneres de seguridad de las empresas de mensajería: había empleado una bomba sónica.

—Y ahora todos se dirigen a mi casa —dijo.

Mayne tragó saliva.

—Exacto. Y van allí a toda velocidad. El primer grupo llegará dentro de menos de cinco minutos.

En ese momento, Mayne le estaba hablando a la pared, ya que Potrillo acababa de salir al trote por la puerta de servicio.

—Se ha ido. Ha estado controlando mi cerebro y luego se ha ido.

—¿Cómo se llamaba?

Myles puso cara de exasperación mientras hurgaba en su propio cerebro.

—Hummm... Esto... Señor Gobdaw, creo.

Artemis asintió como haría alguien que supiese muchas cosas acerca de ese tal Gobdaw.

—Ah, sí, Gobdaw. Nuestros amigos mágicos me han hablado mucho de él.

—Creo que le llamaban Gobdaw el Guerrero Legendario.

Artemis rió.

—Estoy seguro de que a él le habría gustado que creyeras eso.

—Es que es verdad —exclamó Myles, apretando levemente los labios.

—Eso no fue lo que oímos, ¿verdad que no, Mayordomo?

Mayordomo no respondió ni hizo ningún movimiento especial, pero dio a entender de algún modo que respondía negativamente.

—No —prosiguió Artemis—. Lo que oímos según nuestras fuentes mágicas fue que ese tal Gobdaw es un personaje como de chiste, la verdad sea dicha.

Los dedos de Myles chirriaron en el cristal del vaso.

—¿Un personaje como de chiste? ¿Y se puede saber quién dice eso?

—Todo el mundo —respondió Artemis, al tiempo que abría el portátil y examinaba la pantalla—. Está en todos los libros de historia. Aquí está, mira. Gobdaw el Ingenuo, lo llaman. Aquí hay otro artículo que se refiere a tu amigo berserker como a Gobdaw el Gusano Maloliente, que supongo que es un término que utilizan para describir a alguien a quien responsabilizar de algo mal hecho. Nosotros, los humanos, llamamos a eso un «chivo expiatorio», o un «cabeza de turco».

En ese momento, las mejillas de Myles eran de un rojo rosáceo.

—¿Gusano Maloliente? ¿Gusano Maloliente, dices? ¿Por qué iban a llamarme...? ¿Por qué alguien iba a llamar a Gobdaw Gusano Maloliente?

—Es triste, algo realmente patético, pero por lo visto, ese personaje, el tal Gobdaw, fue el que convenció a su líder para que dejara que todos los berserkers fueran enterrados alrededor de la puerta.

—Una puerta mágica —señaló Myles—. Que protegía a los elementos mágicos.

—Eso fue lo que les dijeron a ellos, pero la verdad es que la puerta no era más que un montón de rocas viejas y desgastadas por la erosión. Un desvío que no llevaba a ninguna parte. Los berserkers han pasado diez mil años vigilando rocas.

Myles apretó los dientes con fuerza.

—No. Eso no es verdad... Imposible. Lo vi, en los recuerdos de Gobdaw. La puerta es real.

Artemis rió con desgana.

—Gobdaw el Ingenuo. Es un poco cruel. Hay un poema y todo, ¿lo sabes?

—¿Un poema? —exclamó Myles, hiperventilando, e hiperventilar no es muy propio de los niños de cuatro años.

—Huy, sí, un poema que hasta los niños recitan en el patio. ¿Quieres oírlo? Myles parecía estar haciendo un gran esfuerzo por decidirse.

—No. Sí, dime.

—Muy bien. Aquí va.

Artemis se aclaró la garganta con aire teatral.

*Gobdaw, Gobdaw,
bajo tierra enterrado,
palos y piedras vigila,
menudo pringado.*

Artemis se tapó la boca para disimular una sonrisa.

—Estos niños... A veces son tan crueles...

Myles estalló en dos sentidos: primero, estalló de ira, revelando su verdadera identidad, y además, hizo estallar con los dedos el pie de la copa de martini, que se le quedó en la mano como un arma mortal.

—¡Muerte a los humanos! —gritó en gnómico, y se subió al escritorio de un salto y se abalanzó sobre Artemis.

En el momento de entrar en combate, a Gobdaw le gustaba visualizar sus objetivos justo antes de ir a por ellos. Descubrió que eso lo ayudaba a concentrarse, así que, en su mente, se encaramó con elegancia al borde de la mesa, aterrizó sobre el pecho de Artemis y le clavó su punzón de cristal en el cuello. Con eso conseguiría un objetivo doble: matar al Fangosillo y también dejar a Gobdaw bañado en sangre, lo que lo ayudaría a tener un aspecto mucho más terrorífico.

Lo que pasó en realidad fue un poco diferente. Mayordomo alargó el brazo y atrapó a Gobdaw en el aire, en pleno salto, le arrancó de un manotazo el pie de cristal de los dedos y luego lo aprisionó con fuerza en la cárcel de sus voluminosos brazos.

Artemis se reclinó en su silla.

—El poema tiene otra estrofa —anunció—. Pero tal vez ahora no es el mejor momento.

Gobdaw forcejeó con furia, pero había quedado completamente neutralizado. Desesperado, trató de poner en práctica el *encanta* mágico.

—Le ordenarás a Mayordomo que me libere —entonó.

Artemis se echó a reír, divertido.

—Eso lo dudo —repuso—. Casi no te queda magia suficiente para mantener a Myles bajo control.

—Pues entonces mátame y acaba con esto de una vez —dijo Gobdaw sin el más

leve temblor en la voz.

—No puedo matar a mi propio hermano, así que necesito sacarte de su cuerpo sin hacerle daño.

Gobdaw se burló.

—Eso no es posible, humano. Para acabar conmigo, debes matar al chico.

—No estás bien informado —replicó Artemis—. Hay una forma de exorcizar tu energética alma sin dañar a Myles.

—Eso habría que verlo —dijo Gobdaw, con un atisbo de duda en sus ojos.

—Tus deseos son órdenes para mí —ironizó Artemis, y presionó un botón en el intercomunicador del escritorio—. Tráelo, ¿quieres, Holly?

De repente, las puertas del estudio se abrieron y un barril entró rodando en el cuarto, aparentemente por sus propios medios, hasta que Holly asomó por detrás.

—Esto no me gusta nada, Artemis —dijo, jugando a ser el poli bueno, justo como habían planeado—. Es una cosa repugnante. El alma de una persona nunca debería llegar a la otra vida pringada con toda esta mugre.

—Elfa traidora —la increpó Gobdaw, pataleando con sus piecillos—. Te has puesto del lado de los humanos.

Holly movió el carrito del barril al centro del estudio y lo dejó en el suelo de madera y no en una de las preciosas alfombras de pelo que Artemis insistía en describir con gran detalle histórico cada vez que visitaba aquellas dependencias.

—Me he puesto del lado de la Madre Tierra —dijo, mirando a Gobdaw a los ojos—. Has permanecido diez mil años enterrado, guerrero. Las cosas han cambiado.

—He consultado la memoria de mi huésped —le respondió Gobdaw bruscamente—. Veo que los humanos casi han conseguido destruir todo el planeta. Las cosas no han cambiado tanto.

Artemis se levantó de la silla y desenroscó la tapa del barril.

—¿También ves una nave espacial que dispara burbujas por el tubo de escape?

Gobdaw rebuscó rápidamente en el cerebro de Myles.

—Sí. Sí que la veo. Está hecha de oro, ¿no?

—Ese es uno de los proyectos con los que sueña Myles —explicó Artemis despacio—. Solo es un sueño. El reactor burbujeante. Si hurgas más a fondo en la imaginación de mi hermano, encontrarás un poni robot que hace los deberes y un mono que sabe hablar. El niño que habitas es sumamente inteligente, Gobdaw, pero solo tiene cuatro años. A esa edad, hay una línea muy fina entre la realidad y la imaginación.

El pecho hinchado de Gobdaw se desinfló a medida que localizaba esos objetos en el cerebro de Myles.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto, humano?

—Quiero que te des cuenta de que te han engañado. Opal Koboï no es la

salvadora que pretende ser. Es una asesina que escapó de la cárcel. Va a acabar con diez mil años de paz.

—¡Paz! —exclamó Gobdaw, y luego se echó a reír a carcajadas—. ¿Pacíficos? ¿Los humanos? Pero si incluso bajo tierra percibimos su violencia... —Se retorció en los brazos de Mayordomo, una versión en miniatura de Artemis con el pelo negro y traje oscuro—. ¿A esto lo llamas paz?

—No, y siento tener que tratarte así, pero necesito a mi hermano.

Artemis hizo una seña a Mayordomo, quien subió a Gobdaw encima del barril abierto. El pequeño berserker se rió.

—He estado enterrado bajo tierra durante milenios. ¿Crees que Gobdaw tiene miedo de que lo encierres en un barril?

—No estarás encerrado. Bastará con un rápido chapuzón.

Gobdaw miró hacia abajo, entre sus pies. El barril estaba lleno de un líquido blanco y viscoso con piel coagulada en su superficie.

Holly le dio la espalda.

—No quiero verlo. Sé lo que se siente.

—¿Qué es eso? —preguntó Gobdaw con nerviosismo, sintiendo una leve náusea al percibir el cosquilleo del aura de aquella cosa en sus pies.

—Es un regalo de Opal —le explicó Artemis—. Hace un par de años, robó el poder de un demonio hechicero usando ese mismo barril. Lo guardé en el sótano, porque nunca se sabe, ¿verdad?

—¿Qué es? —repitió Gobdaw.

—Uno de los dos inhibidores mágicos naturales —explicó Artemis—: Grasa animal fundida, algo repugnante, hay que reconocerlo. Y siento tener que zambullir a mi hermano en ella, porque adora esos zapatos que lleva. Te zambullimos y la grasa derretida apresa tu alma. Myles sale y tú quedas atrapado en el limbo por toda la eternidad. No es exactamente la recompensa que esperabas a cambio de tu sacrificio, ¿a que no?

Algo burbujeó en el interior del barril, emitiendo pequeños destellos eléctricos al mismo tiempo.

—¿Qué rayos es eso? —gritó Gobdaw, y el pánico hizo que la voz le saliera mucho más chillona de lo habitual.

—Ah, ese es el segundo inhibidor mágico natural. He hecho que mi amigo enano escupa en el barril para darle un toque personal.

Gobdaw logró liberar un brazo y golpear a Mayordomo en los bíceps, pero era como dar golpes contra un muro de hormigón.

—No te diré nada —dijo, con el mentón puntiagudo temblando.

Artemis sujetó a Gobdaw de las pantorrillas para que se hundiera directamente.

—Lo sé. Myles me lo dirá todo enseguida. Siento hacerte esto, Gobdaw. Fuiste un

guerrero valiente.

—Entonces ¿no soy Gobdaw el Ingenuo?

—No —admitió Artemis—. Eso era una trampa para obligarte a que revelaras tu verdadera identidad. Tenía que asegurarme.

Holly apartó a Artemis de un codazo.

—Berserker, escúchame. Sé que estás sometido a la voluntad de Opal y que no puedes traicionarla, pero este humano te va a meter en el barril de una forma u otra, así que abandona el cuerpo que ocupas y desplázate a la otra vida. Aquí ya no tienes nada más que hacer. No es un final digno para un valeroso berserker.

Gobdaw se hundió en los brazos de Mayordomo.

—Diez mil años. Tantas vidas...

Holly le tocó la mejilla.

—Has hecho todo cuanto se te pidió. Descansar ahora no es una traición.

—Tal vez el humano está tendiéndome una trampa. Puede que todo sea un farol.

Holly se encogió de hombros.

—Lo del barril no es ningún farol. Opal me metió dentro una vez. Era como si mi alma se pusiese enferma. Sálvate a ti mismo, te lo suplico.

Artemis hizo una seña a Mayordomo.

—Está bien, no más retrasos. Sumérgelo.

Mayordomo presionó con más fuerza los hombros de Gobdaw y fue bajándolo poco a poco.

—¡Espera, Artemis! —gritó Holly—. Es un héroe mágico.

—Lo siento, Holly, pero no hay tiempo.

Cuando los pies de Gobdaw se sumergieron en el líquido viscoso, unas nubes de vapor serpentearon alrededor de sus piernas y supo de inmediato que aquello no era ningún farol: su alma quedaría prisionera para siempre en la grasa derretida.

—Perdóname, Oro —dijo, levantando la mirada hacia el cielo.

El espíritu de Gobdaw se separó de Myles y planeó en el aire, grabado en plata. Permaneció suspendido en el aire durante largo rato, con una mezcla de confusión y ansiedad, hasta que una gota de luz floreció en su pecho y empezó a girar como un pequeño ciclón. Entonces Gobdaw esbozó una sonrisa y el dolor acumulado a lo largo de los años se borró de su rostro. La luz giratoria iba aumentando de tamaño con cada nueva revolución, extendiendo sus ondas para engullir las extremidades de Gobdaw, su torso y, por último, su cara, que en el momento de la transición mostraba una expresión que podría haberse calificado de felicidad absoluta.

Para cualquier testigo de la transformación, era imposible mirar aquel rostro espectral y no sentir una punzada de envidia.

«Felicidad absoluta —pensó Artemis—. ¿Alcanzaré yo alguna vez ese estado?».

Myles interrumpió el momento pataleando vigorosamente y salpicándolo todo de

grasa.

—¡Artemis! ¡Sácame de aquí! —ordenó—. ¡Estos son mis mocasines favoritos!

Artemis sonrió. Su pequeño hermano había recuperado el control de su propia mente.

Myles no hablaría hasta que se hubiese limpiado los zapatos con una toalla húmeda.

—Esa criatura se ha metido corriendo en el barro con mis zapatos —se quejó, mientras se bebía un segundo vaso de zumo de acai—. Son zapatos de piel para niños, Arty.

—Es un poco precoz, *n'est-ce pas*? —susurró Artemis, hablando entre dientes.

—Mira quién habla, *plume de ma tante* —le contestó Mayordomo en otro susurro.

Artemis tomó a Myles en brazos y lo sentó en el borde de la mesa de escritorio.

—Muy bien, hombrecito. Necesito que me digas todo lo que recuerdas de tu posesión. Los recuerdos no tardarán en desvanecerse. Eso significa...

—Sé lo que significa «desvanecerse», Arty. Que no tengo tres años, por favor...

Holly sabía por experiencia que gritándoles a Myles y a Artemis no conseguiría meterles prisa, pero también sabía que eso la haría sentirse mejor. Y en ese momento se sentía triste, como una traidora, después de cómo había tratado a uno de los guerreros más ilustres de las criaturas. Gritarle a los Fangosillos era justo lo que necesitaba para animarse un poco.

Se decidió por una pulla a media voz.

—¿Podéis empezar a mover el trasero, vosotros dos? No hemos parado el tiempo. La mañana se nos echa encima.

Myles se plantó delante de ella.

—Hola, elfa. Tienes una voz muy graciosa. ¿Has estado aspirando helio? El helio es un gas inerte y monoatómico, por cierto.

Holly lanzó un resoplido.

—Sí, definitivamente, es tu hermano, eso está claro. Necesitamos cualquier información que conserve en la cabeza, Artemis.

Artemis asintió.

—De acuerdo, Holly. Estoy en ello. Myles, ¿qué recuerdas de la visita de Gbdaw?

—Lo recuerdo todo —respondió Myles con orgullo—. ¿Quieres que te cuente el plan de Opal para destruir a la humanidad o cómo planea abrir el segundo candado?

Artemis cogió a su hermano de la mano.

—Necesito saberlo todo, Myles. Empieza desde el principio.

—Comenzaré por el albor de los tiempos, antes de que mis recuerdos empiecen a desvanecerse.

Myles se lo contó todo en un lenguaje propio de varios siglos antes. No se desvió

del tema ni se confundió, y en ningún momento dio la impresión de estar preocupado por su futuro. Esto se debía a que Artemis le había dicho muchas veces a su hermano pequeño que al final, la inteligencia siempre gana, y no había nadie más inteligente que Artemis.

Por desgracia, después de los acontecimientos de las seis horas anteriores, Artemis ya no tenía la misma fe en su propia máxima como antes, y mientras Myles contaba su historia, empezó a pensar que tal vez ni siquiera su inteligencia bastaría para poner un final feliz al tremendo embrollo en el que estaban metidos.

«Puede que ganemos —pensó—. Pero no va a haber un final feliz».

CAPÍTULO 14: NUEVE VARAS

CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO



POTRILLO no tenía un plan definido mientras corría con toda su alma; lo único que sabía es que tenía que llegar junto a Caballina fuese como fuese y costase lo que costase.

«Es el poder del amor», pensó, y en ese momento comprendió por qué Artemis había secuestrado a una criatura mágica para conseguir dinero y encontrar a su padre.

«El amor hace que todo lo demás carezca de importancia».

A pesar de que el mundo estaba desmoronándose a su alrededor, en lo único en que pensaba Potrillo era en la angustia de Caballina.

«Hay una panda de goblins criminales dirigiéndose a nuestra casa».

Opal sabía que, como asesor técnico de la PES, Potrillo habría dispuesto que cualquier paquete que tuviese que ser entregado en su casa pasase por un escáner, como parte del procedimiento habitual de seguridad, así que había enviado una elaborada caja de regalo cuyo interior aparecería como vacío en los escáneres. Sin embargo, en realidad, no hay ninguna caja que esté vacía por completo: esta estaba llena de microorganismos que vibraban a una frecuencia muy alta, lo que producía un silbido ultrasónico capaz de volver completamente locos a los sistemas de vigilancia y a los goblins, hasta el punto de que no podían hacer nada para detenerlo.

Los goblins no eran unas criaturas demasiado brillantes, que digamos. En toda la historia de los seres mágicos, solo un goblin había ganado un premio científico, y al final él mismo resultó ser un experimento genético que había participado en la competición.

Aquella bomba sónica destruiría todas las funciones cerebrales superiores y convertiría a los goblins en lagartos escufofuego. Potrillo sabía todo eso porque él mismo había presentado un prototipo de la bomba sónica a la PES como medida disuasoria antidelincentes, pero el Consejo le había denegado la subvención porque el dispositivo provocaba hemorragias nasales a quien lo utilizaba.

La Jefatura de Policía estaba prácticamente en ruinas, y ahora solo la planta superior resistía, pegada al techo de roca como un molusco. Las plantas inferiores se habían derrumbado en las plazas de aparcamiento reservado que había debajo, formando una pirámide de escombros más bien tosca que no dejaba de chisporrotear entre columnas humeantes. Por suerte, el puente cubierto que comunicaba con el aparcamiento contiguo seguía relativamente intacto. Potrillo atravesó el puente a toda prisa, evitando mirar hacia abajo, hacia los boquetes del suelo por los que podía colarse una pezuña, evitando oír los atormentados chirridos de los pilares metálicos

mientras se retorcían bajo el peso de la inmensa sobrecarga.

«No mires abajo. Trata de visualizar cómo alcanzas el otro lado».

Mientras Potrillo corría, el puente fue desmoronándose por partes a su paso, como las teclas de un piano cayendo al abismo. La puerta automática del otro lado estaba atascada en uno de los salientes de los raíles, y daba sacudidas una y otra vez, sin dejar apenas espacio para que Potrillo pudiese pasar y desplomarse, jadeando, en el suelo de la cuarta planta.

«Esto es muy melodramático —pensó—. ¿Será así la vida de Holly todos los días?»

Espoleado por el derrumbe de los edificios y el hedor de los coches devorados por las llamas, el centauro atravesó a todo correr el aparcamiento hacia su furgoneta, estacionada en uno de los mejores sitios junto al pasillo de entrada. La furgoneta era una antigualla que cualquiera habría confundido con una pieza de museo en lugar del medio de transporte favorito del responsable de la mayoría de los avances técnicos de la ciudad. Si por casualidad alguien sabía de quién era la furgoneta, esa persona creía entonces que Potrillo había camuflado la parte exterior para disuadir a los potenciales ladrones de coches. Pues no, la furgoneta solo era un montón de chatarra que debería haber sido sustituida hacía años. De igual modo que muchos decoradores y especialistas en diseño de interiores nunca pintaban sus casas, a Potrillo, un experto en avances en el mundo del automóvil, le traía sin cuidado el modelo que conducía él. Eso suponía una enorme molestia cotidiana, pues el centaumóvil emitía un volumen de ruido varios decibelios por encima de la normativa y constantemente hacía saltar las alarmas de ruido de toda la ciudad. Sin embargo, ese día, la antigüedad del vehículo resultó ser una ventaja definitiva, pues era uno de los pocos vehículos que podía funcionar de forma independiente del sistema automático de raíles magnéticos y estaba, de hecho, operativo al cien por cien.

Potrillo accionó la apertura de las puertas de la zona de carga y se situó en la parte posterior de la cabina, esperando a que se activara el arnés extensible que le rodearía el torso equino. El arnés envolvió su cuerpo por completo, sin dejar de emitir pitidos, y lo elevó en el aire para, acto seguido, depositarlo en el asiento del conductor. Cuando las puertas abatibles se replegaron de nuevo, los sensores de la furgoneta detectaron la presencia de Potrillo y arrancaron el motor. Aquel vehículo tardaba unos pocos minutos en ponerse en marcha, pero el centauro aún habría tardado mucho más en intentar subirse a la furgoneta con seis extremidades y una cola, que algunos especialistas consideraban un séptimo miembro o al menos un apéndice.

Potrillo extrajo un volante de su sitio en el salpicadero y puso las pezuñas en el metal, gritando a pleno pulmón para salir del aparcamiento.

—¡A casa! —le ordenó al robot del GPS, suspendido en una cuerda de gel delante de su cara. En un arranque de vanidad, había diseñado al robot a su imagen y

semejanza.

—¿La ruta habitual, guapetón? —dijo el sistema, guiñándole un ojo a Potrillo.

—Negativo —contestó Potrillo—. Haz caso omiso de los parámetros habituales de seguridad y velocidad. Llévame hasta allí lo más rápido posible. Te autorizo expresamente a infringir todas las restricciones y limitaciones habituales.

Si el robot hubiese tenido manos, se las habría frotado de alegría.

—Llevo mucho tiempo esperando oír eso —dijo, y asumió el control del vehículo.

Algo raro le pasaba a la hermosa cajita de regalo con incrustaciones que Caballina tenía en las manos. Parecía como si en el interior estuviera fraguándose un pequeño nubarrón de tormenta, pues vibraba como una colmena, a pesar de que no se oía absolutamente nada. Sin embargo, allí dentro había algo, una sensación que la ponía muy nerviosa y hacía que se le humedecieran los ojos, como si unas uñas invisibles estuvieran arañando una pizarra imaginaria.

«Es una locura, lo sé, pero es justo eso lo que siento».

Tiró la caja alejándola de ella, pero no antes de que el pequeño nubarrón saliese flotando de su contenedor y le envolviese la mano. La caja fue a parar rodando debajo de la mesita de café, una seta gigante petrificada y plana que a Holly le había parecido el colmo de las típicas mesas de café, y allí se quedó, emitiendo aquel ruido que ponía de los nervios a Caballina.

—¿Qué es, cielo? —se volvió a preguntarle a la pequeña Luz de ARCOS, pero esta yacía inerte en el suelo, mientras una voluta minúscula de humo le salía de la parte de arriba.

«Ha sido la caja», supuso. Fuese lo que fuese aquello, no era Potrillo quien se lo enviaba, porque era algo malo, lo presentía. Y ahora lo tenía en la mano. La centaura no era de las que se asustaban fácilmente, en absoluto, pero la premonición de peligro que sintió en ese momento casi hizo que le flaqueasen las piernas.

«Aquí está a punto de pasar algo malo, peor incluso que todas las cosas malas que han pasado hoy».

Muchas criaturas mágicas se habrían derrumbado ante el peso de unas circunstancias que no presagiaban nada bueno, pero si el universo esperaba semejante reacción de Caballina Wanderford Paddox Potrillo, entonces el universo iba a llevarse una buena sorpresa, porque una de las características que había atraído a Potrillo de ella era, precisamente, su espíritu de lucha. Y no mantenía ese espíritu únicamente con el poder del pensamiento positivo: Caballina había alcanzado el nivel de cincha azul en el antiguo arte marcial centaurino de las Nueve Varas, que incluía la cabeza y la cola como armas. Entrenaba a menudo en el gimnasio de la PES con Holly Canija y una vez, sin querer, había estrellado a la elfa contra una pared de papel de arroz que esta atravesó cuando la imagen de un antiguo novio suyo se había materializado de

repente en su cabeza.

Caballina se dirigió trotando a un armario alto y cerrado con llave del dormitorio y le dio instrucciones para que se abriera. Dentro estaba su cincha azul, que se colocó rápidamente a través del torso. La banda no iba a servirle de gran cosa si tenía que hacer frente a los atacantes, lo que la ayudaría, y mucho, era la larga vara flexible de bambú que tenía a su lado, que silbaba al cortar el aire y que era capaz de, en manos adecuadas, despellejar la piel del lomo de un trol.

La textura del palo en la palma de su mano tranquilizó a Caballina, hasta el punto de que de pronto se sintió un poco ridícula allí vestida con toda la parafernalia de las Nueve Varas.

«No va a pasar nada malo, es solo que soy una exagerada».

Acto seguido, la puerta principal de la casa explotó.

El sistema de GPS de Potrillo conducía como un loco, riéndose a carcajadas con una euforia que Potrillo no recordaba haber programado en el interior del aparato. Y a pesar de las horribles imágenes de Caballina en las garras de unos goblins escupefuego que atormentaban a Potrillo, no pudo evitar fijarse en el desolador paisaje de destrucción que iba desfilando por la ventanilla: nubes de denso humo y destellos de llamas naranjas y azules emborronadas por la vertiginosa velocidad de la furgoneta. Los agentes de la PES removían los escombros y los restos en busca de supervivientes, y unos pilares de humo se elevaban de una docena de lugares de referencia emblemáticos y familiares.

—Tranquilo —dijo, dándole unos golpecitos al robot-navegador—. No le voy a ser muy útil a Caballina si llego muerto.

—Relájate, tronco —respondió la pequeña cabeza parlante—. No le vas a resultar muy útil de todos modos. Caballina es una experta de las Nueve Varas. ¿Qué vas a hacer tú? ¿Lanzarles un teclado a la cabeza?

«¿Tronco?», pensó Potrillo, deseando que ojalá no le hubiese implantado al robot un chip experimental de personalidad, deseando todavía más que el chip no tuviera su propia personalidad. Pero el robot tenía razón: ¿qué iba a hacer él? De hecho, sería una auténtica tragedia que Caballina muriese tratando de salvarle la vida a él. De pronto, Potrillo se sintió como un vigilante de la playa con fobia al agua. ¿Cómo iba a ser útil él en aquella situación?

Era como si el robotnavegador estuviese leyéndole el pensamiento, lo cual era imposible, pero Potrillo decidió patentarlo de todos modos solo por si había inventado un robot telepático sin querer.

—Explota tus puntos fuertes, tronco —dijo.

«Por supuesto —pensó Potrillo—, mis puntos fuertes. Pero ¿cuáles son mis puntos fuertes? ¿Y dónde están?».

Estaban, naturalmente, en la parte trasera de la furgoneta, donde almacenaba

miles de experimentos pseudolegales a medio terminar y varias piezas de recambio. Cuando Potrillo se acordó de eso, se dio cuenta de que llevaba cosas en la furgoneta capaces de, combinadas, hacer un agujero en la corriente del tiempo, así que había decidido hacía mucho tiempo no pensar en eso, ya que la alternativa era vaciar la furgoneta.

—Sigue conduciendo —ordenó al robot-navegador mientras se desembarazaba retorciéndose del arnés y cruzaba retrocediendo el pequeño puente que unía la cabina con la parte posterior—. Necesito mirar en la parte trasera.

—Cuidado con la cabeza, tronco —le advirtió el robot con regocijo, segundos antes de lanzarse sobre un puente peraltado que había frente a una clínica dental para duendecillos construido en la forma de un molar gigante.

«Ese chip de personalidad debe de ser defectuoso —pensó Potrillo—. Yo nunca sería tan imprudente, y desde luego, nunca llamaría a nadie “tronco”».

Cuando explotó la puerta principal, la reacción inmediata de Caballina fue montar en cólera. Primero, porque la puerta delantera de la casa era una antigüedad de palo de rosa y había sido adquirida en Brasil como parte de un proceso de consumo responsable, y segundo, porque la puerta estaba abierta y solo un idiota sentiría la necesidad de hacer volar por los aires algo que ya estaba entreabierto. Ahora habría que reconstruir la puerta, y ya nunca sería igual, aunque encontraran todas las astillas.

Caballina se dirigió al recibidor hecha una furia y se encontró a un goblin desquiciado que se deslizaba a gatas en el interior de la casa, con el humo saliéndole de los orificios nasales planos y sacudiendo la cabeza de lagarto de lado a lado como si tuviera una polilla dentro del cráneo.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Caballina, al tiempo que propinaba a la criatura-lagarto un golpe en el lado de la cabeza que literalmente lo dejó para el arrastre.

«Menudo bicho más feo», pensó, dando por concluida la pelea, cuando otro goblin apareció en el quicio carbonizado de la puerta de entrada, sacudiendo la cabeza de la misma desconcertante forma que el primero. Dos más empezaron a tantear la ventana con las patas y algo empezó a escarbar en el triturador de la basura.

«A ver si lo adivino: otro goblin».

Caballina le dio la espalda al goblin de la entrada y le propinó una patada doble con las patas traseras que le arrancó una nube de humo de la boca abierta y lo catapultó hacia atrás sobre el muro de la finca como impulsado por una cuerda elástica. De forma simultánea, agujereó la ventana con dos golpes relámpago con su vara de bambú y desalojó a los goblins del alféizar, recién pintado. A través del cristal roto, vio decenas de goblins acudir en tropel a la casa y sintió algo muy parecido a un auténtico ataque de pánico.

“Espero que Potrillo no venga a casa —pensó, encogiendo las rodillas para situarse en posición de combate—. No creo que vaya a poder salvar la vida de

ambos”.

Potrillo hurgó por la furgoneta buscando algo, cualquier cosa, que pudiera salvar a su amada.

—Aunque pudiera llamar pidiendo ayuda —se dijo—, todos están hasta el cuello, ocupados tratando de solucionar un desastre u otro. Estoy solo ante el peligro. Ahora todo depende de mí.

La furgoneta era un amasijo de trastos, los estantes llenos hasta los topes con armazones de robot, frascos con formol, incubadoras, fuentes de alimentación y piezas biónicas.

«Pero ni una sola arma. Ni una pistola».

Encontró un frasco de ojos biohíbridos que lo fulminaban con la mirada, y un frasco lleno de alguna muestra líquida que no recordaba haber recogido.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el robot-navegador desde un altavoz de gel adherido a un panel de la pared.

—Todavía no —dijo Potrillo—. ¿Cuánto tiempo nos falta para llegar allí?

—Dos minutos —contestó el robot.

—¿Y no podrías dejarlo en un minuto?

—Podría, si atropellara a unos cuantos peatones.

Potrillo lo meditó un momento.

—No. Será mejor que no. ¿No había un cañón de plasma por aquí detrás, en alguna parte?

—No. Lo donaste al orfanato.

Potrillo no perdió el tiempo preguntándose por qué había donado un cañón de plasma a un orfanato, sino que siguió hurgando entre los trastos de la furgoneta.

«Si tuviera una hora podría montar algo, pero ¿dos minutos?».

Cable de fibra óptica. Periféricos. Maniqués para hacer vudú. Cámaras.

«Nada útil».

Al fondo de todo, Potrillo encontró una vieja batería mágica de litio e iones, ya obsoleta, que debería haber reciclado años atrás. Dio una palmadita afectuosa al enorme cilindro.

«Ejecutamos la famosa parada de tiempo en la mansión Fowl con varias como vosotras, preciosas».

Potrillo se quedó inmóvil. ¡Una parada de tiempo!

¡Podía detener el tiempo y todos quedarían ahí atrapados hasta que se agotase la batería!

Sin embargo, para ejecutar las paradas de tiempo se requería una serie de cálculos muy complicados y vectores precisos. No se podía poner en práctica una parada de tiempo en las afueras.

«Normalmente, no, pero estas no son circunstancias normales».

Necesitaría estar concentrada. Casi magia pura, con un diámetro no mucho mayor que la propiedad en sí.

—Te veo mirando esa batería mágica —señaló el robot-navegador—. No estarás pensando en ejecutar una parada de tiempo, ¿verdad, tronco? Necesitas un montón de permisos para poder hacer eso.

Potrillo sincronizó el temporizador de la batería con el ordenador del navegador, algo que Holly no podría haber hecho ni en un millón de años.

—No —dijo—. No la voy a ejecutar yo: lo vas a hacer tú.

Caballina tenía la piel chamuscada y llevaba marcas de mordeduras en las patas traseras, pero no pensaba rendirse, eso jamás. La rodeaban más de una decena de goblins que no dejaban de hacer rechinar los dientes y poner los globos oculares en blanco, enloquecidos por algo indefinible. Había más goblins en el tejado, abriéndose paso a mordiscos, y en cada ventana y cada puerta se apiñaba un amasijo de cuerpos retorciéndose.

«No he podido llegar a decir ni adiós», pensó Caballina, decidida a acabar con el máximo número posible de aquellos lagartos antes de que la enterraran bajo sus miles de patas.

«Adiós, Potrillo, te quiero», pensó, deseando que la intensidad del sentimiento llegase a alcanzarlo de alguna manera.

A continuación, su marido estrelló la furgoneta contra el lateral de la casa. El robotnavegador comprendió inmediatamente cuáles eran sus instrucciones.

—Ese plan es una locura —aseguró la inteligencia artificial—, pero es justo lo que haría yo.

—Perfecto —dijo Potrillo, colocándose en el arnés del asiento del pasajero—, porque es justo lo que vas a hacer.

—Te quiero, tronco —repuso el pequeño robot, y una lágrima gelatinosa se deslizó por su mejilla.

—Tranquilo, programa —le contestó Potrillo—. Te veo dentro de un par de minutos.

Caballina no llegó a comprender del todo lo ocurrido hasta que su mente tuvo tiempo de revisar las imágenes. La furgoneta de trabajo de su marido irrumpió derrapando en el interior de la casa y se llevó por delante a media docena de goblins, aplastándolos. La puerta del conductor estaba abierta, con el arnés desplegado, y Caballina ni siquiera tuvo tiempo de reparar en ello cuando, de pronto, notó cómo la levantaban en el aire, de espaldas, y la arrojaban boca abajo, en el espacio reservado a los cuadrúpedos.

—Hola, cariño —dijo Potrillo, aparentando una despreocupación traicionada por el sudor nervioso de su frente.

El conducto que unía ambas partes de la furgoneta quedó destrozado cuando la

parte de atrás frenó de golpe y la delantera viró bruscamente sobre la pared de enfrente.

—¡Mi casa! —exclamó Caballina en el asiento acolchado, mientras las paredes de obra se estrellaban contra las puertas y unas chispas chisporroteaban en el parabrisas.

Potrillo había intentado conducir manualmente la sección delantera para que fuera deteniéndose poco a poco a una distancia prudencial de la casa, pero los vehículos medio destrozados eran impredecibles, y este se empeñó en colocarse de lado y adentrarse derrapando en el jardín, hundiendo la rueda en la pila del mantillo familiar, que contenía a muchos de los ancestros de Potrillo.

Los goblins se quedaron descolocados por un momento, pero luego sus pobres y maltrechos sentidos captaron la odiosa señal sónica en la mano de Caballina y volvieron la cabeza hacia la sección delantera de la furgoneta. Había ya tantos goblins en el interior de la casa que ahora parecía una sola criatura gigantesca de escamas verdes. Cada uno de los goblins infló entonces el pecho, disponiéndose a lanzar una bola de fuego.

—Un bonito rescate. Lástima que no haya sido un éxito completo —señaló Caballina—, pero os agradezco el gesto.

Potrillo la ayudó a levantarse.

—Espera y verás —dijo.

Antes de que pudieran lanzar ni siquiera una sola bola de fuego, un rayo de magia azul salió disparado a través de la parte trasera de la furgoneta, se elevó seis metros hacia arriba en el aire y luego se expandió rápidamente hasta convertirse en un hemisferio de ectoplasma gelatinoso que cayó justo encima de la residencia de Potrillo.

—Retiro lo dicho —dijo Caballina—. Ha sido un rescate espectacular.

Potrillo acababa de meter la mano de Caballina en el interior de un guante blindado y de asegurarles a los vecinos que ya había pasado el peligro, cuando la parada de tiempo se desactivó y dejó al descubierto a un numeroso grupo de dóciles goblins.

—¡Potrillo! —gritó Caballina—. El campo de fuerza azul está inactivo.

—No te preocupes —dijo Potrillo—. Era tu mano lo que los estaba volviendo locos, pero he neutralizado la señal. Ahora estamos a salvo.

Caballina protegió a su esposo con su propio cuerpo mientras los goblins se paseaban, aturdidos, por entre las ruinas de su casa.

—Siguen siendo unos criminales, Potrillo.

—Ya han cumplido su condena —repuso el centauro—. Ha sido una parada de tiempo concentrada. Casi un cien por cien pura. Cinco segundos para nosotros han sido cinco años para ellos.

—Entonces ¿están listos para reinsertarse? —preguntó Caballina.

Potrillo se abrió paso entre los pequeños incendios y las pilas de escombros, que

era lo único que quedaba de su hogar familiar.

—Todo lo listos que pueden llegar a estar —respondió, guiando a unos confusos goblins hacia los postes de la entrada, que aún resistían en pie—. Volved a casa —les dijo—. Volved con vuestras familias.

No quedaba gran cosa de la sección trasera de la furgoneta, solo el chasis y algunas piezas aplastadas. Potrillo metió la cabeza por el marco de la puerta y una voz dijo:

—Te he echado de menos, tronco. Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo ha ido?

Potrillo sonrió y dio una palmadita a un aparato intercomunicador.

—Lo hemos hecho muy bien —dijo, y luego añadió—: Tronco.

CAPÍTULO 15: OLLA DE GRILLOS

MANSIÓN FOWL

Lectulandia MYLES se sentía agotado después de la posesión de Gobdaw y estaba metido en la cama con su copia plastificada de la tabla periódica aferrada al pecho.

—La posesión puede ser demoledora para una persona —dijo Holly—. Créeme, sé lo que me digo. Mañana por la mañana estará mucho mejor.

Los tres se encontraban sentados alrededor de la mesa de Artemis, como en una reunión de emergencia, cosa que estaban celebrando en realidad.

Mayordomo hizo un resumen de la situación.

—Tenemos a dos guerreros y ninguna arma.

Artemis se sintió en el deber de protestar.

—Yo puedo pelear si es necesario —dijo, sin demasiada convicción, ni siquiera para sí mismo.

—Tenemos que suponer lo peor con respecto a Mantillo —continuó Mayordomo, sin hacer caso de la penosa objeción de Artemis—. Aunque lo cierto es que tiene un don espectacular para esquivar a la muerte.

—¿Cuál es tu objetivo, específicamente? —preguntó Holly. La pregunta iba dirigida a Artemis, el planificador por excelencia.

—La puerta de los berserkers. Tenemos que cerrarla.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Escribir una carta de reclamación?

—Las armas normales son inocuas para la magia de Opal; de hecho, ella absorbería la energía. Pero si tuviéramos un superláser, tal vez bastaría para sobrecargar la puerta. Sería como apagar un fuego con una explosión.

Holly se dio unas palmaditas en el bolsillo.

—Pues no te lo vas a creer, pero me he dejado mi superláser en el bolsillo de otros pantalones.

—Ni siquiera tú puedes construir un superláser en una hora —dijo Mayordomo, preguntándose por qué se le habría ocurrido a Artemis proponer una cosa así.

Por alguna razón, de pronto, Artemis puso cara de culpable.

—Puede que yo sepa dónde hay uno.

—¿Y eso dónde puede ser, Artemis?

—En el granero, junto a mi planeador solar.

Mayordomo comprendió entonces a qué venía la expresión avergonzada de Artemis.

—¿En el granero donde montamos el gimnasio? ¿Donde se supone que deberías

estar practicando tus ejercicios de defensa personal?

—Sí. Ese granero.

A pesar de las circunstancias, Mayordomo se sintió decepcionado.

—Me lo prometiste, Artemis. Dijiste que necesitabas intimidad.

—Es que es muy aburrido, Mayordomo. Lo intenté, de verdad, pero no sé cómo lo haces. Cuarenta y cinco minutos dándole golpes a una pera de boxeo.

—¿Así que has estado trabajando en tu planeador solar en vez de cumplir con la promesa que me hiciste?

—Las baterías eran tan potentes que aún sobraba energía, así que en mi tiempo libre, diseñé un superláser ultraligero y lo construí de cero.

—Claro. ¿Cómo iba a faltar un superláser en el morro del planeador ultraligero de la familia?

—A ver, niños —interrumpió Holly—. Dejemos las peleas infantiles para otro momento, ¿de acuerdo? Artemis, ¿cuánta potencia tiene el láser?

—Ufff, la misma potencia que una llamarada solar —contestó Artemis—. En la concentración máxima, debería tener fuerza suficiente para abrir un boquete en la puerta sin causar daños en las inmediaciones.

—Ojalá nos lo hubieses dicho antes, la verdad.

—No he puesto a prueba el láser todavía —dijo Artemis—. Nunca utilizaría una fuerza de ese calibre a menos que no hubiese ninguna otra alternativa, y por lo que nos ha contado Myles, no tenemos ningún otro as en la manga.

—¿Y Juliet no sabe nada de esto? —quiso saber Holly.

—No, lo he mantenido en secreto.

—Bien. Entonces, a lo mejor tenemos una oportunidad.

Mayordomo los vistió con los trajes de camuflaje que guardaba en su armario e incluso obligó a Artemis a someterse a la sesión de maquillaje de rayas en la cara con lápiz de cera verde militar y negro.

—¿De verdad es necesario? —preguntó Artemis, con cara de pocos amigos.

—Desde luego —contestó el guardaespaldas, aplicando enérgicamente la barra—. Por supuesto, si prefieres quedarte aquí y dejar que vaya yo, tú y Myles podríais ponerlos las zapatillas y relajaros tranquilamente.

Artemis aguantó la pulla con dignidad, adivinando, muy acertadamente, que Mayordomo aún seguía ofendido por la historia del superláser.

—Tengo que ir con vosotros, Mayordomo. Es un superláser, no una escopeta de feria. Hay que encender todo un sistema de activación, y no hay tiempo de enseñaros la secuencia.

Mayordomo colocó una pesada chaqueta de defensa antiaérea sobre los delgados hombros de Artemis.

—Está bien. Si tienes que ir, mi trabajo consiste en proteger tu vida y mantenerte

a salvo, así que hagamos un trato: si no haces en voz alta ninguno de los comentarios sobre el peso o la inutilidad de esta chaqueta que sin duda te rondan por ese enorme cerebro tuyo, yo no volveré a mencionar el episodio del superláser. ¿De acuerdo?

«Esta chaqueta me va a destrozar los hombros —pensó Artemis—. Y pesa tanto que no podría echarle una carrera ni a un caracol».

Pero dijo:

—Trato hecho.

Una vez que el sistema de seguridad de Artemis les aseguró que tenían despejado el perímetro, el grupo salió sigilosamente y en fila india del estudio, atravesó la cocina, luego el patio y se deslizó por el pasillo entre los establos.

No había ningún centinela, cosa que extrañó mucho a Mayordomo.

—No veo nada. A estas alturas, Opal ya debe de saber que hemos escapado de sus piratas.

—No se puede permitir prescindir de más soldados —susurró Holly—. La puerta es su prioridad absoluta, y necesita el máximo número de berserkers posible para que le cubran las espaldas. En este momento, somos secundarios.

—Eso será su perdición —dijo Artemis, jadeando, pues ya estaba sufriendo bajo el peso de la chaqueta—. Artemis Fowl nunca será secundario.

—Pues yo creía que eras Artemis Fowl II —señaló Holly.

—Eso es distinto. Y yo creía que estábamos en plena misión.

—Es verdad —dijo Holly, y luego se dirigió a Mayordomo—. Estamos en tu terreno, amigo mío.

—Eso es —respondió Mayordomo—. Yo iré delante.

Atravesaron el terreno rápida pero cautelosamente, atentos a todo ser vivo que se cruzase en su camino. Tal vez los berserkers habían poseído hasta las mismísimas lombrices de tierra que se arrastraban por el suelo, o incluso los grillos gigantes que inundaban los dominios de los Fowl y que, al rozar las alas a la luz de la luna, sonaban como una orquesta de minúsculos carpinteros.

—No piséis los grillos —dijo Artemis—. A mi madre le gusta cómo cantan.

Aquellos grillos —que los entomólogos de Dublín habían apodado «Pepitos»— se veían durante todo el año únicamente en la propiedad de los Fowl, y podían crecer hasta alcanzar el tamaño de un ratón. Artemis supuso entonces que aquello se debía a los efectos de la radiación mágica que se filtraba hacia la superficie procedente del centro de la Tierra, pero lo que no podría haber adivinado era que la magia había infectado el sistema nervioso de los grillos con cierto grado de simpatía por los berserkers. Esto no se manifestaba en grupitos de grillos sentados alrededor de una fogata en miniatura que contaban historias de valientes guerreros élficos, no, sino en una actitud agresiva hacia cualquier cosa que supusiese una amenaza para los berserkers. O por decirlo de otra forma más sencilla: si no le caías bien a Opal, no

podías esperar que los grillos sintiesen mucho afecto por ti.

Mayordomo bajó el pie muy despacio hacia un grupo de grillos, esperando que se apartasen de su camino. No lo hicieron.

«Debería aplastar a estos bichos —se dijo—. No tengo tiempo para miramientos con los insectos».

—Artemis —lo llamó por encima del hombro—, estos grillos no quieren apartarse.

El chico se puso de rodillas en el suelo, fascinado.

—Mirad, no dan muestras de prudencia natural ni nada que se le parezca. Casi es como si no les cayéramos bien a estos grillos. Debería hacer un estudio en el laboratorio.

El bicho más grande del grupo abrió sus largas fauces, dio un salto en el aire y mordió a Artemis en la rodilla. A pesar de que los dientes del insecto no penetraron en sus gruesos pantalones de combate, Artemis cayó hacia atrás de la impresión y habría aterrizado de espaldas en el suelo si no fuera porque Mayordomo lo atrapó en ese instante y salió corriendo con su protegido debajo del brazo.

—Dejemos lo del estudio de laboratorio para otro día.

Artemis no tuvo más remedio que estar de acuerdo con él.

Los grillos los siguieron, dándose impulso con sus poderosas patas traseras para lanzarse en el aire. Saltaban todos al unísono, como si fueran un solo organismo, una bulliciosa ola de verde que seguía el camino exacto de Mayordomo. Cada vez se incorporaban a la expedición más y más grillos, saliendo de las zanjas del terreno y de los agujeros del suelo. La ola crujía con cada movimiento, tan compacta era la concentración de insectos.

«Al menos, estos no pueden volar —pensó Mayordomo—, o de lo contrario, no tendríamos escapatoria».

Artemis puso los pies en el suelo y echó a correr, zafándose de los brazos de Mayordomo. El grillo gigante seguía aferrado a su rodilla, royendo la tela de camuflaje. Artemis le dio un manotazo y fue como darle a un coche de juguete. El grillo seguía allí y él tenía la mano dolorida.

En aquellas condiciones, ni siquiera Artemis podía pensar con claridad, o mejor dicho, le resultaba difícil pensar con el zumbido insoportable que lo martirizaba entre los pliegues de su cerebro.

«Grillos. Grillos asesinos. Chaqueta muy pesada. Demasiado ruido. Grillos locos. A lo mejor estoy delirando otra vez...».

—¡Cuatro! —exclamó en voz alta, solo para asegurarse—. Cuatro.

Mayordomo comprendió de inmediato qué era lo que estaba haciendo el chico.

—Sí, está ocurriendo de verdad. No te preocupes, no son imaginaciones tuyas.

Artemis pensó que ojalá lo fueran.

—¡Esto es peligroso! —gritó a pleno pulmón, para hacerse oír y sofocar los latidos de su propio corazón en los oídos.

—Necesitamos llegar al lago —dijo Holly—. Los grillos no saben nadar.

El granero estaba en lo alto de una colina con vistas a un lago conocido como el Charco Rojo por el intenso color que adquiría al atardecer, desde la ventana en saliente del salón de la mansión. El efecto era espectacular, como si las mismísimas llamas del Hades acechasen por debajo del agua clara. De día, era un patio de recreo para los patos, pero por la noche, era la puerta del infierno. La idea de que una masa de agua pudiese tener una identidad secreta siempre había divertido a Artemis, y era uno de los pocos temas en los que se permitía dar rienda suelta a su imaginación. Ahora el lago le parecía simplemente un refugio seguro.

«Seguramente el peso de esta chaqueta me arrastrará hasta el fondo».

Holly se precipitó sobre él por detrás, dándole codazos repetidamente en la cadera.

—¡Date prisa! —le dijo—. Borra esa cara de pasmarote. Recuerda: nos persiguen unos grillos asesinos.

Artemis aceleró el ritmo, tratando de correr lo más rápido posible, como había visto hacer a Beckett tantas otras veces, con tanta facilidad, como si correr medio día entero no costase ningún esfuerzo especial.

Atravesaron unos bancales divididos en secciones por unas vallas improvisadas hechas con postes y arbustos. Mayordomo se abrió paso entre todo lo que se interponía en su camino y arrancaba pateando con las botas ristras enteras de patatas recién salidas, despejando el camino para Artemis y Holly. A los grillos no había obstáculo capaz de impedirles el paso, pues se limitaban a atravesarlas zumbando o sortearlas volando, sin que, por lo visto, eso les obligara a reducir la velocidad. El ruido era intenso y no presagiaba nada bueno, una cacofonía de murmullos. Insectos en plena conspiración.

La avanzadilla de grillos mordisqueaba las botas de Holly, se aferraba a sus tobillos y afilaba sus fauces violentas y voraces. El instinto de Holly le decía que se detuviese y se quitase los insectos de encima, pero su instinto de soldado le decía que siguiese corriendo y soportase las mordeduras. Detenerse en ese momento sería un error fatal. Percibió como se arremolinaban en torno a sus tobillos y sintió como sus caparazones se resquebrajaban y crujían bajo sus botas. Era como correr sobre pelotas de pingpong.

—¿Cuánto queda? —preguntó—. ¿Cuánto queda?

Mayordomo le respondió levantando dos dedos.

«¿Y eso qué significa? ¿Dos segundos? ¿Veinte segundos? ¿Doscientos metros?».

Siguieron corriendo a través de los bancales y bajaron por la ladera de la colina en dirección a la orilla del agua. La luna se reflejaba en la superficie como el blanco del

ojo de un dios, y en el extremo opuesto estaba la suave pendiente de la pista de despegue de Artemis. Ya tenían a los grillos encima, hasta la cintura en el caso de Holly. Llegaban en tropel desde todos los rincones de la finca.

«Nunca habíamos tenido ningún problema con los grillos —pensó Artemis—. ¿De dónde han salido todos?».

Sentían las picaduras en las piernas como minúsculas quemaduras, y correr era tarea casi imposible con una capa de grillos feroces recubriéndoles las extremidades.

Holly fue la primera en caer, seguida de Artemis, y los dos pensaron que sin duda aquella tenía que ser la peor forma de morir. Artemis había dejado de forcejear cuando una mano atravesó el enjambre de zumbidos eléctricos y tiró de él para sacarlo del pantano de insectos.

A la luz de la luna, vio un grillo aferrado a su nariz y levantó la mano para aplastarlo con los dedos. El insecto crujió en su puño cerrado, y por primera vez, Artemis sintió la inyección de adrenalina que animaba al combate. Le dieron ganas de aplastar y estrujar a todos aquellos grillos.

Naturalmente era Mayordomo quien había acudido en su rescate, y colgado del brazo del guardaespaldas, vio que también llevaba a Holly colgada del otro brazo.

—Coged aire —les indicó Mayordomo, y acto seguido, los arrojó al lago. Cinco minutos después, Artemis llegó con la respiración entrecortada al otro lado, entero salvo por la chaqueta de protección, detalle del que estaba seguro que Mayordomo tendría algo que decir, pero no había tenido más remedio que elegir entre la chaqueta o morir ahogado, y la verdad es que no tenía mucho sentido llevar una chaqueta antibalas en el fondo de un lago.

Sintió un gran alivio al descubrir que iba flanqueado por Holly y Mayordomo, que parecía respirar con mucha menos dificultad que él.

—Hemos despistado a los grillos —informó Mayordomo, y su comentario hizo que Holly se echara a reír a carcajadas histéricas, que acabó sofocando con la manga empapada de su chaqueta.

—«Hemos despistado a los grillos» —repitió—. Ni siquiera tú puedes hacer que eso suene serio.

Mayordomo se retiró el exceso de agua del pelo cortado a cepillo.

—Soy Mayordomo —dijo, con el gesto grave—. Todo lo que yo digo es serio. Y ahora, sal del lago, criatura.

A juzgar por lo que pesaban cuando salió a rastras del agua, a Artemis le pareció que su ropa y sus botas debían de haber absorbido la mitad del lago. Muchas veces se había fijado en los actores de los anuncios de televisión saliendo de una piscina con elegancia, emergiendo del agua de un salto para aterrizar junto a ella, pero el propio Artemis siempre se había visto obligado a salir por la parte que no cubría o a ejecutar una especie de pirueta que lo dejaba panza abajo en el borde. Bien, pues su salida del

lago fue aún menos elegante, una serie de sacudidas y tijeretazos en el aire que habrían recordado a cualquiera que lo hubiese visto los movimientos de una foca un poco torpe. Al final, Mayordomo evitó que siguiera haciendo el ridículo pasándole un brazo por debajo del codo.

—Vamos, arriba, Artemis. El tiempo apremia.

Artemis se levantó sumamente agradecido, chorreando agua de los pantalones de combate.

—Ya casi estamos —le anunció Mayordomo—. Solo quedan trescientos metros.

Hacía ya tiempo que Artemis había dejado de sorprenderse ante la capacidad de su guardaespaldas para compartimentar sus emociones. Lo normal habría sido que los tres se hubiesen encontrado en estado de shock después de todo lo que habían tenido que experimentar, pero Mayordomo siempre se las había arreglado para meter todas aquellas sensaciones traumáticas en un cajón para encargarse de ellas más tarde, cuando el mundo dejase de estar al borde de la destrucción total. El mero hecho de estar a su lado ya infundía valor y fuerza a Artemis.

—¿A qué esperamos? —preguntó Artemis, y echó a andar colina arriba.

El canto de los grillos remitió a sus espaldas hasta fusionarse con el viento que soplaba entre los pinos, y no hallaron ningún otro adversario animal en la breve carrera ladera arriba hacia la pista de despegue. Coronaron la cima de la colina y comprobaron que no había nadie custodiando el granero. ¿Y por qué iba a haberlo? Después de todo, ¿qué clase de estrategia abandona un fuerte para esconderse en un granero altamente inflamable?

«Por fin un golpe de suerte —se dijo Artemis—. A veces ser retorcido tiene sus ventajas».

Volvieron a tener suerte dentro del granero, donde Mayordomo recuperó una pistola Sig Sauer del interior de una caja fuerte escondida en el lateral de una viga.

—No eres el único que guarda secretos en el granero —le dijo a Artemis, sonriendo mientras comprobaba el funcionamiento y la munición de la pistola.

—Genial —contestó Holly con tono seco—. Ahora podemos disparar a una docena de saltamontes.

—Grillos —la corrigió Artemis—, pero en vez de eso, vamos a hacer volar este avión y a abrir un agujero enorme en los planes de Opal.

El fuselaje y las alas de la ligera aeronave estaban recubiertos de placas solares que alimentaban el motor para el despegue. Una vez en el aire, el avión iba alternando entre el vuelo a motor y planeando en el aire, en función de las instrucciones del ordenador. Si un piloto se contentaba con seguir la ruta más larga y aprovechar las corrientes, era posible activar el motor únicamente para el despegue, y algunos trayectos podían realmente dejar una huella de carbono equivalente a cero.

—Ese avión de ahí —dijo Mayordomo—. El que hay detrás de la pera de boxeo

sin estrenar y las pesas relucientes con sus agarraderas impolutas.

Artemis lanzó un gemido.

—Sí, ese avión. Y ahora ¿puedes olvidarte de las pesas y retirar los tacos de las ruedas del tren de aterrizaje mientras yo lo pongo en marcha? —dijo, dándole algo que hacer a Mayordomo—. Dejemos la puerta cerrada hasta que estemos listos para despegar.

—Es un buen plan —dijo Holly—. Déjame mirar dentro.

Atravesó el granero, dejando unas pisadas de barro en el suelo, y abrió la portezuela trasera del avión.

La aeronave —que Artemis había bautizado con el nombre de *Keops* en honor al faraón para el que los antiguos egipcios construyeron una barcaza solar— era un aeroplano deportivo ultraligero modificado completamente por Artemis en su afán de diseñar un vehículo de pasajeros que fuera práctico y ecológico. Las alas eran un cincuenta por ciento más largas de lo que habían sido antes, con unos montantes ultrafinos distribuidos tanto por el intradós como por el extradós. Todas las superficies, incluidos los embellecedores, estaban recubiertas de placa solar, que recargaría la batería una vez estuviera el aparato en el aire. Un cable alimentador iba de la parte del tren de cola del *Keops* hasta la vertiente sur del tejado a dos aguas del granero, para que la aeronave tuviese suficiente energía para despegar cuando Artemis necesitase realizar un vuelo de prueba.

La cabeza de Holly apareció de entre la oscuridad del interior.

—Todo despejado —anunció en voz baja, por si los ruidos fuertes rompían la racha de buena suerte.

—Muy bien —contestó Artemis, corriendo hacia la puerta y ejecutando ya la secuencia de arranque en su cabeza—. Mayordomo, ¿quieres abrir las puertas en cuanto arranque el motor, por favor?

Mayordomo asintió y apartó de una patada el taco blanco de madera de debajo de la rueda delantera. Quedaban dos más.

Artemis se subió al avión y advirtió de inmediato que allí había algo raro.

—Huelo algo. El perfume de Juliet.

Se arrodilló entre los asientos de los pasajeros y abrió una trampilla metálica que daba a un compartimento debajo. Unos cables gruesos atravesaban el espacio, y había un hueco rectangular en el medio, donde debería haber algo en forma de caja.

—¿La batería? —preguntó Holly.

—Sí —dijo Artemis.

—Entonces ¿no podemos despegar?

Artemis soltó la trampilla y dejó que se cerrara con gran estruendo. El ruido ya no importaba.

—No podemos despegar. No podemos disparar.

Mayordomo asomó la cabeza al interior del avión.

—¿Por qué estáis haciendo tanto ruido de repente?

Una mirada a la cara de Artemis le bastó para obtener la respuesta que necesitaba.

—Así que es una trampa. Parece que Juliet te vigilaba mucho más de lo que creíamos. —Se sacó la Sig Sauer del cinturón—. Muy bien, Artemis. Tú quédate aquí. Es hora de que los soldados tomemos el relevo.

En ese momento, las facciones de Mayordomo adoptaron una expresión entre sorprendida y dolida mientras un rayo de magia penetraba en el interior del granero desde fuera y rodeaba la cabeza y el torso del guardaespaldas, derritiendo para siempre cada folículo piloso de su cabeza y arrojándolo a la parte de atrás del avión, donde permaneció inmóvil.

—Efectivamente, es una trampa —dijo Holly, con tono sombrío—. Y nos hemos metido de cabeza en ella.

CAPÍTULO 16: UN DÍSPARO DE ADVERTENCIA



MANTILLO Mandíbulas no estaba muerto, pero había descubierto el límite de su capacidad digestiva: sí era posible comer demasiados conejos. Estaba tendido de espaldas sobre el suelo del túnel semiderrumbado, con la panza tensa y tirante como la piel de un melocotón maduro.

—Ayyy —gimió, soltando una ventosidad que lo propulsó tres metros en el interior del túnel—. Ahora ya me siento mejor.

Costaba lo suyo que Mantillo le hiciese ascos a algún alimento, pero después de ese último atracón a base de carne de conejo con piel y todo, no se creía capaz de comer ninguno más durante al menos una semana. Tal vez sí podría comerse una buena liebre. Con chirivía, por ejemplo.

Los conejos habían seguido acudiendo en manada, haciendo ese ruido infernal y sibilante, arrojándose al interior de su esófago como si estuvieran ansiosos por que el enano se los zampara enteros, con cráneo y todo. ¿Por qué no podían todos los conejos ser iguales que aquellos? Así cazarlos sería mucho más fácil.

«No han sido los conejos en sí los que me han sentado mal», reflexionó Mantillo. Eran los berserkers que habitaban su interior: las almas de los guerreros berserker no podían haber estado muy cómodas dentro de su estómago. Para empezar, el enano tenía los brazos plagados de tatuajes de runas, pues todos los miembros de su raza tenían un miedo visceral a ser poseídos. Y en segundo lugar, la flema de enano se había utilizado para ahuyentar a los espíritus desde tiempos inmemoriales, de manera que en cuanto sus huéspedes conejos murieron, los espíritus guerreros realizaron la transición al más allá con una rapidez inusitada. No avanzaron con paso lento y sereno hacia la luz, sino que salieron a la carrera, zumbando hacia el cielo. El ectoplasma estalló y se desparramó por los intestinos de Mantillo, provocándole un fuerte ardor de estómago y dibujando una marca de quemadura en la curva inferior de su voluminosa barriga. Después de pasar otros diez minutos más compadeciéndose de sí mismo y desinflándose poco a poco, Mantillo ya se sintió con fuerzas para moverse. Probó a agitar las manos y los pies, y cuando vio que el estómago ya no se le revolvía violentamente, rodó de costado y se puso a cuatro patas.

«Debería salir pitando de aquí —pensó—. Debería irme lejos, muy lejos de la superficie, antes de que Opal libere el poder de Danu, si es que existe tal cosa».

Mantillo sabía que si se hallaba por los alrededores cada vez que ocurría alguna catástrofe, la PES siempre trataba de echarle las culpas a él.

«Mirad, ahí está Mantillo Mandíbulas. Vamos a detenerlo y a tirar el chip de acceso. Caso cerrado, Su Señoría».

Vale, puede que no ocurriese así exactamente, pero Mantillo sabía que cada vez que alguien levantaba un dedo acusador, casualmente, siempre solía apuntar en su dirección y tal como había declarado su abogado en cierta ocasión memorable: «El tres o cuatro por ciento de las veces, mi cliente no ha sido cien por cien responsable del delito concreto que se le imputaba, lo que equivale a decir que ha habido un número significativo de incidentes en los que la participación del señor Mandíbulas ha sido insignificante, aun en el caso de que pudiera haber estado involucrado técnicamente en alguna fechoría en un lugar adyacente a la escena del crimen en una fecha ligeramente distinta a la fecha que se especifica en la orden de detención de la PES».

Esta declaración hizo saltar por los aires tres marcos legales analíticos y tuvo muy entretenidos a los expertos durante varias semanas. Mantillo sonrió en la oscuridad, y sus dientes luminosos alumbraron el túnel. Abogados... Todo el mundo debería tener uno.

—En fin... —les dijo a las lombrices que se arrastraban por las paredes del túnel—. Es hora de irse.

«Adiós, viejos amigos. Lo hemos intentado, pero no se puede ganar siempre. La cobardía es la clave de la supervivencia, Holly. Nunca llegaste a entenderlo».

Mantillo lanzó un prolongado y profundo suspiro... y lo remató con un eructo, porque sabía que estaba engañándose a sí mismo.

«No puedo salir huyendo».

Porque había mucho más en juego que su propia vida: era la vida en sí lo que estaba en juego. Muchas vidas, a punto de ser exterminadas por una duendecilla loca como un cencerro.

«No estoy haciendo ninguna promesa heroica —se consoló—. Solo me voy a asomar un momentito a la puerta de los berserkers para ver exactamente si ya nos llega el agua al cuello o todavía no. A lo mejor Artemis ya nos ha sacado del lío y puedo retirarme a mis túneles. Y a lo mejor puedo llevarme unas cuantas obras maestras de valor incalculable para que me hagan compañía. ¿Acaso no me lo merezco?».

Al moverse la barriga de Mantillo rozaba el suelo del túnel, todavía hinchada y emitiendo extraños ruidos como de animales.

«No tengo suficiente energía para excavar seis metros de túnel —advirtió—. No puedo seguir, o me estallarán las paredes del estómago».

Al final resultó que Mantillo no tuvo que tragar ni un solo bocado más de la arcilla del túnel. Cuando levantó la vista, vio un par de ojos rojos que lo miraban, y debajo de aquellos ojos nocturnos, unos colmillos afilados que sobresalían de la oscuridad, rodeados de una cabeza peluda y llena de rastas.

—Gruffffff —exclamó el trol, y a Mantillo solo se le ocurrió echarse a reír.

—No puede ser... —dijo—. Después del día que he tenido, lo que me faltaba.

—Gruff —repitió el trol, y avanzó con paso lento y pesado hacia delante, con el veneno paralizante chorreándole de los colmillos.

Mantillo pasó por una serie de etapas que fueron del temor y el pánico hasta la ira y la indignación.

—¡Esta es mi casa, trol! —gritó, irguiéndose hacia delante con aire amenazador—. Aquí es donde vivo. ¿Crees que vas a poder con un enano? ¿En un túnel?

Efectivamente, eso era justo lo que pensaba Gruff, de manera que siguió su avance implacable, a pesar de que las paredes entorpecían su ritmo natural.

«Es mucho más grande que un conejo», pensó Mantillo, y acto seguido los dos colisionaron formando una nube borrosa de marfil, carne y grasa, y emitiendo exactamente el ruido que cabría esperar oír cuando una máquina de matar, cien por cien músculo, se enfrenta a un enano corpulento lleno de gases.

En el establo, Artemis y Holly estaban en una situación bastante desesperada: solo les quedaban dos balas en un arma que Holly apenas podía levantar y con la que Artemis ni siquiera habría acertado a la puerta de un granero, a pesar de que tenía una delante de las narices.

Estaban agazapados en la parte posterior del avión solar de Artemis, esperando, básicamente, a que los berserkers lanzaran su ataque. Mayordomo yacía inconsciente en el asiento trasero mientras el humo le salía literalmente por las orejas, un síntoma que ningún profesional de la salud había diagnosticado nunca como bueno.

Holly tenía la cabeza de Mayordomo entre los brazos, acunándola y presionando los pulgares con suavidad sobre las cuencas de sus ojos, y estrujó hasta la última gota líquida que le quedaba de magia para filtrarla en el cráneo del guardaespaldas.

—Está bien —anunció, con la respiración jadeante—, pero ese rayo le ha parado el corazón durante un rato. Si no hubiera sido por el Kevlar que llevaba en el pecho...

Holly no pudo terminar la frase, aunque Artemis sabía que era la enésima vez que su guardaespaldas escapaba de la muerte por los pelos, y cualquier número «enésimo» era el límite absoluto de la cantidad de vidas que el universo otorgaba a cualquier persona.

—Su corazón nunca volverá a ser el mismo, Artemis. Se acabaron las aventuras de alto riesgo. Va a estar fuera de combate durante horas —dijo Holly, mirando por el ojo de buey del fuselaje—. Y los berserkers se están preparando para tomar la iniciativa. ¿Cuál es el plan, Arty?

—Tenía un plan —contestó Artemis, aturdido—. Y no ha funcionado.

Holly lo zarandeó sujetándolo por los hombros y Artemis supo que el siguiente paso sería darle una bofetada en la cara.

—Vamos, Fangoso. Espabila y actúa. Ya tendrás tiempo para lamentaciones más tarde.

Artemis asintió. Era su deber: él urdía los planes.

—Muy bien. Lanza un disparo de advertencia. No pueden saber cuántas balas nos quedan y eso puede hacerlos dudar un instante, darnos un margen de tiempo para pensar.

Holly puso cara de incredulidad, como diciendo: «¿Un disparo de advertencia? Eso también se me podría haber ocurrido a mí, genio».

Pero aquel no era el momento de magullar la escasa confianza de Artemis en sí mismo, así que la elfa levantó la pesada Sig Sauer de Mayordomo y abrió una rendija en la ventanilla, apoyando el cañón en el marco.

«Esta pistola es enorme y muy difícil de manejar —pensó—. Así que si le doy a algo sin querer, que nadie me eche la culpa».

En un asedio, era una práctica común enviar a un soldado a explorar el terreno — y lo de «enviar» solo era una forma mucho más suave de decir «sacrificar»—, y los berserkers decidieron hacer precisamente eso: ordenar a uno de los perros de caza de los Fowl que olisquease los alrededores. El enorme sabueso se puso a merodear a través de la luz de la luna que se filtraba por la puerta del establo con la intención de perderse entre las sombras.

«No tan rápido —pensó Holly, y disparó un solo tiro con la pistola, que alcanzó al perro como un martillazo en la parte superior del cuarto delantero y lo impulsó hacia atrás, de nuevo junto a sus compañeros—. Vaya —exclamó la elfa para sí—. Yo le estaba apuntando a la pata».

Cuando el avión dejó de vibrar y el eco del disparo se apagó en el cerebro de Artemis, preguntó:

—Eso ha sido un disparo de advertencia, ¿verdad?

Holly se sintió un poco culpable por el perro, pero eso ya lo arreglaría en una sesión con el psicólogo, si es que salían con vida de aquella.

—Sí, desde luego. Ya están advertidos. Tienes tu minuto para pensar.

El perro había salido del granero en mucho menos tiempo del que había tardado en entrar, y Bellico y su camarilla mágica sintieron una punzada de envidia al ver como un alma abandonaba el cuerpo canino, sonreía brevemente y después desaparecía con un destello azul, de camino hacia el otro mundo.

—No necesitamos entrar —dijo el pirata Salton, deslizando la puerta del establo para cerrarla—. Lo único que tenemos que hacer es no dejarlos salir.

Bellico no estaba de acuerdo.

—Tenemos órdenes de matarlos, y eso no lo podemos hacer desde aquí, ¿verdad que no? Y quién sabe si no habrá algo ahí dentro que mi huésped, Juliet, ignora. Otro túnel, o un globo de aire caliente. Hay que entrar.

Opal había sido muy específica cuando Bellico le había proporcionado la información sobre el *Keops*.

—Mi huésped protege a los niños Fowl —le había dicho Bellico—. El pequeño Myles es muy curioso, y un día siguió a Artemis a su taller en lo alto de la colina, así que Juliet siguió al chico. Allí dentro hay una nave del cielo, impulsada por el sol. Tal vez sea algún tipo de arma.

Opal había interrumpido su canto de invocación.

—Artemis no tiene otra opción más que ir a buscar esa arma. Llévate a un batallón, retira la batería de la nave y luego espera a que entren en el taller. —Opal tomó a Bellico del antebrazo y se lo apretó hasta clavarle las uñas en la carne. Una corriente de energía salió del corazón de Opal, le recorrió el brazo y pasó hasta Bellico, quien sintió náuseas y supo al instante que la magia era veneno.

—Esto es magia negra y te devorará el alma —le explicó Opal, como si tal cosa—. Deberías soltarla lo antes posible. Tienes suficiente para un rayo: concéntrate y haz que el rayo sea de utilidad.

Bellico se puso la mano delante de la cara, y vio como la magia se enroscaba alrededor de sus dedos.

«Un rayo —pensó—. Con eso bastará para acabar con el más grandote».

Holly revoloteaba con ansiedad alrededor de Artemis. Él estaba en su estado de trance particular, pensando, y detestaba que lo interrumpieran, pero había mucho movimiento por debajo de la puerta del establo y un sinfín de sombras zigzagueando bajo la luz de la luna, y su instinto de soldado le decía que estaban a punto de asaltar su refugio.

—Artemis —le dijo con apremio—. Artemis, ¿se te ha ocurrido algo?

Artemis abrió los ojos y se apartó un mechón de pelo negro de la frente.

—Nada. No hay plan racional capaz de salvar ni siquiera a uno de nosotros si Opal logra abrir el segundo sello.

Holly volvió junto a la ventana.

—Bueno, pues entonces, el primero que entre, se lleva otro disparo de advertencia.

Bellico ordenó a los arqueros que formaran en fila frente a la puerta corredera del granero.

—Cuando se abra la puerta, fuego a discreción sobre la máquina. A continuación, nos precipitamos dentro. La elfa tendrá tiempo para dos disparos, ni uno más. Y si alguno de nosotros resulta muerto, bueno, pues mejor para él.

Los guerreros de Xian no podían hablar: tenían la boca sellada, pues sus restos momificados estaban dentro de unos sepulcros de terracota bajo los efectos de un hechizo, pero asintieron con rigidez y desenfundaron sus gigantescos arcos.

—¡Piratas! —los llamó Bellico—. Colocaos detrás de los arqueros.

—No somos piratas —dijo Salton Finnacre con tono malhumorado, rascándose el fémur—. Habitamos los cuerpos de unos piratas. ¿No es cierto, mis valientes?

—¡Ar! ¡Sí, capitán! —exclamaron los demás piratas al unísono.

—Lo reconozco —dijo Finnacre, avergonzado—. Eso ha sonado bastante a pirata, pero es que todo se pega... Dos días más en este cuerpo y sabré navegar a bordo de un bergantín yo solito.

—Comprendo —convino Bellico—. Nos reuniremos con nuestros antepasados muy pronto, cuando hayamos cumplido con nuestro deber.

—¡Guau! —ladró el último perro con sentimiento, casi sin poder resistir el impulso de su huésped de ponerse a olfatear las partes pudendas de los demás.

Bellico envolvió con los dedos de Juliet el tirador de la puerta y comprobó su resistencia.

—Una carga gloriosa más, mis guerreros, y los humanos serán aniquilados para siempre. Nuestros descendientes podrán vivir en paz para siempre.

Se respiraba una violencia inminente en el aire. Holly percibía incluso cómo los berserkers se preparaban para invadir su subconsciente.

«Ahora todo depende de mí —concluyó—. Tengo que ser yo la que nos salve a todos».

—Vale, Artemis —dijo bruscamente—. Nos subiremos a las vigas. Así quizá los berserkers todavía tarden un rato en encontrarnos, tiempo que puedes emplear en urdir un plan.

Artemis miró por encima del hombro, a través de la ventanilla.

—Demasiado tarde —sentenció.

La puerta del establo se abrió deslizándose sobre las ruedas lubricadas y la silueta de seis implacables guerreros chinos de terracota se recortó en el rectángulo iluminado por la luna.

—Arqueros —dijo Holly—. Tumbate en el suelo.

Artemis parecía perplejo por el fracaso absoluto de sus planes. Había actuado de manera predecible; ¿desde cuándo se había vuelto tan predecible?

Holly vio que sus palabras no estaban haciendo mella en el cráneo de Artemis, y se dio cuenta de que el joven tenía dos puntos flacos importantes: uno, que estaba muy limitado físicamente, no solo por su estructura ósea, sino también por una falta de coordinación capaz de avergonzar a un crío de cuatro años; y dos, confiaba tantísimo en la superioridad de su propio intelecto que rara vez tenía la previsión de desarrollar un plan B. Si el plan A resultaba ser un fiasco, no había alternativa.

«Tal que ahora».

Holly se arrojó encima de Artemis, se agarró a su torso y lo derribó de espaldas en el suelo del estrecho pasillo. Un segundo más tarde, oyó la orden desde el exterior.

—¡Fuego!

Era la voz de Juliet. Ordenando el asesinato de su propio hermano.

Como saben muy bien todos los veteranos de guerra, la necesidad de mirar al

instrumento de la propia muerte resultaba prácticamente irresistible, y Holly estaba sintiendo esa inmensa atracción en ese preciso instante, la de incorporarse y ver como las flechas trazaban una curva ascendente en el aire hacia sus objetivos. Sin embargo, resistió la tentación y se agachó, aplastándose a sí misma y a Artemis contra el suelo de la pasarela de manera que el acero corrugado les presionaba las mejillas.

Unas flechas de un metro de largo perforaron el fuselaje, hicieron tambalearse la aeronave y se incrustaron con firmeza en la tapicería de los asientos. Una de ellas pasó tan cerca de Holly que llegó a atravesarle la charretera, clavándola al asiento.

—¡D'Arvit! —exclamó Holly, al tiempo que tiraba de ella para soltarse.

—¡Fuego! —se repitió la orden desde el exterior, y una sucesión de silbidos inundó inmediatamente el aire.

«Suenan como si fueran pájaros», pensó Holly.

Pero no eran pájaros, sino una segunda andanada. Cada flecha alcanzó la aeronave y destruyó las placas solares, e incluso una pasó limpiamente a través de dos ojos de buey. La aeronave se deslizó hacia un lado, inclinándose hacia el ala de estribor. Y una vez más, llegó la orden:

—¡Fuego!

Pero esta vez Holly no oyó ningún silbido, sino un fuerte crujido. Holly se rindió a su curiosidad y trepó por el suelo inclinado para asomarse a ver por el ojo de buey. Juliet estaba encendiendo las flechas de los soldados de terracota.

«Oh, no —pensó Holly—. Se refiere a esa clase de fuego...».

Bellico escudriñó el interior del granero y se alegró al ver que el avión se estaba desplomando. La memoria de su huésped le aseguraba que aquel artefacto había surcado el cielo con la energía del sol como combustible para su motor, pero a Bellico le resultaba difícil creerlo. Tal vez los sueños y los recuerdos de la humana empezaban a mezclarse de manera que los sueños y las fantasías parecieran reales para Bellico.

«Cuanto antes esté fuera de este cuerpo, mejor», pensó.

Hiló una antorcha usando una madeja de heno y encendió la punta con un mechero que sacó del bolsillo de la chica humana.

«Este encendedor es bastante real —pensó—. Y el mecanismo no se aleja demasiado del de un simple trozo de pedernal».

Una antorcha de paja no ardía durante mucho tiempo, pero sí el suficiente para encender las flechas de sus guerreros. Avanzó por entre sus filas, tocando un momento las puntas de flecha, empapadas previamente en un bidón de gasolina perforado.

De repente el perro levantó la lustrosa cabeza esbelta y se puso a ladrarle a la luna. Bellico estaba a punto de preguntarle al perro qué pasaba cuando ella también lo percibió.

«Tengo miedo —advirtió—. ¿Por qué iba a tener miedo de nada cuando lo que anhelo es la muerte?».

Bellico soltó la antorcha, pues le estaba quemando los dedos, pero un segundo antes de sofocar los rescoldos pisoteándolos, le pareció ver algo familiar corriendo campo a través hacia el este. Una figura tambaleante inconfundible.

«No —pensó—. Es imposible».

—¿Es eso...? —dijo, señalando—. ¿Puede ser un...?

El perro consiguió disponer las cuerdas vocales en torno a una sola sílaba que no resultaba demasiado imposible para su repertorio canino.

—¡Trol! —aulló—. ¡Troool!

Y no solo un trol, advirtió Bellico: eran un trol y su jinete.

Mantillo Mandíbulas iba agarrado a la parte posterior de la cabeza del trol, con un puñado de rastas en cada mano. Debajo de él, los músculos del hombro del trol se contraían y se expandían a medida que avanzaba con paso tambaleante por el campo en dirección al granero.

Puede que «tambaleante» no sea la palabra más adecuada, teniendo en cuenta que eso implica cierto grado de lentitud y torpeza, y aunque el trol parecía caminar arrastrando los pies, lo hacía a una velocidad increíble. Esa era una de las muchas armas del considerable arsenal de un trol. Si la presa inminente advertía la presencia de un trol aproximándose a lo lejos, con andares desgarrados y a paso de tortuga en apariencia, se decía a sí misma: «Bueno, sí, veo un trol, pero está como a un millón de kilómetros, así que voy a acabar de masticar esta hoja y ya me moveré luego...». Entonces, ¡zas!, era el trol el que estaba masticando la pata trasera de la presa.

Sin embargo Bellico había visto muchas veces a la brigada de los troles con jinete en acción y sabía exactamente lo rápido que podía moverse un trol.

—¡Arqueros! —gritó, desenvainando su espada—. Nuevo objetivo. ¡Giro de ciento ochenta grados!

El ejército de terracota emitió un crujido tras otro para moverse, mientras la arena roja se deslizaba por entre sus articulaciones. Eran lentos, horrorosamente lentos.

«No lo van a conseguir —se dio cuenta Bellico, y entonces decidió agarrarse a un clavo ardiendo—. Tal vez ese trol y su jinete estén de nuestra parte».

Por desgracia para los berserkers, el jinete no estaba ni mucho menos de su parte, y el trol se limitaba a hacer lo que le mandaban.

Efectivamente, ver a Gruff emergiendo de las sombras de la noche a la luz de la pálida luna que bañaba el campo era un espectáculo aterrador. Incluso para un trol, era un espécimen descomunal, de más de tres metros de altura, y con las rastas rebotando alrededor parecía que midiese medio metro más. La frente huesuda era como un ariete encima de unos luminosos ojos nocturnos. Dos feroces colmillos curvados hacia arriba le nacían de una mandíbula guerrera, con gotas de veneno que

relucían en los extremos puntiagudos. Los músculos y los tendones cableaban su cuerpo de forma humanoide, era inmensamente peludo y, con la fuerza de sus manos, capaz de hacer picadillo tanto los guijarros más pequeños como las cabezas más grandes.

Mantillo tiró de las rastas del trol, recuperando instintivamente una técnica ancestral de conducción de troles. Su abuelo le había contado muchas historias alrededor del fuegoescupitajo de los grandes jinetes de troles que habían campado a sus anchas por los confines del subsuelo haciendo lo que les daba la gana y sin que nadie les pusiese ningún impedimento.

«Esos sí eran días memorables —solía decir su abuelo—. Nosotros los enanos éramos los reyes. Hasta los mismísimos demonios se volvían con el rabo entre las piernas cuando veían a un enano bajando de la colina montado encima de un trol chorreando de sudor».

«Y a mí que no me parece que este vaya a ser un día memorable... —pensó Mantillo—. Esto tiene pinta más bien del día del fin del mundo».

Mantillo optó por un ataque frontal en lugar de marear la perdiz con tácticas de batalla, y guió a Gruff directamente hacia la horda de berserkers.

—¡No te pares! —gritó al oído del trol.

Bellico se había quedado sin habla.

—¡Dispersión! —quiso gritar a sus tropas—. ¡Poneos a cubierto!

Pero el trol ya se les había echado encima y estaba destrozando a los guerreros de terracota a base de soltar mandobles a diestro y siniestro con sus enormes brazos, derribándolos como si fueran soldaditos de juguete. El trol puso en órbita al perro de una patada y lanzó a la propia Bellico al interior de un barril de agua. En cuestión de segundos, varios piratas quedaron reducidos a higadillos, y aunque Salton Finnacre logró clavar una espada en el muslo de Gruff, el gigantesco trol siguió avanzando como si tal cosa, como si llevar aquella hoja de acero sobresaliéndole de la pierna no supusiera para él ninguna molestia.

Mantillo localizó con los dedos de los pies el centro nervioso que había entre las costillas de Gruff y lo empleó para dirigir al trol al interior del granero.

«Soy un jinete de troles —se dijo el enano con una punzada de orgullo—. Yo he nacido para esto, y para robar cosas y hartarme a comer».

Mantillo decidió encontrar la manera de combinar estas tres actividades si lograba salir vivo de allí.

En el interior del granero, el avión se mantenía en equilibrio sobre una rueda y la punta de un ala, con flechas que le atravesaban todo el fuselaje. Holly tenía la cara aplastada contra el cristal, formando una «o» incrédula con la boca.

«Pues no sé de qué se sorprende —pensó Mantillo—. A estas alturas del campeonato ya debería estar acostumbrada a que siempre acuda en su rescate».

Mantillo oyó el clamor de las filas de guerreros, que volvían a formar a sus espaldas, y supo que solo era cuestión de milésimas de segundo antes de que los arqueros lanzaran una salva en dirección al trol.

«Y por muy grande que sea mi montura, hasta él caerá derribado si media docena de flechas se clavan en sus órganos vitales».

No había tiempo de abrir la puerta del planeador y recoger a sus tres pasajeros, así que Mantillo tiró de las rastas, hincó los dedos de los pies y susurró algo al oído del trol con la esperanza de que captase su mensaje.

En el interior del avión solar, Holly empleó los escasos momentos antes de que allí se armara la gorda para depositar a un apabullado Artemis en el asiento del piloto y atarle el cinturón de seguridad. Ella se ató el suyo también, a su lado.

—¿Es que voy a pilotar? —preguntó Artemis.

Holly agitó los pies.

—Yo no llego a los pedales.

—Ya veo —dijo Artemis.

Fue una conversación banal, pero necesaria, puesto que Artemis pronto iba a tener oportunidad de demostrar sus habilidades como piloto.

Con el hombro, Gruff colocó el avión en posición vertical y, a continuación, apoyó todo el peso de su cuerpo detrás de él, empujando el ultraligero hacia la puerta abierta. El aeroplano avanzó traqueteando sobre los daños en el fuselaje, dando tumbos con cada rotación.

—No supe anticipar nada de lo que está pasando —dijo Artemis, apretando los dientes, hablando más consigo mismo que con su copiloto.

Holly puso las manos sobre el panel de instrumentos, preparándose para el impacto hacia el que rodaban a toda velocidad.

—¡Uau! —exclamó, viendo cómo las flechas golpeaban el morro y las alas del aparato—. No has sabido prever que un enano montado a lomos de un trol empujaría tu avioneta por la rampa de despegue. Vaya, Artemis, debes de estar perdiendo facultades.

El joven intentó concentrarse en el momento presente de nuevo, pero todo era demasiado surrealista. Ver a los soldados berserker aumentar de tamaño a través de los marcos dobles del parabrisas y la puerta del granero hacía que todo aquello pareciese una película. Una película en 3D muy realista, con vibrosillas, pero una película al fin y al cabo. Aquella sensación de irrealidad, unida a la vieja lentitud de reflejos de Artemis Fowl casi le cuesta la vida, allí sentado mirando distraídamente a un berserker dispararle una flecha directamente hacia la cabeza.

Por suerte los reflejos de Holly eran magníficos, y se las arregló para golpear a Artemis en el hombro con la fuerza suficiente para desviarlo hacia un lado, hasta el límite de su cinturón de seguridad. La flecha perforó el parabrisas, haciendo un

agujero asombrosamente pequeño, y se insertó en el reposacabezas, exactamente donde segundos antes estaba la cara de Artemis.

De repente Artemis no tuvo ningún problema para concentrarse en el «momento presente».

—Puedo hacer volar el avión —anunció, accionando los interruptores del tablero —, si logramos despegarnos un poco del suelo, aunque sea muy poco.

—¿Para eso no se necesita coordinación? —preguntó Holly.

—Sí, una sincronización perfecta.

Holly palideció. Confiar en la coordinación de Artemis era tan sensato como confiar en la capacidad de Mantillo para el ayuno.

El avión avanzó traqueteando entre los berserkers, decapitando guerreros de terracota a su paso. Los paneles solares tintineaban y se resquebrajaban, y el tren de aterrizaje daba sacudidas. Mientras Gruff seguía empujando, indiferente a las numerosas heridas de las que ahora manaba la sangre.

Bellico reunió a sus tropas y salió en su persecución, pero ninguno de sus soldados podía seguir el ritmo de avance del trol, ninguno salvo el perro, que iba agarrado a la espalda de Mantillo, quien trataba una y otra vez de deshacerse de él. El enano vivía como un insulto que un perro pudiese interferir en lo que, posiblemente, fuese el intento de rescate más valeroso de la historia, por lo que metió la cabeza por el hueco del codo y se puso a gritarle al animal a la cara.

—¡Ríndete, Fido! Hoy soy invencible. Mírame, montado a un trol, por todos los cielos. ¿Cuántas veces se ve hoy en día algo así? ¡Nunca! Y ahora, tienes dos segundos para largarte de aquí o de lo contrario tendré que comerte.

Pasaron dos segundos. El perro meneó la cabeza, negándose a ceder, así que Mantillo se lo comió.

Más adelante, le diría a su compañero enano fugitivo «Adivinanzas». Barnet, propietario del bar El Loro Borracho de Miami: «Un enorme desperdicio tener que escupir la mitad de un perro, pero es difícil parecer un héroe con los cuartos traseros de un perro callejero colgándote de la boca».

Segundos después de que el perro vivo le mostrase su desacuerdo a Mantillo a la cara, el perro muerto le mostró su desacuerdo a su estómago. Puede que fuese el alma del berserker lo que causó los primeros síntomas de la indigestión, o puede que fuese algo que el perro se hubiese comido antes de que algo se lo comiera a él, pero en cualquier caso, Mantillo sintió como si un puño gigante con un guante de cota de malla le estuviera retorciendo los intestinos.

—Estoy a punto de soltar... —dijo, con los dientes muy apretados.

Si Gruff se hubiese dado cuenta de lo que Mantillo Mandíbulas estaba a punto de hacer, habría salido huyendo como una duendecilla de dos años y habría enterrado la cabeza bajo tierra hasta que hubiese pasado la tormenta, pero el trol no hablaba

enanés gruñido, así que siguió lo que creía que eran las últimas instrucciones: «Pon rumbo a volar».

El planeador solar cogió velocidad mientras avanzaba por la rampa de tierra, con el ejército de berserkers a la zaga.

—No lo vamos a conseguir —dijo Artemis, mientras efectuaba la comprobación de los instrumentos—. El equipo está inutilizado.

El final de la pista trazaba una curva ascendente ante ellos como el tramo final de una rampa para los saltos de esquí. Si al elevarse en el aire, el avión no llevaba velocidad suficiente, simplemente caería en picado sobre el lago y serían una presa fácil, igual que los propios patos del lago, que probablemente habían sido poseídos por los berserkers y acabarían con ellos a picotazos. Artemis prácticamente había aceptado el hecho de que iba a morir en un futuro inmediato, pero de ninguna manera quería sufrir una fractura de cráneo por el pico de un ánade poseído. De hecho, la muerte a manos de un ave acuática agresiva acababa de escalar varios puestos y situarse en el número uno de su lista de muertes ridículas, superando por primera vez a la que había batido todos los récords hasta el momento: la muerte por gas de enano, que lo había atormentado en sueños durante años.

—Los patos no —dijo—. Por favor, patos no. Iba a ganar el premio Nobel...

Oyeron fuertes ruidos debajo del fuselaje: gruñidos de animales y golpes metálicos. Si el avión no despegaba pronto, iba a quedar hecho pedazos. No era una aeronave sólida y potente, sino ultraligera para aumentar la proporción entre potencia y peso, una proporción necesaria para mantener el vuelo sostenible.

En el exterior del planeador solar, Mantillo tenía todo el cuerpo contraído en un retorcido calambre de dolor. Ya sabía lo que iba a suceder. Su cuerpo estaba a punto de reaccionar a una combinación de estrés, mala alimentación y gas acumulado, evacuando instantáneamente hasta un tercio de su propio peso corporal. Algunos yoguis enanos más disciplinados pueden invocar esta técnica a voluntad y se refieren a ella como la Desintoxicación de Una Vez cada Diez Años, pero los enanos corrientes y molientes la conocen con el nombre de «soltar lastre». Y no es una buena idea situarse en la línea de fuego cuando alguien suelta lastre.

El planeador alcanzó la parte inferior de la pendiente con apenas impulso suficiente para cubrir la rampa.

«Aterrizaje en el agua —pensó Artemis—. Muerte a manos de los patos».

Entonces ocurrió algo. Apareció de la nada una inyección de energía. Era como si un dedo gigante hubiese impulsado el aeroplano hacia delante en el aire. La cola se elevó y Artemis se peleó con los pedales para mantenerla baja.

«¿Cómo es posible?», se preguntó Artemis, mirando confundido los mandos, hasta Holly le golpeó el hombro por segunda vez en otros tantos minutos.

—¡Arranca el motor! —gritó.

Artemis se incorporó de golpe.

«¡Arrancar! ¡Pues claro!».

El planeador solar disponía de un pequeño motor de arranque para que la nave despegase del suelo, y después, los paneles solares tomaban el relevo, pero sin la batería, el motor ni siquiera podía arrancar, a menos que Artemis accionara el acelerador en el momento preciso, antes de que el planeador comenzara a perder impulso. Con esa maniobra tal vez podrían ganar tiempo suficiente para alcanzar una corriente térmica durante un par de cientos de metros, lo suficiente para alejarse del lago y esquivar las flechas.

Artemis esperó hasta percibir que el planeador se hallaba en el punto más alto de su ascenso y luego le dio al acelerador al máximo.

Bellico y el resto de sus soldados corrían como almas que lleva el diablo por la pista, lanzando al avión todos los misiles que tuvieran en su arsenal. Aun para un espíritu resucitado, ocupar un cuerpo humano era una situación muy extraña.

«Estoy persiguiendo una avioneta que un enano que monta a un trol empuja por una pista de despegue —pensó—. Increíble».

Y sin embargo, era la pura verdad, y más le valía creérselo o se le escaparía su presa.

«No llegarán muy lejos».

A menos que el vehículo echase a volar, que era para lo que estaba diseñado.

«No va a volar. Hemos destruido la batería».

«Ese cacharro vuela sin batería una vez en el aire. Mi huésped lo ha visto con sus propios ojos».

Su sentido común le decía que debía parar y dejar que el avión se estrellara en el lago. Si los pasajeros no se ahogaban, sus arqueros podrían encargarse de los nadadores. Pero el sentido común no resultaba demasiado útil en noches como aquella, cuando los guerreros fantasma vagaban por la tierra y los enanos cabalgaban una vez más a lomos de los trols, así que Bellico decidió que tenía que hacer todo cuanto estuviese en su mano para impedir el despegue de aquella avioneta.

Apretó el paso, superó a los otros berserkers aprovechando sus largas piernas humanas y se abalanzó sobre la zona media del trol, agarrando mechones de pelaje gris con una mano y la espada de pirata con la otra.

Gruff aulló, pero siguió empujando.

«Estoy atacando a un trol —pensó ella—. Yo nunca haría eso en mi propio cuerpo».

Bellico miró hacia arriba a través de la maraña de brazos y piernas y vio la luna, que brillaba en lo alto. Debajo de esa imagen, vio a un enano con cara de enorme incomodidad que cambiaba de postura para agarrarse al grueso del avión, aplastándose contra el fuselaje.

—Vete —ordenó el enano al trol—. Vuelve a tu cueva.

«Esto no tiene buena pinta —pensó Bellico—. No señor, no tiene buena pinta en absoluto».

El aeroplano se deslizó por la rampa de despegue para adentrarse en el aire. En ese preciso instante, Gruff obedeció a su amo y lo soltó, haciendo que él mismo y Bellico salieran dando tumbos por el lago como si fueran piedras rebotando en la superficie, algo mucho más doloroso de lo que parece. Gruff tenía un abrigo de pieles para protegerse, pero Bellico cubrió la mayor parte de la distancia sobre una cara que conservaría las marcas de quemaduras con el agua durante varios meses.

Arriba, Mantillo ya no podía aguantar más. Soltó un chorro a propulsión de grasa líquida, viento y alimentos a medio digerir que le dieron al planeador unos cuantos metros más de elevación, lo suficiente para que surcara el aire por encima del lago.

Bellico reapareció en la superficie justo a tiempo para recibir el impacto en plena frente de lo que podría haber sido el cráneo de un perro.

«No voy a pensar en eso», se dijo, y se fue nadando hacia la orilla.

Artemis volvió a tirar de la palanca del acelerador y esta vez el motor del avión reaccionó. La hélice del morro del planeador lanzó un resoplido, luego dio una sacudida y fue girando cada vez más y más rápido hasta que sus aspas formaron un círculo continuo y transparente.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó Artemis—. ¿Qué habrá sido ese ruido?

—Deja las preguntas para más tarde —le aconsejó Holly— y dedícate a pilotar el avión.

Era buena idea, porque todavía no estaban fuera de peligro, ni mucho menos. Sí, el motor se había puesto en marcha, pero la batería solar estaba descargada y a aquella altitud, el aparato solo podría planear durante un tiempo limitado.

Artemis tiró de nuevo de la palanca para subir hasta unos treinta metros y, a medida que el resto del mundo se extendía bajo sus pies, la magnitud de la hecatombe causada por el plan de Opal se hizo evidente.

Las carreteras de acceso a Dublín estaban iluminadas por los incendios en los motores, alimentados por los depósitos de combustible y los materiales inflamables. La propia Dublín estaba sumida en una oscuridad absoluta, salvo por los puntos de luz naranja donde ya se habían reparado los generadores o se habían encendido fogatas. Artemis vio dos grandes barcos que habían chocado en el puerto, y otro varado como una ballena en la playa. Había demasiados incendios para contarlos todos en la ciudad propiamente dicha, y el humo se elevaba en el aire y se concentraba como una nube de tormenta.

«Opal planea heredar esta nueva Tierra —pensó Artemis—. No pienso permitirselo».

Y fue esa idea la que consiguió hacer que el cerebro de Artemis se centrara por

fin y urdiese un plan capaz de parar los pies a Opal Koboi de una vez por todas.

Sobrevolaron por encima del lago, pero no era un vuelo elegante, sino que parecía más bien una caída prolongada. Artemis forcejeó con los instrumentos, que parecían revelarse mientras él trataba por todos los medios de hacer su descenso lo más gradual posible.

Coronaron una hilera de pinos y volaron directamente hacia la puerta de los berserkers, donde Opal Koboi se afanaba en su aura de magia. Holly utilizó el paseo en el planeador como una oportunidad para medir las fuerzas de su enemigo. Opal estaba rodeada por un corro de berserkers, formado por piratas, guerreros de terracota y un surtido de seres variados. Los muros de las lindes de la finca estaban patrullados por más berserkers, en su mayoría animales: dos zorros e incluso algunos ciervos deambulaban por el muro de piedra, olfateando el aire.

«Imposible penetrar la defensa enemiga —pensó Holly—. Y encima empieza a amanecer».

Opal se había dado a sí misma hasta el amanecer para abrir la segunda cerradura.

«A lo mejor no lo consigue y la luz del sol se encarga de acabar con ella por nosotros», se ilusionó la elfa, pero era muy poco probable que Opal hubiese cometido un error de cálculo; había pasado demasiado tiempo en su celda obsesionándose con todos los detalles.

«No podemos confiar en los elementos. Si el plan de Opal debe fracasar, tenemos que ser nosotros quienes lo hagamos fracasar».

A su lado, Artemis estaba pensando justo lo mismo, con la única diferencia de que él ya había ideado el esqueleto de un plan en su mente. Si Artemis le hubiese confiado su plan en ese momento, Holly se habría quedado muy sorprendida, no por la genialidad del plan en sí —no esperaba menos de él—, sino por su generosidad. Artemis Fowl planeaba atacar con la única arma que Opal Koboi nunca sospecharía que poseía: su humanidad.

Para activar aquel torpedo invisible, Artemis tendría que confiar en que dos personas fuesen fieles a sus propios defectos.

Potrillo tendría que mostrarse tan paranoico como de costumbre.

Y el narcisismo rampante de Opal Koboi tendría que haber alcanzado cotas tan altas que no sería capaz de destruir a la humanidad sin que sus enemigos más íntimos fuesen testigos de su gloria.

Al final Holly ya no pudo soportar seguir sentada de brazos cruzados viendo los torpes intentos de Artemis por pilotar el avión.

—Dame esa palanca —dijo—. Habrá que salir a todo correr cuando nos estampemos contra el suelo. Los tendremos encima rápidamente.

Artemis le cedió el control del aparato sin rechistar. No era el momento de hacerse el gallito. Era innegable que Holly era diez veces mejor piloto que él, y

también varias veces más gallita que él. En cierta ocasión, Artemis había visto a la elfa liarse a puñetazo limpio con otro elfo que le dijo que tenía un pelo muy bonito porque creía que estaba siendo sarcástico, puesto que acababa de cortarse el pelo al rape justo ese día. Holly no salía con demasiados elfos.

La elfa empujó la palanca con la palma de la mano, alineando el avión con el camino de entrada a la mansión.

—El camino es demasiado corto —señaló Artemis.

Holly se arrodilló en el asiento para ver mejor.

—No te preocupes. Lo más probable es que el tren de aterrizaje acabe destrozado por el impacto de todos modos.

Artemis torció la boca con una expresión que podría haber sido una sonrisa irónica o una mueca de terror.

—Uf, menos mal. Creía que teníamos un problema grave.

Holly forcejeaba con la palanca como si se estuviera resistiendo a que la detuviera.

—¿Problema? Aterrizar con un avión medio descacharrado es el pan de cada día para nosotros, Fangoso.

En ese momento, Artemis miró a Holly y sintió un enorme afecto por ella. Deseó poder grabar los últimos diez segundos y estudiarlos en un momento menos estresante para poder apreciar como era debido lo valiente y hermosa que era su mejor amiga. Holly nunca parecía tan llena de vida como cuando se paseaba tratando de mantener el equilibrio por la cuerda floja entre la vida y la muerte. Le brillaban los ojos y agudizaba el ingenio más que nunca. Donde otros se vendrían abajo o se rendirían, Holly abordaba la situación con un vigor que la hacía brillar.

«Es realmente mágica —pensó Artemis—. Tal vez sus cualidades me resultan más obvias ahora que he decidido sacrificarme. —Entonces se dio cuenta de algo—. No puedo revelarles mis planes: si Holly lo supiera, intentaría detenerme».

A Artemis le dolía que su última conversación con Holly fuese a estar, necesariamente, salpicada de fingimientos y mentiras.

«Por el bien de todos».

Artemis Fowl, el humano que antes solía mentir como si nada, por pura rutina, se sorprendió al descubrir que en este caso mentir «por el bien de todos» no le hacía sentirse mejor al respecto.

—¡Allá vamos! —gritó Holly, superponiendo su voz a la del aullido del viento por la fricción—. Abróchate el cinturón.

Artemis se apretó el cinturón de seguridad.

—¡Cinturón abrochado! —respondió.

Y al cabo de una milésima de segundo, era como si el suelo acudiese corriendo a su encuentro, inundando su campo de visión y bloqueando la vista del cielo. Luego,

con un tremendo estruendo, cayeron bajo una lluvia de guijarros. Unas flores de tallo largo cayeron en ramos fúnebres a través del parabrisas y la hélice se quedó atascada con un chirrido ensordecedor. Artemis sintió como se le clavaba el cinturón en los dos hombros y detenía la desviación de su cuerpo hacia la izquierda, cosa que le vino muy bien, porque de lo contrario, su cabeza habría ido a parar naturalmente justo donde una hoja de la hélice había salido disparada y se había clavado en el asiento.

La pequeña aeronave perdió las alas al deslizarse por el camino de entrada y luego dio una vuelta de campana sobre el techo y volcó definitivamente, para acabar deteniéndose entre grandes sacudidas delante de los escalones de la puerta principal.

—Podría haber sido mucho peor —dijo Holly, presionando el cierre del cinturón de seguridad.

«Desde luego», pensó Artemis, que veía como si la sangre de la punta de su nariz le goteara hacia arriba.

De pronto algo que parecía un melocotón gigante muy enfadado se deslizó por lo que quedaba del parabrisas, deformando el cristal de seguridad hasta detenerse con un movimiento tambaleante en el último escalón.

«Mantillo lo ha conseguido —pensó Artemis—. Bien».

Mantillo subió a rastras literalmente los escalones de la mansión, desesperado por comer algo con lo que sustituir la grasa corporal que había expulsado a propulsión minutos antes.

—Y pensar que las supermodelos hacen eso todos los meses, ¿no es increíble? —gimió.

Artemis abrió la puerta y el enano desapareció en el interior de la casa, avanzando a trompicones por el pasillo central en dirección a la cocina.

Fueron Artemis y Holly los responsables de cargar con Mayordomo para subir los escalones, lo que en el estado inconsciente e inerte del guardaespaldas era casi tan fácil como cargar con un saco lleno de yunques. Habían logrado alcanzar el tercer escalón cuando un petirrojo extraordinariamente audaz bajó revoloteando y se posó sobre la cara de Mayordomo, hincando sus garras diminutas en el puente de la nariz del guardaespaldas. Ya de por sí, esto habría sido suficientemente chocante, pero la nota que el pájaro llevaba en el pico hacía que la pequeña criatura pareciera más siniestra todavía.

Artemis soltó el brazo de Mayordomo.

—Qué rapidez —comentó el joven—. El ego de Opal no pierde el tiempo.

Holly arrancó el minúsculo pergamino del pico del pájaro.

—¿Te esperabas esto?

—Sí. No te molestes en leerlo siquiera, Holly. Las palabras de Opal no valen ni el papel en el que están escritas, y ya te digo yo que ese es papel barato.

Naturalmente, Holly sí leyó la nota y sus mejillas fueron encendiéndose con cada

nueva palabra.

—Opal solicita contar con el placer de nuestra compañía para la gran operación de limpieza definitiva. Si nos entregamos, solo tú y yo, dejará vivir a tus hermanos. También promete perdonarle la vida a Potrillo, una vez que sea proclamada emperatriz.

Holly hizo una bola con el papel y la tiró a la cabeza del petirrojo.

—Vas y le dices a Opal que no hay trato.

El pájaro emitió un gorjeo agresivo y agitó las alas de forma aparentemente insultante.

—¿Quieres pelea conmigo, berserker? —retó Holly al pajarillo—. Porque puede que acabe de salir de una avioneta siniestrada, pero todavía te puedo patear las plumas de la cola.

El petirrojo alzó el vuelo, dejando la estela de sus gorjeos tras sí como una risa desdeñosa mientras volaba de nuevo al lado de su ama.

—¡Será mejor que vuelas bien lejos, Piolín! —le gritó Holly, despachándose con un comentario muy poco profesional, algo raro en ella, pero se quedó muy a gusto. Cuando el pájaro hubo desaparecido por detrás de las copas de los árboles, la elfa volvió a lo suyo—. Tenemos que darnos prisa —dijo, pasando el brazo por debajo de la axila de Mayordomo—. Es una trampa. Opal tendrá a más berserkers pisándonos los talones. Es muy probable que ahora mismo estén vigilándonos... las lombrices de tierra.

Artemis no estaba de acuerdo.

—No, ahora lo más importante es la puerta. No va a arriesgar a más soldados para hacer que nos persigan, pero debemos darnos prisa de todos modos. Apenas quedan unas horas para que amanezca y solo tenemos tiempo para un último asalto.

—Así que no vamos a hacer caso de esa nota, ¿verdad?

—Claro que no. Opal está jugando con nuestras emociones solo para divertirse, nada más. Quiere situarse en una posición de poder, emocionalmente.

Los peldaños estaban recubiertos con cristales de escarcha, propios de la estación, que relucían como estrellas bajo la luz de la luna. Al final, Artemis y Holly consiguieron llevar a Mayordomo al otro lado del umbral de la puerta y lo depositaron sobre una alfombra, que luego arrastraron hacia el hueco de la escalera, poniendo al voluminoso guardaespaldas lo más cómodo posible con los almohadones que a Angeline Fowl le gustaba distribuir con estilo desenfadado por todos los sillones de la casa.

Al incorporarse, a Holly le crujió la espalda.

—Muy bien. Hemos esquivado a la muerte una vez más. ¿Ahora qué viene, supergenio?

Holly pretendía parecer despreocupada con sus palabras, pero tenía los ojos más

abiertos que de costumbre, con expresión desesperada. Estaban tan cerca de una hecatombe sin precedentes que parecía como si ni siquiera Artemis, con su don natural para sacarse milagrosos conejos de la chistera en el último momento, fuese a ser capaz de salvar a la humanidad.

—Necesito pensar —se limitó a decir Artemis, subiendo las escaleras a todo correr—. Come algo y échate una siesta si quieres. Tardaré noventa minutos al menos.

Holly corrió tras él escaleras arriba, batallando con los escalones gigantes, tamaño humano.

—¡Espera! ¡Espera un momento! —gritó, le dio alcance y lo miró a los ojos desde un peldaño por encima de él—. Te conozco, Artemis. Te gusta guardarte tu as de genio en la manga hasta la espectacular revelación final, y hasta ahora eso siempre nos ha funcionado. Pero esta vez necesitas compartirlo conmigo. Puedo ayudarte. Así que dime la verdad: ¿tienes un plan?

Artemis miró a su amiga a los ojos y le mintió descaradamente.

—No —contestó—. No tengo ningún plan.

CAPÍTULO 17: ÚLTIMA LUZ

JEFATURA DE POLICÍA, CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO



LA PES tenía a varios agentes encubiertos trabajando de incógnito en los parques temáticos de todo el mundo, porque cuando los humanos estaban en la cola de una montaña rusa o a punto de subirse a un unicornio animatrónico, ni siquiera pestañeaban al ver a un enano o a un duende. Potrillo había visionado una vez la grabación de las imágenes de una atracción en Orlando que, según los defensores de las teorías de la conspiración del Consejo, tenía por fuerza que ser una base de entrenamiento para un grupo secreto de asesinos de duendes que trabajaban bajo las órdenes del gobierno. En aquella atracción en concreto, los visitantes se subían a un tren subterráneo que se adentraba en una estación bajo tierra, estación que no tardaba en sufrir todos los desastres naturales habidos y por haber, tanto en el mundo mágico como en el humano. Primero un terremoto partía en dos el túnel, luego un huracán desataba una tormenta de escombros, a continuación el desbordamiento de un río se llevaba por delante todos los vehículos, y por último, un magma de lava impresionante daba lametones a las ventanas.

Cuando Potrillo regresó al fin a su despacho, bajó la vista para mirar las calles de Refugio desde el cuarto piso del edificio de la Jefatura de Policía y pensó que su querida ciudad le recordaba a aquella estación del parque de atracciones de Orlando. Completamente destrozada y casi irreconocible.

«Con la diferencia de que no se puede reconstruir mi ciudad solo tocando un simple botón».

Potrillo aplastó la frente contra el frío cristal y vio a los servicios de emergencia poner en práctica su magia.

Los hechiceros auxiliares sanitarios trataban a los heridos con rápidas descargas de magia de sus guantes protectores. Los gnomos bomberos cortaban las vigas caídas con rayos láser, despejando el camino para que pasaran las ambulancias, y los ingenieros civiles bajaban haciendo *rappel* por los salientes de roca, tapando las fisuras con flexiespuma.

«Tiene gracia —pensó Potrillo—. Siempre creí que nos destruirían los humanos. —El centauro apoyó las puntas de los dedos en el cristal—. No. No nos han destruido. Lo reconstruiremos todo».

Todos los artilugios electrónicos nuevos habían explotado, pero había muchos aparatos viejos u obsoletos que no habían sido reciclados todavía por los recortes de presupuesto. La mayoría de los camiones de bomberos del departamento estaban

operativos, y ninguno de los generadores de repuesto se había equipado con materiales nuevos en los últimos cinco años. El comandante Kelp estaba supervisando una operación de reconstrucción sin precedentes en Refugio. Artemis había sufrido las mismas consecuencias, si no peores.

«Al menos, la bóveda resistió. Si se hubiese hecho añicos, las víctimas mortales habrían sido numerosísimas. No tanto como a escala humana, pero muy numerosas de todos modos».

Y todo porque una duendecilla psicótica quería dominar el mundo.

«Muchas familias han perdido a un ser querido hoy. ¿Cuántos duendes estarán muertos de preocupación en estos momentos?».

Potrillo se acordó entonces de Holly, en que se hallaría perdida en la superficie, tratando de enfrentarse a la situación sin ayuda de la PES.

«Eso si es que aún está viva. Si es que sigue vivo alguno de ellos...».

Potrillo no tenía forma de saberlo. Ninguno de los sistemas de comunicación de larga distancia funcionaba, puesto que casi todos estaban conectados a los satélites humanos, que en esos momentos habían quedado reducidos a poco más que basura espacial.

Potrillo trató de consolarse pensando que Artemis y Mayordomo estaban con su amiga.

«Si hay alguien capaz de pararle los pies a la diabólica Opal, ese es Artemis. —Y acto seguido, pensó—: ¿He dicho “diabólica”? Eso le encantaría a Opal. Hace que parezca una supervillana».

Mayne se acercó trotando a él.

—*Mak dak jiball, Oncle*. Tenemos algo en las pantallas del laboratorio.

El sobrino del centauro no tenía ninguna dificultad para hablar unicorniano, pero sí le costaba un pelín ir al grano.

—Las pantallas son muy grandes, Mayne. Por lo general, siempre suele haber algo.

Mayne se rascó la pezuña delantera.

—Ya lo sé, pero es que esto es muy interesante.

—Ya. Hoy están pasando cosas muy interesantes, Mayne. ¿Puedes especificar un poco más?

Mayne frunció el ceño.

—«Especificar» significa determinar a qué especie pertenece una criatura. ¿Te refieres a eso?

—No, me refiero a que si puedes ser un poco más específico.

—¿Con qué especie?

Potrillo rascó la superficie con la pezuña, arañando el suelo.

—Solo dime qué es eso tan interesante que has visto en la pantalla. Hoy tenemos

mucho trabajo por aquí, Mayne.

—¿Has estado bebiendo simcafé? —le preguntó su sobrino—. Porque dice la tía Caballina que te pones un poco nervioso cuando te tomas dos tazas.

—¿Qué has visto en la pantalla?! —exclamó Potrillo con voz atronadora, en lo que creía que era su tono más solemne, pero que le salió en forma de chillido.

Intimidado, Mayne retrocedió unos pasos, recobró la compostura y se preguntó por qué la gente siempre reaccionaba así con él.

—¿Te acuerdas de esas Luces de ARCOS que enviaste a la mansión Fowl?

—Pues claro que me acuerdo. Están todas muertas. Yo las envíe y Artemis las encuentra. Es un jueguito al que jugamos los dos.

Mayne señaló con el pulgar por encima de su hombro, hacia la pantalla, donde solía estar el recuadro en blanco.

—Bueno, pues uno de esos cacharros acaba de resucitar. Es lo que he estado tratando de decirte.

Potrillo hizo amago de soltarle una coz, pero el joven potro ya se había esfumado al galope.

MANSIÓN FOWL

Artemis cerró la puerta de su estudio tras él y echó una ojeada a las cámaras y los sensores del perímetro, solo para asegurarse de que estaban a salvo de momento. Era tal como esperaba: la única señal de actividad en toda la finca estaba a un kilómetro de distancia, donde antes se erigía la torre de defensa y donde ahora la puerta de los berserkers asomaba del agujero del cráter de Opal. Como precaución, programó la alarma en el modo ASEDIO, un ajuste con dispositivos disuasorios que no llevaban incorporadas las alarmas de las casas normales, como cristales de ventanas electrificados y bombas de bengala en las cerraduras. Claro que la mansión Fowl no era exactamente una casa normal desde que Artemis decidió mantener a su criatura mágica secuestrada en el sótano.

Una vez activado el modo asedio, Artemis abrió un cajón con contraseña y sacó una cajita de plomo. Dio unos golpecitos en la tapa con un clavo y se llevó una satisfacción al comprobar que se producía un movimiento en el interior.

«Todavía están vivas, entonces».

Artemis abrió la caja y en el interior, agarrada a una pila de tres voltios, había una minúscula libélula dotada con biocámara. Uno de los juguetitos de Potrillo, que normalmente iban a parar a la basura en los registros que Artemis realizaba periódicamente en busca de micrófonos ocultos, pero había decidido conservar aquel y alimentarlo, por si alguna vez necesitaba una vía privada de comunicación con Potrillo. Esperaba poder usar la cámara para anunciar el éxito de su asalto a la puerta

de los berserkers, pero ahora el pequeño bicho transmitiría un mensaje más tétrico.

Artemis dejó el bicho en su mesa de escritorio, donde estuvo deambulando un ratito, antes de que su software de reconocimiento facial identificase a Artemis como el principal objetivo y decidiera centrarse en él. Las diminutas lentes de sus ojos empezaron a zumbar de forma casi inaudible y un par de micrófonos de hilo se desplegaron como las antenas de una hormiga.

Acercándose al bicho, Artemis empezó a hablar en voz baja para que nadie lo oyera, a pesar de que sus propios sensores le indicaban que la suya era la única fuente de calor en un radio de seis metros.

—Buenos días, Potrillo. Sé que este invento mutante tuyo no lleva ni un átomo de tecnología Koboi en el cuerpo, así que, en teoría, todavía puede hacer retransmisiones y espero que sigas vivo para recibir este mensaje. Aquí arriba las cosas se han puesto muy, muy feas, amigo mío. Opal ha abierto la puerta de los berserkers y ahora está trabajando en el segundo sello. Si logra abrirlo, una oleada de magia de las entrañas de la Tierra será liberada y destruirá por completo a la raza humana. Esto, en mi opinión, es algo muy malo. Para impedir el desastre, necesito que me envíes un par de cosas en uno de tus drones de cápsulas de minería. No hay tiempo para permisos y comités, Potrillo. Esos artículos tienen que estar en la mansión Fowl antes de dos horas o será demasiado tarde. Consígueme lo que necesito, Potrillo.

Artemis se aproximó aún más a la diminuta cámara viva y le susurró con urgencia en la voz:

—Dos cosas, Potrillo. Dos cosas para salvar el mundo.

Y a continuación, le dijo al bichito lo que necesitaba y dónde necesitaba exactamente que se las enviara.

JEFATURA DE POLICÍA, CIUDAD REFUGIO, LOS ELEMENTOS DEL SUBSUELO

Potrillo se había quedado sin habla.

Koboi estaba tratando de abrir el segundo sello.

Aquello era una catástrofe... aunque sin duda habría muchas criaturas mágicas en Refugio que se pondrían a dar saltos de alegría para celebrar el exterminio de la raza humana, si bien ninguna de ellas racional.

Dos cosas.

La primera no suponía ningún problema. Pero si era un juguete, por todos los cielos...

«Creo que tengo uno en mi mesa de escritorio».

Pero la segunda... La segunda...

«Eso es un problema. Un problema muy gordo».

Había aspectos legales y aspectos morales que había que tener en cuenta. Si se lo

mencionaba a alguien del Consejo, querían formar un grupo de trabajo y un subcomité.

Lo que Artemis pedía era posible técnicamente. Además, disponía de un prototipo de cápsula de minería en la zona de pruebas. Lo único que tenía que hacer era programar las coordenadas en el sistema de navegación y la cápsula saldría disparada sin problemas hacia la superficie. Construida para sacar y transportar a los mineros de los derrumbes en las minas, la cápsula podía soportar enormes presiones y volar a la velocidad del sonido dando tres veces la vuelta al mundo. Así que en principio el límite de tiempo de Artemis no debería suponer un inconveniente.

Potrillo se mordisqueó un nudillo. ¿Debía hacer lo que le pedía Artemis? ¿Quería hacerlo? El centauro podía estar haciéndose preguntas hasta que se agotase el tiempo, pero en realidad, solo había una pregunta importante: «¿Confío en Artemis?».

Potrillo oyó el resuello de alguien a su espalda y advirtió que Mayne había entrado en la habitación.

—¿Quién más ha estado aquí? —le preguntó al técnico.

Mayne soltó un resoplido burlón.

—¿Aquí? ¿Es que crees que los superagentes alfa van a quedarse a pringar en la aburrida jefatura central con todo este caos en la ciudad? Aquí no ha estado nadie y nadie ha visto este vídeo más que yo.

Potrillo se paseó arriba y abajo por el despacho.

—Vale, Mayne, amigo mío. ¿Qué te parece si te ofrezco un trabajo a jornada completa?

Mayne lo miró con suspicacia.

—¿Qué tendría que hacer?

Potrillo sacó el artículo número uno del cajón de su escritorio y se encaminó hacia la puerta.

—Lo de costumbre —contestó—. Quedarte por aquí por el laboratorio y holgazanear.

Mayne hizo una copia del vídeo de Artemis solo por si acababa implicado en algún acto de traición.

—Eso podría hacerlo —contestó.

CAPÍTULO 18: ESPÍRITU DE SUPERVIVIENTE

MANSIÓN FOWL, NOVENTA Y OCHO MINUTOS DESPUÉS



ARTEMIS estaba encargándose de los últimos preparativos en su despacho, actualizando su testamento y tratando de dominar sus emociones, conteniendo una nube gris de tristeza que amenazaba con empañar su firme decisión. Sabía que el doctor Argon le aconsejaría que no reprimiese sus emociones, pues acabaría dejándole secuelas psicológicas a largo plazo.

«Pero es que no va a haber largo plazo, doctor», pensó con amargura.

Después de tantas aventuras, Artemis sentía que debería haber sabido ya que las cosas nunca salen exactamente como uno las ha planeado, pero aun así estaba sorprendido ante el carácter definitivo de aquel paso que se había visto obligado a dar... y también ante el hecho de que estuviese dispuesto siquiera a darlo.

«El chico que secuestró a Holly Canija hace tantos años nunca se habría planteado la posibilidad de sacrificarse él mismo».

Pero él ya no era aquel chico. Había recuperado a sus padres y tenía hermanos.

«Y amigos muy queridos».

Otra cosa más que no había previsto.

Artemis vio como le temblaba la mano al firmar el documento con su última voluntad. No estaba seguro de que sus deseos fuesen a ser respetados en aquella nueva etapa para la humanidad. El sistema bancario había quedado dañado para siempre, al igual que todos los mercados de valores del mundo. Así como las acciones, las participaciones y los bonos del tesoro público.

«Todo ese tiempo pasado acumulando riqueza —pensó Artemis—. Qué desperdicio...».

Pero acto seguido, se dijo: «Venga ya... Solo te estás poniendo melodramático. Te encanta el oro, casi tanto como a Mantillo Mandíbulas le encanta el pollo. Y si tuvieras la oportunidad, volverías a hacer exactamente lo mismo».

Era verdad. Artemis no creía en las conversiones en el lecho de muerte. Demasiado oportunistas. Había que ser fiel a uno mismo hasta el final y soportar los juicios que viniesen con la cabeza bien alta.

«Si existe san Pedro, no discutiré con él a las puertas del cielo», le prometió a su subconsciente, aunque Artemis sabía que si su teoría era correcta, se quedaría atrapado en aquel plano en forma de espíritu, exactamente igual que los berserkers.

«Puedo ser un guardaespaldas sobrenatural para Myles y Beckett».

Aquella idea le sirvió de consuelo y le hizo sonreír. Se dio cuenta de que no tenía

ningún miedo, como si lo que estaba a punto de intentar fuese un simulacro en un juego de rol en lugar de una iniciativa de acción real. La cosa cambió cuando Artemis selló el sobre con el testamento y lo dejó apoyado en la lámpara de la mesa de escritorio. Se quedó mirando el documento, percibiendo el carácter definitivo del momento.

«Ahora ya no hay marcha atrás».

Entonces el miedo cayó sobre él como una pesada losa, dejándolo clavado en la silla de oficina. Sintió como un bloque de plomo se solidificaba en su estómago y, de pronto, era como si le hubiesen inmovilizado los brazos y las piernas y hubiese perdido el control sobre ellos. Artemis respiró profundamente varias veces solo para contener las ganas de vomitar y, poco a poco, recobró la calma.

«Siempre había creído que tendría tiempo para despedidas. Un momento de palabras importantes dirigidas a mis seres queridos».

No había tiempo. No había tiempo para cualquier otra cosa que no fuese pasar a la acción.

El miedo había pasado y Artemis seguía firme en su empeño.

«Puedo hacerlo —decidió—. Puedo pensar con el corazón».

Artemis apartó la silla de color granate haciéndola rodar sobre sus ruedecillas, juntó las rodillas y se levantó para enfrentarse a su odisea.

Holly irrumpió en el estudio con una expresión asesina en la cara.

—He visto lo que ha salido de la bodega, Artemis.

—Ah —dijo Artemis—. Ha llegado la cápsula.

—Sí, ha llegado. Y he tenido que echar un vistazo dentro.

Artemis lanzó un suspiro.

—Holly, siento que lo hayas visto. Se suponía que Mantillo tenía que esconderlo.

—Mantillo también es amigo mío, y le he dicho que intentarías alguna triquiñuela de las tuyas. Estaba excavándose un túnel de escape de última hora cuando la cápsula ha llegado con el piloto automático. Mantillo cree que esa es tu triquiñuela.

—Holly, no es lo que crees...

—Sé lo que andas tramando. Lo he descubierto.

—Parece desesperado, ya lo sé —dijo Artemis—. Pero es la única manera. Tengo que hacerlo.

—¡Que tienes que hacerlo! —exclamó Holly, enfurecida—. Artemis Fowl tomando decisiones por todos los demás, como siempre.

—Puede ser, pero esta vez está justificado por las circunstancias.

Holly desenfundó su arma.

—No. Olvídalo, Artemis. No vas a hacerlo.

—Tengo que hacerlo. Tal vez con más tiempo, con recursos, podría desarrollar una estrategia alternativa...

—¿Desarrollar una estrategia alternativa? No estamos hablando de una fusión de empresas, Artemis. Se trata de tu vida. Pretendes salir ahí a que te maten. ¿Qué hay de Mayordomo?

Artemis lanzó un suspiro. Le dolía tener que dejar a Mayordomo inconsciente, ajeno a su plan, sobre todo sabiendo que su fiel guardaespaldas siempre lo consideraría un fracaso.

«Daños colaterales. Justo igual que yo».

—No. No puedo decírselo, y tú tampoco...

Holly lo interrumpió sacudiendo su arma.

—No recibo órdenes de usted, señor Civil. Yo soy la oficial al mando. Y me opongo categóricamente a esta táctica.

Artemis se sentó en su silla y enterró la cara en las manos.

—Holly, solo nos queda media hora antes de que salga el sol y luego moriré de todos modos. Mayordomo morirá, y Juliet también. Mi familia. Casi todos mis seres queridos habrán desaparecido. Lo único que consigues es asegurar que Opal gana la partida. No vas a salvar a nadie.

Holly acudió a su lado y le tocó el hombro con dulzura. Artemis se dio cuenta de repente de que los elfos despedían un olor especial, muy personal.

«A hierba y a cítricos. En otro tiempo, habría guardado esa información en mis archivos».

—Ya sé que no te gusta, Holly, amiga mía, pero es un buen plan.

Los dedos de Holly se desplazaron por el cuello de Artemis y este notó un leve pinchazo.

—No me gusta, Arty —dijo—, pero es un buen plan.

El tranquilizante tardó unos segundos en hacer efecto, y Artemis cayó desplomándose sobre la alfombra de pelo, separando las hebras con la nariz y trazando el dibujo de un árbol de la vida. El fármaco le embotó la mente y no lograba entender qué era lo que estaba pasando allí exactamente.

—Lo siento, Artemis —dijo Holly, arrodillándose a su lado—. Opal es una de los míos, de manera que soy yo la que debe sacrificarse.

El ojo izquierdo de Artemis quedó inerte y la mano dio una débil sacudida.

—No me odies para siempre —murmuró Holly—. No podría soportarlo. —Lo tomó de la mano y se la apretó con fuerza—. Yo soy la soldado aquí, Artemis, y esta es misión para un soldado.

—Tienes parte de razón, Holly —repuso Artemis con la voz fuerte y clara—. Pero este es mi plan y, con el debido respeto, yo soy el único que sabe cómo llevarlo a la práctica.

Holly estaba confusa. Segundos antes, Artemis estaba a punto de quedarse inconsciente y ahora le estaba soltando un sermón de los suyos, con su arrogancia

característica.

«¿Cómo...?».

Holly se miró la mano y vio un pequeño parche adhesivo en ella.

«¡Me ha drogado! —comprendió—. ¡Ese Fangosillo tramposo me ha dejado grogui!».

Artemis se levantó y condujo a Holly hasta el sofá de cuero, donde la hizo tumbarse en los suaves almohadones.

—Pensé que Potrillo podía irse de la lengua, así que me he tomado una inyección de adrenalina para contrarrestar los efectos de tu sedante.

Holly trató de resistirse a la nube que le empañaba el entendimiento.

—¿Cómo pudiste...? ¿Cómo?

—Siguiendo tu lógica, no tienes derecho a enfadarte. Simplemente me he limitado a seguir tu ejemplo.

Las lágrimas inundaron los ojos de la elfa, resbalándole por las mejillas mientras la verdad se abría paso hasta ella desde muy lejos, a través de una bruma espesa.

«Lo va a hacer de verdad... Va a seguir adelante con su plan».

—No —acertó a murmurar.

—No hay otra solución.

Holly sintió el vacío del miedo en su estómago.

—Por favor, Arty —murmuró—. Deja que... —Pero no pudo decir nada más, pues sus labios se habían vuelto de goma.

Artemis estuvo a punto de llorar de la emoción —la elfa lo advirtió en sus ojos disparejos, uno humano y el otro mágico—, pero entonces se apartó del sofá e inspiró hondo.

—No. Tengo que ser yo, Holly. Si Opal abre el segundo sello, moriré, pero si mi plan tiene éxito, todas las almas mágicas del interior de la corona de magia serán atraídas al más allá. Solo las almas mágicas. Mi alma es humana, Holly, ¿no lo entiendes? No tengo intención de morir, y existe una posibilidad de que logre sobrevivir. Una posibilidad muy pequeña, pero posibilidad a fin de cuentas. —Artemis se restregó el ojo con el nudillo—. Como plan, no es perfecto ni mucho menos, pero no hay otra alternativa.

Artemis ahuecó los almohadones para que Holly estuviera más cómoda.

—Quiero que sepas, querida amiga, que sin ti no sería la persona que soy hoy en día. —Se acercó a ella y susurró—: Estaba roto por dentro y tú me arreglaste. Muchas gracias.

Holly era consciente de que estaba llorando porque tenía la visión borrosa, pero no notaba las lágrimas en su rostro.

—Opal nos espera a ti y a mí —oyó decir a Artemis—. Y eso es justo lo que va a encontrarse.

«¡Es una trampa! —quiso gritar Holly—. Vas a meterte en una trampa...».

Pero aunque Artemis hubiese podido oír sus pensamientos, Holly sabía que era imposible hacer que diese marcha atrás en sus planes. Justo cuando pensaba que Artemis había salido de la habitación, reapareció en su campo de visión con una expresión pensativa en la cara.

—Sé que todavía puedes oírme, Holly —dijo—. Así que voy a pedirte un último favor. Si Opal me vence y no logro salir con vida de ese cráter, quiero que le digas a Potrillo que active la crisálida. —Se agachó y besó a Holly en la frente—. Y le das esto de mi parte.

A continuación, el genio adolescente se marchó, y Holly ni siquiera pudo volver la cabeza para verlo desaparecer.

Opal sabía que las fuerzas de sus guerreros habían mermado, pero no importaba: había llegado a la última fase de la descodificación del segundo sello de la puerta. Una ola de satisfacción le recorrió el cuerpo como una corriente eléctrica, haciendo que le saltaran chispas de las puntas de las orejas.

—Necesito tranquilidad y concentración —le dijo al berserker que custodiaba la puerta a su lado—. Si se acerca alguien, quien sea, mátalo. —Inmediatamente se apresuró a corregir aquella orden y dijo—: Salvo al humano Fowl y a su mascota, la capitana de la PES. ¿Entendido?

Oro, en el cuerpo de Beckett, la había entendido perfectamente, pero deseó que las cadenas mágicas le dieran un poco de margen para sugerirle a su líder que olvidase su *vendetta* personal. Sin embargo, las reglas de Bruin Fadda eran muy explícitas: obediencia total al ser mágico que abra la puerta.

«Deberíamos darles caza —quiso decirle—. Si logramos capturar a esos últimos humanos, no habrá necesidad de abrir el segundo sello».

Opal se volvió y le gritó a la cara, salpicándolo de saliva.

—He dicho ¿entendido?

—Entendido —contestó Oro—. Matarlos a todos salvo a Fowl y a la elfa.

Opal le dio unos golpecitos en su naricilla chata.

—Eso es, exactamente. Mamá siente haberte levantado la voz. Mamá está muy, pero que muy estresada. No te creerías la de neuronas que mamá está empleando en esto.

«Como diga “mamá” una sola vez más... —pensó Oro—. Con cadenas o sin ellas».

Lo máximo que pudo hacer Oro contra el maleficio de las cadenas de sumisión fue arrugar un poco la frente y soportar los retortijones en el estómago, pero no le sirvió de nada, porque Opal ya se había dado media vuelta y volvía a afanarse en su tarea, con una corona brillante de magia negra rodeándole los hombros.

El último secreto de la cerradura encantada de Bruin Fadda residía en el propio

hechicero. Bruin había enterrado su propia alma en la roca siguiendo el mismo patrón espiritual de los berserkers sepultados bajo tierra.

Cuando Opal recorrió con los dedos la superficie de roca, la cara del druida apareció en la piedra, apenas un bosquejo, pero reconocible pese a todo como elfo.

—¿Quién osa despertarme de mi sueño? —preguntó con voz estentórea, del origen de los tiempos—. ¿Quién me invoca desde la otra orilla de la eternidad?

«Por favor... —pensó Opal—. “¿Quién me invoca desde la otra orilla de la eternidad?”. ¿Es esta la clase de boñiga de trol que voy a tener que soportar solo para exterminar a la raza humana?».

—Soy yo, Opal Koboï —contestó, siguiéndole la corriente—. De la casa de Koboï. Su Alteza la Reina de las familias mágicas.

—Saludos, Opal Koboï —dijo Bruin—. Es un placer ver el rostro de otra criatura mágica. Entonces no nos hemos extinguido todavía.

—Todavía no, poderoso hechicero, pero en estos precisos momentos, los humanos se aproximan a la puerta. Refugio corre un grave peligro. Debemos abrir el segundo sello.

La roca se movió como una rueda de molino cuando Bruin frunció el ceño.

—¿El segundo sello? Se trata de una petición extraordinaria y trascendental. ¿Cargarías con la culpa de ese acto?

Opal puso la expresión de penitente que tantas veces había ensayado en las vistas para obtener la libertad provisional.

—Cargaría con ella, por las criaturas.

—En verdad eres valerosa, reina Opal. Los duendecillos siempre han sido muy nobles, a pesar de su estatura.

Opal dejó pasar el comentario de la estatura porque le gustaba cómo había sonado lo de «reina Opal». Además, no había tiempo que perder: en menos de una hora, saldría el sol y se escondería la luna llena, y las posibilidades de mantener a aquel pequeño ejército otro día más con los humanos pisándoles los talones eran muy escasas.

—Gracias, poderoso Bruin. Ahora, ha llegado la hora de que me des tu respuesta. El hechicero frunció aún más el ceño.

—Debo consultarlo. ¿Están mis berserkers a tu lado?

Aquello no estaba previsto.

—Sí. Tengo al capitán Oro aquí, a mi lado. Está totalmente de acuerdo conmigo.

—Deliberaré con él —dijo el rostro pétreo.

El tal Bruin estaba sacando a Opal de sus casillas. Unos segundos antes, era un derroche de amabilidad con ella, llamándola reina Opal y todo, ¿y ahora pretendía consultarlo con el servicio?

—Poderoso Bruin, no creo que haya necesidad de consultarlo con los soldados.

Vamos un poco justos de tiempo.

—¡Lo consultaré con él! —retumbó la voz atronadora de Bruin, y las hendiduras de las facciones de su rostro se encendieron con un poder que hizo palidecer a Opal.

«Ningún problema —pensó—. Oro está sometido a mí. Mi voluntad es su voluntad».

Oro dio un paso al frente.

—Bruin, camarada. Creía que habías transitado ya a la otra vida.

El rostro de piedra sonrió y era como si, en lugar de dientes, tuviera rayos de sol.

—Pronto, Oro Shaydova. Me gustaba tu viejo rostro más que este tan joven, aunque veo tu alma detrás de él de todos modos.

—Un alma que clama por ser liberada, Bruin. La luz nos llama a todos. Algunos de mis guerreros han perdido el juicio o están a punto de perderlo. No estaba previsto que pasáramos tanto tiempo bajo tierra.

—La hora de la liberación se aproxima, amigo mío. Casi hemos completado nuestra misión. Así que dime, ¿están las criaturas todavía en peligro?

—Lo estamos. La reina Opal dice la verdad.

Bruin entrecerró los ojos.

—Pero veo que estás sometido a su voluntad por las cadenas mágicas.

—Así es, Bruin. Soy esclavo de la reina.

Los ojos del hechicero emitieron un destello blanco en la piedra.

—Yo te libero de tus cadenas para que podamos hablar libremente.

«Esto se está poniendo feo», pensó Opal.

Oro dejó caer los hombros y fue como si todos sus años se reflejaran en el rostro de Beckett.

—Ahora los humanos tienen armas —explicó Oro, y se hacía extraño ver brotar aquellas palabras de una boca llena de dientes de leche—. A mí me parecen milagrosos. He visto en la memoria de este chiquillo que, sin nosotros como víctimas fáciles, se matan unos a otros por millares. Destruyen la Tierra y han exterminado varios miles de especies.

La cara de piedra parecía preocupada.

—¿No han cambiado?

—Son más eficientes de lo que yo recuerdo, eso es todo.

—¿Debería abrir el segundo sello?

Otro se restregó los ojos.

—No puedo responderte a esa pregunta. Es cierto que la reina Opal ha saboteado hasta ahora todos sus avances, pero ya se concentran en masa contra nosotros. La puerta ha sido asaltada dos veces, con dos miembros de nuestra propia especie entre los atacantes. Una elfa y un enano, ambos adversarios muy astutos.

La cara de piedra lanzó un suspiro y una luz blanca emanó de su boca.

—Siempre ha habido traidores.

—No podemos resistir mucho más tiempo —admitió Oro—. Algunos de mis guerreros ya han sido reclamados al lado de Danu. El mundo está sumido en el caos, y si los humanos atacan la puerta mañana, no habrá nadie para defenderla. Con sus nuevas armas, tal vez encuentren la manera de desentrañar los secretos del segundo sello y abrirlo.

Opal se regocijaba para sus adentros, y si hubiera podido ponerse a aplaudir con sus manitas sin que eso pareciese una actitud impropia de una reina, lo habría hecho. Oro estaba convenciendo a aquel idiota senil mucho mejor que ella.

—Las criaturas se mueren sin la luz del sol —añadió, muy seria—. No tardaremos en desaparecer por completo. Sufrir es nuestro ritual diario. Debemos ascender.

Oro no podía estar más de acuerdo con eso.

—Sí. Debemos ascender.

Bruin se quedó pensativo durante largo rato y sus facciones pétreas chirriaron mientras pensaba.

—Está bien —dijo al fin—. Abriré el sello, pero la decisión final recaerá en tus manos, reina Opal. Cuando el fin esté cerca, tú deberás elegir. Tu alma deberá soportar las consecuencias como ya lo hace la mía.

«Sí, sí, sí», pensó Opal, casi sin poder disimular su alegría y su impaciencia.

—Estoy preparada para asumir esa responsabilidad —proclamó con tono lúgubre.

Y aunque ella no podía verlo, Oro puso cara de exasperación a su espalda, consciente de que no era el bien de las criaturas lo que la duendecilla tenía en mente. Sin embargo, sus motivaciones carecían de importancia puesto que el resultado final, la extinción de la raza humana, sería el mismo.

Los rasgos de Bruin quedaron súbitamente sumergidos en un charco de magma burbujeante que se fundió con la roca hasta revelar las huellas de dos manos hundidas: la llave original de Opal y otra más reciente, brillando con un color rojo vivo muy intenso.

—Escoge desinteresadamente —dijo la voz de Bruin desde las profundidades de la roca—. La prudencia cerrará la puerta por completo, liberando las almas y destruyendo el camino para siempre. La desesperación invocará el poder de Danu y barrerá a los humanos de la faz de nuestra tierra. Los seres mágicos caminarán sobre la Tierra de nuevo.

«Pues que sea la huella B —pensó Opal con alegría—. La desesperación siempre me ha parecido una motivación maravillosa».

Ahora que había llegado el momento decisivo al fin, Opal se paró un emocionante instante para saborearlo.

—Esta vez es imposible que pierda —le dijo a Oro—. Mamá va a apretar el botón

grande.

Oro habría apretado el botón él mismo con tal de dejar de oír a Opal referirse a sí misma como «mamá», pero por desgracia solo el ser mágico que había abierto la puerta podía activar el segundo sello.

Opal agitó los dedos.

—Allá vamos. Mamá está lista.

En ese instante, una voz gritó desde la orilla del cráter.

—¡El humano viene a entregarse! ¡Y ha traído a la elfa!

Hasta ese segundo, Opal no se había dado cuenta de que el momento no era del todo perfecto, pero ahora sí lo sería.

—Tráemelos —ordenó—. Quiero que lo vean todo.

Artemis Fowl arrastraba por el suelo a una figura encapuchada, que iba trazando surcos en la tierra con los talones. Cuando llegaron al cráter excavado por la llegada de Opal, uno de los piratas empujó a Artemis, que salió rodando por la pendiente, estampando la cara contra el suelo con cada vuelta entera que daba. La segunda figura bajó deslizándose a su lado y casi parecían haberse coordinado cuando se detuvieron a los pies de la puerta de los berserkers. Las dos tenían un aspecto deplorable. La segunda figura aterrizó boca arriba. Era Holly Canija. Saltaba a la vista que no había ido allí de forma voluntaria.

—Vaya, vaya, vaya —exclamó Opal, riéndose entre dientes—. Pobrecillos. Qué patéticos. —Opal se sintió orgullosa de albergar aún un poco de compasión por los demás.

«La verdad es que siento mucha lástima por esta gente —se dio cuenta—. Mejor para mí».

Entonces Opal recordó que Artemis Fowl y Holly Canija habían sido los responsables de que hubiera pasado todos esos años en una cárcel de máxima seguridad, y recordó también todo lo que se había visto obligada a hacer para garantizar su puesta en libertad, y esa sensación de lástima por aquella gente se esfumó como el rocío de la mañana.

—Ayúdalos a levantarse —instruyó Oro a Juliet, que estaba agachada a un lado, comiéndose un conejo sanguinolento.

—¡No! —gritó Opal con voz chillona—. Registra al Fangoso para ver si lleva alguna arma y luego haz que se arrastren hasta mis pies. Que el muchacho suplique la salvación de la raza humana. Quiero ver a ese con sangre en las rodillas y lágrimas de desesperación en la cara.

Los espíritus mágicos presentían que el final estaba cerca y que pronto sus almas quedarían finalmente liberadas de sus deberes y alcanzarían la paz, de manera que se reunieron al pie de la puerta de los berserkers en sus cuerpos prestados, formando el círculo hermético mágico. Vieron como Artemis tiraba de Holly escaleras arriba con

gran dificultad, con la espalda doblada por el esfuerzo.

«Me gustaría poder verle la cara —pensó Opal—. Ver lo mucho que le está costando».

El cuerpo de Holly estaba desfallecido, inerte mientras era arrastrada a trompicones por los escalones, y una pierna le quedó colgando por el borde de la torre. Parecía muy pequeña y frágil, y respiraba entrecortadamente. Opal se permitió el placer de imaginar lo que Fowl se habría visto obligado a hacerle a la elfa para poder someterla.

«He hecho que se revuelvan contra sí mismos —pensó—. La mayor de las victorias. Y lo han hecho para nada, los muy idiotas».

Artemis llegó a lo alto y soltó a Holly en el suelo, como si fuera un saco. Se volvió hacia Opal, con el odio grabado a fuego en sus facciones generalmente impasibles.

—Aquí estamos, «Su Majestad» —dijo, escupiendo el título—. Me estoy entregando, tal como se me exigía, y he obligado a Holly a hacer lo mismo.

—Y yo me alegro tanto de verte, Artemis... Me alegro muchísimo. Esto lo hace todo simplemente perfecto.

Artemis apoyó los codos en las rodillas, con la respiración jadeante, la sangre goteándole de la nariz.

—Holly ha dicho que no mantendrías tu palabra, pero yo he intentado asegurarle que al menos había una oportunidad, y que mientras hubiese una oportunidad, no teníamos elección. Ella no estaba de acuerdo, así que he tenido que sedar a mi querida amiga. —Artemis miró a la duendecilla a los ojos—. ¿Hay una oportunidad, Opal?

Opal se echó a reír a carcajadas.

—¿Una oportunidad? ¡Por todos los dioses! ¡No! Nunca ha habido la más mínima oportunidad. Te quiero, Artemis. Eres muy gracioso.

Agitó los dedos y unas chipas saltaron de ellos.

Artemis palideció y, tras el esfuerzo, empezaron a temblarle las manos de rabia e impotencia.

—¿Es que no te importan las vidas que te llevas por delante?

—No quiero matar a todo el mundo, pero o los humanos o los seres mágicos tienen que desaparecer, para que yo pueda mandar sobre unos u otros. Me decanté por vosotros porque ya cuento con muchos apoyos en el subsuelo. Hay una web secreta, y te sorprendería saber cuáles son algunos de los nombres que se han registrado en ella.

El resto de los berserkers levantaron la vista del cráter, tambaleándose ligeramente, murmurando oraciones a la diosa Danu. Dos piratas se desplomaron de repente y cayeron al suelo en medio de un gran estrépito de huesos.

—Mis niños se están debilitando —dijo Opal—. Es hora de que mamá los envíe

al cielo. Bellico, aparta a ese pelmazo del joven genio. No es muy probable que Artemis Fowl se arranque con un ataque físico, pero tiene el curioso don de dar al traste con mis maravillosos planes.

Juliet arrojó a Artemis de espaldas contra el suelo, sin que aflorase a su rostro ninguna emoción; simplemente no podía hacer ninguna otra cosa.

—¿Debo matar al Fangosillo? —preguntó sin rastro de emoción en la voz.

—Rotundamente no —respondió Opal—. Quiero que lo vea. Quiero que sienta una desesperación absoluta.

Artemis se hincó de rodillas en el suelo.

—Los humanos no suponen ninguna amenaza para vosotros, Opal. La mayoría de nosotros ni siquiera sabemos que existen los seres mágicos.

—Oh, ahora sí. Nuestros puertos de lanzaderas están completamente desprotegidos sin los escudos. He revelado nuestra existencia a los Fangosos, así que ahora no hay más opción que aniquilarlos. Una lógica aplastante.

Juliet apoyó un pie en la espalda de Artemis y lo empujó contra el suelo.

—Es peligroso, mi reina. Y si la elfa traidora se despierta, podría hacerte daño.

Opal señaló a los guerreros de terracota.

—Tú levanta a la elfa y haz que esas estatuas móviles sujeten al chico. Mamá quiere pavonearse un poco. Es un cliché, lo sé, pero después de esto seguramente tendré que comportarme con majestuosidad y generosidad en público.

Juliet agarró a Holly por el cogote y la levantó en el aire sin dificultad. Dos guerreros de Xian sujetaron a Artemis entre ambos, inmovilizándolo con sus garras de barro cocido, sin dejarle mover nada más que las manos y los pies.

«No puede hacer nada», pensó Opal, satisfecha.

—Traedlos aquí —ordenó—. Quiero que los dos vean cómo limpio el planeta.

Artemis trató inútilmente de resistirse, pero Holly tenía la cabeza inerte en el interior de su capucha, lo que molestaba un poco a Opal, que habría preferido ver a la elfa despierta y aterrorizada.

Opal se situó sobre la tarima elevada, golpeteando con los dedos sobre la piedra como una concertista de piano. Trabajaba en la puerta de los berserkers mientras hablaba, hundiendo las manos en la roca, que se fundía al entrar en contacto con su piel.

—Antiguamente, los humanos también tenían poderes mágicos —explicó.

Tal vez sería mejor amordazar a Artemis, para que no estropease su excelente humor con alguno de sus insoportables comentarios maliciosos. Aunque, a juzgar por el rostro inexpresivo del Fangoso, había perdido por completo toda su malicia.

—Así es. Los humanos manejaban la magia casi tan bien como los demonios. Por eso Bruin Fadda puso tantos hechizos en su candado, siguiendo el razonamiento de que si algún humano se hacía lo suficientemente poderoso para descifrar los conjuros,

Bruin no tendría más remedio que desatar el poder de Danu, por el bien de las criaturas. —Opal sonrió cariñosamente a la puerta de los berserkers—. Ahora parece muy simple, como un juego de niños —continuó—. Solo dos huellas sobre una tableta de piedra. Pero la de cálculos que tuve que hacer... Potrillo nunca lo habría descifrado, créeme. Ese mamarracho de centauro no tiene ni idea de lo que costó resolver este rompecabezas: runas encantadas en distintas dimensiones, física cuántica, matemática mágica... Dudo que haya cuatro personas en el mundo capaces de devolver a ese viejo chiflado de Bruin de vuelta a la vida. Y yo tuve que hacerlo todo mentalmente. Sin pantallas ni papel. Una parte telepáticamente, a través de mi yo más joven. ¿Sabes? Ni siquiera perdí mis recuerdos cuando murió, y eso que yo creía que sí los perdería. Es curioso, ¿no?

Artemis no contestó. Se había sumido en un silencio hosco y triste.

—Ahora os diré cómo funciona esto —anunció Opal, exultante de alegría, como si estuviera explicando un problema de matemáticas a su clase de parvulario—. Si escojo la primera huella, cierro la puerta para siempre y todas las almas mágicas del interior del círculo quedan liberadas, salvo la mía, por supuesto, ya que me protege la magia negra. Pero si escojo esa espantosa mano roja, todo el poder de Danu será liberado, aunque solo sobre los humanos. Es una lástima que no vayamos a ver mucho desde aquí, pero así al menos puedo verte morir a ti e imaginar el efecto de la magia sobre el resto de los humanos.

Artemis logró extraer un brazo de entre las garras del guerrero de barro y le arrancó una manga y una tira de carne. Antes de que alguien pudiera reaccionar, colocó su propia mano sobre el primer sello de la puerta de los berserkers.

Naturalmente, no pasó nada, aparte del hecho de que Opal se echó a reír a carcajadas.

—No lo entiendes, niño idiota. Solo yo puedo escoger. Ni tú, ni ese patético del centauro Potrillo, ni tu amiguita elfa. Solo Opal Koboi. Esa es la gracia. La que abre el sello controla la puerta. Lo llevo en el ADN. —La cara diminuta de Opal se puso lívida de orgullo y le temblaba la barbilla—. Yo soy el mesías. Y derramaré la sangre para que las criaturas puedan adorarme. Construiré mi templo alrededor de esta estúpida puerta que no conduce a ninguna parte y los autobuses escolares podrán venir a visitarlo para aprender cosas sobre mí.

A Artemis aún le quedaba una pizca de actitud desafiante.

—Yo podría cerrarla —murmuró—. Con un poco de tiempo, unos minutos.

Opal estaba perpleja.

—¿Que tú...? ¿Que tú podrías cerrarla? ¿Es que no has escuchado nada de lo que he dicho? ¿No me he explicado con suficiente claridad? Nadie puede cerrarla excepto yo.

Artemis no parecía impresionado.

—Yo podría conseguirlo. Una hora más, en diez minutos incluso. Holly es una criatura, tiene magia. Podría haber utilizado su magia y mi cerebro. Sé que podría haberlo hecho. ¿Cómo va a ser difícil si hasta tú lo has logrado? Ni siquiera eres tan lista como Potrillo.

—¡Potrillo! —exclamó Opal—. Potrillo es un payaso. Siempre tonteando con sus cacharros cuando todavía quedan dimensiones enteras por explorar.

—Perdóname, Holly —dijo Artemis con tono solemne—. Me lo advertiste y yo no quise escucharte. Tú eras nuestra única oportunidad y yo te engañé.

Opal estaba furiosa. Rodeó a los guerreros chinos para llegar a donde Juliet sostenía a Holly, con la cabeza todavía colgando.

—¿Crees que esa elfa ridícula podría haber hecho lo que yo he hecho?

—Esa es la capitana Holly Canija de la Policía de los Elementos del Subsuelo —repuso Artemis—. Muestra un poco de respeto. Ya te ha derrotado en ocasiones anteriores.

—Esta no es una ocasión anterior —respondió Opal, haciendo énfasis en la última palabra—. Estamos en el momento presente: el día del fin de la raza humana. —Agarró la mano de Holly y la estampó ligeramente sobre la zona donde estaba la huella de la puerta de los berserkers—. Oh, vaya. Mirad eso. La puerta no se está cerrando. Aquí Holly Canija no tiene ningún poder. —Opal se rió con crueldad—. Oh, pobrecita Holly... Ya ves, solo con que tu mano pudiese activar la puerta, todo tu sufrimiento acabaría en este preciso instante.

—Podríamos conseguirlo —masculló Artemis, pero se le cerraban los ojos, y era como si hubiese perdido la fe en sí mismo. Con la mano libre, tamborileaba con aire distraído un ritmo sobre la piedra. La mente del humano se había rendido al fin.

—Es ridículo —dijo Opal, tranquilizándose—. Y yo aquí, poniéndome nerviosa con tus tonterías. Me sacas de quicio, Artemis, y me alegraré mucho cuando estés muerto.

Mientras Opal le soltaba su perorata a Holly, ocurrieron dos cosas. La primera fue que a Opal se le pasaron por la cabeza varias cosas: «Holly tiene las manos muy pequeñas».

Opal se dio cuenta de que no había examinado de cerca a la elfa desde su aparición al borde del cráter. O bien estaba tumbada boca abajo o Artemis la protegía con el cuerpo.

«Pero su cara... He visto su cara. Definitivamente, era ella».

Lo que pasó en segundo lugar fue que la pequeña mano en cuestión, que hasta entonces había permanecido inerte sobre la puerta de los berserkers, empezó a avanzar espasmódicamente hacia la huella de la mano, tanteando el camino con las yemas de los dedos.

Opal le retiró la capucha a Holly para verla mejor y se dio cuenta de que la cara

crepitaba un poco al examinarla de cerca.

«Una máscara. Una máscara de proyección infantil, como la que utilizó Pip...».

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No lo permitiré!

Hundió la mano bajo la barbilla de Holly para arrancarle la máscara, y por supuesto, no era Holly la que se ocultaba detrás de aquella careta.

Opal vio la cara de su propio clon debajo de la máscara y se sintió como si acabaran de asestarle un puñetazo en el estómago.

—¡Soy yo! —gritó, sin aliento, y luego se echó a reír a carcajadas histéricas—. ¡Y solo yo puedo cerrar la puerta!

A continuación, los dos segundos de pasividad absoluta y anonadada de Opal permitieron a los dedos de Nopal situarse perfectamente sobre la huella de la mano. La huella se volvió de color verde y empezó a irradiar una cálida luz. El olor a verano emanaba de la piedra y se oía el canto de los pájaros.

Artemis se rió, enseñando los dientes manchados de sangre.

—Ahora me parece que sí te he sacado de quicio...

Opal envió un rayo de magia negra directamente al torso de la clon, arrancándola de las garras de Juliet y arrojándola bien lejos de la puerta, pero lo único que consiguió con aquella exhibición de brutalidad fue dejar que la luz etérea fluyera con más rapidez. Los rayos de color esmeralda trazaron una espiral ascendente en volutas muy cerradas y luego se desplegaron hasta formar un hemisferio alrededor del círculo mágico. Los berserkers lanzaron un suspiro y dejaron que el fulgor de color verde prado les bañara el rostro.

—Ya está, Opal —dijo Artemis—. Tu plan ha fracasado. Estás acabada.

Unos seres los llamaban desde el interior de la luz, sonriendo, invitándolos a entrar. Había escenas de tiempos pasados. Seres mágicos cultivando las tierras de aquel mismo valle.

Opal no se rendía fácilmente, y logró serenarse y recuperarse.

—No, todavía tengo poder. Tal vez pierda a esos idiotas de los berserkers, pero mi magia me protegerá. Todavía quedan otras criaturas a las que podré engatusar, y la próxima vez no me detendrás.

Opal dio una fuerte bofetada a Oro para distraerlo de la luz.

—Asegúrate de que la clon está muerta —le ordenó—. Puede que la magia no se lleve a esa criatura sin alma. Acaba con ella si es necesario. ¿A qué esperas? ¡Ahora mismo!

Oro arrugó la frente.

—Pero es una de nosotros.

—¿Y a mí qué me importa?

—Pero ya se ha acabado todo, majestad. Nos vamos.

—Haz lo que te ordeno, esclavo. Puede ser la última cosa que hagas antes de

ascender a la luz. Luego ya no te necesitaré más.

—Es inocente. Una duendecilla indefensa.

Aquella discusión enfureció a Opal.

—¿Inocente? ¿Y a mí qué me importa que sea una duendecilla inocente? He matado a millares de seres mágicos inocentes y los mataré diez veces más si lo considero necesario. Haz lo que te ordeno, he dicho.

Oro desenfundó la daga, que parecía enorme, como una espada en sus manos.

—No, Opal. Bruin me liberó de mis cadenas. No matarás a más seres mágicos.

Y con la eficiencia de un soldado, atravesó el corazón de Opal de una sola cuchillada. La minúscula duendecilla cayó al suelo, sin dejar de hablar. Siguió hablando hasta que se apagó su cerebro, lanzando sapos y culebras por la boca, negándose todavía a creer que todo hubiese terminado para ella. Murió mirando a Artemis a la cara, odiándolo con todas sus fuerzas.

Artemis quiso devolverle todo aquel odio, pero lo único que sintió fue tristeza por la pérdida de una vida.

Algo que podría haber sido un espíritu, o una sombra oscura y retorcida, parpadeó un instante detrás de Opal, como un ladrón furtivo, y luego se disolvió en la luz mágica.

«Tanto tiempo... Tantos esfuerzos, y al final, no gana nadie. Qué tragedia...».

La luz brilló con más fuerza y de la corona de magia se desprendieron unos fragmentos que pasaron al estado líquido para, acto seguido, solidificarse alrededor de los berserkers que ocupaban el interior del círculo. Algunos abandonaron sus cuerpos con toda facilidad, como despojándose de un abrigo viejo; otros fueron arrancados de él miembro a miembro, y se fueron dando sacudidas hacia el cielo. Oro soltó la daga, disgustado por lo que había sido necesario hacer, y luego desalojó el cuerpo de Beckett en un destello de fuego verde.

«Por fin», pudo haber dicho entonces, aunque Artemis no estaba seguro. A uno y otro lado, los guerreros de terracota se desintegraron a medida que los espíritus de los berserkers iban desalojándolos, y Artemis cayó al suelo, justo delante de Nopal.

La clon yacía tendida con los ojos inusualmente brillantes y lo que podía haber sido una sonrisa en la cara. A Artemis le pareció que lo enfocaba un momento con la vista, y luego la luz se extinguió en sus ojos y Nopal murió. Se fue en paz al final, y a diferencia de los demás seres mágicos, ninguna alma se desprendió de su cuerpo.

«Nunca deberías haber visto la luz —dedujo Artemis, y luego se concentró en su propia seguridad—. Tengo que escapar de la magia lo más rápido posible».

Lo tenía todo a su favor, lo sabía, pero eso no era ninguna garantía. Había sobrevivido contra todo pronóstico en tantas ocasiones a lo largo de los años anteriores que sabía que a veces los porcentajes no significaban nada.

Se le ocurrió que, como humano, debería simplemente poder saltar los muros de

aquel hemisferio mágico y sobreviviría.

«Un cerebro tan inteligente y, al final, lo que me va a salvar es un simple salto».

Se levantó y salió corriendo hacia el borde de la torre de la puerta. No había más de tres metros. Era difícil pero no imposible.

«Lo que daría yo por un par de alas de colibrí de Potrillo ahora mismo», pensó.

A través del líquido verde, Artemis vio a Holly y a Mayordomo coronando la cima de la colina, corriendo hacia el cráter.

«Quedaos ahí, amigos míos —pensó—. Ahora voy».

Y saltó para salvar su vida. Artemis se alegró de que Mayordomo estuviera allí para presenciar su esfuerzo, pues fue un salto casi atlético. Desde aquella altura, Artemis sintió como si estuviera volando.

Holly apareció corriendo colina abajo, más rápida que Mayordomo por una vez. Artemis vio por la forma de su boca que estaba gritando su nombre. Alcanzó con las manos la capa externa de la burbuja mágica, la atravesó y Artemis sintió un inmenso alivio.

«Ha funcionado. Ahora, todo será distinto. Un nuevo mundo en el que criaturas mágicas y humanos convivirán todos juntos. Podría ser el embajador».

Entonces el conjuro lo atrapó como se atrapa a un insecto en un tarro de cristal y Artemis cayó deslizándose en el interior de la corona mágica como si también esta fuera de cristal.

Holly se precipitó colina abajo y llegó hasta donde estaba la luz mágica.

—¡Atrás! —le gritó Artemis, y había cierto desfase entre su voz y el movimiento de sus labios—. El conjuro te matará.

Holly no se detuvo, y Artemis comprendió que iba a intentar rescatarlo.

«No lo entiende», pensó.

—¡Mayordomo! —gritó—. Detenla.

El guardaespaldas extendió sus musculosos brazos y atrapó a la elfa en un abrazo de oso. Holly empleó todas las maniobras de escape del manual, pero era imposible zafarse de aquellas garras.

—Mayordomo, por favor... Esto no está bien. Tendría que ser yo la que está ahí.

—Espera —dijo Mayordomo—. Tú espera y verás, Holly. Artemis tiene un plan. —Entrecerró los ojos y miró a través de la cúpula verde—. ¿Cuál es el plan, Artemis?

El chico se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

Holly dejó de forcejear.

—La magia no debería afectar a los humanos, Artemis. ¿Por qué no te ha soltado todavía?

Artemis sintió cómo la magia le escaneaba el cuerpo en busca de algo. Encontró ese algo en las cuencas de sus ojos.

—Tengo un ojo mágico, uno tuyo, ¿recuerdas? —dijo Artemis, señalando el iris

marrón—. Creía que mis genes humanos podrían ocultarlo, pero esta es una magia muy perspicaz. Una magia muy lista.

—Iré a por el desfibrilador —anunció Mayordomo—. A lo mejor queda una chispa.

—No —dijo Artemis—. Será demasiado tarde.

Holly tenía los ojos entornados y una palidez espectral se extendió por su piel como si fuera pintura blanca. Estaba mareada y enferma de tristeza.

—Tú ya lo sabías. ¿Por qué, Artemis? ¿Por qué lo has hecho?

Artemis no respondió a la pregunta. Holly ya lo conocía lo suficiente para descubrir sus motivos más tarde. Apenas le quedaban unos segundos y tenía cosas mucho más urgentes que decir.

—Mayordomo, no me fallaste. Fui yo el que te engañó. Después de todo, soy un gran estratega y tú estabas inconsciente. Quiero que lo recuerdes, solo por si acaso...

—¿Por si acaso qué? —gritó Mayordomo a través de la luz viscosa.

Una vez más, Artemis no respondió a la pregunta. De una forma u otra, Mayordomo lo descubriría.

—¿Te acuerdas de lo que te dije? —preguntó Artemis a Holly, tocándose la frente.

—Lo recuerdo —dijo la elfa—, pero...

No hubo más tiempo para preguntas. La bruma verde fue succionada hacia el interior de la puerta de los berserkers como absorbida por el vacío. Por un momento, Artemis se quedó de pie, intacto, y Mayordomo soltó a Holly y corrió junto a su protegido. Entonces, el ojo mágico de Artemis emitió un destello verde y, para cuando Mayordomo atrapó al chico tambaleante en sus brazos, el cuerpo de Artemis Fowl ya estaba muerto.

Holly se hincó de rodillas en el suelo y vio el cuerpo retorcido de Opal Koboi junto al sello. Los restos de magia negra le habían reconcomido la piel en distintas zonas, dejando al descubierto el brillo marfileño de su cráneo.

La imagen no le afectó lo más mínimo en ese momento, aunque los ojos abiertos de la duendecilla atormentarían a Holly en sueños durante el resto de su vida.

CAPÍTULO 19: LAS ROSAS

SEIS MESES MÁS TARDE



EL MUNDO era un lugar con una gran capacidad de regeneración, así que fue recuperándose poco a poco. Una vez superada la ola inicial de devastación, tuvo lugar una segunda ola de oportunismo cuando determinada clase de gente (es decir, la mayoría) trató de aprovecharse de lo sucedido y de sacar tajada de la situación.

Personas que hasta entonces habían sido objeto de burla por sus teorías New Age y ecohippies, eran aclamadas ahora como los salvadores de la humanidad, cuando el resto del mundo se dio cuenta de que sus métodos tradicionales de agricultura y caza podían dar de comer a familias enteras durante todo el invierno. Los curanderos, los predicadores y los hechiceros agitaban los puños alrededor de las hogueras, y sus seguidores se multiplicaron.

Pasaron millones de cosas más que cambiaron el modo en que la raza humana siguió habitando la faz de la Tierra, pero posiblemente los dos sucesos más importantes que siguieron al gran caos tecnológico fueran la advertencia de que las cosas podían arreglarse y el descubrimiento de la existencia de los seres mágicos.

Después de los meses de pánico iniciales, un fanático de Linterna Verde en Sidney consiguió que internet volviese a funcionar, y descubrió que a pesar de que la mayor parte de los componentes de su antena habían explotado, podía arreglarla igualmente. Poco a poco, la era moderna volvió a recuperar su antiguo esplendor a medida que los aficionados a la electrónica lograron restablecer las redes de teléfonos móviles y los jóvenes se hicieron con el control de las televisiones. La radio regresó con mucha fuerza y algunas de las viejas voces aterciopeladas de los setenta salieron de su retiro para insertar CD en unidades de disco. El agua pasó a ser el nuevo oro y el petróleo pasó a ocupar el tercer lugar en la lista de combustibles por detrás de la energía solar y la eólica.

Por todos los rincones del globo había habido centenares de avistamientos de extrañas criaturas que podían ser seres mágicos o extraterrestres. En lugares donde no había habido nunca nada, de repente se oía un chasquido o un estallido y, ¡zas!, brotaban allí mismo puestos de observación con unos seres muy pequeños, por todo el mundo. Unas aeronaves minúsculas caían del cielo y unos extraños submarinos aparecían cabeceando en la superficie de la costa de millares de ciudades importantes.

El problema era que todas las máquinas se autodestruían y todos los seres mágicos o extraterrestres que eran detenidos se esfumaban de manera inexplicable a lo largo de las siguientes semanas. La raza humana sabía que no estaba sola en el

planeta, pero no sabía dónde encontrar a aquellas extrañas criaturas. Y teniendo en cuenta que los humanos ni siquiera habían conseguido explorar los océanos, aún tardarían varios siglos en desarrollar la capacidad de investigar qué ocurría bajo la corteza terrestre.

Así las historias sobre los avistamientos fueron exagerándose cada vez más, hasta que al final, ya nadie se las creía, y el único vídeo que sobrevivió no era ni la mitad de convincente que cualquiera de los programas matinales para niños de la televisión de los sábados.

Algunas personas sabían lo que habían visto, y esas personas lo creerían hasta el final de sus días, pero los psiquiatras no tardaron en atribuir los avistamientos de criaturas mágicas al estrés postraumático y en incorporarlas a la lista de alucinaciones habituales como los dinosaurios, los superhéroes y los monstruos del lago Ness.

MANSIÓN FOWL

Irlanda volvió a convertirse en una verdadera isla. Los clanes y las comunidades volvieron a formar piña y empezaron a cultivar alimentos que se pudieran comer realmente en lugar de quitarles lo mejor por medios mecánicos, inyectarles todos los aditivos y transportarlos a otros continentes. Muchos terratenientes opulentos donaron voluntariamente sus tierras en barbecho a familias descontentas y hambrientas capaces de cultivarlas con sus útiles de labranza.

Los padres de Artemis habían conseguido volver a casa desde Londres, la ciudad donde se hallaban cuando había ocurrido el desastre, y poco después del funeral de Artemis, la finca de los Fowl se dividió en más de quinientas parcelas independientes donde la gente podía cultivar toda la fruta y las hortalizas que permitiese el clima irlandés.

El funeral en sí fue una ceremonia íntima y sencilla en la que solo las familias de los Fowl y los Mayordomo estuvieron presentes. El cuerpo de Artemis fue enterrado en el prado donde tanto tiempo había pasado probando su aeroplano solar. Mayordomo no asistió al entierro porque se empeñaba en negar una y otra vez la evidencia que le presentaban sus propios ojos.

—Artemis no ha muerto —insistía una y otra vez—. Esto no es el fin.

No lo convencerían de lo contrario, no importaba el número de veces que Juliet o Angeline Fowl bajaran a su *dojo* para hablar con él.

Y esa fue la razón por la que el guardaespaldas no mostró ni una pizca de sorpresa cuando la capitana Holly Canija se presentó en la puerta de su habitación una mañana muy temprano.

—Bueno, ya era hora —dijo, cogiendo su chaqueta del perchero—. Artemis deja unas instrucciones y tardáis medio año en descifrarlas.

Holly corrió tras él.

—Es que no era fácil seguir las instrucciones de Artemis, precisamente. Además, como de costumbre, lo que pedía era completamente ilegal.

En el patio, el contorno de una puerta se recortaba en el fulgor anaranjado del cielo del alba, y en esa puerta apareció Potrillo, con aspecto muy nervioso.

—¿Qué crees tú que despierta menos sospechas? —preguntó Mayordomo—. ¿Una nave de apariencia extraterrestre en el patio de una casa de campo o una puerta flotante con un centauro dentro?

Potrillo bajó trotando por la pasarela, arrastrando una camilla voladora. La puerta de la lanzadera se cerró y desapareció del espectro visible con un chisporroteo.

—¿Podemos acabar con esto de una vez, por favor? —preguntó—. Lo que estamos haciendo va contra todas las leyes mágicas y seguramente es hasta inmoral. Caballina cree que estoy en la ceremonia de Mantillo. El Consejo va a concederle a Mandíbulas una medalla, ¿no es increíble? Ese enano cleptómano ha logrado convencer a todos de que prácticamente salvó al planeta él solito. Ha firmado un contrato para escribir un libro. Bueno, el caso es que detesto mentirle a mi mujer. Si me paro a pensar en esto más de diez segundos, es posible que hasta cambie de opinión.

Holly se encargó de conducir la camilla.

—No vas a cambiar de opinión. Hemos llegado muy lejos para dar ahora media vuelta y regresar con el rabo entre las piernas.

—Oye, que solo era un comentario —replicó el centauro.

La expresión de Holly transmitía la firme determinación de que no iba a tolerar ninguna discusión. Había tenido la misma expresión en la cara casi todos los días durante los seis meses anteriores, desde su regreso a casa tras el incidente de la puerta de los berserkers. Lo primero que había hecho era buscar a Potrillo en la Jefatura de Policía.

—Tengo un mensaje para ti de Artemis —le dijo cuando el centauro la soltó al fin después de un abrazo asfixiante.

—¿De verdad? ¿Y qué te ha dicho?

—Dijo algo de una crisálida. Que la activaras o algo así.

Aquellas palabras tuvieron un efecto muy poderoso en el centauro. Se fue trotando a la puerta y la cerró detrás de Holly. A continuación, pasó un detector de micrófonos ocultos con una varita mágica que siempre llevaba encima. Holly supo en ese momento que la palabra significaba algo para su amigo.

—¿Qué crisálida, Potrillo? ¿Y por qué le interesa tanto a Artemis?

Potrillo agarró a Holly de los hombros y le hizo sentarse en una silla de laboratorio.

—¿Por qué le interesa, dices? Nuestro amigo está muerto, Holly. ¿No crees que

deberíamos hacernos a la idea y olvidarlo?

Holly apartó a Potrillo de un empujón y se levantó.

—¿Olvidarlo? Artemis no se olvidó de mí en el Limbo. No se olvidó de Mayordomo en Londres. No se olvidó de Ciudad Refugio durante la revolución de los goblins. Y ahora dime, ¿qué es esa crisálida?

Así que Potrillo se lo dijo y el esqueleto de la idea de Artemis empezó a materializarse, pero aún era necesaria más información.

—¿Hubo algo más? —le preguntó el centauro—. ¿Dijo o hizo Artemis algo más?

Holly negó con la cabeza, con gesto apesadumbrado.

—No. Se puso un poco sentimental, algo muy raro en él, pero comprensible. Me dijo que te diera un beso.

Se puso de puntillas y besó a Potrillo en la frente.

—Solo por si acaso, supongo.

De repente Potrillo se puso muy nervioso, casi aturullado, pero carraspeó y se lo guardó para otro momento.

—¿Dijo «dale un beso a Potrillo»? ¿Fueron esas sus palabras exactas?

—No —contestó Holly, recapacitando—. Me dio un beso y luego dijo: «Y le das esto de mi parte».

El centauro sonrió, soltó una carcajada y luego le hizo atravesar el laboratorio.

—Tenemos que ponerte la frente debajo de un microscopio de electrones.

Holly explicó a Mayordomo su interpretación del plan de Artemis de camino a la puerta de los berserkers. Potrillo iba unos metros por delante, al trote, mascullando cálculos para sus adentros y manteniéndose ojo avizor para detectar a posibles humanos madrugadores.

—La crisálida fue el medio que empleó Opal para crear un clon de sí misma. Pasó a manos de Potrillo, que se suponía que debía destruirla.

—Pero no lo hizo —aventuró Mayordomo.

—No. Y Artemis lo averiguó cuando entró en el registro de reciclaje de la PES.

—¿Así que Artemis quería que Potrillo creara un clon? Hasta un viejo soldado como yo sabe que se necesita ADN para eso.

Holly se dio unos golpecitos en la frente.

—Por eso me dio un beso. En su saliva había ADN suficiente para que Potrillo crease un ejército entero de clones, pero pasaría inadvertido para los escáneres de los aeropuertos.

—Genio y figura hasta la sepultura —señaló Mayordomo. Frunció el ceño—. Pero ¿los clones no son unas pobres criaturas estúpidas? Nopal sobrevivía a duras penas.

Potrillo se detuvo a la orilla del cráter para explicárselo.

—Sí, lo son, porque no tienen alma. Ahí es donde entra en juego la magia.

Cuando se cerró el primer sello de los berserkers, todos los espíritus mágicos del interior del círculo fueron liberados de sus cuerpos, pero es posible que Artemis conservara suficiente humanidad en él y suficiente fuerza de voluntad para permanecer en este plano, aun después de que muriera su cuerpo físico. Ahora mismo, su espíritu podría ser un organismo etéreo y ectoplasmático, flotando libremente por ahí.

Mayordomo por poco se cae al suelo de la impresión.

—¿Estás diciendo que Artemis es un fantasma? —Se volvió hacia Holly para que le contestara directamente—. ¿Está diciendo en serio que Artemis es un fantasma?

Holly encaró la camilla hacia la pendiente.

—Los berserkers fueron fantasmas durante diez mil años. Así estaba diseñado el conjuro. Si sobrevivieron como fantasmas durante tanto tiempo, es posible que Artemis haya aguantado seis meses.

—¿Posible? —exclamó Mayordomo—. ¿Eso es lo máximo que tenemos?

Potrillo señaló a un punto cercano a la torre.

—«Posible», siendo optimistas. Yo diría más bien que cabe la remota posibilidad.

Holly abrió los cierres de un contenedor frigorífico que había encima de la camilla.

—Bueno, sí, Artemis Fowl es todo un especialista en posibilidades remotas.

Mayordomo levantó la tapa y lo que vio en el interior del contenedor lo dejó sin aliento, a pesar de que ya se lo esperaba: el clon de Artemis estaba dentro de una bolsa transparente, y su respiración empañaba el plástico.

—Artemis —dijo, con la voz impregnada de emoción—. Es justo igual que él.

—Tuve que jugar un poco con las distintas combinaciones posibles —explicó Potrillo, desconectando al clon de los sistemas de soporte vital—. Y no tenía acceso a mi propio laboratorio, así que ahora tiene seis dedos en el pie izquierdo, pero no está mal para ser un clon clandestino. Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero Opal Koboi fabricaba un material tecnológico de primera.

—Tiene... tiene quince años ahora, ¿verdad?

Potrillo se agachó por detrás de una maraña de tubos de alimentación para ocultar su rostro.

—La verdad es que lo de la edad se me fue un poco de las manos, así que ahora tiene unos pocos años más, pero no te preocupes, le hice una puesta a punto completa: estiramiento de piel, fortalecimiento óseo, inyecciones de médula... hasta le lubrifiqué el cerebro. Créeme, ni su propia madre sería capaz de notar la diferencia.

Se restregó las manos y cambió de tema.

—Ahora, a trabajar. Enseñadme dónde murió Artemis.

—Allí abajo —dijo Holly, señalando—. Junto a...

Estaba a punto de decir «la torre» cuando se quedó sin aliento al ver las increíbles

rosas que crecían en los tupidos y estilizados rosales que salían del lugar exacto donde Artemis se había desplomado en el suelo.

Las rosas de la finca de los Fowl eran un espectáculo sin igual, pues florecían en una espiral perfecta a los pies de la torre redonda, donde nunca se había plantado ningún rosal. Sus insólitos pétalos naranja intenso hacían que fueran visibles desde las demás parcelas, y Juliet era la encargada de asegurarse de que ninguno de los lugareños cortase ni un solo tallo.

A causa de los rumores que circulaban sobre las criaturas diminutas, los agricultores de las parcelas habían empezado a llamarlas las «rosas mágicas», un nombre mucho más acertado para ellas de lo que sospechaban.

Mayordomo llevó al clon en sus brazos y de pronto se acordó de una noche, hacía varios años, cuando había transportado a alguien más a través de un campo, viendo cómo la crecida hierba se mecía al paso de Artemis.

«Solo que aquella vez llevaba a Holly en brazos».

Potrillo interrumpió sus pensamientos.

—Mayordomo, tienes que depositar el cuerpo entre las rosas. En el centro de la espiral. Sin ningún soporte vital, solo disponemos de unos minutos antes de que empiece el proceso de descomposición.

Con delicadeza, Mayordomo depositó al clon en el interior de la espiral, sobre una parte muy mullida donde no había espinas.

Holly se arrodilló para abrir la cremallera de la bolsa. Retiró las solapas y vio dentro el nuevo cuerpo de Artemis, vestido con un camisón de hospital, con la respiración entrecortada y perlas de sudor en la frente.

Potrillo rodeó al clon rápidamente, le enderezó las extremidades y le ladeó la cabeza hacia atrás para despejar las vías aéreas.

—Estas rosas —dijo— son una señal. Aquí hay residuos mágicos. Apostaría cualquier cosa a que esta formación se parece mucho a la runa original de Bruin Fadda.

—¿Estás depositando todas tus esperanzas en un lecho de flores en mitad del prado?

—No, por supuesto que no, Mayordomo. Créeme. La magia de Bruin Fadda era muy poderosa, y alguien con la fuerza de voluntad de Artemis podría aguantar varios meses fácilmente.

Mayordomo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y si esto no funciona, Holly? ¿Y si dejo morir a Artemis?

Holly se volvió rápidamente y vio que Mayordomo estaba bajo una fuerte presión emocional. Había estado ocultándose tras la negación durante medio año y se culparía a sí mismo para siempre si Artemis no regresaba.

«Si esto no funciona, puede que Mayordomo no se recupere nunca», reflexionó.

—¡Funcionará! —exclamó la elfa—. Y ahora, menos hablar y más resucitar. ¿De cuánto tiempo disponemos, Potrillo?

—El clon puede sobrevivir aproximadamente quince minutos sin soportes vitales.

Mayordomo sabía que ya no había margen para poner objeciones. Haría lo que fuese necesario para darle a aquel plan una oportunidad.

—Muy bien, Holly —dijo, incorporándose—. ¿Qué tengo que hacer?

Holly se agachó a un metro del clon, rodeando con los dedos los tallos de las rosas, indiferente a las espinas que le arañaban la piel.

—Ahora ya está todo hecho. O aparece o lo habremos perdido para siempre.

«Creo que también habremos perdido parte de nosotros mismos», pensó Mayordomo.

Esperaron unos minutos, pero no pasó nada extraordinario. Los pájaros siguieron trinando, el seto siguió retumbando con el bullicio de los insectos y oyeron el ruido del motor de un tractor a lo lejos. Holly se puso de cuclillas en el suelo, angustiada, arrancando de cuajo las florecillas que la rodeaban. Mientras ella se angustiaba, Mayordomo miraba la cara del clon y recordaba los momentos vividos con su joven amigo.

«Nunca ha habido nadie como Artemis Fowl —pensó—. Aunque con sus diabluras y sus tejemanejes no me puso las cosas fáciles en mi trabajo. —Mayordomo sonrió—. Artemis siempre me cubrió las espaldas, a pesar de que apenas me llegaba a la cintura».

—Holly —la llamó en voz baja—. No vuelve...

Entonces el viento cambió de dirección, y de pronto, a Mayordomo le llegó el olor de las rosas. Holly se levantó.

—Va a pasar algo. Creo que va a pasar algo.

La brisa arrancó unos pétalos de las rosas y los lanzó hacia arriba, hacia el cielo. Cada vez más y más pétalos empezaron a desprenderse de las rosas, mientras el viento iba enroscándose alrededor de la espiral anaranjada, deshojando rápidamente a cada una de las flores. Los pétalos revoloteaban como mariposas, aleteando centelleantes, inundando el cielo y tapando al sol.

—¡Artemis! —gritó Mayordomo—. Ven hacia mi voz.

«¿Lo ha conseguido? ¿Será este el momento más importante de Artemis Fowl?».

Los pétalos se agitaban emitiendo un ruido que recordaba a un coro de suspiros cuando, de repente, cayeron como piedras. El clon no se había movido.

Holly dio unos pasos hacia delante muy despacio, como si aprendiera a usar las piernas, y luego se hincó de rodillas en el suelo, tomando la mano del clon entre las suyas.

—Artemis —dijo, entonando el nombre como si fuera una plegaria—. Artemis, por favor...

Nada. Ahora ya ni siquiera aliento.

Mayordomo no tenía tiempo para hacer despliegue de sus modales generalmente impecables y apartó a Holly a un lado.

—Perdona, capitana, pero esto es lo mío.

Se arrodilló junto al pálido clon y le buscó el pulso con la palma de la mano. No lo encontró.

Mayordomo empujó la cabeza del clon hacia atrás, le pellizcó la nariz y le insufló aire en los pulmones por la boca.

Sintió un débil latido bajo la palma de su mano.

Mayordomo cayó hacia atrás.

—Holly, creo... creo que ha funcionado.

La elfa se arrastró por la alfombra de pétalos.

—Artemis —lo llamó con voz apremiante—. Artemis, vuelve con nosotros.

Dos débiles latidos más, luego una respiración jadeante, y a continuación, los ojos de Artemis se abrieron. Los dos de un azul muy intenso. Al principio, los ojos estaban muy abiertos, de la impresión, y luego se agitaron como las alas de una polilla encerrada en un tarro.

—Tranquilo —dijo Holly—. Ahora estás a salvo.

Artemis arrugó la frente, tratando de enfocar la mirada. Saltaba a la vista que no había recuperado por completo sus facultades y no recordaba todavía a las personas que lo rodeaban.

—Atrás —dijo—. No sabéis con quién estáis tratando.

Holly le cogió de la mano.

—Te conocemos, Artemis. Y tú nos conoces a nosotros. Intenta recordar.

Artemis lo intentó, concentrándose, hasta que parte de las nubes se disipó.

—¿Vo... Vosotros... —preguntó con voz vacilante—, sois amigos míos?

Holly lloró de puro alivio.

—Sí —contestó—. Somos tus amigos. Y ahora tenemos que llevarte dentro, antes de que llegue la gente del pueblo y vea al heredero recientemente fallecido en compañía de unos duendes.

Mayordomo ayudó a Artemis a levantarse, aunque era evidente que no podría sostenerse.

—Vamos, súbete —dijo Potrillo, ofreciéndole su grupa—. Solo por esta vez.

Mayordomo subió a Artemis al lomo del centauro y lo sujetó con una mano enorme.

—Me tenías preocupado, Arty —dijo—. Y tus padres están destrozados. Espera a que te vean.

Mientras caminaban campo a través, Holly iba señalando zonas de experiencias compartidas, con la esperanza de espolear los recuerdos.

—Dime una cosa —dijo Artemis, con voz todavía débil—, ¿de qué nos conocemos?

Así que Holly dio comienzo a su relato:

—Pues verás, todo empezó un verano, en Ciudad Ho Chi Minh. Hacía un calor asfixiante, se mire por donde se mire. Naturalmente Artemis Fowl no habría estado dispuesto a soportar semejante suplicio de no haberse tratado de un asunto de la máxima importancia. De una importancia vital para el plan...